

REINOS OLVIDADOS

EL



SEDIO

EL RETORNO DE LOS ARCHIMAGOS - VOLUMEN 2



TROY DENNIN

Lectulandia

Para Evereska, el último refugio de los elfos en Faerûn, se trata de una batalla por la supervivencia. Para los Elegidos de Mystra, es una fuerza que rivaliza con su diosa por el dominio de la magia. Para los reinos humanos de Faerûn, supone un cambio permanente en el equilibrio del poder. Para una raza perdida de poderosos archimagos, es una montaña flotante a la que consideran su hogar.

Lectulandia

Troy Denning

El asedio

El retorno de los archimagos II

ePUB v1.1

Garland 25.09.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *The Siege*

Troy Denning, 2001.

Traducción: Emma Fondevila

Ilustraciones: Jon Sullivan

Diseño/retoque portada: lan_raleigh

Editor original: Garland (v1.0 a v1.1)

ePub base v2.0

AGRADECIMIENTOS

Me gustaría dar las gracias a Eric Boyd por sus numerosas contribuciones a la serie, a todo el departamento de libros de WotC por el esfuerzo extraordinario que han hecho con éste, y a Adriana Hayday por su gran paciencia y por su apoyo.



CAPÍTULO 1

26 de Tarsakh, Año de la Magia Desatada (1372 DR)

Veinte señores de las sombras estaban sumergidos hasta el pecho en un lago que nunca antes había conocido el color de la luz, y extraían del fondo lechoso hebras de sombra que introducían en una cortina de oscuridad liminar que colgaba del techo lleno de agujas de la cueva. Salvo por la suciedad que se escurría de sus capas castigadas por el viaje y se propagaba en círculos a su alrededor, el agua era transparente como el aire, y se veían miles de perlas de piedra caliza de la cueva que brillaban a un palmo de profundidad en los bajíos, junto a la orilla. Adentrándose más en el lago, un jardín de fantasmagóricos tallos blancos surgía de las cristalinas profundidades y se extendía por la superficie formando una alfombra parcheada de alabastro. De las cien maravillas naturales que Vala Thorsdotter había presenciado desde que había dejado su hogar en Vaasa, éste era con diferencia el lugar más solitario y más extraño, el que parecía más vedado a los ojos humanos.

—Esto será su ruina, ya lo sabes.

Galaeron Nihmedu estaba en cuclillas junto a Vala, observando cómo trabajaban los señores de las sombras. Alto y de constitución fuerte para ser un elfo de la luna, poseía la piel pálida y los rasgos regios que eran comunes en su raza, pero dos décadas de servicio en guarniciones a lo largo del confín sur del desierto le habían dejado el rostro lo suficientemente áspero y curtido como para hacerlo atractivo incluso a los ojos de los vaasan.

—¿La ruina de qué? —preguntó ella.

—Del lago —explicó Galaeron—. La mugre que se desprende de sus ropas se asentará sobre las perlas y detendrá su crecimiento. El aceite de sus cuerpos se introducirá en las formaciones minerales y las destruirá. Dentro de cien años esto será otra ciénaga más.

Vala se encogió de hombros.

—Es por una buena causa.

—Has hablado como una humana —el tono de Galaeron sonaba más compungido que cruel—, y me doy cuenta de que estoy de acuerdo. ¿No es triste?

—No tan triste como compadecerte a ti mismo —contestó bruscamente Vala. Los elfos adoraban a la belleza como a un dios, pero había asuntos más importantes que un lago que nadie veía nunca, y no podía dejar que su destrucción hundiera a Galaeron en uno de sus episodios de abatimiento—. Si pudiéramos preguntarle a Duirsar qué quiere, seguramente nos diría que siguiéramos adelante.

—Nos diría que encontraríamos otro lugar donde completar el Desdoblamiento, o

incluso que lo dejáramos. Los elfos no destruyen los tesoros de la naturaleza para salvar los suyos.

Vala puso los ojos en blanco.

—Galaeron, tú sabes que ésta es la única manera. Si no contenemos a los phaerimm, destruirán más cosas aparte de este lago. Mucho más.

—Que sea la única manera no significa que sea la correcta.

Galaeron volvió a dirigir su mirada hacia el lago, observando a los señores de las sombras tejer su oscura cortina, a continuación posó la mano sobre el brazo de Vala.

—Pero lo hecho, hecho está —dijo—. Puedes dejar de preocuparte por mí.

—Seguro que podré —dijo Vala—. Algún día.

Su mirada siguió a la de Galaeron a través del lago. La caverna estaba iluminada por tres bolas mágicas incandescentes que flotaban entre las estalactitas. Los señores de las sombras que trabajaban más cerca de la brillante luz tenían un aspecto casi humano, eran de tez más morena, cabello oscuro y ojos como gemas. Otros, que trabajaban en los límites sombríos o en las áreas oscuras, eran más bien siluetas, y sus cuerpos ligeros se inclinaban y estiraban en espirales fantasmagóricas mientras se encorvaban para sacar filamentos oscuros del agua. Trenzaban tres filamentos juntos y le daban al lazo resultante un único medio giro, para a continuación empalmarlos en el borde de la cortina. Después de media docena de empalmes, entrelazaban unos cuantos filamentos de sedasombra entre las fibras y pronunciaban una palabra arcana, tras lo cual una niebla oscura llenaba los espacios vacíos y se solidificaba hasta formar un velo traslúcido de tinieblas.

Galaeron y Vala observaron en silencio durante otro cuarto de hora, y a continuación Galaeron dijo:

—Son astutos estos shadovar.

—¿Eso te sorprende?

—Siempre me sorprenden. —Galaeron señaló hacia la cortina de sombra—. ¿Ves la forma en que hacen girar las fibras sobre sí mismas?

Vala asintió con vacilación.

—Lo veo, pero no comprendo la magia.

—Retorcimiento dimensional —explicó Galaeron—. Para hacer que el caparazón de sombra tenga una sola cara.

Vala le lanzó una mirada de incompreensión.

—Para que nada pueda salir —dijo—. Cualquier cosa que entre en la sombra da toda la vuelta al caparazón y sale por donde entró. Sería como atravesar una verja y volver siempre al mismo jardín.

—No hay muchos jardines en Vaasa —comentó Vala, intentando dedicar su mente por completo a la idea de retorcer una dimensión—. ¿Puedes saber eso sólo con observar?

Galaeron la miró de soslayo.

—La magia no es difícil. —Su expresión se tornó distante y oscura, y miró con los ojos entrecerrados a través de una sección incompleta de cortina hacia las oscuras profundidades que había más allá—. Si yo puedo entenderla, ellos también pueden.

—¿«Ellos», Galaeron? —preguntó Vala. No le gustó el énfasis que había puesto en la palabra «ellos», ni la expresión que había aparecido en sus ojos—. ¿Los shadovar?

—No. —Galaeron tocó dos hebillas, y su cota de malla evereskana aflojó el ceñido abrazo que la adaptaba a sus formas.

—Ellos. Ya sabes. —Siguió hablando mientras se quitaba la armadura—. Están ahí fuera, en algún lugar, ocultos en la oscuridad.

—¿Quiénes, Galaeron? —preguntó Vala, más preocupada por lo que le sucedía a Galaeron que por lo que acechaba en la oscuridad—, ¿los phaerimm?

Galaeron asintió.

—Babosas gigantes y recubiertas de escamas que han permanecido en esta oscuridad durante mucho tiempo, desde antes de que yo sintiera la respiración de la cueva, antes de que siguiera aquella pequeña grieta hasta aquí abajo, hasta este lugar del que nadie ha salido jamás.

Dejó caer al suelo los calzones de su cota de malla con un ruido metálico, y a continuación se introdujo en el agua, desprendiendo perlas de la cueva a cada paso que daba.

—Estaban ahí fuera entonces —dijo—, y están ahí fuera ahora, acechando en la oscuridad, con sus colas siempre dispuestas a implantar un huevo en alguien.

—Galaeron, sabes que eso no es posible. —Vala estaba manipulando sus hebillas torpemente, luchando por deshacerse de su pesada armadura de escamas—. ¡Espera!

Estaba furiosa consigo misma por el hecho de que la hubiera pillado desprevenida; lo había visto deslizarse hacia el abatimiento pero se había dejado engañar por sus promesas tranquilizadoras.

—Galaeron, estás imaginando cosas.

El elfo dio media vuelta, con una expresión de locura en los ojos, y habló por encima de hombro.

—Ya sabes cómo les gusta eso, Vala: poner un huevo en las entrañas de algún pobre desgraciado y verlo crecer hasta que se hace tan grande como un brazo y sube por su garganta. Les encanta. Es la única cosa que les encanta.

Vala dejó caer su armadura con un ruido metálico sobre la piedra y se lanzó al agua tras él, con las grebas todavía cubriéndole los tobillos. El cambio nunca había sido tan profundo anteriormente.

—No hay ningún phaerimm —exclamó lo suficientemente alto como para atraer la atención de los shadovar—. El príncipe Escanor lo comprobó.

—No, no lo hizo. Al menos no lo hizo bien. —Galaeron se hundió hasta la barbilla al alcanzar un desnivel en el fondo, y a continuación flotó de vuelta a la superficie y comenzó a nadar en dirección a la cortina—. Están ahí fuera. Tiene sentido. Tienen que estar ahí.

Vala alcanzó el desnivel y nadó tras él, casi ahogándose y casi andando por el fondo ya que el peso de sus grebas impedía que sus piernas flotaran hacia la superficie.

—Quizá no sepan dónde estamos —sugirió ella—, o quizá no pudieron llegar hasta aquí. No todo el mundo puede convertirse en una sombra y deslizarse por una grieta, sabes.

Galaeron encontró una contestación fácil.

—¿Cuánto tiempo tardaron en apoderarse de los Sharaedim? Cinco días; cinco días en llevarse lo que Evereska ha conservado durante quince siglos. —Una mano se posó sobre el borde de una formación mineral haciéndola trizas por completo y mandándola en un abrir y cerrar de ojos al fondo lechoso del lago. No pareció darse cuenta—. Si yo pude encontrar este lugar, ellos también pueden.

—Hay una diferencia entre poder y tener que hacerlo, elfo. —Pasaron unos instantes antes de que reconociera la voz áspera. Aunque el príncipe Escanor estaba diez puestos más allá empalmando filamentos en la cortina de sombra, su magia hacía que pareciera que estaba en el agua junto a ellos—. Si los phaerimm estuvieran aquí, ya habrían atacado.

—Los phaerimm están aquí; tienen que estar. ¿Y acaso han atacado? —preguntó Galaeron, enfrentándose al príncipe—. No, no lo han hecho. Así que estáis equivocado. Totalmente equivocado.

Los ojos cobrizos de Escanor llamearon.

—¿En qué sentido me equivoco, elfo? —Se dirigió hacia ellos atravesando el agua, una silueta del tamaño de una pesadilla envuelta en la luz plateada de un hechizo—. Explícate.

Galaeron parecía estar a punto de responder, pero entonces agachó la cabeza y, pasando a la distancia de la longitud de una lanza de un atónito señor de las sombras, desapareció a través de una brecha de la cortina. Vala fue tras él lo más rápido que pudo, pero las grebas de acero que llevaba en los tobillos la frenaban. Escanor, también nadando, la ganó al pasar por el hueco. La mujer se estremeció ante la perspectiva de lo que vendría después. No se podía hacer caso omiso de un príncipe del Enclave de Refugio.

Vala pasó a través del agujero y los encontró de pie, enfrentados, a poca distancia el uno del otro en una zona poco profunda, la figura enjuta de Galaeron sumergida hasta la cintura y la de Escanor hasta las rodillas. Como todos los señores de las sombras, el príncipe era moreno y poderoso, con la boca llena de colmillos

ceremoniales y un rostro largo y huesudo que le confería un aura demoníaca a quien ya tenía un aspecto místico y espiritual. Estaban muy cerca el uno del otro, hablando intensamente pero con tono tranquilo.

—...son coleccionistas de hechizos —estaba diciendo Galaeron. Sonaba menos irracional pero igual de intenso—. No han atacado porque quieren observar el empalme.

—¿Estás sugiriendo que nos están espiando? —preguntó Escanor.

—Si yo puedo aprender a usar la magia de sombras, ¿por qué no van a poder los phaerimm? —contestó Galaeron—. Si son capaces de entenderla, la pueden controlar.

—Lo que dices parece razonable por ahora —Escanor miró a Vala cuando ésta se posó sobre el fondo junto a ellos, después volvió a mirar a Galaeron—, pero si los phaerimm estuvieran aquí, habríamos detectado su magia. No pueden ocultarnos eso.

—Sólo los phaerimm saben lo que los phaerimm pueden hacer —dijo Galaeron. Estaba mirando más allá del príncipe, hacia la oscuridad, escudriñándola como si pudiera encontrar al enemigo sólo con su fuerza de voluntad—, y sólo un necio creería lo contrario.

Los ojos de Escanor brillaron como el fuego.

—Mide tus palabras, elfo. Una crisis de la sombra no sirve como excusa.

Vala se metió entre ambos, de espaldas a Escanor y levantando la mano para hacer callar al elfo antes de que pudiera responder.

—Galaeron, sabes que no es así. Los shadovar han matado a más phaerimm que todos los altos magos de Evereska juntos, y el príncipe Escanor ha acabado en persona con tres de ellos. Si hay un necio aquí, es aquel que le habla como si fuera un lancero de Waterdhavia en su primera expedición fuera de las puertas de la ciudad.

La reprimenda sorprendió tanto a Galaeron que se quedó callado, ya que Vala era la única persona en el mundo cuya lealtad no podía cuestionar, la única en el mundo que podía irrumpir en medio del Cambio para decirle ese tipo de cosas. Juntos habían viajado por los caminos oscuros de la linde de la sombra, luchado contra acechadores, liches e illitas, y habían visto morir a sus amigos y camaradas de maneras horribles e inimaginables. Vala se había mantenido firme en todo momento y lo había cuidado hasta que recobró la salud una vez todo hubo concluido, y eso la había conectado con su verdadera naturaleza de un modo que ninguna crisis de sombra podía impedir.

Galaeron siguió mirando más allá de Vala y Escanor en dirección a la oscuridad durante un largo rato, y finalmente miró de nuevo a Vala y dijo:

—No pretendía decir que los shadovar no sean los mejores guerreros. —Miró a Escanor, pero sus ojos permanecieron distantes y oscuros—. El príncipe tiene razón. Si los phaerimm estuvieran usando la magia para ocultarse, estoy seguro de que sus hechizos de adivinación revelarían su ubicación.

Galaeron sostuvo la mirada de Escanor unos instantes y a continuación dirigió la

vista hacia el techo de la cueva.

El príncipe parecía distraído.

—Bien. —Sus ojos no se apartaron del rostro de Galaeron—. Casi hemos terminado con el empalme. Evereska sólo ha de aguantar unos pocos meses más, elfo. Los phaerimm están condenados.

—Mi ciudad agradece la ayuda del Enclave de Refugio, príncipe, pero no deberíamos subestimar a nuestros enemigos. —Galaeron frunció el entrecejo y volvió a mirar hacia el techo—. Recuerdo cuando uno de vuestros altos magos dijo lo mismo justo antes de que una larva de phaerimm se abriera paso a través de su garganta.

Aquello únicamente provocó una sonrisa condescendiente por parte del príncipe.

—¿Cuándo aprenderás, elfo? No somos tus altos magos. —Extendió el brazo más allá de Vala para palmearle el hombro con una mano enorme a Galaeron—. Los shadovar han estado preparando esta guerra durante siglos.

Vala apenas oyó esta última parte, ya que los esfuerzos de Galaeron habían atraído su atención hacia la masa de colmillos de piedra caliza que colgaban boca abajo, cada uno con una gota de agua agarrada a su punta de piedra. Las estalactitas, con gruesas raíces que se iban estrechando hasta formar afiladas puntas, tenían una forma parecida a la de los phaerimm, pero no tenían una piel espinosa y cuatro delgados brazos. Había cientos de ellos tan sólo en la zona iluminada. La mayoría de los que tenían un tamaño de entre uno y dos metros eran demasiado cortos para ser phaerimm, y algunos eran tan largos que sus puntas planas llegaban a tocar la superficie del lago, pero había unos cuantos que medían alrededor de tres metros. A Vala no le llevó mucho tiempo localizar a tres con las puntas sospechosamente secas y extrañas líneas oscuras donde sus bases se unían con el techo.

—no es así, Vala? —preguntó Escanor.

—¿El qué? —Esperando que la sangre no le hubiera abandonado totalmente la cara, Vala apartó la vista con esfuerzo del techo e intentó parecer calmada—. Lo siento.

Escanor enarcó una ceja en un gesto de desaprobación, pero dijo:

—Le estaba diciendo a Galaeron que nosotros los shadovar no somos tan propensos a cometer el mismo error que los elfos y los waterdhavianos.

—Estoy seguro de que no lo haréis —afirmó Galaeron, todavía intentando atraer la mirada del príncipe hacia el techo—, pero los nuevos errores serán...

—Escasos, estoy segura —continuó Vala, cogiendo a Galaeron por el brazo.

El príncipe debería haber captado la señal del elfo, y no se atrevieron a llevar las cosas más allá. Una vez los phaerimm se hubieran dado cuenta de que los habían descubierto, atacarían al instante..., y pocos errores podía haber tan graves como el de dejar que un phaerimm asestara el primer golpe.

—Si nos disculpáis, príncipe —dijo Vala—, ya es hora de que os permitamos

volver a vuestro trabajo.

Escanor los despidió con un ligero ademán de la mano.

—Por supuesto.

Vala tiró de Galaeron con una firmeza que no admitía discusión. Una vez estuvieron a cierta distancia, de espaldas a las estalactitas sospechosas, le soltó el brazo y comenzó a gesticular con las manos en el lenguaje de señales evereskano.

Nunca conseguirás que Escanor mire hacia arriba. —Mientras Vala decía aquello, no dejaba de mantenerse alerta a cualquier presencia externa dentro de su mente. Los phaerimm no eran tan expertos en telepatía como para espiar los pensamientos de una persona sin revelar su presencia, pero ser cuidadoso no hacía daño, al menos por lo que respecta a estos enemigos—. *¿Estás seguro de que eran phaerimm?*

No —admitió Galaeron—, *pero es mejor asegurarse de que no lo son. ¿Viste aquello en lo que me estaba fijando?*

Disfrazados de estalactitas —dijo Vala. Su ritmo era lento y torpe, ya que era un lenguaje complicado y ella sólo lo había aprendido como pasatiempo mientras Galaeron permanecía inmovilizado con los tobillos rotos—. *Las puntas secas y líneas oscuras donde sus bases se unían con el techo.*

Galaeron enarcó una ceja.

No vi las líneas —dijo—. *No podemos correr el riesgo de alertarlos. Tenemos que encargarnos nosotros de ellos.*

¿Nosotros?—Vala agitó el puño con determinación—. *¿Cómo?*

Tú te ocupas del que está más cerca —le indicó Galaeron—. *Arrójale tu espada. Yo destruiré al otro con un rayo de sombra.*

Los dedos de Vala se volvieron lentos y torpes.

Pensé que ya no ibas a formular más conjuros.

¿Tienes alguna otra solución? —Los gestos de Galaeron se hicieron tan rápidos y cerrados que Vala apenas podía entender su significado—. *¿Quizá tú puedas convencer a Escanor de que se equivoca... sin alertar a los phaerimm?*

No necesitaba contestar a esa pregunta. Vala sabía tan bien como Galaeron que no podrían convencer al príncipe de que había cometido un error. No tenían más opción que lanzar un ataque por su cuenta, y eso significaba que Galaeron tendría que usar la magia de sombras para que tuviera algún efecto sobre los phaerimm, y usar su magia de sombras significaba entregar un poco más de sí mismo a la oscuridad que lentamente lo devoraba por dentro.

Resignándose al dolor de ver cómo el Galaeron que ella conocía se hundía aún más en las sombras, Vala asintió brevemente y preguntó:

¿Qué hay del tercero?

Estás de broma —dijo Galaeron.

Podría estar equivocada, pero no estoy de broma. Uno sobre Escanor, uno sobre las formaciones minerales...

No me fijé en ése. —Los dedos de Galaeron se detuvieron unos instantes, y a continuación dijo—: *Tendré que intentarlo con una puerta de sombra.*

No me gusta la idea —dijo Vala, todavía más preocupada. La magia de sombras era mucho más peligrosa para quien la usaba que la magia del Tejido normal. Si alguien que usaba la magia superaba sus límites, dejaba paso justo a la clase de oscuridad que ya estaba consumiendo a Galaeron—. *Ya estás bastante mal en tu situación actual.*

Entonces será conveniente que me estés vigilando. Te estoy agradecido... muy agradecido.

Vala apartó la mirada, y a continuación habló en voz alta:

—Galaeron, no es justo que me vincules a esa promesa... Ahora no.

—Sin embargo, te vinculo a ella. —La voz de Galaeron era firme—. Cuando llegue el momento, no debes dudar.

—No es cuando sino si llegas, Galaeron. —Alcanzaron la orilla, y Vala se sentó para quitarse las grebas—. Si llega el momento.

Galaeron se alejó sin contestar y se dirigió hacia la orilla, alejándose lo suficiente como para que a ambos no los derribara el mismo conjuro. Vala volvió a dirigir la vista hacia el lago, donde los señores de las sombras estaban terminando de cerrar los últimos agujeros en la cortina de sombra. A pesar de que los señores de las sombras habían dejado sus armaduras en la orilla, todos iban armados con vítreas armas negras similares a la espada oscura de Vala, una de las razones, sin duda, por las que el enemigo ponía tanto cuidado en permanecer oculto.

Los dos phaerimm que Galaeron había visto colgaban a una distancia de quince metros el uno del otro en línea recta en la cara interior de la cortina. En los flancos de sus cuerpos cónicos, Vala pudo apreciar unos pequeños bultos que seguían un patrón regular donde sus púas permanecían ocultas bajo la capa de cieno que habían usado para disimular sus escamas. El tercer phaerimm, el que Galaeron no había visto, colgaba por encima de las formaciones minerales a unos cuarenta pasos de allí, prácticamente indistinguible en el tenebroso límite entre la luz y la sombra. A pesar de que Vala no tenía modo de saber si las criaturas habían visto lo suficiente como para deshacer la cortina de sombra, el solo hecho de que no estuvieran haciendo ningún intento por detener el Desdoblamiento final dejaba claro lo que pensaban.

Al no encontrar señales de ningún otro enemigo aparte de los tres que ya habían sido localizados, Vala se incorporó y se volvió a introducir en el lago, dirigiéndose hacia el príncipe Escanor para no alertar a los phaerimm. No tenía ni idea de cómo había presentido Galaeron la presencia del enemigo ni de por qué eso había desencadenado uno de sus cambios, pero confiaba en sus conclusiones. Todo buen

guerrero conocía el valor del camuflaje, y los espinardos no eran otra cosa que buenos guerreros.

Cuando Vala estuvo a la distancia de lanzamiento adecuada del phaerimm más cercano, se detuvo y miró hacia atrás. Galaeron estaba colocando un lazo de sedasombra en una piedra que había junto a él. Desgarró otra hebra del tejido tosco que estaba sosteniendo, a continuación la empapó en una gota de aceite para armaduras y miró en dirección a Vala. Ella asintió. Presionó el filamento contra la pared de piedra caliza, moviendo los labios mientras formulaba su encantamiento.

Una película de sombra aceitosa se extendió por el techo, y por la caverna se propagó un suave golpeteo como de lluvia al perder miles de gotas de agua su débil asidero y precipitarse sobre el lago. Vala desenvainó su espadaoscura y en un único y fluido movimiento la lanzó volando hacia el phaerimm más cercano. La hoja vítrea de color negro abrió una brecha de un metro que atravesó el cuerpo del espinardo y se hundió hasta la empuñadura.

La mancha en el techo avanzó por encima de sus cabezas. Los asombrados phaerimm se soltaron uno tras otro y su camuflaje de lodo se desprendió en grandes trozos de sus cuerpos en movimiento mientras su extraño lenguaje de viento formaba remolinos sibilantes en el aire. Los phaerimm tocaron el agua casi al mismo tiempo y se hundieron bajo la superficie.

Escanor y sus señores de las sombras dejaron de trabajar y se giraron hacia los círculos que se formaban en el agua, gritándose los unos a los otros en su propio idioma e intentando comprender lo que estaba pasando.

—¡Phaerimm! —Vala extendió la mano señalando al que ella había atacado y pensó en su espadaoscura, y la espada resurgió de las aguas y voló de vuelta a su mano—. ¡Tres!

Oyó cómo Galaeron formulaba su segundo conjuro y al mirar hacia él lo vio mover de golpe el lazo de sedasombra hacia el lugar donde el tercer phaerimm había entrado en el agua. Un disco de sombra negra surgió a cinco centímetros de la superficie. Vala no prestó atención cuando los phaerimm activaron su magia de flotación y comenzaron a surgir de las aguas. Los dos más cercanos ala cortina salieron en medio de los asombrados señores de las sombras, quienes rápidamente demostraron que estaban justificados los alardes de Escanor al asediarlos con redes de sombra y espadaoscuras.

Incluso pillados desprevenidos, los phaerimm reaccionaron como las terroríficas criaturas que eran, desatando una ráfaga de disparos de fuego y relámpagos que dejaron a una docena de shadovar muertos en las oscuras aguas. Un par de señores de las sombras chamuscados afloraron junto a Vala, con los brazos y las piernas arrancados por la fuerza del impacto que los había matado. Vala arrojó nuevamente su espada, pero vio a su objetivo abierto en canal por una pared de cristal oscuro que

cayó sobre él al liberar Escanor su propia magia.

Un nuevo vistazo le permitió a Vala ver la cola del tercer phaerimm desapareciendo en medio del círculo de sombra que Galaeron había colocado sobre el anillo de ondas que había formado al sumergirse. El propio elfo estaba señalando aproximadamente hacia ella. Sabiendo que la criatura estaría desorientada durante un instante cuando emergiera de la puerta de sombra de Galaeron, Vala asintió y se dispuso a llamar de nuevo a su espada.

El dedo de Galaeron se volvió en dirección al príncipe Escanor.

—¡No, Galaeron! —exclamó Vala—. ¡Aquí!

Demasiado tarde. El tercer phaerimm ya había reaparecido, atontado y desorientado por su viaje vertiginoso a través del plano de las sombras. Pero Escanor estaba girándose para atacar a su otro enemigo superviviente, por lo que el espinardo no apareció frente a él sino por detrás. A Vala se le heló la sangre. Con el príncipe a una distancia de no menos de veinte pasos de ella y en línea recta al otro lado del phaerimm aturdido, no se atrevía a volver a lanzar su espada.

Se lanzó hacia él, gritando:

—¡Escanor, detrás de ti!

El príncipe ladeó la cabeza por toda respuesta, y se limitó a extender la mano hacia el segundo phaerimm, que estaba atacando a cinco de sus hombres con una rugiente tormenta de meteoritos. Una esfera de oscuridad que giraba velozmente surgió de su mano y atravesó el torso de la criatura, dejándole un enorme agujero en el centro del cuerpo. La criatura se hundió en el lago levantando una gran cortina de agua y lentamente se perdió de vista.

El tercer phaerimm estaba ya sacando la cola del agua, a diez pasos de allí.

—¡Cuidado, por la espalda! —gritó Vala.

Una lóbrega aura de oscuridad que Vala interpretó como más magia de Galaeron envolvió al phaerimm, pero el hechizo no evitó que la cola de la criatura alcanzara a Escanor en la boca del estómago cuando se volvió para repeler el ataque. El aguijón se hundió hasta el fondo, haciendo que el príncipe se doblara y arrancándole un horripilante gorgoteo de angustia.

Vala arrojó su espada. La hoja dio tres vueltas y se hundió hasta la empuñadura en el torso del phaerimm. La criatura comenzó a vacilar entre lo material y lo inmaterial, y Vala se quedó atónita al darse cuenta de que Galaeron no había lanzado el hechizo para proteger al príncipe, sino para atrapar al phaerimm que había junto a él.

¿Acaso a Galaeron lo había poseído finalmente su sombra?

Escanor gimió de dolor y consiguió arrancarse el aguijón, tras lo cual cayó de espaldas y quedó flotando, gimiendo. Vala llamó de nuevo a su espada oscura y apuntó con ella en dirección al príncipe.

—¡Vala, no! —Galaeron entró chapoteando en el agua—. ¡El phaerimm! ¡Sabe

demasiado!

Vala miró al príncipe, quien, a diferencia de la mayoría de sus señores heridos, al menos estaba flotando boca arriba. Decidió confiar un poco más en Galaeron. Se lanzó hacia el phaerimm, bloqueando con su espada oscura la cola cuando ésta se arqueó tratando de alcanzar su garganta, y cortó de raíz el peligroso aguijón. Al girarse, cortó dos de los cuatro brazos de la criatura. A continuación, cogió la espada del revés, se la metió por la enorme boca y le desgarró todo el costado.

El aura oscura desapareció de alrededor del phaerimm, pero reapareció un instante después cuando Galaeron volvió a lanzarle su hechizo trampa. El phaerimm vaciló entre lo material y lo inmaterial mientras trataba de teletransportarse de nuevo, y otra vez Vala le hundió la espada a fondo en el cuerpo. La criatura le dio un puñetazo con uno de los brazos que le quedaban, y con el otro la agarró de la garganta, tratando de romperle la tráquea. La mujer le atizó un rodillazo en el costado y sintió un dolor agudo cuando una de sus espinas le atravesó el muslo. El phaerimm empezó a ganarle terreno, llevando su cabeza hacia la boca llena de colmillos que tenía sobre los hombros. Vala gritó para llamar la atención de Galaeron.

Éste ya estaba apuntando una astilla de obsidiana contra la criatura y pronunciando una serie de sílabas místicas. Un rayo de oscuridad del grosor de un dedo salió de su mano, alcanzando al phaerimm en uno de los brazos que le quedaban e hiriéndolo en el hombro. Vala le dio un golpe seco con la palma de la mano en el otro brazo, se liberó con una patada y lo destripó de tres tajos.

Por el segundo tajo salió el corazón de la criatura, que todavía latía. Vala lo arrojó lejos con un golpe de su espada, y el phaerimm cayó, sin vida, sobre el agua. Lo golpeó una y otra vez, y no se detuvo hasta abrirlo en canal desde la cola hasta la boca y dejarlo flotando sobre el agua como una anguila troceada.

Galaeron se dirigió hacia ella vadeando el lago.

—¿Estás herida?

—Estoy viva. —Sacudió la cabeza para despejarse y se echó un vistazo rápido, a continuación lo miró a él de arriba abajo y se encontró con un par de ojos negros, vacíos.

—¿G-galaeron? ¿Cuántos hechizos has lanzado?

En vez de contestar, Galaeron la empujó hacia el cuerpo flotante de Escanor.

—Ocúpate del príncipe y de los otros —dijo mientras se dirigía hacia la cortina de sombra—, yo terminaré el Desdoblamiento.

CAPÍTULO 2

28 de Tarsakh, Año de la Magia Desatada

La ciudad apareció justo antes del crepúsculo, flotando sobre un promontorio del desierto de color rosado, un diamante distante de tinieblas liminares recortado sobre el poniente purpúreo del cielo oriental. Como de costumbre, estaba rodeada de volutas de niebla negra que le daban el aspecto de una nube tormentosa, de un espejismo o de un djinn airado. Las manchas en forma de «V» de unos cien buitres volaban en círculo por debajo de la ciudad, a la caza de la lluvia constante de basura que salía por los vertederos.

—Ahí está—dijo Galaeron.

Aunque hacía ya dos días desde que había terminado el Desdoblamiento, todavía tenía metido en el cuerpo el estremecimiento helado de la magia de sombras, y estaba ávido de más, ansiaba formular conjuros hasta quedar entumecido y frío de la cabeza a los pies, hasta sentirse colmado con el poder de La sombra y trascender la fragilidad mortal.

Se limitó a señalar la ciudad flotante.

—¿La veis? —preguntó.

—¿Tan lejos? —se quejó Malik.

Malik el Sami yn Nasser, un hombrecillo gordinflón con cara de luna llena y ojos saltones, era el Serafín de las Mentiras, servidor preferente de Cyric, dios del mal, y compañero de viaje extrañamente fiel que había salvado la vida de Galaeron más de una vez.

—Pido perdón por mi maldita suerte —manifestó el hombrecillo—. Es tan consustancial con mi naturaleza que cuando empiezo a pensar que las cosas no podrían ir peor, un golpe de mala fortuna viene a demostrarme lo equivocado que estoy.

—En este desierto, las cosas parecen estar más lejos de lo que realmente están —dijo Vala que, a pesar de la leve cojera debida a la herida del muslo, se puso en marcha por un cauce aluvial—. Será mejor que nos movamos o la perderemos de vista cuando realmente se haga de noche.

Galaeron asintió y se dispuso a seguirla. Como medida de precaución contra posibles ataques, el Enclave de Refugio sólo aparecía brevemente cada atardecer y siempre en un lugar diferente. Dado que la compañía de Escanor no había conseguido completar el Desdoblamiento y levantar el caparazón de sombra en el tiempo previsto, era lógico que pusieran cierta distancia entre la ciudad flotante y los campos de batalla de los montes Sharaedim. Suponiendo que tuvieran la suerte de llegar a la ciudad antes de que volviera a desvanecerse, Galaeron sólo esperaba que no cayeran

víctimas de ninguna de las nuevas defensas instaladas para protegerse contra los phaerimm.

En el fondo del cauce, encontraron a los supervivientes shadovar preparando las monturas de la compañía para la partida. Aunque la mayor parte de los señores de las sombras ya se habían recuperado de la batalla en la caverna, a Escanor le había implantado un huevo el phaerimm que le clavó la cola, y deliraba por la fiebre. Cuanto más tiempo lo tuviera dentro, tanto más difícil sería quitárselo, pero tenía muchas más posibilidades de superar el trance que cualquier humano en las mismas circunstancias. Los shadovar se curaban con rapidez. La mayor parte de sus heridas se cerraban una hora después de la batalla, de modo que parecía probable que el príncipe sobreviviera incluso a una difícil extracción.

Galaeron siguió a Vala, que se dirigía al jefe nominal del grupo en reemplazo de Escanor, un señor de las sombras con ojos de rubí, de piel tan oscura que parecía más una estatua de obsidiana que un ser vivo.

—Lord Raphal —dijo Vala—. Hemos localizado el enclave.

—Eso está bien. —Raphal no levantó la vista. Estaba haciendo un lazo con una cuerda de sombra en torno a las manos de un camarada muerto para sujetarlo a la silla de montar—. Pronto estaremos listos.

Galaeron y sus compañeros esperaron a que Raphal les preguntara dónde o a qué distancia estaba el enclave, o que les diera algún indicio de su preocupación por llevar a Escanor a la ciudad rápidamente.

Raphal no les hizo el menor caso.

—El enclave está lejos —dijo por fin Galaeron—. Tal vez quieras enviar a Escanor delante.

El shadovar fijó en el elfo sus ojos de color rubí.

—Estamos preocupados por el príncipe, ¿no?

—Por supuesto —dijo Vala.

—Muy preocupados —añadió Malik. Dudó un momento, pero no pudo por menos que seguir hablando—. Pero todavía estamos más preocupados por nosotros mismos. Ya sabemos a quién culparán si muere.

Esto arrancó una amarga sonrisa al señor de las sombras. Como todos los de la compañía, Raphal sabía que Malik había sido castigado por la diosa Mystra a decir sólo la verdad o a callar. Era una ironía que parecía divertir especialmente a los shadovar.

Raphal le dio una palmada al hombrecillo en el hombro.

—Tú no tienes nada que temer, mi pequeño amigo. Ni siquiera estabas allí en el momento del Desdoblamiento.

—Pero tú si estabas —dijo Galaeron, preguntándose qué juego se traía entre manos aquel shadovar—, y sabes muy bien que no pretendí hacer ningún daño al

príncipe.

—Yo sé lo que vi —replicó Raphal—. Usaste una trampa de sombra para mantener al espinardo atrapado junto al príncipe.

—Si hubiera dejado que se teleportara, el caparazón de sombra no habría sido una prisión —replicó Galaeron—. Aquellos phaerimm estaban allí para averiguar su secreto, y lo que descubrieron era importante. De no ser así, nos hubieran atacado mucho antes de que los descubriera.

Raphal se quedó pensando en eso y a continuación habló con voz baja y amenazadora.

—¿Cómo es que sabes tanto sobre los phaerimm, elfo? ¿Cómo es que tú pudiste encontrarlos cuando no pudieron veinte señores de las sombras?

Galaeron miró hacia otro lado.

—No lo sé —admitió—. Simplemente me pareció lógico que estuvieran allí.

—Simplemente te pareció lógico —repitió Raphal con tono escéptico.

—Creo que fue su sombra quien lo supo —dijo Vala—. El no dijo nada hasta que su sombra se afirmó.

Raphal meneó la cabeza con impaciencia.

—El ser sombra no es más que la ausencia de lo que es una persona, una imagen más oscura de uno mismo que uno crea simplemente por ser lo que es. No puede saber más que su creador, no más de lo que su creador puede conocer.

Galaeron se encogió de hombros.

—Entonces no puedo explicarlo —dijo—. Simplemente tuve la sensación de que estarían ahí, y acerté.

—¿Y arriesgaste la vida del príncipe Escanor? —inquirió Raphal—. ¿Sólo porque tuviste una sensación?

—Tuve que hacerlo para salvar el caparazón —repuso Galaeron—. Fue algo que supe del mismo modo que supe que los phaerimm tratarían de teleportarse.

Raphal meneó la cabeza.

—No puedes estar seguro —insistió—. Tu ser sombra te tiene en sus manos. Es posible que tu discernimiento esté subvertido...

—Pero sí puedo estar seguro de que necesita un sanador... y pronto —lo interrumpió Galaeron. Este Raphal era un tipo taimado. Mientras acusaba a Galaeron de tratar de hacer daño al príncipe, desperdiciaba un tiempo valiosísimo—. A menos que tú tengas algún motivo para demorarlo. ¿Acaso quieres que el príncipe Escanor incube un huevo de phaerimm?

La furia hizo que los ojos de Raphal pasasen del rubí al naranja blancuzco.

—No albergo nada que no sea amor por todos los príncipes de Refugio, elfo.

—Entonces, ¿no sería prudente hacer que alguien lo llevara de vuelta al enclave ahora mismo?

—Lo sería si el príncipe Escanor tuviera la lucidez necesaria para decirnos cuál es la palabra de paso de hoy —respondió Raphal— Tal como están las cosas, cualquiera que intente entrar a través de las sombras se encontrará arrojado a los Yermos de la Muerte y la Desolación.

—O sea que debemos volver por la vía lenta —dijo Vala, colocándose entre Galaeron y Raphal para cortar de raíz cualquier otra discusión—. ¿Puede cabalgar Escanor?

—Sería mejor que no lo hiciera —afirmó Raphal—. Tal vez tu amigo quiera prestarse a llevar a un pasajero.

El señor de las sombras señaló al otro lado del cauce, al lugar donde un gigante de piedra de mirada triste estaba de rodillas junto a un bloque de cuarcita de más de tres metros de alto.

Estaba trabajando con sus herramientas de escultor, haciendo un modelo a tamaño real de la lucha entre Escanor y el phaerimm que lo había herido. Aunque la obra estaba todavía en los comienzos, era obvio por las formas sinuosas y los huecos ondulantes que no sólo había captado los detalles, sino el espíritu y el movimiento de la batalla, y eso con poco más que la descripción de los hechos.

—Estoy seguro de que a Aris le complacerá prestar algún pequeño servicio al príncipe —dijo Malik—. Mientras estábamos observando el campamento, dijo muchas veces..., si es que una vez puede considerarse muchas veces..., que le habría gustado tener el tamaño adecuado para acompañar al resto de la compañía a la Antípoda Oscura y participar en la derrota de los phaerimm.

—Estupendo. ¿Serías tan amable de preguntárselo en mi nombre? Haré que traigan al príncipe directamente aquí. —Raphal hizo señas a Malik de que se acercara al gigante y a continuación se volvió hacia Galaeron y Vala—. ¿Podréis identificar a vuestras monturas? Partiremos en breve.

—No habrá problema —dijo Vala—. Les he puesto una marca.

La precaución no había estado de más. Los animales voladores que montaban los shadovar, los veserabs, eran criaturas extrañas, sin pelaje y sin cara, y de una piel uniforme de color azul noche. Tenían cuatro patas delgadas, orejas en forma de abanico y un par de alas como las de las gárgolas que se plegaban a lo largo del cuerpo tubular. Su aspecto era el de un cruce poco afortunado entre murciélagos y gusanos de tierra. Una vez que la impresión de un jinete se grababa en ellos, su devoción era absoluta, hasta tal punto que escupían un aliento nocivo a la cara de cualquier extraño que tratase de montarlos.

El elfo siguió a Vala por el cauce aluvial hasta que encontraron a un trío de veserabs que llevaban unas anillas de cobre en las patas. Vala señaló a uno que tenía la anilla en la pata derecha. Galaeron le dio una palmadita en la articulación del ala a modo de prueba y colocó un pie en el estribo. La criatura no reaccionó hasta que

sintió su peso en la silla, y entonces Galaeron notó, con gran alivio, que una oleada de placer recorría el cuerpo del animal.

Poco después, Malik volvió y montó en el suyo y Raphal dio la señal de partida. Los veserabs partieron por el cauce adelante hasta ganar velocidad y entonces desplegaron las alas y se elevaron en el aire en irreprochable formación. Muchos de los señores de las sombras iban atados de través en sus monturas, sólo la de Escanor iba vacía. La compañía había recuperado a todas sus bajas y las había llevado de vuelta a lo largo de casi ochenta kilómetros de sinuosos caminos desde la Antípoda Oscura hasta la superficie.

Al dejar abajo el cauce, una enorme cúpula de oscuridad se elevó por encima de ellos en el extremo occidental del Anauroch. Incluso desde veinte kilómetros más adentro en el desierto, la barrera era inmensa, y describiendo una curva hacia lo alto se internaba en el cielo, extendiéndose en dirección norte y sur hasta donde la vista podía abarcar. A través de su negrura translúcida, Galaeron apenas podía entrever las crestas agrupadas de las estribaciones de la linde sur del desierto y, asomando por detrás, el valle y la ciudad de Evereska donde su hermana, Keya, se encontraba a salvo dentro de la protección del Mythal de la ciudad. Era demasiado realista para pensar que su padre pudiera haber sobrevivido a su última misión como guerrero y vuelto a su lado, pero lord Aubric Nihmedu era un hombre valiente y de muchos recursos, y no había nada de malo en rogar que se hubiera producido un milagro.

Una vez que los veserabs se elevaron lo suficiente para evitar cualquier ataque sorpresa desde tierra, Aris subió en un antiguo disco volador netheriliano. Aunque la plataforma de bronce no era ni tan rápida ni tan manejable como un veserab, era capaz de transportar no sólo el peso del gigante sino también el del príncipe herido, su tienda de campaña y la estatua a medio terminar de Aris. El único inconveniente era que Aris no tenía posibilidad de defenderse en una batalla aérea. Los discos habían sido concebidos como plataformas de batalla para los archimagos netherilianos, no para los clérigos de los gigantes de piedra.

En cuanto la compañía llegó a la altura deseada y puso rumbo hacia la tenebrosa silueta del Enclave de Refugio, la formación empezó a desplegarse, permitiendo así que los veserabs tuvieran espacio para relajarse y extender debidamente las alas. Más que volar, las criaturas nadaban por la atmósfera, estirándose hacia adelante para abarcar una extensión de aire y dejarla atrás a continuación. La turbulencia y las estelas producidas por una formación cerrada hacían que resultase más difícil mantenerse a flote con este extraño movimiento, de modo que por lo general se dividían en grupos más reducidos y viajaban unos al lado de los otros cuando recorrían distancias largas. Vala y Malik iban a uno y otro lado de Galaeron, manteniendo una distancia de unos tres metros.

Aun cuando hubieran estado lo bastante cerca como para conversar con

comodidad, el golpeteo de las alas de los veserabs habría hecho imposible oír nada. Siguieron hacia la oscuridad sumidos en sus propios pensamientos, dejando que sus monturas marcaran el rumbo hacia el enclave mientras ellos vigilaban el trozo de cielo que tenían asignado. Aunque la mayoría de los phaerimm estaban atrapados dentro del caparazón de sombra, sus huestes de sirvientes y esclavos seguían en libertad y podían atacar en cualquier momento. En dos ocasiones Raphal despachó a algunos de sus hombres para perseguir y matar a hombres lagarto asabi por si eran exploradores de una compañía más numerosa, y en otra tuvieron que sumergirse en las sombras por debajo de una larga línea de promontorios cuando Vala adivinó que unas esferas del tamaño de moscas eran un grupo de acechadores que pasaban por delante de la luna.

Galaeron se pasó casi todo el viaje cavilando sobre las duras palabras que habían intercambiado Raphal y él. Era evidente que cuando llegaran al Enclave de Refugio, el señor de las sombras tenía pensado culparlo de la desgracia que había acaecido a Escanor, y una parte de él incluso pensaba que podía haber algo de justificado en ello. Su ser sombra era tan insidioso como oscuro, siempre elucubrando para hacerle ver motivos poco honorables en las acciones de cuantos lo rodeaban, y hacía ya algún tiempo que habían empezado a enfadarlo las miradas lascivas que Escanor dedicaba a Vala cada vez que se dirigía a ella. ¿Era posible que Galaeron le hubiera mandado el phaerimm a Escanor no porque quisiera asegurarse de que éste lo matara, sino más bien porque su ser sombra quisiese que fuera el propio príncipe el que sufriera algún daño?

Esa idea hizo que un escalofrío recorriera de arriba abajo el cuerpo de Galaeron, ya que significaba que la oscuridad había empezado a impregnar no sólo sus percepciones sino también sus actuaciones. Sin embargo, la idea se borró de su mente tan rápido como había llegado. El príncipe ya había matado a un phaerimm y estaba a punto de acabar con el segundo, de modo que parecía lo más sensato mandarle también el tercero. Además, bien pensado, Escanor se merecía lo que le había pasado. Si hubiera escuchado a Galaeron desde un principio, la compañía se habría dispuesto para el ataque y...

—No.

Galaeron pronunció la palabra en voz alta y, alarmado por el poder que estaba adquiriendo su sombra, meneó la cabeza para despejarse. La racionalización había llegado tan sinuosamente, como algo tan natural, que casi había llegado a aceptar el razonamiento como propio. Tendría que hablar con sus amigos sobre esto en cuanto llegaran. Aris había sugerido que la mejor manera de luchar contra la influencia de su ser sombra era tener una actitud totalmente abierta sobre lo que pensaba y sentía para dejar que sus amigos lo guiaran. Por el momento, y mientras no escuchara a Malik, la estrategia del gigante de piedra no sólo había funcionado, sino que había hecho que

Galaeron más o menos mantuviera el control. También lo había acercado a Vala tal vez más de lo que era prudente, considerando la naturaleza fugaz e intensa de las vidas humanas.

Las cavilaciones de Galaeron tocaron a su fin cuando los veserabs dejaron escapar un agudo graznido y de repente empezaron a ascender. La noche se les había echado encima y estaba tan oscuro que no podía ver con claridad ni a veinte metros por delante de sí, pero la luz de las estrellas estaba bloqueada por la forma acechante del Enclave de Refugio. No pasó mucho tiempo antes de que unos cuantos murciélagos de la colonia cada vez más numerosa de la base del enclave empezaran a revolotear en torno a sus cabezas. Raphal volvió a imponer la formación cerrada a la compañía, y por encima de sus cabezas apareció la forma escarpada y sombría de una montaña invertida. Empezaron a describir círculos cada vez más cerrados en torno al pico en forma de embudo, intercambiando saludos silenciosos con los centinelas de ojos como piedras preciosas que vigilaban desde grietas y lugares recónditos. Por fin llegaron a la Puerta de la Cueva, oculta en la profundidad de la sombra bajo un enorme saliente e invisible incluso para la visión oscura de Galaeron.

Los veserabs subieron hasta tan cerca del techo que los jinetes tuvieron que inclinarse hacia adelante y apretarse mucho contra los carnosos lomos de las criaturas. Después, uno tras otro, los veserabs fueron emitiendo graznidos cortos, plegaron sus alas a los lados del cuerpo y bajaron en picado a través de un cuadrado de vacío tan oscuro que Galaeron no fue capaz de distinguirlo de las propias puertas. Sintió que su manga rozaba el borde del portillo, después el aire se volvió bochornoso y cálido y se dio cuenta de que habían entrado en el enorme Patio del Ajero.

Su cabalgadura descendió en espiral hacia un entresuelo semiiluminado y bajó manteniendo la formación, seis lugares por detrás de Raphal y entre Vala y Malik. Galaeron quedó sorprendido al ver a los príncipes Rivalen, Brennus y Lamorak de pie frente al patio de aterrizaje con una compañía completa de guerreros de las sombras.

Siguiendo el ejemplo de Raphal y de los demás shadovar, Galaeron se dejó caer de su veserab y se arrodilló en el suelo, con la frente contra la fría piedra. Dirigió a Vala una mirada preocupada y vio que ella lo miraba con igual inquietud, pero ni uno ni otra se atrevieron a formular la pregunta que apuntaba en sus labios.

Cuando el resto de los jinetes hubo desmontado y adoptado una postura similar, Galaeron sintió que los príncipes y sus guardias atravesaban el lugar. No había ruido, ni de pisadas ni de armaduras, ni siquiera el leve roce de las botas sobre la fría piedra, sólo una sensación creciente de quietud y aprensión.

Por fin, la voz profunda del príncipe Rivalen sonó a menos de tres metros por delante de él.

—¿Quién está al mando?

—Yo —respondió Raphal con voz insegura.

Se puso de pie y dio un leve respingo, antes de contar lo que había sucedido en el lago subterráneo, dejando bien claro lo que había visto con sus propios ojos y lo que sabía por informes que le habían presentado otros. Cuando Raphal llegó a lo del ataque contra el príncipe Escanor, tuvo cuidado de transmitir sólo los hechos, aunque su tono ácido dejó bien claro, al menos así se lo pareció a Galaeron, a quién intentaba culpar. El señor de las sombras acabó su parte informando de que el Desdoblamiento había culminado con éxito y expresando su opinión de que los phaerimm atrapados en los Sharaedim estaría muertos en unos cuantos meses.

—¿Y qué pasó con Escanor? —La voz que preguntó esto era sibilante y autoritaria, como un susurro que el eco transmitiera hasta ese lugar desde algún pasadizo distante—. ¿Dónde está ahora?

—En el disco volador con el gigante nativo —informó Raphal.

Al igual que el propio Aris, el disco volador era demasiado grande para el portillo que daba paso al Patio del Alero. El gigante de piedra tendría que esperar fuera de la Puerta de la Cueva hasta que ésta se abriera para descender luego sobre la mismísima y enorme Plaza de Armas.

—Supremo —dijo el príncipe Brennus—. Traeré a un sanador para que se ocupe de nuestro hermano.

Si estas palabras tuvieron respuesta, Galaeron no la oyó. El aire se volvió inerte y helado y tuvo la sensación de que alguien estaba de pie a su lado.

—¿Fuiste tú quien mantuvo al phaerimm junto a Escanor? —preguntó la misma voz leve que había hablado antes.

Galaeron empezó a levantar la cabeza y luego, después de un «¿estás loco?» que Malik le susurró entre dientes, se lo pensó mejor y volvió a apoyar la frente en el suelo.

—Así es, Supremo.

—¿Y por qué hiciste eso? —La voz sonaba más interesada que enfadada.

—Para impedir que escapara con el secreto del caparazón. —A Galaeron no le hacía ninguna gracia hablarle al suelo y no podía evitar que la irritación se reflejara en su voz—. Para eso estaban allí los phaerimm, para aprender a desactivar el caparazón y poder tomar después por sorpresa el Enclave de Refugio.

—¿De veras? ¿Y tú cómo sabes eso?

—Del mismo modo que supe primero que estaban allí —respondió Galaeron—. A decir verdad, ni yo mismo me entiendo. Todo lo que puedo decir es que lo supe.

La voz guardó silencio.

—Era una cuestión de lógica —dijo Galaeron, tan seguro de que la voz quería una explicación adicional como de cuál sería su destino si no la daba—. Tenían que saber lo que estábamos haciendo, y no podían permitirlo. Tenían que estar planeando algo.

—¿Y eso explica por qué mantuviste al phaerimm al lado de Escanor? —inquirió

la voz otra vez.

Galaeron se disponía a dar una respuesta afirmativa, pero se dio cuenta de que no era eso lo que esperaba la voz. Todavía quedaba una pregunta por responder.

—El príncipe acababa de matar a un phaerimm —explicó Galaeron—. Pensé que le resultaría fácil matar a otro, especialmente a uno que estaba aturdido por la teleportación.

Otra vez el silencio.

—El único otro sitio al que podía enviarlo era junto a Vala —prosiguió Galaeron—. Pensé que si tenía que matar a alguien, era mejor Escanor que Vala.

—¡Estúpido elfo! —gritó Malik, olvidándose de sus propios consejos y alzando la cabeza—. Piensa en lo que dices si no quieres acabar...

La objeción acabó con el golpe sordo del astil de una alabarda sobre la cabeza protegida por el turbante de Malik. Galaeron echó una mirada y vio al hombrecillo desmadejado e inconsciente pero respirando todavía.

—Estás luchando con tu sombra ¿no es cierto, elfo? —preguntó la voz.

—Perdiendo la batalla, creo —respondió Galaeron. Esta vez casi no necesitó ni el atisbo de un silencio para darse cuenta de que debía continuar—. El príncipe Escanor había estado mirando a Vala, y a mí no me gustó.

—Ah.

Galaeron sintió el peso de la mirada de Vala y trató de mantener la vista fija en el suelo, pero la voz persistía en su silencio y en un momento dado se vio compelido a mirar hacia ella. Ella le devolvió la mirada dentro de las limitaciones del caso, y en sus ojos de color esmeralda vio un brillo de sorpresa y de triunfo.

—No es nada de que debas preocuparte. —La voz tenía un tono divertido—. Por su propia naturaleza, las sombras son inconquistables e inabarcables. Sólo puedes vencerlas vencéndote a ti mismo.

Más silencio, pero esta vez Galaeron no se sintió impelido a hablar. El aire se volvió bochornoso y más activo, y Galaeron tuvo la sensación de que podía volver a respirar.

Cuando la voz volvió a hablar, lo hizo a lo lejos.

—Hadrhune se ocupará de que tú y tus compañeros seáis alojados cerca de palacio. Si no quiero perder a ningún otro príncipe, me parece que deberé enseñarte a convivir con tu sombra.

Sin saber con certeza si aquello era bueno, pero confiando en que lo fuera, Galaeron empezó a levantar la cabeza... y sintió el contacto de una alabarda sobre la nuca. Volvió a tocar el suelo con la frente.

—Supongo que eso merecerá tu aprobación, ¿no es cierto, elfo?

—Por supuesto —dijo Galaeron mientras su corazón se desbocaba, estaba por verse si de alegría o de miedo, pero ciertamente de entusiasmo—. Gracias.

Silencio, pesado y expectante.

—Y, claro está, te devolveré el favor dentro de mis posibilidades.

—Bien, Galaeron —dijo la voz—. Ya nos vamos entendiendo.

Aunque el mes de Tarsakh casi había terminado y el festival de los Verdes Pastos estaba cerca, en Aguas Profundas soplaba una feroz ventisca del este que hacía que golpearan las contraventanas con sus fieros vientos y lanzaba más nieve sobre una ciudad ya enterrada en ella hasta las aldabas. Tampoco se parecía esto en nada al aire húmedo que llegaba del mar a comienzos de cada Reverdecer. Eran agujas de nieve, diminutas láminas de cristal de hielo que se formaban por encima del Hielo Alto y atravesaban todo el continente en aullantes y gélidas oleadas.

No había perspectivas de que el deshielo llegara pronto. Para eso eran necesarias brisas tibias y que brillara el sol, y lo más parecido que Aguas Profundas había visto a cualquiera de las dos cosas era un fluir constante de nubes de tormenta de color gris perla que barrían el cielo. Las cosas habían tomado tal cariz que la guardia de la ciudad había cubierto el puerto congelado de montañas de nieve sobrante, a los leñadores les resultaba imposible alimentar las chimeneas de la ciudad y los agricultores de la zona todavía no habían podido arar sus campos congelados. En suma, Aguas Profundas se enfrentaba a un desastre natural de las peores proporciones, y por eso las noticias traídas por el príncipe Aglarel parecían tan fortuitas, tan sospechosamente fortuitas, al menos para todos los que sabían cómo funcionaban esas cosas.

El shadovar estaba delante de Piergeiron Paladinson y siete de los Señores Enmascarados de Aguas Profundas. Sus ojos tenían un brillo de plata y sus colmillos ceremoniales destellaban de tan blancos mientras se dirigía a la asamblea entre la imponente majestuosidad de las paredes de mármol blanco del Palacio de las Cortes. Además de Piergeiron y de los Señores Enmascarados, a la reunión asistían también las hermanas Storm y Learal Mano de Plata, lord Tereal Dyndaryl de la isla de Siempre Unidos, lord Gervas Imesfor de Evereska, y la inevitable multitud de papamoscas que siempre se juntan cuando hay una reunión de tan altos dignatarios.

Si Aglarel era consciente del poder y la influencia de aquellos a quienes se dirigía, su desenvoltura y la confianza que reflejaba su voz no lo demostraban. Era una figura enorme y oscura, con un rostro varonil y pelo largo del color del ébano, y vestía una enorme capa negra y un tabardo púrpura que casi daban la sensación de flotar cuando él avanzaba o retrocedía en el podio, subrayando ocasionalmente algún aspecto con un movimiento punzante de una garra negra que se parecía más a un fragmento de obsidiana que a una uña humana.

—Los Sharaedim se han transformado en la prisión de los phaerimm —estaba diciendo—. Ahora que mi gente ha terminado el caparazón de sombra, lo más prudente es esperar y dejar que cumpla la función para la que fue concebido.

—Tal vez sea lo más prudente para los humanos —dijo lord Imesfor. Aunque era un señor poderoso y muy respetado en Evereska, su aspecto era el de una miseria de elfo cuyos dedos habían quedado tan maltrechos después del ataque de un grupo de captores phaerimm, que a duras penas podía vestirse y mucho menos formular un conjuro—. ¿Y qué pasa con los elfos todavía atrapados en Evereska? ¿Qué pasa con nuestras tierras?

—El enemigo ya ha asolado vuestras tierras. El caparazón en nada puede modificar eso —respondió Aglarel—. Por lo que respecta a vuestros elfos sitiados en Evereska, sólo cabe esperar que lleguemos nosotros antes que los phaerimm.

—No llegaremos a nadie oculto tras ese caparazón de sombra del que hablas —dijo Tereal Dyndaryl. Era relativamente alto incluso para un elfo dorado y tenía un rostro demacrado que hacía que su *continente*, ya de por sí adusto, tuviera un aire de absoluta amargura—. No tenemos tiempo para dejar morir de hambre a los phaerimm. ¡Debemos ir a combatirlos donde estén!

—¿Y sabes cómo hacerlo, lord Dyndaryl? —preguntó Aglarel. Teniendo en cuenta el tono acusador usado por Dyndaryl, la voz del príncipe sonaba sorprendentemente cordial—. Si los elfos tienen una manera más rápida de vencer a los phaerimm, los shadovar estarán más que dispuestos a colaborar.

Las mejillas hundidas de Dyndaryl se pusieron de color ámbar.

—Estamos trabajando en algunas ideas, pero nada que pueda comunicaros por el momento.

—Entonces, cuando llegue el momento —dijo Aglarel sin la menor ironía—. Por ahora, el caparazón sigue siendo nuestra mejor baza. Te ruego indiques a tus comandantes que eviten acercarse a él. Los que se pongan en contacto con él perderán aquello con lo que lo toquen, y el que use la magia de Mystra sobre él, no conseguirá nada y además lamentará los resultados.

—¿Y eso por qué? —inquirió Storm Mano de Plata.

Storm era una mujer sorprendente, de trenzas de plata y casi un metro noventa de estatura, vestida con una ceñida armadura de cuero y armada para la batalla. Aunque vivía a medio continente de distancia y había acudido a la reunión sin que nadie la invitara, Piergeiron de todos modos agradecía su presencia. Tratándose de uno de los Elegidos de Mystra, solía ser lo más prudente.

—A ninguno de los aquí reunidos nos impresionan tus amenazas, shadovar —añadió Storm.

—Me malinterpretas, lady Mano de Plata —dijo Aglarel. Probablemente su intención era que su sonrisa reflejase una actitud paciente, pero la línea de colmillos que sobresalían tras su labio negro le daba un aspecto más bien siniestro—. Los shadovar no están amenazando a nadie. Me limito a informar a lord Piergeiron y a lord Dyndaryl de los peligros del caparazón.

¿Cuáles son esos peligros? —susurró Deliah la Blanca, una señora enmascarada de Aguas Profundas. Al igual que los demás Señores Enmascarados, su identidad estaba oculta bajo una capa, un yelmo y una máscara de naturaleza mágica y sus palabras sólo podían oírlas Piergeiron y los demás miembros del consejo—. *Conocer que existen esos peligros no nos ayuda demasiado a menos que sepamos en qué consisten.*

—¿Exactamente de qué naturaleza son estos peligros? —preguntó Piergeiron. Como Señor Descubierta, era su deber servir como rostro común del consejo y hablar en público por los demás—. No nos ayuda demasiado saber que existen sin saber en qué consisten.

Aglarel miró significativamente por encima del hombro a los curiosos reunidos en la tribuna del público.

—No sería prudente revelar la naturaleza del caparazón de sombra en las actuales circunstancias —dijo—. Baste decir que todos sabemos lo que sucedió cuando la simple magia de un guardián de tumbas chocó con un conjuro de sombra.

Piergeiron, Deliah la Blanca y varios otros hicieron gestos afirmativos con la cabeza. Todo este embrollo había empezado cuando una patrulla de guardianes de tumbas evereskanos interrumpió un encuentro entre un poderoso mago shadovar y lo que los elfos tomaron por un grupo de humanos profanadores de tumbas. Un phaerimm fue atraído por el sonido del tumulto resultante y la magia del jefe de la patrulla, basada en el Tejido, chocó con la magia de sombra del shadovar. Nadie entendía muy bien lo que había sucedido a continuación, salvo que el resultado había abierto un agujero en la barrera mística que había mantenido a los phaerimm prisioneros bajo el Anauroch durante más de mil quinientos años.

Después de permitir que su público tuviera tiempo para pensar en sus palabras, Aglarel continuó.

—¿Os imagináis las consecuencias si ese conjuro hubiera sido formulado por uno de los magos de batalla de Aguas Profundas? —dirigió una mirada a Gervas Imesfor—. ¿O quizá un alto mago de Evereska?

—No hay necesidad de imaginar nada —dijo Storm con tono apesadumbrado—. Todos sabemos lo que sucedió en el Valle de las Sombras... Y precisamente por eso me resulta tan poco convincente la preocupación que muestras ahora por nuestro bienestar.

—Lo que sucedió en el Valle de las Sombras fue un malentendido —replicó Aglarel—, y fue tu ataque lo que abrió la brecha en el Infierno. Nosotros también perdimos a uno de los nuestros.

—Un precio muy pequeño para librarse de Elminster —les espetó Storm.

—Nunca fue ésa nuestra intención —dijo Aglarel—. Rivalen y los otros estaban allí para entablar conversaciones...

—Tal vez olvidas que yo también estaba allí, príncipe —le advirtió Storm—. Vi lo que hicieron tus hermanos.

Antes de que el relámpago que amenazaba con salir de sus ojos se convirtiera en rayos en la punta de sus dedos, Piergeiron levantó una mano.

—Por más que todos estemos muy preocupados por la suerte que haya podido correr Elminster —dijo—, no es ésa la cuestión que hemos venido a tratar aquí.

No podía permitir que Storm convirtiera las conversaciones en una pelea por lo que había causado la desaparición de Elminster. Era una cuestión delicada, y lo era todavía más desde que también se había perdido la Simbul. Había quienes sostenían que ella ya había recuperado a Elminster y se lo había llevado por arte de magia a alguna otra dimensión para que allí se recuperase, pero Storm insistía en responsabilizar a los shadovar de la ausencia de Elminster, y no dejaba pasar ninguna oportunidad de echárselo en cara.

Piergeiron no sabía qué pensar, había oído argumentos convincentes a favor de ambos planteamientos y la verdad era que no le interesaba. Su único objetivo era evitar que aquello se convirtiera en un duelo mágico en cien leguas a la redonda de Aguas Profundas, y mucho menos dentro de su propio palacio.

Intercambió una mirada con Storm.

—Fuera lo que fuese lo que sucedió aquel día en el Valle de las Sombras, lo último que necesitan Evereska o Faerun es una guerra con los shadovar.

—¿Fuera lo que fuese? —Storm echaba chispas—. ¡Ya te he dicho qué fue lo que pasó! Los shadovar son tan malvados como los...

—Vamos, hermana —dijo Learal. Era tan alta como su hermana y, como ella, tenía las trenzas plateadas, pero sus ojos no eran azules sino de color esmeralda—. Las exageraciones no conducen a nada, y he visto con mis propios ojos lo que los shadovar pueden hacer contra los phaerimm. Nos hace falta toda la ayuda que nos puedan proporcionar.

—Ayuda de un nido de víboras que al final se convertirá en veneno —replicó Storm.

—Sólo pedimos lo que fue Netheril en los días de nuestros antepasados —dijo Aglarel—. Si nos dejáis el Anauroch, nadie tendrá nada que temer del Enclave de Refugio en todo Faerun.

—No corresponde a Aguas Profundas dar o negar el Anauroch —replicó Piergeiron, tratando de reconducir la conversación a la cuestión que le interesaba—, del mismo modo que no les corresponde a los shadovar poner a Evereska en cuarentena.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo, lord Piergeiron —respondió Aglarel—. Y ésa es sólo una de las razones por las que deberíamos crear un consejo de coordinación. Estoy seguro de que todos coincidiríamos en que lo mejor para

Evereska sería que nuestras naciones compartieran la responsabilidad de tomar este tipo de decisiones.

—Un gesto magnánimo, príncipe Aglarel, teniendo en cuenta que los shadovar han inferido a los phaerimm las escasas pérdidas que han sufrido en esta guerra —dijo Learal cordialmente. Ella sabía de qué hablaba: su amado Khelben *Bastón Negro* Arunsun había desaparecido durante una batalla a comienzos de la guerra, y ella pasaba gran parte de su tiempo en el frente tratando de determinar qué habría sido de él—. Estoy segura de que lord Imesfor vería con buenos ojos la formación de un consejo.

—¿Quién debería liderar ese consejo? —preguntó Storm antes de que el elfo pudiera manifestar su acuerdo o desacuerdo—. ¿Los shadovar?

Aglarel asintió sin vacilar.

—Creo yo que por ahora somos los más indicados para hacerlo —dijo.

¡Cuando los dragones se arrodillen ante los halflings! —exclamó con un resoplido de desdén Brian el Maestro de Armas. Como uno de los Señores Enmascarados de Aguas Profundas, sus palabras llegaron a Piergeiron como un susurro apenas audible—. *Están tratando de hacerse con el control de la zona de guerra.*

Aglarel echó una mirada breve hacia donde estaba Brian, después volvió a mirar a Piergeiron y dijo:

—Si a los Señores de Aguas Profundas les resulta incómodo nuestro liderazgo, no tendríamos inconveniente en que se nombre a lord Imesfor presidente del consejo. Después de todo, es su patria la que está en peligro.

Piergeiron estaba demasiado atónito como para responder. Las conversaciones entre los Señores Enmascarados estaban protegidas por la misma magia que ocultaba sus identidades, y sin embargo, era evidente que Aglarel había oído lo que había dicho Brian.

—Los señores hablarán del consejo que propones más tarde, en privado —dijo—, pero apreciamos tu oferta.

Muchos de los presentes en la sala no entenderían por qué no había aceptado inmediatamente el nombramiento de lord Imesfor como presidente del consejo, pero es que ellos no habían visto cómo temblaba el elfo al más ligero sonido ni habían oído resonar sus gritos que el eco propagaba por todo el palacio cada vez que se retiraba a sus habitaciones para intentar la Ensoñación. Gervas Imesfor no estaba en condiciones ni de dominar a un caballo, y mucho menos de liderar una alianza política y militar de esta magnitud. Piergeiron estaba seguro de que Aglarel sabía muy bien todo eso al proponerlo para el cargo.

Estoy segura de que nuestras deliberaciones tendrían más sentido si supiéramos más sobre la naturaleza del caparazón de sombra —insistió Deliah, que quería más

detalles. Como casi todos los magos respetables de Faerun, parecía más alarmada por la misteriosa magia de los shadovar que por la maldad de los phaerimm—. *Si al príncipe le preocupan los espías, tal vez podríamos reunirnos más tarde...*

—Sólo estoy autorizado a revelar la naturaleza del caparazón a nuestros aliados declarados —dijo Aglarel, arrancando un respingo notorio a tres de los señores que no se habían dado cuenta antes de que estaba escuchando sus conversaciones privadas—. No obstante, es difícil predecir cómo responderán los phaerimm. Realmente sería mejor que creáramos el consejo de coordinación sin más tardanza.

—¿Tienes dudas de que el caparazón resista? —preguntó lord Dyndaryl.

—En absoluto. El caparazón resistirá. —Aglarel miró deliberadamente a Imesfor—. Es Evereska lo que nos preocupa. No tenemos una comprensión suficiente del Mythal como para saber hasta qué punto resistirá a un ataque sostenido.

—¿Todavía resiste? —Se percibía un alivio evidente en la voz de Imesfor—. ¿Lo sabes?

Los phaerimm habían rodeado la totalidad de los Sharaedim con un muro infranqueable que evitaba cualquier tipo de intercambio, físico o mental, con Evereska, y él no era el único que se había estado preguntando si la ciudad estaría todavía en manos de los elfos.

Aglarel vaciló un momento, después hizo un gesto afirmativo, tan leve que casi fue imperceptible.

—¡Gracias a Corellon! —balbució Imesfor.

—¿Entonces vosotros estáis en contacto con la ciudad? —Esta vez fue Learal Mano de Plata quien lo preguntó—. ¿Sabes si Khelben está allí?

Aglarel miró hacia otro lado.

—Desgraciadamente, no me está permitido responder a tus preguntas, lady Mano de Plata. —Sus palabras sonaron como una disculpa genuina—. Esa información sólo podríamos dársela a nuestros aliados.

—¿A vuestros aliados? —Learal estaba que echaba chispas—. ¿Quién crees que ha estado luchando a tu lado...?

—Si dependiera de mí, lady Mano de Plata, te lo diría —afirmó—. Tu colaboración no ha pasado desapercibida al Supremo, pero es evidente que tienes una alianza con Aguas Profundas, y Aguas Profundas todavía no se ha pronunciado como nuestro aliado.

Ni es probable que lo hagamos —dijo Brian—. *Aguas Profundas no cederá a tácticas de mano dura. ¡Jamás!*

Aglarel se volvió directamente a mirar a Brian.

—No son tácticas de mano dura. ¿Cuántos secretos revelaría Aguas Profundas a una ciudad que se negase a declararse su aliada?

—No pretendemos que nos reveles ninguno de tus secretos —replicó Learal,

esforzándose por hacer que su voz sonara paciente—. Sólo se trata de una simple cuestión de cortesía.

—Los shadovar están dando muestras de la mayor cortesía, lady Mano de Plata —dijo Aglarel—. Para eso estoy yo aquí. Quienes están faltando a la cortesía son los de Aguas Profundas, que reciben con suspicacia una información dada de buena fe, que rechazan nuestra oferta de amistad con arbitrarias acusaciones de coerción, que permiten que una de las personas reunidas en este palacio diga que el Enclave de Refugio es un hatajo de embusteros y un nido de víboras.

Aglarel detuvo la mirada un momento en Storm Mano de Plata y luego volvió a fijarla en Piergeiron.

—Os hemos advertido del peligro del caparazón de sombra. No tenemos intención de interferir en ninguna de vuestras misiones. En caso de que alguna de vuestras fuerzas quisiera atravesarlo, estaremos encantados de enviar una escolta para que lo haga posible.

¡Diablos arrogantes! —rugió Brian, olvidando o pasando por alto adrede el hecho evidente de que el príncipe podía oír todas sus palabras—. *¡Están reclamando el control de la zona de guerra nos guste o no!*

Aglarel lanzó una mirada a Brian, pero prefirió hacer caso omiso de su bravata.

—Aunque lamentamos que no sea posible coordinar nuestros esfuerzos, el Enclave de Refugio agradece vuestra atención.

El shadovar hizo una profunda reverencia y luego se volvió hacia la puerta con intención de marcharse. Aunque Piergeiron sentía las miradas lacerantes de los elfos y de las hermanas Mano de Plata, lo que más pesaba sobre él era lo que sus Señores Enmascarados habían omitido decir. Como de costumbre, Brian el Maestro de Armas había ido directo al centro de la cuestión. Les gustara o no a Aguas Profundas y a los elfos, los shadovar tenían el control de la zona de guerra. Lo que Piergeiron no entendía era por qué se habían molestado en enviar un emisario para anunciar lo que era ya un hecho evidente. ¿Realmente esperaban formar una alianza, o se trataba de algo más amplio y más inicuo?

Sólo había una forma de averiguarlo. Piergeiron se irguió cuan alto era.

—¡Príncipe Aglarel! —llamó.

Hay que reconocer que Aglarel tenía un aspecto realmente turbado cuando se detuvo y se volvió para mirarlo.

—¿Sí, lord Paladinson?

—No te he dado permiso para marcharte.

El príncipe dio la impresión de reprimir una sonrisa.

—Por supuesto —inclinó la cabeza—. Mil disculpas.

Piergeiron se resistió a la tentación de dejar que el shadovar permaneciera en esa postura de sometimiento. Las cosas habían quedado claras.

—Príncipe Aglarel, Aguas Profundas no ha rechazado tu oferta.

Esto pareció coger al príncipe por sorpresa.

—Entonces, ¿la aceptáis?

—Como ya dije antes, los señores discutirán la cuestión más tarde.

—Eso equivale a rechazarla —dijo Aglarel—. Como ya dije antes yo mismo, es necesario que el consejo se cree inmediatamente.

—Entonces será que tienes noticia de que algo está a punto de suceder —aventuró Piergeiron—. Tal vez Aguas Profundas y Evereska deberían retirar sus ejércitos.

Por fin hubo un brillo de sorpresa en los ojos plateados de Aglarel.

—¿Retirarlos?

—De inmediato —insistió Piergeiron—. No tenemos la menor intención de interferir con los planes de tu ciudad.

Aglarel se quedó pensando un momento, después bajó la mirada.

—Ni nosotros de hacer que abandonéis el campo —dijo—. Permíteme que lo consulte con el enclave.

Piergeiron sonrió.

—Por supuesto. —Autorizó la salida del príncipe con un gesto condescendiente—. Puedes tomarte todo el tiempo que necesites. Lo mismo haremos nosotros.

—Claro —dijo Aglarel—, no me cabe la menor duda de que lo haréis.

El príncipe devolvió la sonrisa del Señor Descubierta, luego volvió a inclinar la cabeza y con un airoso movimiento de su capa oscura, se volvió para marcharse.

CAPÍTULO 3

9 de Mirtul, Año de la Magia Desatada

Lo mismo que tantas otras cosas del Enclave de Refugio, Villa Dusari le causó a Galaeron la impresión de un monumento al encanto de la oscuridad y a la belleza de lo que sólo puede entreverse. Las puertas daban a un patio redondo pavimentado de un material gris perla que no era del todo piedra ni del todo cristal. En el centro, una pequeña fuente gorgoteaba vertiendo agua en un negro estanque. La columnata que rodeaba el recinto era profunda y llena de sombras, con nueve puertas en forma de arco que se abrían como bocas cavernosas hacia el interior de la casa. Frente a cada columna había unas preciosas urnas que los ricos shadovar usaban para fines decorativos, con un orificio a un lado para permitir que la sombra mágica saliera borboteando en una protuberancia informe.

—Una pena —dijo Aris con voz tonante. La puerta no tenía dintel, de modo que el gigante de piedra no tuvo necesidad de inclinarse al entrar en el patio. Se puso de rodillas y con todo cuidado cogió una de las urnas entre el pulgar y el índice—. ¿Quién haría semejante cosa?

—Una señal de duelo —les explicó su guía, Hadrhune, un hombre delgado vestido con una vaporosa túnica negra, tan envuelto en la magia de sombra que por momentos daba la impresión de desvanecerse en su propia aura liminar. Utilizó el bastón negro que llevaba en la mano para señalar la estatua a medio terminar que Aris llevaba bajo el brazo y dijo—: Tu obra es de calidad tan adecuada que nadie se opondría a que pusieras tus propias esculturas en su lugar.

—Sería un privilegio para mí —respondió el gigante con una inclinación de cabeza.

—De hecho, siempre es un privilegio para un huésped aumentar el patrimonio de su anfitrión con obras de arte —afirmó Malik. Se sentó en el borde de la fuente central y provocó un gesto de desaprobación de Hadrhune al coger agua en el cuenco de la mano para beber—. Tal vez me hagas el favor de quedarte algún tiempo en mi casa... cuando el Uno me conceda los fondos para comprar una.

—Hasta entonces, el Supremo espera que ésta te resulte adecuada —dijo Hadrhune. Cogió el cazo del gancho en el que estaba colgado e intencionadamente se lo ofreció a Malik—. Considérala tu casa.

—¿De veras? —Haciendo caso omiso del cazo, Malik se enjugó las manos en la túnica y paseó la mirada por el patio como estudiándolo—. Es un poco pequeño para *Kelda*, pero...

—Me temo que tu caballo deberá permanecer en los establos —dijo Hadrhune con aire desdeñoso. Se volvió hacia Aris y abarcó la estancia con su bastón—. Este

va a ser el alojamiento de Aris. ¿Te parece bien? Podemos hacerle poner un techo, pero el espacio está muy disputado tan cerca del palacio. Aparte del Gran Recinto propiamente dicho, no hay ningún edificio de tamaño suficiente para albergarte.

—No necesito un techo, gracias. —Aris estudió los alrededores con expresión de creciente inquietud, después trató de ocultar su decepción—. Tengo lugar suficiente para dormir.

—No temas, mi voluminoso amigo —dijo Hadrhune—. No tendrás otra cosa que hacer aquí. El Supremo ha declarado que puedes tener tu taller en el almacén de mercancías. Quedó muy impresionado con tu representación de la lucha de Escanor.

Esto arrancó una sonrisa al serio gigante.

—Entonces será suya cuando la acabe.

—Aris llenará la ciudad con sus obras si se lo permiten —dijo Galaeron, colocándose al lado de Hadrhune—. ¿Cuándo voy a empezar mis lecciones con el Supremo?

Hadrhune pasó la negra uña de su pulgar por un surco muy desgastado situado cerca del cabezal de su bastón.

—Pensé que antes querrías ponerte cómodo en tu nueva residencia.

—Me llevó una semana encontrar este lugar —dijo Galaeron—. No tengo tiempo que perder.

—El Supremo ha estado ocupado con la guerra. —Los ojos ambarinos de Hadrhune ardían—. Estoy seguro de que lo entenderás.

—Lo que entiendo es que dijo que me enseñaría a controlar a mi sombra —se quejó Galaeron—, y que tú me apartas cada vez que me presento.

El bastón de Hadrhune se alzó en el aire como si estuviera a punto de golpear a Galaeron, quien sintió la mano de Vala sujetando su antebrazo.

—Galaeron, contrólate. —La mujer le hundió los dedos en la parte interna de la muñeca y los giró obligándolo a abrir la mano y a soltar la empuñadura que había asido sin darse cuenta—. Si no quiere que veas al Supremo, el que tú saques la espada es precisamente la excusa que necesita para encargarse de que no lo veas nunca.

Hadrhune le dirigió a Vala una sonrisa forzada.

—Yo quiero realmente que él aprenda del Supremo —dijo—. Todos lo queremos.

Con movimientos más lentos, agitó el bastón por encima de sus cabezas y apuntó con el extremo a la puerta, donde una mujer de pelo oscuro vestida con el traje y el velo de los bedines del desierto trataba de deslizarse hacia el patio. A juzgar por sus ojos pintados de kohl, que era todo lo que Galaeron podía ver de ella, era algo mayor que Vala y no tan morena como los shadovar.

—Eh, tú —llamó Hadrhune—. ¿Sabes lo que hacemos con los ladrones en esta ciudad?

La mujer pareció encogerse imperceptiblemente y a continuación se irguió cuan alta era.

—Por lo que veo, les dais cobijo. —Hablabla lengua común sin el menor acento bedine. Sostuvo la mirada de Hadrhune y atravesó el patio. Llevaba al cuello un colgante de plata representando el arpa y la luna, que se hacía más visible a medida que se acercaba—. Estoy buscando a uno que, según los rumores, acompaña a estas gentes.

Miró a Galaeron y a Vala como si no fueran dignos de su mirada, después pasó de largo por la rodilla de Aris y escrutó las sombrías profundidades de la columnata. A Galaeron no le sorprendió en absoluto que Malik se hubiera desvanecido. El hombrecillo tenía una capacidad sorprendente para el sigilo y ya había mencionado suficientes veces sus problemas con cierta Arpista como para que Galaeron adivinase de quién se trataba. Vala cruzó con él una mirada y enarcó apenas las cejas. Él hizo una señal descendente con la mano indicándole que esperara, y la Arpista bedine desvió la mirada fingiendo no haberlo visto.

Si Hadrhune percibió la discreción de la mujer, no dio muestras de ello.

—¿Cómo has entrado en el Enclave de Refugio?

La mujer alzó las oscuras cejas.

—De la manera habitual —respondió—. He servido a los príncipes Clariburnus y Brennus como guía en el desierto, un cargo establecido en Aguas Profundas por intermediación de Learal Mano de Plata y del príncipe

Aglarel. Si hay distritos prohibidos, no me informaron cuando me trajeron a la ciudad.

—El distrito no está prohibido —aclaró Hadrhune—, pero sí bien guardado.

—¿Y tú sabrías de cualquiera que hubiera entrado?

—Sí —respondió Hadrhune.

Los ojos de la mujer centellearon.

—Yo creo que no —replicó.

A Galaeron le cayó bien inmediatamente.

—Ruha —le dijo—, pierdes el tiempo si buscas a Malik entre nosotros. Yo no diría que es el tipo de compañía que le gusta frecuentar a la gente sensata.

La bruja volvió su mirada burlona hacia Galaeron.

—Si sabes quién soy —dijo—, también debes saber que no se me engaña tan fácilmente. He visto su caballo en los establos. —Una pequeña cadena de oro se descolgó de su manga hacia el hueco de la mano, aunque lo hizo con tal habilidad que Galaeron dudó de que los demás lo hubieran notado—. Es una pena... era una buena cabalgadura.

—¡Malvada Arpista! —gritó Malik—. ¿Qué le has hecho a mi *Kelda*?

El hombrecillo salió furioso de entre las sombras a espaldas de la bedine haciendo

girar la honda cargada con una piedra en actitud de atacar. Ruha giró ágilmente sobre sus talones alzando ante él la cadena dorada y formulando un conjuro común de aprisionamiento.

Galaeron ya tenía medio dispuesta la inversión. La sincronizó de modo que terminara en el mismo instante que la de Ruha, y un relámpago de magia de sombra le recorrió el cuerpo, frío y restallante, lo bastante cortante como para sentirlo en los huesos. Un cordel de magia pardusca envolvió en espiral el cuerpo de Ruha, atándole las rodillas y sujetándole los brazos a los lados del cuerpo. Entonces, su cadena de oro desapareció de manos de la mujer y apareció en las de Galaeron.

Malik disparó la honda, pero Galaeron tiró fuertemente de la cadena y apartó a Ruha, de modo que la piedra pasó de largo y fue a dar de lleno en el pecho de Hadrhune. El senescal casi ni pestañeó, pero tal fue el asombro de Malik que a punto estuvieron sus ojos de saltar fuera de las órbitas.

—¡Oscurísimo señor, mil perdones! —gritó—. Pero sin duda un hombre tiene derecho a defender...

—¡Ya basta! —Hadrhune bajó su bastón apuntándolo hacia Malik.

Galaeron maldijo entre dientes y alzó la mano para formular otro conjuro..., pero Vala se la bajó de un manotazo.

—¿Estás loco?

Hadrhune pronunció una palabra y una diminuta esfera de sombra salió disparada del extremo del bastón y fue a dar a los pies de Malik. Este gritó y trató de apartarse de un salto, pero el círculo oscuro se expandió a sus pies y cayó a través de él como si fuera un agujero. El círculo de sombra se cerró sobre sí mismo y se desvaneció de la vista.

Aris, que había estado observando todo esto desde muy arriba, gruñó y puso una rodilla en tierra, tendida ya la mano hacia Hadrhune. El senescal levantó el bastón por encima de su cabeza y alcanzó el centro de la mano del gigante con su extremo.

—No hay motivo para enfadarse por esto, Aris. Tu amigo volverá pronto.

—Más vale que así sea. —Aris retiró la mano del bastón, pero trató de que su voz sonara amenazadora—. Le debo la vida.

—No es necesario que le pagues hoy, mi enorme amigo —dijo Hadrhune bajando el bastón—. Lo único que pretendí fue que pusiera en orden sus asuntos.

Se colocó en el lugar por el que había desaparecido Malik y le hizo señas a Galaeron de que acercara a Ruha.

—Puesto que al parecer todos vosotros lo sabéis todo los unos de los otros, tal vez no os importaría ponerme al tanto.

Ruha fulminó a Galaeron con la mirada y luego, con las manos todavía sujetas por el cordel pardusco de magia dijo:

—No tengo nada que ver con el elfo ni con su ramera...

—¿Ramera? —rugió Vala—. ¡Jamás me han pagado un céntimo!

Echando mano de su espada oscura avanzó, pero se detuvo frenada por un toque de advertencia del bastón negro de Hadrhune.

—Acabemos esto sin derramamiento de sangre, si os parece. —El senescal se volvió hacia Ruha y preguntó—. ¿Qué es lo que quieres de Malik?

—Quiero llevarlo a la Mansión del Crepúsculo para que responda de sus fechorías.

—¿Que son...?

—Tantos asesinatos que he perdido la cuenta, entre ellos los de Rinda y Gwydion, guardianes del maldito *Cyrinishad*, y el robo de ese mismo libro —explicó Ruha—. Si los shadovar quieren realmente ser buenos aliados de las naciones de Faerun como dicen, deberéis liberarme y entregarme a ese bellaco.

—Te aseguro que nuestro deseo es sincero —dijo Hadrhune—, pero no tenía la menor idea de que las Arpistas controlaran tantas naciones.

—No controlamos ninguna —reconoció Ruha—, pero tenemos influencia sobre muchas.

—Una distinción que nosotros, los shadovar, comprendemos muy bien —afirmó Hadrhune, sonriendo con amabilidad. A diferencia de las sonrisas de los príncipes y de la mayoría de los señores de las sombras, la suya no ponía al descubierto unos colmillos ceremoniales—. También sabemos que en toda discusión hay dos partes. Galaeron, ¿qué tienes que decir? ¿Qué aconsejarías al Supremo en esta cuestión?

Galaeron se quedó mirando a Hadrhune pensando en lo mal que le caía el hombrecillo.

—Sé lo que te gustaría oír —dijo por fin.

—¿Crees que estoy tan hundido en mi sombra?

Vala cogió a Galaeron por el brazo.

—Galaeron...

—Sé lo que está bien —dijo él, desasiéndose—. No voy a traicionar a un compañero leal para acceder al palacio.

—Galaeron, Hadrhune no te está pidiendo que traiciones a nadie —puntualizó Vala.

—Sólo pido la verdad —aseguró Hadrhune—. Si no eres capaz de ver eso es que estás realmente sometido a tu sombra. —Dejando que Galaeron rumiara su ira, Hadrhune echó la cabeza hacia atrás para mirar a Aris—. ¿Qué le dirías tú al Supremo, amigo mío?

De rodillas junto a la fuente, el gigante todavía doblaba al shadovar en altura.

—Es cierto que Malik sirve a un dios del mal —dijo Aris—, pero yo le debo la vida y el honor me obliga a mantener mi alianza con él contra cualquier enemigo.

Hadrhune se volvió hacia Vala.

—¿Y tú?

—Yo no estaría aquí de no ser por él.

A Galaeron todavía le resultaba difícil creer que Hadrhune estuviera realmente interesado en su opinión, pero no tenía otro remedio que confiar más en el criterio de Vala que en el suyo propio. Él no se sentía sometido a su sombra, pero tampoco lo había estado en el Desdoblamiento..., y acababa de formular un conjuro.

—Ni yo —coincidió Galaeron—. Nos ha salvado a todos.

Los ojos de Hadrhune relampaguearon.

—No vas a ayudar a tu causa tratando de emponzoñar las opiniones de nuestros huéspedes contra nosotros, Arpista.

—La verdad no emponzoña. —Aunque las palabras de Ruha se dirigían a Hadrhune, miraba a Galaeron—. Tú eres de Evereska, ¿no es cierto, Galaeron?

—¿Y qué si lo es? —inquirió Vala.

Ruha entrecerró los ojos.

—¿Cuánto tiempo hace que estuviste fuera de las tinieblas de esta ciudad?

Galaeron frunció el entrecejo, preguntándose que estaría tramando la bruja.

—No es que eso sea de tu incumbencia, pero hace más de una semana.

Ni siquiera el espeso velo de Ruha consiguió ocultar su sonrisa de satisfacción.

—¿Qué? —inquirió Galaeron.

La bruja miró a Hadrhune.

Los ojos del senescal lanzaron ambarinas llamaradas contra ella antes de volverse hacia Galaeron.

—El enclave se está moviendo —dijo.

—¿Moviéndose? —exclamó Galaeron—. Siempre se está moviendo.

—Internándose en el desierto —le aclaró Hadrhune—. Alejándose de Evereska. Es por eso que...

—¡Traidores! —Galaeron se lanzó sobre el senescal pero cayó bajo el peso de Vala que se le había echado encima—. ¡Lo prometisteis!

—Y mantendremos nuestra promesa —le aseguró Hadrhune—. El caparazón de sombra ha dejado a los phaerimm fuera del Tejido. En un momento dado agotarán la magia que les queda, pero eso llevará tiempo, Galaeron, muchos meses. Tú sabes mejor que nadie que no osaremos atacarlos antes de que hayan agotado sus poderes y hayan empezado a consumirse, de forma que estén demasiado débiles para defenderse.

—¿Entonces es que estáis abandonando Evereska por un tiempcito? —preguntó Ruha con tono sorprendentemente cínico—. Ah, sí, eso realmente tiene sentido.

Hadrhune se puso de rodillas delante de Galaeron que si no se resistía era sólo porque sabía con qué facilidad Vala podía estrangularlo inconscientemente con el brazo con que le tenía inmovilizado el cuello.

—No estamos abandonando Evereska —dijo Hadrhune—, pero la situación es estable en este momento y también tenemos que pensar en nuestras propias necesidades.

—¿Y cuándo pensabais decírmelo? —preguntó imperiosamente Galaeron.

Hadrhune vaciló y desvió la mirada.

—Es una pregunta justa —puntualizó Vala.

Hadrhune dejó escapar un suspiro de hastío.

—Como quieras —dijo—. El Supremo pensó...

Fue en ese momento que Malik apareció detrás del senescal, asomando de un círculo de sombra como un gato que sale de un pozo. Dejó escapar un grito que helaba la sangre y recorrió como una centella media docena de pasos a través del patio antes de chocar con la palma de la mano de Aris y detenerse para ver dónde estaba.

Con el turbante medio deshecho, se volvió hacia Hadrhune.

—Si supieras de qué naturaleza es mi corazón, eso no te habría parecido divertido en absoluto —protestó, y olvidado al parecer de todo lo relacionado con Ruha avanzó hacia el senescal elevando un dedo amenazador—. Tuviste suerte de que no muriera de miedo ahí dentro, porque si no el Uno te visitaría en un infierno mil veces peor..., o se reiría tanto de mi desdichado destino que a punto estaría de romperse las podridas costillas.

Este reconocimiento, forzado por la maldición de verdad de Mystra, pareció desvanecer toda su ira. Malik dedicó un momento a estudiar lo que estaba sucediendo en el patio y a continuación se deslizó hacia la forma indefensa de Ruha y le arreó una patada en la espinilla.

—¡Ahí tienes! ¿Qué le has hecho a mi *Kelda*?

Los ojos de Ruha centellearon, pero no acusó en absoluto el dolor.

—¿Por qué te preocupa más tu caballo que tus amigos?

—Porque mi caballo es más leal —respondió Malik. Rebuscó bajo sus ropajes y sacó su daga curva—. Ahora responde o tu muerte será aún más dolorosa.

—¡No!

Vala y Galaeron no fueron los únicos que gritaron eso, pero el bastón de Hadrhune fue el que golpeó las muñecas del hombrecillo obligándolo a soltar la daga.

—Aquí no —dijo el shadovar—. El asesinato está tan prohibido en el Enclave de Refugio como lo está en Aguas Profundas y en el Valle de las Sombras. —Dirigió a Malik una mirada significativa—. Y nuestra justicia es más rápida.

—Entonces, no tienes elección —se quejó Malik—. ¡La bruja no se marchará a menos que yo esté muerto!

—O que seas mi prisionero —puntualizó Ruha.

—Eso no lo permitiremos de ninguna manera —advirtió Aris.

Hadrhune se quedó pensando un momento y después meneó la cabeza con aire cansado.

—Estás poniendo al Enclave de Refugio en una situación difícil, Arpista. O damos acogida a este bellaco protegiéndolo de ti o te permitimos que violes la protección de nuestro huésped.

—No tienes de qué preocuparte —dijo Galaeron mirando con furia a Hadrhune—. Nos iremos en menos de una hora.

Hadrhune se quedó un momento mirando a Galaeron y por fin asintió con la cabeza.

—Estáis en vuestro derecho, sin duda, pero mientras tú o alguno de tus amigos permanezca en el Enclave de Refugio, Malik tendrá protección como huésped nuestro y no podrá ser asesinado ni tomado prisionero.

—¿De verdad vais a dar cobijo a un asesino? —inquirió Ruha.

—Aquí no ha matado a nadie —repuso Hadrhune. Tocó sus ligaduras con el bastón y el cordel mágico desapareció—. Y tú tampoco. La misma ley que lo protege a él te protege a ti..., y si algún infausto hecho sucediere a cualquiera de los dos, sabremos a quién debemos ejecutar.

Hadrhune volvió a dirigir a Malik una mirada de advertencia.

—¿Puedo quedarme? —preguntó Ruha.

—En esta misma casa. —Hadrhune casi no podía ocultar una mirada de satisfacción—. El Enclave de Refugio no querría bajo ninguna circunstancia que se dijera por ahí que hemos dificultado la tarea de llevar a un ladrón ante la justicia.

—¿Justicia? —dijo Malik con un resoplido—. ¡No sabes ni remotamente a qué me estás condenando!

—No por mucho tiempo —afirmó Galaeron. Miró a Vala con ironía—. Bueno, si eres tan amable de salir de encima de mí.

Vala lo estudió vacilante.

—¿Y no vas a atacar?

—Sólo voy a irme —aclaró Galaeron—. Voy a regresar a Evereska.

Hadrhune le indicó a Vala que se retirara y a continuación tendió una mano dispuesto a ayudarlo.

—Si ése es tu deseo, aunque el Supremo sufrirá una gran decepción mañana.

Galaeron hizo como si no viera la mano y se puso de pie por sus propios medios.

—Sin duda se sentirá decepcionado —insistió Hadrhune—. Quería explicarte él mismo por qué se está moviendo la ciudad. Fue por eso que yo no te lo dije.

—Sí, seguro. —A pesar de sus palabras, Galaeron no se dirigió hacia la puerta—. ¿Mañana?

Hadrhune asintió.

—Le gustaría romper el ayuno contigo. Todo quedará explicado.

Galaeron se volvió hacia Vala.

—¿Un día más? —Echó una mirada a la villa y se encogió de hombros—. ¿Qué puede haber de malo en ello?

Los humanos habían vuelto a la carga, trepando otra vez a la montaña de Malygris, arrodillándose y poniéndose de pie y volviendo a arrodillarse en el exterior de su cueva, con cánticos y actitudes serviles, rogando sus favores. Era un problema. Le había dicho a Namirra que no quería que los miembros del culto deambularan por las inmediaciones de su guarida, pero ¿acaso le había obedecido el mamífero? Lo que debería hacer Malygris era aparecer repentinamente y ponerlos a todos en fuga, pero entonces tendría que salir y devorar algo, y realmente no tenía apetito. Los dracoliches sólo necesitaban alimentos para recargar sus armas de aliento, y Malygris todavía no había descargado la suya (ni siquiera había salido de su guarida) en más de un año..., o al menos eso le había dicho Namirra la última vez que el nigromante se había dignado a hacerle una visita.

Algo vivo, algo humano, apareció en las sombras sobrevolando su pila de platino número tres. Malygris sintió que una acusada sensación de ultraje llenaba la vacuidad de su tórax y balanceó el gran cráneo astado hacia el punto donde había surgido la intrusión. ¿Acaso los sangrecaliente no eran capaces de respetar siquiera su reclusión? Un par de oscuras siluetas surgieron de la oscuridad, no era exactamente que hubieran emergido de la oscuridad sino más bien que se habían despegado de ella, y avanzaron hacia donde él estaba.

¿Cómo habían conseguido los mamíferos esquivar sus trampas teleportadoras? Malygris no lo sabía, ni cómo habían conseguido que no se activara su magia de alarma. De lo que sí estaba seguro era de que ya había llegado al límite y de que esta intrusión en su guarida era el insulto supremo. Abrió las fauces y les lanzó un relámpago. En el chisporroteante destello que llenó la caverna entrevió a un par de humanos de piel morena vestidos con oscuras vestiduras que salían despedidos por encima de su tesoro e iban a dar de cabeza contra la pared. Cayeron entre sus diamantes, chamuscados, humeantes y, sorprendentemente, más o menos vivos.

Malygris siguió mirando hacia donde se encontraban. Cuando Namirra lo había transformado en un dracolich, había adquirido una conciencia muy aguda de toda la materia viva presente a la distancia que abarcaban sus alas, y sabía que los dos humanos estaban malheridos. Los mamíferos eran frágiles, por lo que tenía la impresión de que morirían en cuestión de horas, y él no iba a derrochar otro ataque de aliento en ellos. Si ahorraba, todavía le quedaban dos buenas bocanadas de relámpagos antes de tener necesidad de abandonar su guarida para comer.

Pero aquéllos no expiraron. Todo lo contrario, en las horas que siguieron se recuperaron considerablemente. Primero se arrastraron hasta detrás de una pila de monedas de oro a las que el calor de su relámpago había transformado en un

promontorio sólido, y allí se escondieron y fueron recuperándose poco a poco, hablando entre ellos en alguna antigua lengua humana que ni siquiera Malygris había oído antes. Era el supremo insulto de los sangrecaliente: no sentirse lo bastante amedrentados como para huir o al menos para permanecer allí callados. Malygris los hubiera desmembrado de buena gana de no ser porque a lo largo del último año, su esqueleto desprovisto de pellejo se había hundido hasta la espina dorsal en su nido de zafiros y no estaba dispuesto a abandonar una cama tan confortable.

Una voz, profunda y tonante, al menos para un humano, resonó en lengua común.

—Poderosísimo Malygris, no es preciso que nos ataques. Venimos en son de paz.

Malygris se quedó pensando.

—Si venís en son de paz —dijo por fin—, ¿por qué os ocultáis tras mis pertenencias como cazadores de dragones y ladrones de tesoros?

Un leve tintineo se oyó contra las paredes al levantarse ambos del lugar donde permanecían ocultos. Avanzaron hasta ponerse al descubierto, revelándose como un guerrero y un sacerdote, vestidos ambos con los restos fundidos de ciertas armaduras negras, vitreas y relucientes.

Malygris volvió a lanzarles su aliento.

Esta vez, su eléctrica furia los dejó pegados a la pared, con los miembros rígidos y humeantes, con los ojos color de acero del guerrero y color bronce del sacerdote relumbrando como luces mágicas. Sus lustrosas armaduras resbalaron de sus cuerpos y formaron a sus pies una especie de charcos negros. La carne oscura también se fundió y dejó al descubierto los negros órganos y los oscurecidos huesos del pecho. Sus talones y puños se convirtieron en una masa pulposa contra la pared de piedra.

Y a pesar de todo, seguían vivos cuando Malygris se quedó sin aliento, inertes como espantajos, oliendo a carne quemada y con los huesos al aire en algunas partes..., pero vivos. Cayeron al suelo y se quedaron allí quejándose durante media hora hasta que reunieron fuerzas suficientes para volver a ocultarse tras los tesoros.

Interesante.

Era lo primero que conseguía interesar a Malygris desde que Namirra había conseguido que mataran a su compañero, Verianthra, en el ataque sin sentido contra los guardianes, un asalto al que los había lanzado la magia profana de Namirra. Malygris buscó sus patas en las profundidades de su nido de zafiros y las puso en movimiento. Se levantó de entre las gemas y avanzó haciendo crujir sus huesos desprovistos de carne mientras atravesaba la caverna hacia donde estaban encogidos los dos humanos.

No, encogidos no.

Los dos estaban sentados, apoyados contra la pared, mirándolo con sus pequeños ojos fundidos. Ni siquiera temblaban. Los chamuscados huesos del pecho que hacía apenas un momento estaban a la vista ya aparecían cubiertos de carne oscura y las

cicatrices incluso estaban desapareciendo.

Malygris cogió a uno en cada garra y observó, maravillado, cómo sus manos y pies recuperaban su forma normal.

—¿Qué clase de humanos sois que os curáis como trolls? —inquirió.

—Somos príncipes del Enclave de Refugio —dijo el de los ojos de bronce—. Yo soy Clariburnus y mi hermano es Brennus.

—¿Creéis que me importan vuestros nombres? ¡Vuestra arrogancia es intolerable! —Malygris oprimió al que había dicho llamarse Clariburnus y notó con satisfacción que se le quebraban los huesos. Sintió que el cuerpo quedaba inerte en su mano, pero ésa fue la única señal de que el mamífero sufría. Balanceó su hocico descarnado hacia el que tenía ojos de acero—. He preguntado qué sois, no quiénes sois.

—Nos damos el nombre de shadovar —dijo el prisionero—. En nuestra lengua significa «de la sombra».

—Ah, entonces sois sombras —repuso Malygris. Las sombras eran mamíferos de dos piernas que cambiaban sus almas por esencia de sombra. A la luz del día parecían hombres normales, pero cuando la luz se hacía más tenue se volvían más fuertes—. Ahora lo comprendo. He conocido a pocas sombras en mis siglos de vida.

Satisfecha su curiosidad, hizo presión para aplastarlos, pero sus garras se cerraron sobre el aire. Sintió que surgían a sus espaldas, y al darse la vuelta se encontró al de ojos de acero saliendo a su encuentro desde las sombras delante de su nido. El otro, el del cuerpo aplastado, estaba en un hueco justo encima.

Estaban entre él y su filacteria.

—Clariburnus y yo somos sombras —dijo el de los ojos de acero—, pero no todos los shadovar son sombras, y no todas las sombras son shadovar. Un shadovar es un ciudadano del Enclave de Refugio.

—Ya veo cuál es vuestro juego. —Malygris dio un paso adelante, levantando con su poderosa cola montañas de monedas que volaron por la oscura caverna en todas direcciones—. Intentadlo, pues. De una u otra manera yo haré lo que me plazca.

El de los ojos de acero, Brennus, alzó una mano.

—Detente —dijo—. No estamos aquí para atacarte, pero tú ya no nos atacarás más.

Malygris se detuvo, no porque lo hubiera mandado el humano, que no lo había hecho, sino porque la risa lo sacudía.

—¿Te atreves a amenazarme? —Diminutas horquillas de luz empezaron a bailar en torno a sus fosas nasales—. ¿De veras?

—No te estamos amenazando. —Esta vez el que habló fue el aplastado, que ya se había recuperado lo suficiente como para mantenerse sentado—. Hemos venido a hablar.

—¿Hablar? —Malygris se sentó y señaló con una garra un punto en el suelo, ante

sí—. Muy bien, ya podéis presentar vuestras ofrendas.

Los dos shadovar se miraron.

—No te hemos traído ofrendas —dijo Brennus.

—¿No habéis traído ofrendas? —exclamó Malygris en el colmo del desconcierto. Esto se volvía cada vez más interesante, insultante, pero interesante—. ¿Cómo podéis rogar sin ofrendas? ¿Cómo osáis postraros ante mí sin nada que ofrecer?

—No hemos venido a postraros ante ti —puntualizó Clariburnus. Se puso de pie, cuando hacía tan poco que había sido aplastado, y se acercó renqueando hasta colocarse al lado de su compañero—, pero el Enclave de Refugio sí tiene algo que ofrecer.

Malygris percibió la llegada de Namirra a la guarida y se volvió hacia la entrada. El nigromante, una figura de calva incipiente y arrugada incluso para lo que suelen ser los mamíferos, ya estaba bien adentrado en la cueva y avanzaba a grandes zancadas por el pasillo dorado que formaban los cálices cuidadosamente apilados de Malygris.

—¡Vosotros, los sangrecaliente! —bisbiseó—. ¿Pensáis que mi guarida es vuestra para cuando se os antoje entrar?

Namirra se fingió amedrentado y deteniéndose unió las manos en actitud implorante e hizo una profunda reverencia.

—Mil perdones, sacratísimo señor. Se me ha informado de que has estado lanzando relámpagos a diestro y siniestro y pensé que tal vez necesitaras ayuda.

El nigromante echó una mirada significativa a los shadovar.

—¿Crees que necesito la asistencia de un humano? —preguntó Malygris con desprecio—. Cuando así sea, esparcirás mis huesos por toda Desolación.

—Como ordenes, sacratísimo señor —replicó Namirra.

Tal como Malygris había sabido que lo haría, el nigromante frotó su amuleto y toda la ira de Malygris se disipó.

A Malygris le disgustaba aquello, realmente era algo que odiaba, pero no podía hacer nada al respecto. Del mismo modo que no podía recuperar su piel y sus escamas corrompidas hacía tiempo, tampoco podía atacar a Namirra. Era la criatura del nigromante desde el hocico hasta la cola, y el hecho de que el viejo y taimado sangrecaliente se tomara tantos trabajos para darle otra apariencia a la cosa no hacía más que sumar el insulto al ultraje.

—Tal vez puedas ayudarme, de todos modos —se encontró diciendo a pesar de todo—. Estas cosas de sombra —señaló con una garra a los shadovar— han venido a mí con una oferta.

Las blancas cejas de Namirra se alzaron.

—¿Ah, sí? —Avanzó por el flanco de Malygris, un recorrido algo largo que le llevó casi un minuto, y se detuvo en el lado opuesto al que ocupaban los shadovar—.

¿Y qué es lo que el Enclave de Refugio quiere ofrecer al poderoso Malygris, Suzerain de Desolación y de todos sus wyrms?

Los dos shadovar se miraron y entonces Clariburnus se encogió de hombros y respondió:

—Nos gustaría eliminar a los zhentarim del Anauroch.

—¿Eliminarlos? —gruñó Malygris—. ¿Y de qué se van a alimentar mis seguidores? Yo preferiría eliminarlos a vosotros...

—¿Qué hay de malo en escucharlos hasta el final, sacratísimo señor? —Una vez más, Namirra frotó su amuleto y una calma total invadió a Malygris. En el rostro del nigromante apareció una sonrisa de satisfacción—. ¿Y a cambio de este pequeño servicio, qué desean los shadovar?

—El servicio no tiene nada de pequeño —replicó Brennus, dirigiéndose directamente a Namirra—, y tampoco lo que esperamos a cambio: la paz con los dragones y su ayuda en la guerra contra los phaerimm.

Malygris estiró el cuello para mirar a Namirra.

—¿Es que hay una guerra contra los phaerimm?

—¿Acaso no te he aconsejado que salieras más, sacratísimo señor? —respondió Namirra—. Se han escapado de su prisión y se han adueñado de los Sharaedim.

—¿Los Sharaedim de Evereska? —Malygris bufó divertido—. ¿El Refugio Ultimo de los elfos? Bien hecho. ¡Que se los queden!

Otra vez Namirra echó mano de su amuleto. Malygris trató de impedirselo, pero se encontró con que su pie era demasiado pesado y sus garras demasiado rígidas.

—La cosa no es tan sencilla, poderoso señor —dijo Namirra—. Los phaerimm son un peligro para todos nosotros. Hasta tus caravanas se han visto obligadas a dar un rodeo por rutas muy apartadas al norte o al sur.

—Ah, las caravanas. —Aunque Malygris no tenía la menor idea de cuáles eran las caravanas a las que se refería el nigromante, y no le hubiera importado saberlo, se encontró asintiendo sabiamente—. No debemos dejar que interfieran con mis caravanas.

Namirra sonrió a los shadovar.

—Si Malygris se compromete, las huestes que aportará a esta guerra no tendrán rival. Sin duda, su ayuda vale mucho más que el simple hecho de eliminar a los zhentarim del Anauroch.

—¿Cuánto más? —inquirió Clariburnus.

Namirra se puso serio.

—A Malygris le gustaría verlos eliminados..., barridos de la faz de Faerun.

—Entonces, que lo haga el propio Malygris, si sus huestes son tan poderosas —dijo Brennus—. Los shadovar no están dispuestos.

—¿No están dispuestos? —quiso saber Namirra—. ¿O acaso es que no pueden?

Los ojos de ambos shadovar brillaron de furia.

—Para el caso, es lo mismo —gruñó Brennus—. No hemos vuelto a Faerun para librar las batallas del Culto del Dragón por él. Si no queréis llegar a un acuerdo, podéis estar seguros de que los zhentarim estarán dispuestos.

Namirra dio un paso adelante, tal vez fiándose más de lo que era prudente de la imponente presencia de Malygris como respaldo.

—Entonces ¿por qué no estáis hablando con los zhentarim en lugar de hacerlo conmigo?

Clariburnus estiró el cuello para mirar para arriba.

—Porque los zhentarim no tienen a Malygris.

—Si es mi ayuda lo que pretendéis, entonces deberíais haber traído una ofrenda —rugió Malygris, contrariado al verse fuera de las negociaciones. Sabía como cualquier otro quién lo controlaba, pero insistía en guardar las apariencias. Todavía le quedaba su orgullo—. Deberíais estar suplicándome.

—No es necesario, Malygris. —Namirra acarició su maldito amuleto—. Esto es algo que me corresponde negociar en tu nombre.

—Está bien —dijo Malygris, y era sincero.

Los shadovar no dijeron nada y se quedaron mirando a Namirra.

El nigromante guardó silencio un momento y luego asintió y dijo:

—Hecho. —Tendió la mano a Brennus—. Es un trato.

El shadovar se quedó mirando el apéndice como si no supiera muy bien qué hacer con él, y miró por encima del hombro del nigromante a Malygris.

—¿El poderoso respetará el trato?

Namirra asintió y acarició su amuleto.

—Por supuesto.

—Bien —dijo Brennus con una ancha sonrisa que dejó al descubierto sus colmillos afilados como agujas que eran la envidia del propio Malygris—. Hecho.

El shadovar cogió entonces la mano de Namirra, en un movimiento tan rápido que pasó desapercibido para el mismísimo Malygris, tiró de él hacia adelante precipitándolo sobre la hoja de una daga negra y vítrea. Namirra dio un grito de sorpresa y trató de pedir auxilio a su sirviente, pero la mano del shadovar le había tapado la boca como una mordaza y Malygris no tenía mucha prisa por defender al nigromante. Brennus remató el ataque hundiendo la daga en la entrepierna de Namirra y abriéndolo a continuación en canal hasta dejar que las dos mitades cayeran independientemente.

Cuando lo hubo hecho, el maldito amuleto colgaba de la empuñadura de su hoja oscura. Esto fue lo que arrojó a los pies de Malygris.

—He aquí nuestra ofrenda, Malygris.

Malygris miró con desconfianza el amuleto y también los sangrientos despojos

sobre los cuales estaba de pie el shadovar.

—Si piensas que te vas a congraciar conmigo con tu traición de sangrecaliente...

—Pensamos que con esto vengamos el insulto que nos hizo al dar a entender que Refugio no está a la altura de un lastimoso hatajo de miserables como los zhentarim —dijo Clariburnus—, y el que te hizo también a ti al tratar al Suzerain Azul como un perro de pelea entrenado.

Si Malygris hubiera tenido labios para sonreír, sin duda lo habría hecho.

—Por eso os doy las gracias, pero ¿por qué habría de atenerme al trato que él selló? Mis dragones necesitan zhents de que alimentarse.

—Tendrán mucho que comer en la guerra —le aseguró Brennus—, eso te lo prometo.

—Si lo piensas bien, encontrarás que todavía estás atado por la promesa de Namirrha —dijo Clariburnus—. Te has vendido al Culto al Dragón, y ni siquiera los príncipes de Refugio pueden liberarte de ello.

CAPÍTULO 4

9 de Mirtul, Año de la Magia Desatada

En el Enclave de Refugio la noche llegó como una intensificación de la oscuridad general, cuando el aire se puso pesado y tibio y se cerró sobre sí mismo en una niebla profunda. Galaeron estaba sentado en la terraza del señor de Villa Dusari, no montando guardia, pero vigilando. A pesar de la hora, el persistente murmullo y el estrépito del tráfico que pasaba se expandían desde la oscuridad de ébano con intensidad suficiente como para mantener insomnes a los habitantes. Aris estaba en los laberintos inferiores de la ciudad, trabajando en su taller. Ruha merodeaba por la casa en busca de Malik que, obviamente, estaba en cualquier lugar menos en su habitación. Sólo Vala estaba en la cama, al otro lado de la puerta junto a la cual estaba sentado Galaeron. La mujer no dormía, se limitaba a contemplar la hoja de su espada oscura, con una sonrisa melancólica en sus carnosos labios y una dulzura en sus ojos que era ajena a ellos durante el día.

Galaeron sabía que estaba viendo a su hijo en Vaasa. Por la noche, su espada oscura muchas veces la hacía caer en trance y le permitía ver lo que estaba sucediendo en los dormitorios de la Torre de Granito. «Andar en sueños», lo llamaba ella, aunque se parecía más a la labor de un espía. Durante los meses que llevaban juntos, Galaeron había aprendido a leer su expresión y a reconocer cuándo estaba visitando a Sheldon. El hecho de que la espada pareciera haber menudeado sus visitas al muchacho estos días era una de las pocas cosas que le hacía pensar al elfo que tal vez el arma no tuviera un carácter totalmente siniestro.

Si bien no envidiaba a Vala esos atisbos de su hijo, Galaeron los hubiera deseado para sí. Su propio padre y su hermana estaban perdidos en la niebla de la guerra, muertos o fuera de su alcance, no lo sabía. El desesperado intento de los Espadas de Evereska de salvar la puerta del Nido Roquero ya se había convertido en leyenda. Según todas las crónicas, Aubric Nihmedu había encabezado el ataque, y Galaeron no era tan tonto como para creer que un simple cantor de la espada pudiera sobrevivir a un combate en el cual Khelben Arunsun, uno de los Elegidos de Mystra, había desaparecido sin dejar rastro.

Su hermana, Keya, seguía atrapada en Evereska, aunque ni siquiera de eso podía estar seguro Galaeron, ya que los phaerimm hacía tiempo que habían interrumpido toda comunicación con el Refugio Ultimo levantando una muralla inerte de magia en torno a los Sharaedim. Le costaba aceptar la idea de que su hermana pequeña, apenas adulta a sus ochenta años, estuviera sola en Copa de Árbol, triste y asustada, probablemente pasando hambre e incluso quizá desesperada, mientras que los phaerimm mantenían la ciudad cercada esperando una oportunidad de colarse dentro.

Claro que la otra alternativa, es decir que el Mythal hubiese caído ya y con él Evereska, era demasiado horrorosa como para pensar en ella.

Y todo eso había sido obra de Galaeron: la huida de los phaerimm, el asedio de Evereska, la guerra toda. El lo había ocasionado en uno de esos terribles momentos que una persona repasa mentalmente miles de veces, diciéndose que si hubiera hecho esto o lo otro, o dicho tal cosa, o si simplemente hubiera dejado que las cosas siguieran su propio cauce, todo se habría evitado. En lugar de eso, Galaeron y sus Guardianes de Tumbas siguieron a una banda de profanadores de criptas a las profundidades de los pasadizos largo tiempo olvidados de una mina enana, y encontraron a Vala y a sus guerreros vaasan preparando el encuentro con su mago sombrío, Melegaunt Tanthul. En la confusión que sobrevino, Galaeron había dado la orden que rompió la Muralla de los Sharn, habían muerto casi dos docenas de hombres y de elfos y los phaerimm habían escapado para iniciar su asalto a Evereska.

Vala y los shadovar le habían dicho cientos de veces que no había hecho más que cumplir con su deber y que no tenía culpa alguna, pero sus palabras no podían modificar lo que había sucedido ni lo que él sentía. Ansioso de corregir su error, Galaeron se había unido a Vala y a su mago de sombras y se había dedicado a invocar la única ayuda que parecía capaz de derrotar al mal que había desatado. Por el camino, había aprendido a usar la magia de sombras y había sobrepasado sus límites, abriéndose a las influencias corruptoras del Tejido de las Sombras e iniciando una batalla desesperada contra su propia sombra por la posesión de su alma. Daba la impresión de que una vez tras otra había tomado la decisión errónea, y ahora, que ni siquiera estaba seguro de si los pensamientos que pasaban por su mente le pertenecían a él o a su ser sombra, casi tenía miedo de tomar cualquier decisión.

Pero de una cosa estaba seguro, había una decisión que sabía con certeza que le pertenecía. Haría cualquier cosa por salvar a Evereska, cualquier sacrificio para enmendar su terrible error.

Galaeron se recostó y trató de despejar su mente, pero estaba demasiado agitado. Sus pensamientos volvían una y otra vez a la mañana siguiente, y se preguntaba si Hadrhune concertaría la prometida audiencia o encontraría una excusa más para posponerla, y si la ayuda del Supremo sería la solución a los problemas que él estaba teniendo con su sombra o sería uno más de sus errores. Sin duda no presagiaba nada bueno el hecho de que los shadovar le hubieran ocultado el hecho de que el Enclave de Refugio se estuviera alejando de Evereska, pero hasta el propio Galaeron era capaz de ver que su sombra podría haber usado esa información para alimentar sus sospechas y hacer que desconfiara del único con la capacidad suficiente como para ayudarlo a recuperar su espíritu.

Si bien en una época podría haber encalmado sus pensamientos sumiéndose en una Ensoñación, Galaeron había perdido contacto con esa faceta de la naturaleza elfa

al permitir la invasión de su sombra. En lugar de sumirse en un trance semilúcido de recuerdos y de emociones compartidas con los demás elfos, se hundía en la misma penumbra inconsciente y llena de pesadillas que los humanos.

Pero esta noche, hasta el sueño se le negaba. Pasó las negras horas escrutando la oscuridad, escuchando el estrépito de la ciudad bajo su balcón, repasando una y otra vez los mismos pensamientos, las mismas dudas, hasta que las tinieblas pasaron del color ébano de la noche al gris del amanecer y Aris volvió a grandes zancadas desde la oscuridad cargando con su estatua de la batalla de Escanor contra los phaerimm.

Ahora que estaba terminada, la pieza era lo más hermoso de todo lo que Aris había hecho hasta el momento, tan fluida que hacía temer que en cualquier momento pudiera escapar de las manos del gigante. La figura del príncipe era noble y majestuosa. Tenía una mano todavía tendida hacia el phaerimm que acababa de matar mientras se volvía raudo para afrontar a su nuevo atacante. La propia criatura estaba conectada a él por la cola que le perforaba el abdomen y también por dos manos que lo aferraban por el cuello, una licencia artística cuyo objetivo era dar la impresión de que la bestia estaba suspendida en el aire junto a él.

—¡Aris, es magnífica! —exclamó Vala uniéndose a Galaeron en la terraza mientras el gigante de piedra entraba en el patio—. ¿Hiciste eso en una noche?

—No podría haberla terminado sin Malik —dijo Aris. La estatua estaba al nivel de la terraza y el gigante les hablaba desde arriba. Se volvió a medias hacia la puerta desierta—. Él se encargó de casi todo el pulido.

—¿Y qué te ha costado ese favor? —preguntó Ruha, saliendo a su encuentro desde la columnata—. ¿Un brazo, o el alma?

—Esto no es de tu incumbencia, arpía —replicó Malik—. No se puede esperar que tú entiendas lo que un amigo es capaz de hacer por otro puesto que no tienes ni uno solo. —Inclinó el cuello hacia atrás para mirar por el balcón—. Será mejor que os adecentéis. El príncipe viene hacia aquí.

—¿El príncipe? —preguntó Galaeron—. ¿Cuál?

—Escanor, por supuesto —respondió Malik—. Si eres sensato y te dejas guiar por mí, no harás nada que lo aliente a volver. No hay peor ladrón que uno de la realeza.

Galaeron miró a Vala, que se limitó a encogerse de hombros y se volvió para vestir su armadura que, según criterio de los vaasan, era una forma de vestir muy superior a las oscuras vestiduras que los sirvientes de Hadrhune les habían proporcionado. Galaeron optó por su capa de explorador, ya que hasta las telas evereskanas más burdas resultaban extravagantes para todos los que no eran elfos.

Para cuando se hubieron cambiado y reunido con los demás en el patio, el séquito de Escanor ya empezaba a entrar por la puerta. El príncipe, alto incluso para lo que era la media de los shadovar, destacaba en medio del grupo, y sus ojos cobrizos relucían por encima de las cabezas de sus escoltas. Galaeron y los demás pusieron

rodilla en tierra y esperaron mientras los guardias ocupaban sus puestos rodeando el perímetro del patio.

Escanor se fue derecho a la estatua de Aris y la rodeó lentamente, pasando los dedos por la pulida piedra. Cuando llegó al punto donde el espolón de la cola penetraba en su estómago, hizo un gesto visible de disgusto y desvió la mirada, alzando la cabeza para dirigirse al gigante arrodillado.

—Tiene mucha vida —dijo. Aunque Escanor había pasado tres días en cama recuperándose de la extracción del huevo de phaerimm, no daba muestras de debilidad—. Podría jurar que se mueve.

—Gracias —respondió Aris—. Eso significa mucho para mí, viniendo de ti.

—De verdad, me gusta tanto que la quisiera para mi villa —afirmó Escanor. Hizo un gesto a un sirviente que no llevaba armadura para que se acercara—. Mees pagará cualquier cantidad que consideres justa.

—¿Pagar? —Aris pareció momentáneamente sorprendido por esto—. Por desgracia, ya le he prometido esta pieza a Hadrhune.

Todos los integrantes del séquito dieron un respingo.

—¿A Hadrhune?

—Para el Supremo, estimado príncipe —se apresuró a aclarar Malik—. Aunque estoy seguro de que Aris puede hacer otra en seguida, especialmente teniendo en cuenta que el precio no es obstáculo.

—¿Otra? —se extrañó Aris—. ¿Para qué tendría que haber dos?

—Hay poderosas razones —repuso Malik, atreviéndose a ponerse de pie y avanzar hacia el séquito de Escanor sin autorización—. Ya te diré más tarde cuáles son, pero primero deja que hable con el mayordomo del príncipe.

Escanor tranquilizó a los guardias y miró fijamente al hombrecillo que cruzaba el patio.

—Malik —dijo el príncipe cuando Malik llegó casi al lado de su mayordomo—, ¿de verdad estarías dispuesto a enfrentarte al Supremo haciendo una copia de un tesoro de su palacio?

Malik se puso pálido. Empezó a tartamudear una disculpa, pero Escanor le hizo señas de que callara y miró al otro lado del patio, indicando a los demás que se pusieran de pie.

—Ver la escultura fue sólo uno de los motivos por los que me acerqué al palacio. —Se detuvo frente a Vala y le cogió las manos—. Quería darte las gracias por salvarme la vida. Raphal me ha dicho que fuiste el mismísimo demonio de Trazt.

Vala se sonrojó y a Galaeron no le gustó nada la forma en que sus ojos verdes sostenían la mirada del príncipe.

—No fue nada —dijo, sin desasir sus manos de la de Escanor—. Tu atacante estaba distraído.

Galaeron se aproximó a Vala.

—Te volviste a destiempo, príncipe. Si no, lo habrías matado tú mismo mientras estaba aturdido por la teleportación.

—Sí, fue una lástima que no pudiera leerte la mente —dijo Escanor, fijando su mirada cobriza en Galaeron y soltando las manos de Vala—. Hiciste bien al dejar al phaerimm encerrado en la caverna. Hubiera sido peligroso dejarlos escapar con el secreto del Desdoblamiento.

Mientras dejaba que Galaeron se reconcomiera, Escanor se volvió hacia Ruha.

—¿Tú eres la Arpista que persigue a Malik?

—La misma.

Escanor estudió al hombrecillo como si le resultara difícil de creer.

—¿Es realmente un criminal tan terrible?

—No conviene subestimarlos, príncipe —dijo Ruha—. Quienes lo hacen suelen pagar el error con sus vidas.

Esto provocó una de las sonrisas llenas de colmillos de Escanor.

—Entonces me alegro de que estés aquí para vigilarlo, Arpista, pero atiende bien a la advertencia de Hadrhune: Malik no ha cometido ningún delito en esta ciudad, y si lo hace, será nuestra justicia la que se encargue de juzgarlo.

Ruha inclinó la cabeza.

—Mi único deseo es procurar que no haga más daño del que ya ha hecho.

—Bien. —Escanor se volvió hacia Vala y señaló la puerta con un gesto—. Si tú y tus amigos queréis acompañar a Galaeron, al Supremo le complacería que vierais el palacio esta mañana.

Vala hizo un gesto de asentimiento y se puso en marcha. Galaeron se situó a su lado, asegurándose de colocarse entre ella y Escanor mientras los demás los rodeaban. Era imposible saber si el príncipe había observado su maniobra, pero el gesto ceñudo de Vala era inconfundible.

Cuando el séquito salía por la puerta, ella se inclinó hacia él.

—Se te ve la sombra, Galaeron. ¿Qué crees que va a suceder?

—Nada que yo pueda impedir.

Una mirada juguetona asomó a los ojos de Vala y Galaeron se sorprendió al ver que sonreía.

—O sea que realmente estás celoso.

—Los elfos no saben lo que son los celos, y aunque lo supiéramos, no hay nada de qué estar celoso —replicó. Aunque en los últimos meses lo que sentían el uno por el otro se había vuelto demasiado intenso como para ocultarlo, Galaeron seguía siendo reacio a demostrarlo abiertamente. No sé trataba sólo de que Vala fuera humana y de que fuera a envejecer ante su vista, sino que además había prometido quedarse con él sólo hasta que superara su crisis de sombra... o se viera obligada a

ponerle fin por él. Después de eso, volvería junto a su hijo, en Vaasa, y Galaeron no pensaba que unos cuantos meses de amor pudieran compensar el sufrimiento de verla partir, lo cual iba a ser sumamente difícil de todos modos—. No quiero que olvides tu promesa.

—¿Por qué habría de hacerlo? —preguntó Vala.

Galaeron se encogió de hombros.

—Porque el príncipe es poderoso y rico, y los humanos tenéis una debilidad especial por los placeres efímeros.

—Galaeron —dijo ella, meneando la cabeza con enfado—, los placeres efímeros no son debilidades, son la sal de la vida.

Vala miró hacia otro lado y el séquito continuó calle arriba. La avenida, pavimentada con una versión menos brillante de la misma piedra negra que cubría el patio de Villa Dusari, era estrecha y sinuosa, ya que avanzaba describiendo curvas entre un laberinto semejante a un cañón de edificios sombríos, tan altos que hasta Aris tenía que estirar el cuello para mirar a los muchos residentes que saludaban y expresaban su afecto a Escanor mientras pasaba el desfile. No había muchas calles laterales, y las que encontraron siempre iban cuesta arriba a la izquierda y cuesta abajo a la derecha. Poco a poco, Galaeron se fue dando cuenta de que avanzaban en espiral por un suave promontorio, aunque tan atestado de elevadas estructuras que casi no se veía el terreno en el que se asentaban. A medida que ascendían, las villas eran cada vez más espléndidas, hasta que llegó un momento en que se volvieron tan enormes que el séquito tardaba casi un minuto en pasar por delante de ellas.

Cuando pasaron junto a una de las más grandes, una mansión con muchas torres y contrafuertes voladizos y una línea de largas bóvedas de cañón que conducían al umbrío interior, el príncipe Escanor se detuvo el tiempo suficiente para señalar en esa dirección.

—Mi morada —dijo—. Espero que pronto me visitéis aquí cuando vuestros compromisos bélicos no os tengan tan ocupados.

Aunque Escanor se esforzó por dirigirse a todos sus huéspedes, Galaeron —o su sombra— supo que la invitación estaba dirigida fundamentalmente a Vala. Reprimiendo la tendencia a sugerir que Vala era libre de responder a la invitación, se limitó a mirar calle arriba y a preguntar cuándo faltaba para llegar al palacio del Supremo.

Escanor le hizo señas de que siguiera adelante.

—No está lejos —dijo.

Y era cierto. Poco más allá de la morada del príncipe, la calle se abría formando una amplia plaza en la cima de la colina, rodeada por mansiones similares, todas con sus grandiosas entradas mirando hacia el centro. Formando un círculo en torno a la plaza había un bosque de sombrías esculturas, todas situadas en urnas de pulida

obsidiana con una única cinta de sombra que salía de la figura en constante cambio de un guerrero o un mago shadovar. No lejos de la mansión de Escanor estaba la única figura que Galaeron reconoció, la del shadovar que había contribuido a la liberación de los phaerimm: Melegaunt Tanthul.

—El Círculo de Héroe —señaló Escanor, indicando con la mano el grupo de esculturas—. Todos los aquí representados murieron prestando un gran servicio al Enclave de Refugio.

—¡Debe de haber miles! —dijo Vala admirada.

—Decenas de miles —le corrigió Escanor—. El Enclave de Refugio es una ciudad antigua con enemigos antiguos, y gran parte del tiempo que hemos pasado en el plano de la sombra lo hemos dedicado a defendernos de los asaltos de los malaugrym.

—¡Los malaugrym! —exclamó Ruha dando un respingo—. Entonces los phaerimm os deben de parecer unos enemigos insignificantes.

—Diferentes, pero no insignificantes. La primera regla en el plano de la sombra es no subestimar jamás al enemigo —dijo Escanor, volviéndose luego hacia Aris—. Si quieres, le diré a alguien que te enseñe a leer las historias de las sombrías esculturas en sus formas cambiantes.

Esto hizo que Aris respondiera con una de sus escasas sonrisas.

—Ningún regalo podría agradarme más.

El príncipe no tuvo más que mirar a su mayordomo.

—Se hará hoy mismo —dijo Mees.

Escanor asintió y se volvió hacia Galaeron.

—¿Te preguntas lo que dice sobre ti la historia de Melegaunt?

—Sólo si dice que le cabe el dudoso honor de haber llevado a Evereska y a Aguas Profundas a una guerra contra los phaerimm.

Vala estaba a punto de lanzarle un reproche, pero Escanor la contuvo alzando una mano.

—Es lógico que albergue sospechas. —A pesar de las palabras pacíficas del príncipe, sus ojos habían tomado la tonalidad roja de la furia—. Creo que debemos darnos prisa para llegar al Supremo. La sombra de Galaeron lo está volviendo necio y desconfiado, y eso es una mala señal.

Escanor les hizo recorrer cien pasos de sombrías esculturas y salieron al otro extremo del Círculo de Héroe. Se encontraron delante de la sombría grandeza del Palacio del Supremo, cuyos muros sin solución de continuidad, hechos de pulida obsidiana, y sus ensombrecidas torres se perdían en la bruma de lo alto. Como la mayor parte del Enclave de Refugio, parecía todo él hecho de sinuosas curvas y proporciones exageradas, y rodeado de una sombra imposible de describir y que sólo podía percibirse como una impresión pasajera. Sin hacer demasiado caso cuando una

compañía de guardias de conjuros shadovar surgió de repente, Escanor condujo a su séquito por un portal en forma de quilla, tan alto que Aris casi no tuvo necesidad de inclinar la cabeza.

Tras atravesar un corto pasaje abovedado, la entrada se abrió en un enorme vestíbulo de curvas vítreas y translucidez sombría donde los contrafuertes se elevaban hacia la oscuridad y los corredores se desvanecían transformándose en sombras. Cien o más shadovar de alta cuna paseaban por los soportales o conversaban en abigarrados grupos o simplemente estaban sentados en los bancos situados a lo largo de los muros, con sus ojos del color de las piedras preciosas refulgiendo sobre el sombrío fondo. Pasando por alto el bullicio de los saludos y las miradas inquisitivas que lanzaban al paso del séquito, Escanor llevó a su grupo hasta el centro del salón, donde había una concurrida área de descanso ante unas enormes puertas vigiladas.

El comandante del destacamento se puso de rodillas e informó a Escanor que ya había dado la noticia de la llegada del príncipe. Instantes después, una de las puertas se abrió y Hadrhune salió para informarles de que el Supremo estaba ocupado y los recibiría en cuanto le fuera posible.

Los ojos de Escanor parecieron a punto de perforar al chambelán.

—¿Lo has informado de que yo estoy aquí con él elfo?

Hadrhune sostuvo la mirada airada del príncipe sin flaquear.

—Está con...

—¿He preguntado yo acaso con quién estaba? —gruñó Escanor, avanzando hacia la puerta.

Hadrhune se volvió para cortarle el camino.

—Os anunciaré ahora mismo.

—Entraremos detrás de ti —dijo Escanor, sujetando la puerta que el chambelán trataba de cerrar—. El elfo debe iniciar sus estudios de inmediato.

—Por supuesto.

Hadrhune hizo señas a Galaeron y a sus compañeros de que entraran, pero Mees, Raphal y el resto del séquito del príncipe se quedaron atrás. Se encontraron en una habitación todavía más oscura que el gran salón de recepción, donde la penumbra caía sobre la piel como si fuera ceniza y jirones de sombra flotaban en el aire como largas cintas humeantes. Mientras Hadrhune y Escanor conducían al grupo, los susurros de personas invisibles formaban una especie de oleaje en la oscuridad circundante, y Galaeron sintió que se le erizaba la piel.

Por fin se acercaron a un grupo de susurros que no se desvanecían y que, a medida que avanzaban, iban adquiriendo el tono de una conversación normal. Galaeron identificó a uno de los interlocutores como una mujer y al otro como la voz que se había dirigido a él en el Patio del Alero. Antes de que se acercaran lo suficiente como para poder entender lo que decían, Hadrhune hizo que se arrodillaran

y pegaran la frente al suelo.

Las dos voces cesaron en sus murmullos y el aire se tornó helado e inerte.

—Ya sé cuán ocupado te tiene la guerra, Escanor —dijo el Supremo. Su voz sonaba igual de sibilante y contundente que antes—. Te agradezco que trajeras a éstos ante mí.

Si el príncipe respondió algo, Galaeron no lo oyó.

Lo que sí se oyó fue la voz de Hadrhune.

—He dispuesto una ofrenda del gigante, poderoso señor.

—¿Una ofrenda? Veamos qué es.

El aire perdió parte de su frialdad cuando el Supremo se apartó. Entonces, los pies de Escanor aparecieron junto a la cabeza de Galaeron.

—¿Tienes dominio suficiente sobre tu sombra como para hablar civilizadamente, elfo?

—Si no es así, yo puedo sujetarla por él —dijo Vala.

Escanor sopesó sus palabras.

—Está bien —dijo—. Levantaos.

Galaeron y los demás se pusieron de pie y se encontraron ante un tramo de escalera en la base de un estrado envuelto en tinieblas. Escanor señaló un punto a espaldas del grupo.

—Es costumbre dar la cara al Supremo cuando se está en su presencia.

Al volverse, Galaeron vio una figura envuelta en tinieblas de pie junto al tobillo de Aris y con la cabeza inclinada hacia la estatua, a la que empezó a rodear lentamente haciendo gestos de aprobación con la cabeza. Galaeron consiguió atisbar un par de ojos de platino que destacaban debajo de la capucha del Supremo, pero fue lo único que pudo ver de su cara.

Tras describir un círculo completo, se detuvo nuevamente junto al tobillo de Aris. Delante de su figura, la oscuridad se removió y hubo un sonido como de aplauso, después echó la cabeza hacia atrás para dirigirse al gigante, pero Galaeron tampoco consiguió verle la cara.

—Sinceramente, eres el igual de cualquiera de los configuradores de sombras del enclave —dijo el Supremo—. Será un orgullo para mí exponer esta obra en la Galería de Tesoros con las más valiosas de la ciudad.

—Me honras en exceso —retumbó la voz de Aris—. Si hubieras podido ver las galerías de historias de Mil Caras antes de su destrucción, sabrías cuán mermado es en realidad mi talento.

—Los phaerimm nos han despojado de muchas cosas —afirmó el Supremo—. Estoy seguro de que su destrucción no puede reemplazar a lo que has perdido, pero sé que pagarán por ello con algo más que sus vidas.

—Eso prometió Melegaunt, y por eso estoy aquí —dijo Aris—. Gracias.

Malik dejó atónito a Galaeron y, a juzgar por las expresiones de sorpresa, a todos los demás, al aparecer de entre las sombras detrás de las piernas de Aris.

—También yo soy portador de ofrendas —dijo, rebuscando bajo sus vestiduras—. El Uno me ha encargado...

—¡Alto! —Ruha se lanzó como un rayo hacia él, arrojando arena a su mano oculta y pronunciando una especie de magia bedine de la naturaleza.

Antes de que hubiera avanzado lo suficiente como para que Galaeron pudiera discernir qué tipo de conjuro pretendía formular, el Supremo alargó la mano hacia ella y la dejó enredada en media docena de zarcillos tenebrosos. El velo de la mujer siguió moviéndose al ritmo de las palabras de su encantamiento, pero lo único que salió de debajo de él fueron nubes de vapor oscuro.

—¿Acaso no te ha advertido Hadrhune, Arpista? —preguntó el Supremo—. Lo que Malik haga aquí es asunto nuestro.

Malik dirigió a la bruja una sonrisa de satisfacción mientras seguía con la mano metida entre sus vestiduras. A continuación volvió a dirigirse al Supremo.

—Como iba diciendo, el Uno...

—Tu regalo tendrá que esperar. —El Supremo se apartó del hombrecillo—. Hadrhune dispondrá el momento. Ahora realmente debo empezar con Galaeron. Si los demás queréis excusarnos, Raphal y Mees os están esperando para recorrer el palacio con vosotros.

Dicho esto, se volvió y desapareció en las tinieblas.

Escanor le indicó a Vala que se uniera a los demás.

—No te prives de disfrutar del paseo junto con los demás. Galaeron estará bien con nosotros.

Vala se pegó más a Galaeron.

—Eso no va a ser así.

—Sí que lo será. —Por más que la sonrisa de Escanor era amable, también estaba llena de colmillos—. No tienes necesidad de preocuparte mientras esté en compañía del Supremo. No se ha creado sombra que Telamont Tanthul no pueda domeñar.

—¿Tanthul? —repitió Galaeron, sorprendido—. ¿Igual que Melegaunt Tanthul? El príncipe asintió.

—Y que Escanor Tanthul —dijo—. Todos los príncipes de Refugio son Tanthul. La voz sibilante de Telamont llenó la oscuridad que los rodeaba.

—¡Escanor!

Escanor hizo una breve reverencia a Vala y cogiendo a Galaeron por el brazo se alejó con él.

—¿Galaeron? —llamó Vala.

—Estaré... bien —dijo Galaeron. Su última palabra sonó ahogada. Si estaba nervioso o asustado, ni siquiera él lo sabía, pero el corazón estaba a punto de salirsele

por la boca y a duras penas podía respirar—. Nos veremos después en la villa.

—¿Cuándo?

—Cuando haya terminado —declaró Escanor—. Yo mismo lo llevaré allí.

Pasaron junto a la estatua y se desvanecieron en la oscuridad, volviendo a aparecer una docena de pasos más adelante en lo que parecía el entresuelo de un atrio muy alto y muy amplio. Por el agujero que había en el centro, Galaeron vio lo que parecía medio continente de Faerun extendido ante él, desde la costa de la Espada al oeste y el Desierto de la Sed al este, en el desierto de Anauroch, desde las ruinas de Arabel al sur hasta el Hielo Alto en el norte. En ese momento, la mayor parte de la tierra al oeste de Anauroch estaba oculta tras nubes de tormenta, mientras que toda la que quedaba al este estaba pardusca y parcheada con una inusual sequía.

—Te he traído a nuestra habitación de las batallas para mostrarte por qué el Enclave de Refugio se está alejando de Evereska —explicó la voz sibilante de Telamont Tanthul—. Querías saberlo.

—Así es —confirmó Galaeron.

—Sospechas que hemos traicionado la promesa de mi hijo —continuó Telamont.

Galaeron se mordió la lengua luchando contra el impulso de decir que sabía que así era.

—Habla libremente —lo instó Telamont—. En la habitación de las batallas no se toma a la ligera ninguna opinión.

—Muy bien. —Galaeron tenía la garganta tan seca que las palabras se le quedaban atascadas—. Como netherilianos, ya perdisteis una vez el Anauroch frente a los phaerimm.

Hizo una pausa, tratando de distinguir entre lo que él creía y lo que creía su sombra, pero Telamont no era proclive a esperar.

—Y tú crees que Melegaunt intencionadamente soltó a los phaerimm en Evereska para que Aguas Profundas y el resto de Faerun tuvieran que participar en nuestra guerra —continuó el Supremo—. Di lo que quieres decir, elfo. La única forma de aceptar a tu sombra es darle una voz.

—¿Lo habéis hecho? —preguntó Galaeron cada vez más furioso.

Telamont guardó silencio un momento y Galaeron empezó a oír otras voces en el perímetro de la habitación de las batallas. Algunas susurraban en voz baja, otras discutían acaloradamente, a veces incluso reían o gritaban. Pero cuando miraba hacia el lugar de donde provenían las voces, no veía más que algunos pares de ojos relucientes, por lo general del color de piedras preciosas, pero a veces con la tonalidad metálica de un príncipe de sangre real.

Poco después, Telamont Tanthul respondió por fin.

—Atraer a los elfos a la guerra sin duda hubiera sido útil, pero fuiste tú el que abrió una brecha en la Muralla de los Sharn. ¿Cómo íbamos nosotros a prever eso?

Eso era algo que Galaeron también se preguntaba.

—Profanando una cripta —dijo por fin—. Es posible que Melegaunt no supiera que acudiría yo, pero sí que alguien lo haría.

—Ésa es una posibilidad, sin duda —admitió Telamont—. Pero ni siquiera los shadovar podríamos ser lo bastante inteligentes como para estar seguros de que formularías el conjuro adecuado en el momento adecuado.

—Y si así fuera, ¿no preferirías tenernos como aliados antes que como enemigos? —preguntó Escanor.

—Si sois aliados —dijo Galaeron, procurando centrarse en la cuestión que los ocupaba—, hasta el momento he visto pocas pruebas de ello.

—¿De veras? —inquirió Telamont—, Echa otra mirada.

Galaeron volvió a mirar el continente que se veía abajo y se sorprendió al comprobar que no había más que nubes tormentosas. Mientras observaba, las nubes se fueron extendiendo y haciendo más oscuras, sembrando a su paso fogonazos de relámpagos. Cuando terminó, se encontró en un pantano inundado por la lluvia donde cientos de hombres lagarto se arremolinaban en torno a una compañía mucho más reducida de shadovar.

—El pantano de Chelimber, al otro lado de las Colinas del Manto Gris —dijo Telamont, con un deje de orgullo en la voz—. Ya ves, el Enclave de Refugio no necesita estar cerca para proyectar su fuerza. Nuestros guerreros son sombras que pueden andar por la sombra y atravesar a su antojo todo Faerun. Evereska no se verá perjudicada por nuestra ausencia.

Armados como iban los shadovar con su magia de sombras, mantenían su posición ante los primitivos hombres lagarto. Galaeron se hubiera atrevido a afirmar, por el aspecto que tenía la cosa, que vencerían..., pero los hombres lagarto no marchaban con tanta facilidad hacia la muerte, y nunca en filas cerradas como un ejército disciplinado. Había algo que los obligaba a atacar, algo que los hacía odiar a los shadovar superando todo lo razonable..., o algo a lo que temían aún más.

—¿Podéis comunicaros con ellos? —preguntó Galaeron, sin molestarse en ocultar el pánico que se reflejaba en su voz.

—Eso no será necesario —resonó la voz grave del príncipe Rivalen—. No tememos perder una o dos vidas en defensa de nuestros aliados, y los escamosos perderán un ejército.

Galaeron levantó la vista y vio la figura con el casco astado de Rivalen que venía por la balconada.

—En esta batalla hay más de lo que vemos —replicó Galaeron meneando la cabeza—. Seréis vosotros los que perderéis... y hasta el último hombre, a menos que actuéis con rapidez.

—¿Y tú lo sabes? —inquirió Rivalen.

—Así es —respondió Galaeron asintiendo con la cabeza.

—¿Cómo? —quiso saber el príncipe.

Galaeron se limitó a encogerse de hombros.

—No sé cómo lo sé, sólo sé que lo sé.

Escanor y Rivalen intercambiaron miradas, y fue Escanor quien habló.

—¿Cómo lo supiste en el Desdoblamiento?

Galaeron se quedó pensando y después, de mala gana, meneó la cabeza.

—Es una sensación, pero no tan acusada. Sólo es algo que me lleva a pensar que los hombres lagarto no luchan así. Algo tiene que estar empujándolos.

—¿Phaerimm? —preguntó Rivalen—. Siempre pensamos que podría haber algunos fuera del caparazón cuando Escanor lo erigió.

—Fui yo quien lo erigió —protestó Galaeron, furioso al ver que los shadovar insistían en minimizar el papel que había desempeñado en el Desdoblamiento—, y no son los phaerimm. Esto es demasiado directo para ellos. —Era como si las palabras brotaran de su boca por iniciativa propia—. Prefieren mantenerse ocultos y actuar a través de intermediarios. Tiene que ser un acechador, o tal vez un batallón de illitas.

Los dos príncipes se volvieron hacia el Supremo. Atónito al ver que había ganado la discusión con tanta facilidad, Galaeron los imitó... y se encontró a Telamont Tanthul a apenas unos pasos, mirando fijamente con sus ojos de platino desde las profundidades de su capucha. Galaeron todavía no podía distinguir la forma de su rostro, ni si el Supremo llevaba barba como Melegaunt o iba afeitado como la mayor parte de los príncipes.

Telamont miró por encima de la cabeza de Galaeron a los príncipes.

—Nuestra pregunta ha sido respondida —dijo.

Casi no había terminado de hablar cuando la compañía shadovar empezó a fundirse hacia el interior de las sombras fulgurantes de la tormenta eléctrica, dejando a los atónitos hombres lagarto en libertad para ocupar su posición, y al acechador que de repente se hizo visible tras sus líneas, tan furioso que empezó alanzar su rayo desintegrador en todas direcciones, indiscriminadamente. Galaeron observó con atención la escena durante un momento, y al volverse vio a Telamont Tanthul que seguía mirándolo con sus ojos de platino.

—Tú estabas con Melegaunt cuando él murió —dijo Telamont—. Algo se cruzó entre vosotros.

—Yo me desvanecí —balbució Galaeron, recordando la confusa batalla en la que pereció Melegaunt—. Cuando me recuperé, él ya se había ido.

—No se fue. —Telamont se acercó hasta que estuvo lo bastante cerca como para levantar una sombría manga y apoyar algo oscuro y frío en el hombro del elfo—. A través de ti, sigue prestando sus servicios.

—¿Fue por eso que me trajisteis aquí? —El aire estaba tan frío e inerte que a

Galaeron le costaba respirar—. ¿Porque Melegaunt me transfirió a mí sus conocimientos sobre los phaerimm?

—Eso no tiene nada de malo —dijo Escanor—. Entre los socios que se necesitan se forman las alianzas más fuertes.

CAPÍTULO 5

14 de Mirtul, Año de la Magia Desatada

En el cielo oscuro, el sol no era más que un disco ceniciento que asomaba sobre la cresta escarpada del Pico Oriental, demasiado débil para abrirse un hueco a través del manto tenebroso que los enemigos de Evereska habían tendido sobre el Sharaedim, demasiado pálido para alimentar a los escasos capullos hambrientos de luz y lo suficientemente intrépido como para surgir sobre los tallos chamuscados y secos del Valle de los Viñedos. Brumosa como estaba la mañana, tenía luz suficiente como para que los ojos de elfa de Keya Nihmedu pudieran distinguir el débil remolino de cenizas y polvo que recorría el otro lado de la Muralla de la Vega. A un par de tiros de lanza del árbol que le servía de escondite, se movía lento, silencioso y cauteloso, rebotando a lo largo del Mythal protector de Evereska, tratando una y otra vez de cruzar la frontera y penetrar en los campos intactos que quedaban al otro lado.

A Keya, todos sus instintos le pedían que arrojara su camuflaje y corriera a protegerse tras las puertas del acantilado. Se quedó. El Mythal la protegería, y había prometido estar allí cuando Khelben y los vaasan regresaran. Eso si realmente regresaban. Keya contempló el pálido disco en el cielo y se preguntó si siquiera a los Elegidos de Mystra les estaría deparado tamaño bien. Toda una noche entre los phaerimm.

El remolino se detuvo frente al árbol de Keya, tan desvaído que incluso llegó a dudar de que estuviera viéndolo realmente. Tal vez había sido sólo la brisa que revolvía la ceniza en su recorrido por la Muralla de la Vega. No todos los demonios de polvo que bailaban por una terraza chamuscada eran un phaerimm invisible, pero muchos lo eran. De haber estado en su puesto dentro de una de las torres de la ciudad, Keya habría utilizado una varita mágica y hubiera sabido de inmediato a qué se enfrentaba, pero los espinardos podían percibir la energía mística del mismo modo que los enanos veían el calor corporal, de ahí que la Cadena de Vigilancia no utilizase en absoluto la magia, ni siquiera llevase un instrumento mágico, al acercarse tanto al límite.

El remolino se desvaneció, pero Keya aún podía oír el crujido de los tallos secos de las vides que se movían con la brisa, y tuvo la absoluta certeza. Los phaerimm estaban rodeados por un aura de aire en movimiento que usaban para comunicarse unos con otros en un extraño lenguaje de silbidos y rugidos.

No era sólo un espinardo invisible el que hacía una pausa en su recorrido a lo largo del Mythal, eran dos, dos que susurraban en voz muy baja y que acechaban justo delante del árbol de Keya, el mismo árbol que ella había señalado a Khelben Arunsun y a los vaasan como punto de encuentro cuando volviesen a la ciudad.

Keya no se movió de su escondite en la oquedad del grueso tronco del tilo, protegida por su pantalla de corteza, no atreviéndose casi a respirar. Se pasó los minutos que siguieron preguntándose por qué los phaerimm habrían escogido ese lugar en particular en esta mañana en particular para mantener una conversación, y pensando en qué iba a hacer cuando Khelben y los vaasan volvieran. No podía pronunciar la palabra de paso cuando acechaban dos espinardos, ni siquiera por uno de los Elegidos, ni por sus amigos vaasan, ni siquiera si su propio hermano Galaeron apareciera de repente al otro lado de la Muralla de la Vega. Cuando un elfo abría una puerta en el Mythal, no podía controlar quién podía hacer uso de ella. Una vez dentro, los phaerimm tardarían apenas un instante en usar la misma magia segadora de la vida con la que ya habían agostado las viñas del Valle de los Viñedos y despojado de todo verdor a los otrora majestuosos cedros del Valle Superior, y eso era algo que Keya no podía permitir, y mucho menos cuando el Mythal estaba ya tan debilitado.

Keya tardó un momento en darse cuenta cuando los phaerimm se quedaron en silencio, pues la diferencia entre el silencio y sus voces sibilantes no era mayor que entre aquél y el revoloteo de una polilla. Por un instante pensó que habían seguido su camino, pero cuando siguió con la vista la Muralla de la Vega, no vio ningún remolino de cenizas ni ninguna otra señal de que se hubieran ido. Los espinardos se habían quedado callados por la misma razón por la que eran invisibles, porque querían que su presencia fuera un secreto y porque su presa estaba lo bastante cerca como para oírlos.

Tenían que ser Khelben y los vaasan, tan invisibles como los phaerimm, pero a punto de caer en una trampa. Keya sabía que Khelben llevaría activada su magia de detección y, suponiendo que todavía estuviera con el grupo, vería al enemigo en cuanto estuviera a su alcance. Los espinardos también debían de saberlo. La guerra en torno a Evereska se había convertido en una lucha de sigilo y magia, en la que los combatientes se movían furtivamente a través del asolado paisaje, silenciosos e invisibles, en busca de enemigos igualmente silenciosos e invisibles. La mayoría de las veces, el que salía victorioso era el que primero detectaba a su enemigo, y era evidente que los phaerimm habían detectado ya la presencia de Khelben y de los vaasan.

Keya sabía que podía prevenir a Khelben con el simple hecho de pronunciar su nombre, ya que él le había dicho que los Elegidos podían oír unas cuantas palabras cada vez que se mencionaban sus nombres en cualquier lugar de Faerun, pero en realidad eso no era muy diferente de hacer un envío por medios mágicos. Era presumible que los phaerimm lo detectarían con igual facilidad. No, necesitaba sobresaltar a los espinardos, confundirlos durante el medio segundo apenas que necesitaban Khelben y los demás para identificar la trampa y reaccionar.

Suponiendo que realmente estuvieran ahí fuera.

A Keya le hubiera gustado tener su varita de ver; ¡cómo le hubiera gustado! A falta de ella, fijó la vista en la Muralla de la Vega y se aferró al astil de **su** lanza. Era una lanza simple, con astil de roble y punta de acero mithral, y pesaba casi una tercera parte de lo que pesaba ella. Susurró una plegaria a Corellon Larethian, apartó de un puntapié su protección de corteza y salió en tromba de su escondite.

Dos remolinos de ceniza y polvo se elevaron al otro lado de la Muralla de la Vega al reaccionar los sorprendidos phaerimm. Keya se dirigió al de la derecha simplemente porque estaba un paso más cerca que el otro. La criatura reaccionó por instinto, lanzando relámpagos de magia dorada hacia la muchacha y tornándose visible instantáneamente. Los rayos se estrellaron en el Mythal sin ocasionar daño alguno. Para entonces, Keya ya se encontraba en la Muralla de la Vega, metiendo su lanza a través de la barrera mágica para alcanzar el vientre escamoso del phaerimm.

Las defensas mágicas del espinardo repelieron su lanza del mismo modo que el Mythal había repelido sus dorados rayos. Una bola plateada del conjuro de fuego de Khelben explotó contra la criatura desde atrás, sujetándola contra el Mythal y manteniéndola allí mientras era incinerada por la magia especial del Elegido.

Protegiéndose los ojos del brillo plateado, Keya retrocedió tambaleante y se volvió a contemplar cómo el otro phaerimm era atravesado por las negras espadas de los vaasan. Una de las espadas oscuras emitía una especie de zumbido musical, una animada melodía que sonaba casi como si alguien estuviera canturreando. La canción hizo que un escalofrío recorriera la espina dorsal de Keya. Ella había oído hablar a la espada de Dexon mientras él dormía y había visto palidecer a Kuhl por haber descuidado aquel día su deber de sumergirla en una cuba de hidromiel, pero esto era lo más extraño y misterioso de todo. La melodía era gozosa y ligera, como si la espada disfrutara con su sangrienta labor.

Los tres vaasan acabaron pronto con el phaerimm, después le cortaron el aguijón de la cola y se pusieron a discutir como sólo los vaasan pueden hacerlo sobre quién era merecedor del trofeo. Khelben apareció detrás de los tres hombres e impuso silencio con una palabra cortante antes de volverse hacia Keya con un gesto de agradecimiento.

—Ágil ingenio y valientes hazañas, Keya Nihmedu —dijo Khelben. Aquel hombre alto y de negra barba tenía una forma extraña de comportarse que confería una dignidad contenida incluso a sus actos más simples—. Te estamos agradecidos.

—No fue nada. —Keya pronunció la palabra de paso y a continuación les indicó al mago y a sus acompañantes que pasaran por encima de la Muralla de la Vega—. No corrí peligro en ningún momento.

—Pero nosotros sí —dijo Dexon, el más moreno de los vaasan corpulentos y de piel cetrina—. Seguramente habrían caído sobre nosotros por sorpresa. Me dan ganas de besarte.

Esto hizo que Keya alzara las cejas.

—¿De veras?

Dexon, que pesaba algo menos que un rote y tenía una sonrisa brillante y blanca, era el más guapo de los vaasan. Keya pronunció la palabra de cierre para sellar el Mythal tras ellos y a continuación le dedicó una sonrisa al humano.

—Bueno, ¿y por qué no lo haces entonces?

Dexon se quedó boquiabierto y empezó a mirarla de aquella manera lasciva que parecía aflorar a los ojos de los vaasan al menor atisbo de carne. Aunque Keya sabía que sus amigas de la Cadena de Vigilancia les tenían asco a los humanos en general y las horrorizaba la idea de que se las comieran con los ojos, ella mantuvo su sonrisa. La verdad era que cuando uno las conocía bien, los humanos eran bastante divertidos. A ella habían llegado a gustarle incluso las miradas que le echaban, al menos las que Dexon le echaba cada vez que iban a bañarse al estanque Gloria del Amanecer.

Al ver que Dexon parecía demasiado conmocionado como para pasar de una simple mirada, Burlen tomó la delantera.

—¿Qué es lo que pasa contigo, Dex? No puedes dejar esperando a nuestra anfitriona.

Burlen tendió sus corpulentos brazos y cerró los ojos..., y de repente se encontró abrazando a un furioso Khelben.

—Es Keya la que merece la recompensa, Burlen, no tú.

Keya rió por lo bajo, lo que hizo que el archimago se volviera hacia ella con mirada de reprobación.

—Y tú, jovencita, no deberías ir por ahí tentando a los osos. Estoy seguro de que lord Nihmedu no vería con buenos ojos que besaras a algo con más pelo en la cara que un thkaerth.

Keya alzó el mentón.

—Seguro que no, señor Bastón Negro, pero Galaeron ni está aquí ni es mi guardián. —Dirigió una mirada furtiva a Dexon, y luego añadió—: Ahora, os ruego me contéis cómo fue vuestra misión de exploración.

Una expresión divertida pareció a punto de asomar a los ojos oscuros de Khelben, pero desapareció antes de que Keya estuviera segura de ello. Hablando por encima del hombro, el Elegido se dio la vuelta y empezó a atravesar la vega hacia las puertas del acantilado.

—Lord Duirsar tiene motivos para estar preocupado por el cielo ensombrecido —dijo—. El Valle se está agostando fuera del Mythal incluso más rápido que dentro.

Keya dio un paso vacilante y, de no haber sido por la rapidez con que Dexon se aprestó a sujetarla, habría caído al suelo. La vida del Valle, tanto dentro como fuera de la Muralla de la Vega, era lo que alimentaba al Mythal.

—Debemos encontrar una manera de despejar el cielo, y rápido —continuó

Khelben—, o pronto nos veremos obligados a combatir a los phaerimm en las calles de Evereska.

Galaeron se encontraba en la fría quietud que rodeaba al Supremo, contemplando aquella ventana al mundo, observando cómo una columna de kilómetros de voluntarios de toda laya avanzaba, hundiéndose hasta la rodilla, en el fango de lo que antes había sido el Camino del Comercio. Había gentes de todo el noroeste —elfos de Siempre Unidos, enanos de Adbarrim, hombres waterdhavianos—, pero sólo los bárbaros de Uthgardt parecían inmunes a las ventiscas y constantes chaparrones que habían castigado a Faerun occidental toda la primavera. Los demás voluntarios tosían y andaban vacilantes, tan debilitados por la fiebre y la fatiga que el ejército no estaba en condiciones de recorrer cinco kilómetros diarios, y mucho menos de incorporarse a la lucha al culminar la marcha.

Y sin embargo debían combatir. La cabeza encapuchada de Telamont se volvió hacia el Páramo Alto y la escena de la ventana al mundo se transformó en una horda de osgos conducida bajo una lluvia torrencial por un grupo de oficiales acechadores. Llevaban como tropas de apoyo a dos compañías de illitas y otra de magos de batalla zhentilares, aunque a Galaeron se le escapaba la razón por la cual el enemigo podía necesitar magos humanos con cinco phaerimm supervisando su ataque.

La mirada de Telamont volvió a desplazarse, esta vez hasta una cresta rocosa que bordeaba el Camino del Comercio, al otro lado del Páramo Alto. Learal Mano de Plata y su hermana Storm ya se encontraban sobre la cresta, con sus largas trenzas al viento, mientras colocaban trampas mágicas. A pesar de ser del todo incierto que su ejército pudiera cubrir los dos kilómetros que quedaban antes de que los osgos de los phaerimm recorrieran los doce que las separaban de ellos, aquella cresta lo era todo. El ejército que la controlara tendría la ventaja que dan la altura y el terreno firme, mientras que el otro se vería obligado a luchar chapoteando en un pantano cenagoso.

Ninguna de las dos fuerzas contemplaba la posibilidad de retirarse, no con el tipo de magia que los cinco phaerimm o los dos Elegidos de Mystra, podían lanzar sobre un ejército empantanado en el fango. Al caer el crepúsculo tendría lugar una batalla, tal vez la más encarnizada de la guerra. Una batalla que aniquilaría a ambas partes, independientemente de cuál quedara viva para proclamar su derecho sobre el campo..., y ¿por qué?

Telamont se centró a continuación en los propios phaerimm, y la escena volvió a experimentar un cambio. Acostumbrado a los rápidos cambios de enfoque del Supremo, Galaeron se centró a su vez en los espinardos y empezó a dejar que sus pensamientos divagaran sobre la razón de que tantos se hubieran reunido en un mismo lugar. Había acudido a palacio todos los días desde su reunión inicial con el Supremo, y se había pasado la mayor parte del tiempo mirando por la ventana al mundo y tratando de ponerse en contacto con lo que Melegaunt le había traspasado

en sus últimos minutos de vida. A veces funcionaba y era capaz de adivinar las intenciones de los enemigos a tiempo para salvar unas docenas, o incluso algunos cientos de vidas. La mayor parte de las veces no tenía más que ofrecer que cualquier otro.

A pesar de eso, Telamont Tanthul pasaba una parte de cada día, a veces la mayor parte, con Galaeron, no enseñándole de una manera directa, sino abordando siempre el tema de una manera oblicua, como si temiera que al concentrar una luz demasiado brillante en su ser sombra pudiera hacer que éste se escondiera. Independientemente de lo largas que fueran esas sesiones, Galaeron siempre volvía a Villa Dusari exhausto, entumecido e irritable, hasta tal punto que Vala empezaba a preguntarse si Telamont estaba ayudándolo a controlar su sombra o todo lo contrario. Aunque a ella le estaba vedado el acceso a la sala de las batallas —ni siquiera Escanor había podido influir sobre el Supremo para que le permitiera entrar—. Vala insistía en acudir a palacio todos los días y esperar en las tinieblas pobladas de murmullos de la sala del trono. Al ver lo malhumorada que aquello la estaba volviendo, Galaeron empezaba a pensar que era ella la que estaba pasando por una crisis de sombra.

Telamont se apartó del borde de la ventana al mundo y fijó sus ojos de platino en Galaeron, y, como siempre, éste adivinó la pregunta que rondaba la mente del Supremo.

—No veo el sentido de forzar esta batalla —admitió—. Cuando erigimos el caparazón de sombra, había sólo diez phaerimm fuera...

—Ahora son doce —puntualizó Hadrhune, que estaba junto a Telamont, al otro lado—. Nuestros agentes localizaron uno en la puerta de Baldur y otro en... ese pequeño reino al sur de las Marcas de los Goblin.

—¿Cormyr? —preguntó Galaeron.

Hadrhune asintió, clavando la uña del pulgar en el desgastado surco del bastón que siempre lo acompañaba.

—En lo que era antiguamente la ciudad de Arabel.

—Con todo, eso representa apenas la mitad de los que están fuera del caparazón —dijo Galaeron—. ¿Por qué arriesgar tanto para detener a un ejército que podría morir presa de las fiebres antes de llegar siquiera a los Sharaedim?

—¿Tal vez para matar a un par de los Elegidos? —preguntó Hadrhune.

Galaeron meneó la cabeza.

—Los phaerimm son demasiado listos para eso —afirmó—. Los Elegidos sólo pueden ser derrotados, pero no se los puede matar, al menos no con la magia de Mystra.

—Sea cual sea su propósito —dijo Telamont con los ojos centelleantes ante esta última puntualización—, ésta es una batalla que no debemos permitir. —Se volvió hacia donde habían aparecido Escanor y Rivalen aparentemente sin ser convocados y

levantó una manga llena de tinieblas hacia la ventana al mundo—. Acudiréis con vuestros hermanos y vuestras mejores legiones a salvar a esos tontos enfermos si podéis. Dejad a los phaerimm hasta que consigamos entender cuál es su juego.

—Así se hará.

Ambos príncipes se llevaron la palma de la mano al pecho antes de girar en redondo y desaparecer.

Galaeron sintió el peso de la pregunta no pronunciada de Telamont y supo que se estaba exigiendo de él algo que hasta entonces sólo se le había pedido. Se volvió hacia la ventana al mundo y centró su atención en el Páramo Alto, luego en la horda de diminutas figuras que se arremolinaban en él y después en las cinco figuras que los seguían entre las dos compañías de illitas. Cada vez, la ventana respondía a su voluntad, cambiando y ampliando la imagen para mostrarle lo que deseaba ver.

Cuando Galaeron se encontró mirando por fin a los propios espinardos, pasó de uno a otro, estudiándolos por turnos, buscando cicatrices o dibujos en las escamas que pudieran evocar alguno de los recuerdos de Melegaunt. Si la ventana al mundo hubiera sido capaz de transmitir sonidos, habría formulado el conjuro que Melegaunt le había enseñado para entender su lengua, pero ni siquiera los shadovar podían escuchar sin mandar un espía. El Supremo le había dejado bien claro a Galaeron que mientras no hubiera adquirido la pericia suficiente con la magia de sombras como para encontrar y transmitir el conocimiento que Melegaunt le había confiado, no se le permitiría arriesgar su vida de ninguna manera. Para un oficial de los Guardianes de Tumbas, acostumbrado a perseguir a profanadores de criptas por estrechos pasadizos sembrados de mortíferas trampas mágicas, aquélla era una restricción difícil de respetar.

Después de varios minutos de meditar sobre los phaerimm, Galaeron finalmente apartó la vista de la ventana al mundo.

—Lo siento —dijo—, no puedo evocar nada.

Telamont aceptó el fracaso con una paciencia de la que no hacía gala con nadie excepto con Galaeron.

—Que eso no te atribule —manifestó—. Estoy seguro de que se debe a una interferencia de tu sombra. Cuanto más tratas de controlarla, más fuerte se vuelve.

—Yo no trato de controlarla—replicó Galaeron—, simplemente dejo vagar mis pensamientos.

Los ojos de Telamont chispearon bajo su capucha y hubo un atisbo de algo parecido a una sonrisa entre blancos colmillos.

—Siempre estás tratando de controlar a tu sombra, elfo. Eres de los que deben controlar lo que temen.

—Lo que temo es convertirme en un monstruo —insistió Galaeron—. Claro que quiero controlar a mi sombra.

—Como ya te dije —replicó Telamont, levantando una manga y apoyando un peso frío sobre el hombro de Galaeron—, no tiene importancia. Los príncipes han recibido sus órdenes.

La ventana al mundo se llenó con una imagen neblinosa que gradualmente se fue aclarando a medida que el Supremo iba enfocando lo que quería ver. Incluso cuando la escena ya había dejado de cambiar, Galaeron tardó un poco en reconocer una serie de débiles líneas azuladas como grietas en el Hielo Alto.

Las grietas se fueron ensanchando hasta transformarse en franjas en forma de daga de cañones helados y profundos, y Galaeron empezó a notar extraños parches de columnas de vapor que salían de algunas partes del enorme glaciar. Una de estas columnas creció hasta llenar la ventana al mundo, y una parcela cuadrada de nieve se oscureció gradualmente pasando del blanco al gris y al ébano a medida que se iba agrandando. Por fin, Galaeron se encontró mirando algo que parecía una enorme alfombra negra que estuviese desenrollando una compañía de shadovar del tamaño de hormigas.

—Una manta de sombra —explicó Telamont respondiendo a la pregunta de Galaeron antes de que éste pudiera formularla—. Más de un kilómetro cuadrado de pura sedasombra.

Galaeron frunció el entrecejo, tan intrigado por lo que estaban haciendo los shadovar como por la razón que podría tener Telamont para enseñárselo. Al final de la manta ya extendida, una nube de vapor que se iba engrosando empezaba a ascender en el aire mientras de debajo del borde brotaban pequeños riachuelos de agua cristalina, convirtiéndose en corrientes burbujeantes que se unían formando anchos arroyos y desaparecían por las azules grietas en cascadas plateadas de agua que se precipitaba.

—¡Lo está derritiendo! —exclamó Galaeron con un respingo.

—Así es. —Si Telamont notó la alarma en la voz de Galaeron, el tono con el que habló no lo delató—. Las mantas de sombra absorben toda la luz que cae sobre ellas, a continuación la atrapan debajo en forma de calor. Ya hemos extendido cientos de ellas a lo largo de la linde del Hielo Alto.

—¿Cientos?

Galaeron se concentró en un área más extensa del Hielo Alto. Al notar su cambio de enfoque, Telamont le pasó el control de la ventana al mundo, y la escena se retrajo hasta mostrar los cientos de columnas de vapor que salían del hielo.

—¡Está cambiando el clima de Faerun!

—Estamos renovando lo que destruyeron los phaerimm —puntualizó Telamont.

La escena volvió a desplazarse, esta vez hacia el extremo suroriental del Hielo Alto, donde docenas de enormes ríos surgían de cavernas con una tonalidad azul en la base de un muro montañoso de nieve y hielo. El agua convergía en enormes cuencas

que llevaban secas un millar de años, recreando los lagos que en una época había habido a lo largo de las franjas septentrionales de Netheril.

—Del Hielo Alto baja aire frío que recoge humedad al pasar por los lagos y se calienta —explicó Telamont—. A medida que el efecto se intensifique, los vientos llevarán la lluvia y la niebla hacia el sur, al interior del Anauroch, obligando al aire tórrido del desierto a elevarse y atraer más vientos desde el Hielo Alto. El sistema se autoalimenta. Ya empieza a haber chaparrones en una zona tan meridional como las Columnas del Cielo.

Aunque Galaeron no tenía la menor idea de dónde estaban las Columnas del Cielo, el nombre tenía resonancias netherilianas, y no necesitó que le explicaran lo que las mantas de sombra significaban para la zona occidental de Faerun. Ya lo había visto en las ventiscas que azotaban Aguas Profundas y en los diluvios que habían transformado la mayoría de las explotaciones al sur del bosque de Ardeep en cenagales en los que uno se hundía hasta las corvas.

—Eso está muy bien para Refugio —dijo—, pero ¿y el resto de Faerun?

Los hombros tenebrosos de Telamont subieron y bajaron.

—Todo lo bueno tiene un lado malo. Para que Refugio reivindique su patrimonio, otros tienen que sufrir.

—Es demasiado —aventuró Galaeron.

Miró hacia el oeste, y la escena pasó a Daggerford, donde las aguas heladas del río Delymbyr habían inundado las calles y los residentes tenían botes sujetos a las ventanas de la segunda planta de sus casas.

—Seguramente podría adoptar un sistema más gradual. Un sistema que no dejara a tanta gente sin hogar y sin alimentos.

Telamont tomó el control de la ventana al mundo, enfocando la cúpula de sombras que se cernía sobre los Sharaedim.

—Pensé que lo que te preocupaba era Evereska.

—No hay mucha relación entre ambas cosas —respondió Galaeron.

—¿No la hay? —preguntó Telamont—. Para prevalecer, Refugio tiene que hacerse fuerte. ¿A qué gente quieres salvar, elfo, a la tuya o a la de ellos?

—No es ésa la alternativa —replicó Galaeron—. Incluso al ritmo que vosotros estáis fundiendo el Hielo Alto, el Anauroch tardará décadas en recuperarse. Evereska se salvará o perderá en un año.

La capucha llena de sombras de Telamont se inclinó hacia Galaeron.

—Es la alternativa que te he dado, elfo. ¿Quién perecerá, Evereska o el oeste?

—Nnoo... no puedo creer que me plantees semejante cosa—balbució Galaeron.

Pensó que seguramente estaría malinterpretando lo que oía, perdiendo algún matiz importante capaz de aclarar lo que el Supremo le estaba preguntando realmente.

Una mezcla de frío y furia creció en su interior, y lo entendió todo. Los shadovar estaban tratando de atraparlo, de corromperlo quizá, o de ponerlo a prueba, o de cargarle a él la culpa de todas aquellas muertes.

El elfo meneó la cabeza.

—Ya veo cuál es tu juego, y no va a funcionar conmigo.

—¿Crees que esto es un juego? —Telamont levantó una manga hacia la ventana al mundo—. Mira y piénsalo otra vez.

La escena había vuelto al Páramo Alto, donde los príncipes de Refugio y sus legiones se despejaban del tenebroso suelo, miles y miles de siluetas que se desprendían de las sombras y recuperaban su estatura normal mientras cargaban, formulando conjuros de muerte liminar y blandiendo armas de cristal negro indestructible.

Atrapados por la retaguardia y el flanco, los osgos rugían confundidos, y luchaban contra sus amos acechadores con mucha más ferocidad que contra los shadovar. Una compañía de illitas ya estaba a merced de la espada negra, mientras que la otra corría a desplegarse detrás de sus líneas de batalla y a buscar a los magos más poderosos para dirigir contra ellos sus estallidos mentales. La búsqueda estaba resultando difícil, ya que la mayor parte de los guerreros del Enclave de Refugio luchaban al mismo tiempo con el conjuro y la espada, pasando a menudo del uno al otro con una gracia envidiable incluso para un elfo cantor de la espada.

Tan poco ávidos de enfrentarse a los príncipes como éstos de enfrentarse a ellos, los cinco phaerimm se mantenían a la espera, atacando las filas de sus enemigos con bolas de fuego, relámpagos y sábanas de luz ardiente que segaban filas enteras de shadovar. Aunque este último conjuro era nuevo para Galaeron, tenía ciertas semejanzas con algunos elementos de un muro prismático, y estaba seguro de que era poco más que una modificación que los espinardos habían desarrollado especialmente para combatir contra las sombras.

Fue entonces cuando la idea lo asaltó.

—Esta batalla es una distracción.

—Un ejército de esas proporciones puede ser muchas cosas, pero no una distracción —dijo Hadrhune—. Una fuerza semejante requiere recursos que según nos aseguran nuestros agentes, los phaerimm no osarían derrochar tan a la ligera.

—Vuestros agentes no conocen tan bien a los phaerimm como para llegar a esas conclusiones —replicó Galaeron, algo sorprendido al comprobar que él tenía la sensación de conocerlos. Señaló un despliegue restallante de luz azulada—. Ese conjuro es nuevo, destinado a combatir a los shadovar.

—Aunque pudieras saber eso —contestó Hadrhune—, se me escapa cómo...

—Yo puedo saberlo y vosotros no lo veis —interrumpió Galaeron, confiando en su discernimiento—. Si los phaerimm esperaran luchar contra los Elegidos, no

acumularían conjuros diseñados para combatir con los shadovar..., y no anunciarían su presencia flotando hacia la batalla totalmente visibles.

Todo el Anauroch y la región occidental de Faerun aparecieron en la ventana al mundo, las nubes se apartaron para dejar ver los ríos caudalosos.

—¿Qué están tratando de ocultar? —preguntó Telamont.

Galaeron aplicó la adivinación durante algunos minutos, dedicando la mayor parte del tiempo al área que circundaba al caparazón de sombra, Nido Roquero y las colinas del Manto Gris. Por fin, meneó la cabeza.

—No puedo verlo.

—Tal vez porque no hay nada que ver —dijo Hadrhune—. Teniendo estos cinco a la vista, conocemos la ubicación de los doce phaerimm que escaparon del caparazón de sombra.

—¿Está actualizada tu información? —preguntó Telamont.

Los ojos ambarinos de Hadrhune se ocultaron un momento tras los oscuros párpados y luego asintió.

—Los vigilantes de sombras los han visto a todos en el último cuarto de hora. Cinco son visibles en este momento.

Galaeron asintió.

—Por supuesto. Sabrían que estamos esperando.

—Nuestros vigilantes lo sabrían si fueran simulacros o imágenes mágicas —dijo Telamont—. Es posible que, después de todo, esto no sea una distracción.

—No podemos saber qué es lo que conocen los phaerimm del caparazón de sombras —afirmó Hadrhune, mirando con aire de satisfacción a Galaeron—. Tal vez teman que sea obra de los Elegidos y que este ejército sea parte de su plan.

—O que los phaerimm de Myth Drannor también formen parte de esto —sugirió lord Terxa, del que Galaeron ni siquiera había advertido que estuviera escuchando entre las sombras—. Lo que queda allí del Mythal interfiere con la labor de los vigilantes de sombras, y ni siquiera están seguros de haberlos encontrado a todos.

Galaeron recordó cómo había fallado la magia de sombras de Melegaunt dentro del Mythal de Evereska, pero frunció el entrecejo y meneó la cabeza.

—Está bien pensado, pero los phaerimm no son seres sociales. Sólo trabajan juntos cuando se benefician individualmente, y no hay razón alguna para que los phaerimm de Myth Drannor piensen que podría valer la pena ayudar a los demás.

La expresión de Terxa reflejó cierta desazón, y escudriñó la oscuridad que se ocultaba bajo la capucha de Telamont.

—¿No crees que tal vez debería saberlo, Supremo?

—¿Saber qué? —Galaeron se volvió inmediatamente suspicaz—. ¿Es que ahora tenéis secretos para mí?

Los ojos de Telamont chispearon como si aquello lo divirtiera... o lo satisficiera.

—¿Nos has contado todos tus secretos, elfo?

Alzó una manga y en la ventana al mundo apareció una tranquila aldea del bosque. No hacía demasiado tiempo se habían librado una o varias batallas en sus inmediaciones, ya que el fuego había abierto varios claros nuevos en los bosques a lo largo de sus lindes. Frente a una atalaya muy próxima al centro mismo de la aldea había una extraña veta de distorsión suspendida en el aire que emitía volutas de fuego y de humo oscuro.

—Hay cosas que es mejor mantenerlas en secreto —dijo Telamont—. Entre ellas, hechos vergonzosos cometidos en momentos de necesidad.

Hadrhune se movió hasta interponerse entre Galaeron y el Supremo.

—¿Es esto necesario, altísimo señor?

Galaeron dio un paso adelante esquivando a Hadrhune.

—Lo es, a menos que queráis dejar que los phaerimm hagan lo que les plazca con vuestras legiones.

—Necesita saberlo —dijo Terxa.

Telamont extendió sus mangas. Llamas y humo salieron de los claros chamuscados, y Galaeron empezó a ver cuerpos cónicos familiares desplazándose entre los bosques. Un momento después, la figura inconfundible de Elminster apareció y empezó a describir círculos por encima de la aldea.

—Después de que Melegaunt convocó a sus hermanos a la Piedra de Karse —relató Telamont—, Elminster empezó a ser sumamente difícil de localizar. Para encontrarlo, los príncipes tuvieron que matar a algunos de los phaerimm de Myth Drannor...

—Y dejar en el aire el olor de la hierba maloliente de Elminster —completó Galaeron.

—Por lo que tengo entendido, no fue necesario dejar nada —prosiguió Telamont, prácticamente riendo entre dientes— Los espinardos no podían imaginar que nadie más fuera capaz, y acudieron a vengarse de Elminster.

—¿Y cuando volvió a ver lo que estaba sucediendo, los príncipes le tendieron una emboscada y lo mandaron a los Nueve Infiernos? —inquirió Galaeron—. ¿Cómo pudisteis...?

—Fue un accidente —protestó Hadrhune con tono enérgico.

—De todos modos, no viene al caso en relación con lo que nos ocupa —dijo Telamont—. Lo que sí viene al caso es que los phaerimm de Myth Drannor tal vez se hayan enterado de quién fue el auténtico responsable.

—Y hayan hecho un pacto con los demás para librarse de vosotros —acabó Galaeron.

A cada momento que pasaba su enfado se iba intensificando, y no sólo por lo que le habían hecho a Elminster. Veía que Telamont también lo había manipulado a él,

haciendo salir deliberadamente a su sombra al mostrarle las mantas de sombra y decirle que debía elegir entre salvar a Evereska o a todo el oeste. Aunque Telamont guardaba silencio, la fuerza de su pregunta no enunciada le pesó como una losa. Tan furioso estaba Galaeron que se resistía a responder, quería ocultar lo que veía tan claramente, o mentir al respecto... Pero no pudo contener el conocimiento que tenía dentro. La presión de la voluntad del Supremo era insufrible, como si de algún modo hubiera aplicado todo el peso del Enclave de Refugio en ese único punto de presión.

Finalmente, no tuvo más remedio que preguntar.

—¿Tenéis un Mythal?

El aire se volvió todavía más inerte y frío que de costumbre en torno a Telamont.

—Algo parecido. Aquí hay un Mythallar, como el que se encontraba en todos los enclaves de Netheril.

—Es por eso que van a atacar.

—Imposible —dijo Hadrhune—. Jamás conseguirán atravesar los fosos de sombra.

Galaeron se encogió de hombros.

—Entonces no tenéis nada de qué preocuparos.

El Supremo se volvió hacia Galaeron.

—Tú conoces nuestras defensas —dijo—. ¿Pueden atravesarlas los phaerimm?

—Ya lo han hecho, o a estas alturas tus centinelas estarían dando la alarma. — Luego, respondiendo a lo que el Supremo quiso saber a continuación, añadió—: Probablemente se trate de una pequeña compañía de infiltrados. Si hubieran sido uno o dos, habrían recurrido al sigilo en vez de tratar de alejar a tus fuerzas.

—¿Toda una compañía? —Hadrhune meneó su huesuda cabeza—. Imposible.

—No estaría de más comprobarlo —ordenó Telamont.

Los ojos de ámbar de Hadrhune se ocultaron tras los párpados, pero Telamont no se quedó esperando. Se dirigió a la sala del trono indicándole a Galaeron que lo siguiera, y a muchos otros también, a juzgar por el frío remolino de oscuridad que los acompañó.

Hadrhune apareció al lado de Telamont con los ojos ya abiertos.

—Es cierto que una patrulla de veserabs volvió inesperadamente, Supremo. No se ha podido encontrar al oficial al mando, y las monturas presentan quemaduras donde fueron enjaezadas con magia del Tejido.

—No es imposible —dijo Telamont—. Volved a reunir a los príncipes.

Estaban en la sala del trono, avanzando a grandes zancadas entre las sombras susurrantes hacia la sala de recepción, rodeados por una multitud de figuras cada vez más concretas. Varias de las siluetas se apartaron para que Vala se colocara al lado de Galaeron.

—¿Qué ha pasado?

—Phaerimm infiltrados —explicó Galaeron—. Vienen a por el Mythallar.

Vala enarcó las cejas.

—No es eso lo que yo quería saber —manifestó.

—¿No?

—Tú, Galaeron —dijo Telamont hablando desde su posición más avanzada—. Lo que quiere saber es qué te pasó a ti.

Galaeron frunció el entrecejo.

—¿Mi sombra? —Dirigió una mirada a la mujer—. ¿Te das cuenta con sólo mirarme?

Vala asintió.

—Galaeron. Ya ni siquiera tengo que mirarte —dijo—, y eso no me gusta demasiado.

—¡A las armas! —gritó Hadrhune.

Vala echó mano de su espada oscura.

—¿Vienen hacia aquí? —preguntó.

Se encontraban en otra parte, saliendo de las sombras a un enorme cuenco de obsidiana, deslizándose por las cuevas cristalinas mientras láminas de luz purpúrea ardían todo en derredor, entre gritos, relámpagos restallantes y olor a carne chamuscada en el aire. Galaeron tardó un instante en darse cuenta de dónde estaba y por qué, y un poco más en darse cuenta de que el dolor que tenía en el brazo era la mano libre de Vala que se le clavaba en el bíceps, después, por fin, empezó a encontrarle sentido a lo que veía.

En el fondo de la hondonada había una enorme bola de obsidiana de unos cuarenta y cinco metros de diámetro en cuyo interior flotaban formas pálidas y fantasmales y cuya superficie irradiaba una oscuridad cada vez más profunda. Una bandada de phaerimm bajaba de la oscuridad que había por encima, formulando a su paso conjuros de fuego y luz, tratando de abrirse camino entre el enjambre de shadovar aturdidos por la teleportación que se tambaleaban y caían por las pendientes del cristalino cuenco, lo mismo que Galaeron y Vala.

Un orbe de oscuridad se desprendió del cuenco y abrió un agujero del tamaño de un puño a una criatura que se encontraba cerca de sus cabezas. Esta cayó sobre la pendiente que se cernía sobre ellos y empezó a deslizarse hacia donde estaban, rugiendo de dolor en medio de una vertiginosa tempestad de vientos mientras lanzaba una furiosa profusión de relámpagos y luces abrasadoras. Galaeron recibió un rayo blanco de energía en el hombro y se puso rígido, mordiéndose la lengua con tanta fuerza que a punto estuvo de atravesarla con los dientes.

Vala lanzó su espada, rebanando uno de los brazos del phaerimm y una buena parte del hombro. La criatura se alejó de una voltereta y, bisbiseando algo en la lengua de viento de los espinardos, desapareció.

Galaeron sintió que Vala lo cogía por el cuello de la camisa y a continuación empezaron a descender más lentamente ya que estaban llegando al fondo del cuenco y la pendiente no era ahora tan pronunciada. Vala llamó a su espada oscura para hacerla volver a su mano, y sólo cuando la hubo recuperado prestó atención al agujero humeante que el elfo tenía en el hombro.

—¿Qué tal va eso? —preguntó.

Galaeron consiguió desencajar la mandíbula.

—Rígido, pero bien —dijo con la boca llena de sangre.

Trató de incorporarse, pero sólo pudo ponerse de rodillas porque sus músculos se negaban a obedecer. Vala le puso la pierna en una posición arrodillada estable y a continuación ambos pasaron revista a la zona. La batalla parecía haber terminado tan rápidamente como había empezado. Los guerreros shadovar y lo que quedaba de algunos de ellos se acumulaban en pilas quejumbrosas de medio metro de alto. Media docena de phaerimm, o más bien partes de media docena de ellos, yacían entreverados con los cuerpos humeantes.

Telamont Tanthul estaba a una cierta distancia del cuenco con Hadrhune a su lado, como siempre, convocando a sus príncipes y ordenando a los supervivientes que formaran partidas de vigilancia. No había espinardos a la vista; cuando una batalla se les volvía adversa, su instinto hacía que se teleportaran. Galaeron sabía que las defensas del enclave les impedirían salir de la ciudad mediante magia translocacional, pero también sabía que los phaerimm ya habrían previsto eso y habrían elegido un punto seguro de reunión.

Galaeron se cogió del brazo de Vala y se puso de pie.

—Con calma —le dijo ella—. No tienes muy buen aspecto.

Aunque todavía le duraba el enfado con Telamont por atraer a su sombra y en ese momento lo que quería realmente era ver destruido el Mythallar de los shadovar —considerando el número de muertes que eso traería aparejado confió en que ese deseo en particular fuese de su sombra y no suyo propio—. Galaeron también sabía que el destino de Evereska dependía de la supervivencia del Enclave de Refugio.

—No se ha acabado —dijo Galaeron—. Todavía siguen en la ciudad.

Vala lo rodeó con el brazo para que se apoyara en ella y ambos se dirigieron hacia el Supremo.

—A Telamont no va a gustarle esto. ¿No te ordenó que te mantuvieras al margen de toda lucha hasta que fueras capaz de transmitir el conocimiento de Melegaunt?

Galaeron indicó con la cabeza la enorme esfera de obsidiana que estaban rodeando.

—Al parecer ha hecho una excepción con el Mythallar.

Vala echó una mirada al orbe y enarcó las cejas.

—¿Eso es el Mythallar? Yo casi había pensado que era la Piedra de Karse.

—Yo también —dijo Galaeron.

Después de dejar libres a los phaerimm, habían viajado al Bosque Espectral, luchando contra liches y otros guardianes no muertos para ayudar a Melegaunt a recuperar la famosa Piedra de Karse y usar su magia «pesada», de una época anterior a la división entre el Tejido y el Tejido de Sombra, para devolver el Enclave de Refugio a Faerun.

—Supongo que sólo necesitaban la piedra para abrir una puerta de proporciones suficientes entre las dimensiones —decidió—. Aparentemente, el Tejido de Sombra todavía puede dar soporte a conjuros tan poderosos como para hacer que levite una ciudad.

—¿Y el Tejido no puede? —preguntó Vala.

—No lo ha hecho —respondió Galaeron con un encogimiento de hombros—. No desde la caída de Netheril.

Si Vala advirtió el peligro que eso entrañaba, no dio muestras de ello.

—Es una buena noticia para Evereska, si eso significa que los shadovar son más poderosos que los phaerimm —razonó.

Galaeron asintió, pero no dijo lo que podía significar también. Si los shadovar eran más poderosos que los phaerimm, entonces eran también más poderosos que la mayor parte de los grandes magos del reino. Sólo los propios Elegidos, o tal vez un círculo completo de altos magos, podían rivalizar con su poder.

Casi habían llegado donde se encontraban Telamont y Hadrhune cuando el primero de los príncipes y media docena de señores shadovar tras él salieron de las tinieblas del borde del cuenco y empezaron a descender por la resbaladiza pared. Galaeron reconoció a Brennus por su gran boca en forma de media luna y por el tono anaranjado de sus ojos del color del hierro. Sin resbalar en la pronunciada pendiente de obsidiana, él y los demás empezaron a avanzar en la dirección de Telamont. Sus rostros no mostraban la menor emoción ante la carnicería que los rodeaba. Cuando llegaron a las pilas de cuerpos acumulados en el fondo, empezaron a atravesarlas sin provocar ni un solo gemido y sin perturbar un brazo siquiera.

—¿Ves eso, Vala? —preguntó Galaeron.

—¿El qué? —inquirió ella.

Como casi todos los que estaban en el cuenco, Vala tenía fija su atención en las tinieblas próximas al borde, y esperaba despreocupadamente la llegada del resto de los príncipes.

—Más abajo. Mira los pies de Brennus.

Vala hizo lo que le decía y frunció el entrecejo al ver que a nadie parecía molestarle que Brennus lo estuviera pisando.

—Eso no tiene sentido.

—Eso mismo pensé yo —dijo Galaeron.

Les quedaban todavía treinta pasos para llegar a Telamont, tal vez la mitad de los que les faltaban a Brennus y a sus acompañantes. Galaeron se detuvo y sacó una pequeña escama de obsidiana del bolsillo de su túnica.

—No, Galaeron. —Vala le sujetó el brazo—. Vas a...

—¡Suéltame! —Galaeron se liberó de un tirón y a continuación empezó a frotar la escama por la palma de su mano—. Si ése es Brennus realmente, jamás se enterará.

Galaeron inició el encantamiento de una adivinación de sombra, uno más poderoso de lo que debería usar, pero necesario si quería disipar la magia de disfraz de un phaerimm. Una oleada de fría magia de sombras recorrió todo su cuerpo, helándolo hasta la médula de los huesos y llenándolo de un rencor frío, penetrante, contra... bueno, contra todos: contra Melegaunt y los demás príncipes, contra Telamont, Hadrhune... e incluso contra Vala.

El conjuro acabó cuando el «príncipe» y su escolta pasaban por encima de los últimos caídos en el fondo del cuenco. La sombra abandonó sus cuerpos como si fuera agua, dejando ver a seis phaerimm y a un extraño orbe de tres ojos y tres tentáculos con un enorme pico parecido al de un pinzón.

—¡Impos...!

Fue todo lo que pudo gritar Vala a modo de advertencia antes de que en el cuenco estallaran bolas de sombra voladoras y abanicos de luz restallante. Dos de los phaerimm y cincuenta shadovar cayeron en el fragor inicial de la batalla, y la criatura de tres ojos se volvió hacia Galaeron, moviendo sus tentáculos como las cimitarras de un maestro de armas drow. Vala lo interceptó, alzando su espada oscura para detener los tentáculos rotatorios, y cayó hacia atrás cuando la criatura le hizo bajar la guardia golpeándola en la mejilla, por encima del ojo y en el cuello a continuación.

Galaeron tiró de ella hacia atrás y sacó su propia espada. Su acero elfo cercenó un ganchudo tentáculo en el momento mismo en que golpeaba en el hueco del cuello de la mujer, y a continuación se replegó antes de que la criatura pudiera alcanzarlo con su pico. Otro gancho restalló en el aire dirigido contra el corazón de Galaeron, que no estaba protegido por la armadura, y fue interceptado por la espada oscura de Vala. Hundió su negra espada en el tentáculo con un movimiento giratorio y atrajo a la criatura hacia sí, dispuesta a recibirla con su daga de hierro. La espada se hundió a la profundidad que podría hacerlo un dedo, y apareció el tercer tentáculo, que la enganchó por el pliegue de la rodilla tratando de hacerle perder pie. Pero Vala era demasiado ágil. Dejó la pierna muerta permitiendo que el pie se alzara mientras hacía presión sobre la espada que se hundió unos centímetros más.

Galaeron sacó una hebra de sedasombra del bolsillo y formó con ella una pelota mientras iniciaba el encantamiento de una bola de sombra.

—¡Galaeron! —gritó Vala, saltando sobre una pierna mientras la criatura hacía oscilar la que le tenía sujeta adelante y atrás. A pesar de todo, consiguió hacer caer la

sedasombra de la mano del elfo—. No más...

—¡Maldita sea! ¡Calla y lucha!

Galaeron apartó de un puntapié el pico de la cosa y le atravesó el cuerpo con la espada. Dejándola allí clavada, sacó un pequeño cilindro de cristal del bolsillo y empezó a lanzar un rayo normal, sin sentir nada.

Bueno, no exactamente nada. Hubo un frío hormigueo mientras la magia de sombra trataba de infiltrarse en él en el punto en que su cuerpo tocaba el suelo, pero él la repelió y se abrió al Tejido para poder lanzar un rayo normal, brillante, penetrante..., pero no pasó nada. Había perdido el contacto con el Tejido.

Vala cambió su daga por la espada de Galaeron y la clavó, la retorció y cortó, entonces gritó alarmada al ver que la cosa le rodeaba el tobillo con un tentáculo al que ya había despojado de su extremo ganchudo. En lugar de dejarse derribar, Vala se echó de espaldas, tirando para desprender la espada de Galaeron del cuerpo de la criatura y haciendo salir una cascada de entrañas.

La cosa emitió un chillido angustiado y explotó en una nube sanguinolenta al estallar en su centro una enorme bola de sombra. Los restos cayeron inertes entre Galaeron y Vala sin que los babosos tentáculos hubieran soltado a la mujer y a su espadaoscura. Vala usó rápidamente la espada de

Galaeron para liberarse y a continuación la hizo girar en el aire y le ofreció a él la empuñadura.

—Jamás..., y me da lo mismo que estés poseído por tu sombra oscura..., jamás me digas que me calle.

—Y tú jamás, y quiero decir jamás, me interrumpas cuando estoy formulando un conjuro —le espetó Galaeron—, o la próxima vez dejaré que te arranquen la cabeza.

—Prefiero un monstruo desconocido —dijo mirando a la criatura de tres ojos con un gesto de disgusto— que uno conocido.

Dejó caer la espada de Galaeron sobre los despojos, después se puso en pie de una voltereta y salió renqueando entre los sanguinolentos restos, dejando que Galaeron se enfrentara a Telamont y Hadrhune, que aparecieron tras el cadáver destripado del monstruo. El Supremo le dio un puntapié con una bota oscura.

—Hasta aquí nos atacan nuestros enemigos del plano de las sombras —dijo—. Este «monstruo» es un malaugrym. Has hecho bien en desenmascararlo. Podría decirse incluso que todos te debemos la vida.

—Podría —dijo Galaeron procurando ponerse de pie—, pero parece que un simple «gracias» es demasiado pedir.

Los ojos de Telamont centellearon.

—¿Es eso lo que necesita oír tu sombra?

—¿Mi sombra? —replicó Galaeron con un gruñido—. Si no es más que una cuestión de cortesía.

Después, recordando cómo había salvado Vala su vida cuando le había fallado el rayo, se dio cuenta de que Telamont tenía razón. También Vala la tenía. Su sombra lo había dominado por completo... Tal vez todavía lo tuviera dominado.

A una señal de Telamont, tanto él como Hadrhune se arrodillaron ante Galaeron, haciendo que todos los señores de las sombras que en ese momento los estaban mirando hicieran lo propio.

—Galaeron Nihmedu, en nombre del Enclave de Refugio —empezó Telamont con un leve deje irónico en la voz—, te rogamos aceptes nuestro más sincero...

—No es necesario —se excusó Galaeron, dándose cuenta de lo innoble que era su pretensión cuando tantos habían muerto—. Perdonadme por pedirlo.

Telamont no se levantó.

—Ya ves —dijo—. Puedes aceptar a tu sombra.

—Claro que puedo —repuso Galaeron irónicamente mientras miraba por encima del hombro del Supremo. Había alguien a quien le debía una disculpa—. ¿Dónde estará Vala?

Telamont se puso de pie y miró a su alrededor. —Hay cosas que ni siquiera yo sé.

—No temas por su bienestar —dijo Hadrhune, mirando en la misma dirección que el elfo—. Vala salvó la vida del príncipe Escanor. Siempre será bien recibida en su villa.

CAPÍTULO 6

15 de Mirtul, Año de la Magia Desatada

Estando como estaba el puente de Boareskyr oculto bajo la superficie del lago cenagoso que antes habían sido las planicies situadas al norte de la Garra del Troll, el ejército de relevo de Learal atravesaba las Aguas Sinuosas en una flota de balsas de troncos calados por la lluvia. La propia Learal, acompañada de sus exploradores montados en hipogrifos y varias docenas de sus mejores magos de batalla, montaba guardia en la costa occidental, esperando que un phaerimm atacara en cualquier momento.

Éste era el último río que tenían que atravesar antes de llegar a Evereska, y si el enemigo tenía intención de detenerlos, y Learal sabía que era muy probable que lo hiciera, éste sería el punto más adecuado.

Además de hacer que el avance del ejército de relevo se hiciera a paso de tortuga, el inclemente tiempo hacía estragos en la salud y en la moral de las tropas. No había un solo guerrero entre ellos que dudase de que les debían la vida a las fuerzas de Refugio. De no haber aparecido los shadovar cuando lo hicieron, en el Páramo Alto, la horda enemiga los habría arrollado y exterminado hasta el último hombre.

Muchos oficiales estaban empezando a preguntarse si sería prudente seguir adelante. Aunque los sacerdotes y sanadores reducían las muertes por enfermedad al mínimo, la mayoría de los soldados tenían fiebre y, con la lluvia pertinaz que les estropeaba las raciones, estaban debilitados por el hambre. Aunque llegaran a Evereska a tiempo, lo más probable era que su deterioro físico representase más bien una carga para los que ya estaban allí.

Learal hacía oídos sordos a estos argumentos. Tarde o temprano el tiempo cambiaría, tenía que cambiar, y unos cuantos días de sol harían maravillas con la salud del ejército. Pero lo más importante era que tenía la certeza de que los phaerimm en un momento dado conseguirían superar el caparazón de sombra. Cuando eso sucediera, los espinardos aprenderían de su error y se extenderían por Faerun, y lo único capaz de detenerlos sería el numeroso ejército de relevo de Learal.

Y lo más importante: tenía que pensar en su amado Khelben. Había desaparecido en la batalla del Nido Roquero, defendiendo a un trío de altos magos de Siempre Unidos que intentaban abrir una puerta translocacional que hubiera permitido a Aguas Profundas enviar fuerzas de relevo en cuestión de instantes y no de meses, y Learal estaba decidida a descubrir qué había sido de él. De haber muerto, ella lo sabría, ya que siendo también ella una Elegida, habría sentido su pérdida en el Tejido. De modo que o bien había sido absorbido hacia otro plano cuando los phaerimm se hicieron con la puerta, o bien estaba atrapado dentro de Evereska con los elfos. Ella

apostaba por Evereska, aunque sólo fuera porque había agotado todas las posibilidades de ponerse en contacto con él en los planos de más allá.

Las primeras balsas surgieron de la lluvia mientras las voces profundas de doscientos bárbaros uthgardt entonaban un sombrío canto de acarreo mientras se impulsaban por la cuerda que les servía de guía. Learal empezó a pensar que su ejército conseguiría rematar el cruce con éxito. Las balsas mantenían una distancia de unos treinta pasos entre sí, lo suficiente como para evitar que las atrapara una bola de fuego mágico, una tormenta de meteoros o algún otro ataque de extensión, aunque lo bastante próximas como para que los guerreros de cualquier balsa pudieran ayudar a los de otras en caso de que los atacaran.

Un trueno distante se oyó en el horizonte, del lado del Bosque de los Wyrms. Learal asignó sus magos de batalla a la defensa de tierra, después envió al aire a sus exploradores de los hipogrifos para formar una barrera de protección a cincuenta pasos de la orilla. El trueno se transformó en el rugido inconfundible de botas aporreando el terreno y de voces rugientes, pero la cortina de lluvia era tan densa que Learal no podía ver a sus enemigos ni siquiera desde treinta metros por encima del suelo.

El estruendo era cada vez mayor y pasó por debajo de Learal, que se dejó caer hasta que vio primero la oscuridad brumosa de la tierra y después miles de huellas oblongas de botas que aparecían en el barro. Alguien había vuelto invisible a todo el ejército, y eso significaba la presencia de phaerimm, probablemente de varios de ellos.

Learal alzó su palma contra la primera fila, pronunció unas cuantas sílabas de magia disipadora y apareció un círculo de diez metros de osgos a apenas treinta pasos de la orilla.

Varios de los magos de batalla alzaron las manos formulando conjuros, y un muro de llamas de kilómetro y medio de largo se alzó para devorar a la primera fila de osgos. La mayor parte se quedaron en el sitio, pero cientos de las bestias avanzaron tambaleantes, rugiendo de dolor y alzando sus espadas de doble hoja en su titubeante embestida contra la delgada línea de magos. Los primeros uthgardts ya chapoteaban en el agua para enfrentarse a las bestias, pero el cieno era profundo, eran pocos y tenían poco tiempo.

Learal sacó un trocito de carbón de su bolsillo de los conjuros y volando bajo ante los osgos que ardían como antorchas, lo pulverizó y pronunció un complicado encantamiento. El terreno se volvió negro y viscoso y las bestias se hundieron hasta la rodilla en él, después hasta la cintura mientras se seguían debatiendo y finalmente hasta el pecho. Allí donde sus cuerpos en llamas tocaban el negro fango, éste también empezaba a arder, y la franja de terreno no tardó en llenarse de espantajos rugientes que ardían con llamaradas anaranjadas.

Al final de su ataque, Learal se enfrentó a una tormenta de piedras lanzadas con hondas y de hachas de mano. Ninguno de los ataques logró penetrar su magia de protección, pero la intensidad fue suficiente como para retrasar su ascenso. Se volvió y se encontró mirando un mar de osgos y gnolls, todos ellos visibles desde el momento en que se inició el ataque. Abriéndose camino entre las hordas avanzaban pequeños grupos de acechadores e illitas con tentáculos en la cara, que iban abriendo brechas en las defensas mágicas que mantenían a raya a sus masas.

Learal no vio ni rastro de los phaerimm que controlaban el ejército. Incluso era posible que ni siquiera los propios illitas y acechadores supiesen dónde se encontraban. A los phaerimm les encantaba usar su magia para conseguir que otros hicieran su voluntad, y muchas veces las víctimas ni siquiera sabían que las estaban controlando.

Un coro de gritos llamó la atención de Learal hacia el río desbordado, donde dos escuadrillas de acechadores se habían desprendido de los flancos para atacar a la fila de balsas. La Elegida pasó un dedo por el anillo que llevaba en el pulgar para activar su magia de mensajes. Evocó el hosco rostro del jefe de los exploradores de los hipogrifos y pensó:

Aelburn, están tratando de atacar a las balsas por el flanco.

Como tú predijiste, señora —fue la respuesta de Aelburn—. *Haremos que eso se les vuelva en contra.*

La montura de Aelburn emitió una serie de agudos chillidos que hicieron que los exploradores se dividieran en dos grupos y volvieran grupas para lanzarse sobre las dos escuadrillas de acechadores desde atrás. Learal se quedó oteando el cielo gris para asegurarse de que ningún phaerimm saliera de las nubes por detrás de sus exploradores. Una tempestad de relámpagos y explosiones se desató sobre el río cuando los magos y clérigos de las balsas empezaron a lanzar conjuros contra los acechadores atacantes. Un instante después, al sonido se sumaron los gritos y alaridos de los guerreros que se ahogaban cuando las criaturas respondieron con rayos de desintegración y haces mortales. Los hipogrifos empezaron a chillar y las ballestas a disparar y cuerpos de ambos bandos comenzaron a caer al agua.

Cuando Learal se volvió hacia el grueso de la batalla, el primer acechador ya estaba en el muro de fuego, lanzando un rayo verde por su enorme ojo central y desactivando lentamente la magia que lo hacía arder. Learal apuntó con los dedos hacia la criatura y la abrió en dos con diez descargas doradas de magia. Los magos de batalla llenaron la brecha con una nueva cortina de fuego sin dar tiempo a que los primeros osgos pudieran aprovecharla, pero otra docena de acechadores ya avanzaba flotando para esparcir sobre las llamas sus rayos desactivadores de magia.

Learal sacó de su cinturón un par de varitas mágicas y sobrevoló la línea, lanzando rayos de magia con una mano y relámpagos con la otra. Los acechadores

más próximos murieron antes de poder abrir una brecha, pero los que estaban en el otro extremo extinguieron ringleras enormes de llamas y docenas de osgos y de gnolls las atravesaron. Les salieron al encuentro tormentas de feroces meteoros y cadenas danzantes de relámpagos, pero los magos de batalla no pudieron detenerlos. Las debilitadas filas de los uthgardts se vieron obligadas a hacerles frente en la trinchera de alquitrán abierta por Learal, y en demasiadas ocasiones eran los bárbaros los que caían. Más guerreros acudían en auxilio de la segunda y tercera tandas de balsas, pero con el convoy de éstas todavía sometido al ataque de los acechadores, el flujo no tardaría en cesar.

Learal acabó su recorrido y se hizo cargo de los últimos acechadores, después se volvió y se encontró con otra docena de ellos que se lanzaba contra el muro de fuego a sus espaldas. Empezó a recorrer la fila nuevamente y sintió una sacudida mental cuando un illita trató de atacarla con sus poderes de entumecimiento mental. Su escudo de pensamiento aguantó firmemente el asalto, pero sabía que era sólo cuestión de tiempo que la criatura hiciera que uno de sus compañeros acechadores dirigiera contra ella su rayo disipador de magia y volviera a intentarlo, y esa vez seguro que surtiría efecto.

Tendría que llamar a su hermana... otra vez.

—Storm —Learal no se molestó en utilizar la magia. Como todos los Elegidos de Mystra, cuando cualquiera en Faerun pronunciaba el nombre de Storm, ella siempre lo oía, y también unas cuantas palabras más—. Necesito ayuda. Estoy en...

Learal no había terminado de hablar aún cuando Storm apareció, aturcida por los efectos de la teleportación y precipitándose hacia el suelo. Learal a duras penas consiguió sujetarla por la muñeca a tiempo para evitar que cayera en la vorágine de osgos y gnolls que pugnaban por atravesar la feroz muralla de abajo.

—Si me hubieras dejado terminar —dijo Learal, poniéndose fuera del alcance de las hondas de los osgos—, te habría dicho que estaba en el aire.

—Por las estrellas sangrantes, ¿de dónde sacan tantos brutos? —preguntó Storm, recuperando el control y mirando a la horda a la que sobrevolaban. Como ya había sido advertida del cruce del río, estaba totalmente armada y con su armadura completa—. Por lo que veo, esta vez no hay ayuda de Refugio.

—Es posible que los shadovar tengan mejores cosas que hacer que cuidar de mí —dijo Learal—. Esto no significa que nos estén traicionando.

—¿Ah, no? —Storm activó su propia magia de vuelo, sacó un par de varitas mágicas y enarcó las cejas—. ¿Has sabido algo de Khelben?

—Los shadovar no tuvieron nada que ver con su desaparición. —Learal le indicó a su hermana el extremo opuesto de la línea de batalla—. Ni siquiera han estado aquí, todavía —añadió.

—Uno de ellos sí que estuvo —puntualizó Storm—. ¿Crees que deberíamos

llamar a alguna hermana más?

—Por supuesto que no —respondió Learal lanzándose al extremo de la batalla que le correspondía—. Tú ya eres suficientemente mala.

Se pasaron el siguiente cuarto de hora volando de un lado para otro por encima de las líneas de batalla, lanzando su magia contra los acechadores y los illitas desde lo alto y recurriendo de vez en cuando a magia más poderosa, como conjuros de explosión solar y nubes incendiarias, cuando se quedaban rezagadas y el enemigo irrumpía en números que los magos de batalla eran incapaces de detener. En una ocasión, Storm se vio cogida en el rayo antimagia de un acechador cuando un illita le descargó una explosión mental, y Learal tuvo que recurrir a la magia de detener el tiempo para rescatarla.

Una vez que uno de los clérigos de la guerra de Tempus le hubo restablecido la capacidad, Storm le devolvió el favor dos veces, en una ocasión envolviendo a Learal en una esfera protectora de colores relumbrantes y en otra creando una mano mágica que barrió a los posibles atacantes hasta que llegó ella para poner a su hermana a salvo.

Llegó un momento en que se quedaron sin acechadores e illitas que matar. El plan de Learal para desbaratar los ataques por el flanco contra los convoyes de balsas también funcionó, y los osgos y gnolls se vieron obligados a permanecer inactivos mientras el ejército de relevo llegaba hasta la orilla protegido por el muro de fuego. El simple hecho de que sus monstruosos atacantes permaneciesen allí para combatir fue para las hermanas señal suficiente de que todavía había phaerimm ocultos entre las hordas, pero también sabían que las criaturas tendrían mucho cuidado de no ponerse al descubierto en presencia de las Elegidas de Mystra. El arma especial de los Elegidos, el fuego de plata, era una de las escasas formas de magia capaces de hacer daño a los espinardos, y no podía decirse de ellos que no fueran cautos.

En cuanto la última balsa llegó a tierra, Learal y Storm descendieron para reunirse con los comandantes de las diferentes compañías en un consejo de oficiales. Llovía más fuerte que nunca, sus guerreros estaban exhaustos por la travesía y sus enemigos no sólo estaban más frescos, sino que además eran más fuertes. Por otra parte, ellos los aventajaban ligeramente en número y ampliamente en medios mágicos, y Learal confiaba en poder culminar el día.

Aunque el muro de llamas estaba a unos buenos veinte pasos por detrás de ella, Learal sentía que su calor secaba la humedad de sus ropas empapadas por la lluvia.

—¿Qué os parece, caballeros? —preguntó—. ¿Atacamos ahora o nos tomamos la noche para descansar detrás de nuestra muralla de fuego y les presentamos batalla por la mañana?

—Los elfos no estaremos más frescos por la mañana —dijo lord Yoraedia, que comandaba a los quinientos guerreros y magos de Siempre Unidos. Miró a Learal con

inconfundible expresión de sorna, después se volvió hacia el comandante de negra cabellera de los uthgardts del León Negro, el jefe Garra.

—No puedo imaginar que ni siquiera los hombres de tu tribu pudieran dormir bien esta noche —le dijo.

Garra se encogió de hombros.

—Dormir o no, no significa nada para nosotros —precisó—, pero la noche favorece a los amarillos y a los perros merodeadores. Nos llevaremos a más con nosotros a los fuegos del infierno si atacamos antes de que oscurezca.

Sin saber a ciencia cierta si el fatalismo que notaba en sus voces la sorprendía o la alarmaba, Learal frunció el entrecejo y se dispuso a dar una reprimenda a los comandantes, pero se contuvo y esbozó una sonrisa forzada.

—Caballeros, estáis dejando que el tiempo nuble vuestro buen juicio —declaró—. Contáis con dos Elegidas de Mystra entre vosotros. ¿Realmente creéis que nos pueden vencer unos cuantos millares de gnolls y de osgos?

—A vosotras no —dijo el jefe Garra, y luego señaló vagamente al ejército con un gesto de la mano—, pero todos los demás no somos Elegidos. Todos los demás moriremos.

Learal oyó un murmullo nervioso que se iba extendiendo por las filas, pero lo pasó por alto y mantuvo su atención centrada en los comandantes.

—Hasta los Elegidos mueren —dijo—, pero este ejército no va a morir..., al menos hoy no.

—Perdóname si me parece que tu juicio está un poco nublado —dijo lord Yoraedia.

—¿Nublado? —Learal estaba montando en cólera, y el murmullo creciente de los hombres no contribuía a calmarla—. ¿En qué está nublado mi juicio?

—Temes por tu hombre. —El jefe Garra miró por encima del hombro y luego volvió a mirar a Learal en el preciso momento en que ella cerraba los puños para contenerse y no hacer algo de lo que pudiera arrepentirse—. Tu devoción lo honra, pero no te deja ver el peligro.

Learal tuvo la impresión de que le hubieran dado un bofetón. Yoraedia, Garra, todos los comandantes la miraban como si realmente creyeran que los llevaba directamente a la muerte sólo por Khelben.

—No soy yo la que está ciega —dijo—. Si no podéis ver...

—Learal, espera —la interrumpió Storm.

Señaló río arriba, a un lugar donde una bandada de docenas de alas enormes, escamosas, empezaba a surgir de la lluvia. Eran tan grandes como velas y de un azul tan intenso que su color se veía con claridad bajo la gris luminosidad, y aunque las hermanas no hubieran visto jamás una Furia de Dragones, habrían entendido lo que se avecinaba a la vista de tantas bocas llenas de colmillos.

—Tal vez ellos tengan algo de razón.

Por la ventana al mundo del palacio de Telamont Tanthul en el Enclave de Refugio, los dragones parecían una extensión de mar azul vista a través de las nubes: sus grandes alas producían un movimiento ondulante, como el de las olas, y las escamas azules lanzaban destellos igual que cuando la luz se refleja en el agua... Todos menos el que abría la marcha. Este era un puro esqueleto, con ascuas azuladas brillando en las cuencas vacías de los ojos y unas garras que podían abarcar la cabeza hasta de sus seguidores más grandes.

Sólo podía ser Malygris, el necio dragón azul que había vendido su alma al Culto del Dragón para matar a su odiado soberano, Sussethilation, y reclamar para sí el título de Suzerain Azul del Anauroch. Aunque Galaeron jamás había visto al dracolich, los azules más jóvenes que acudían a la linde del desierto para comerse a los profanadores de tumbas y a sus caballos a menudo adoptaban una actitud desafiante hablando de la necedad de su Suzerain. Sin embargo, no eran demasiado rebeldes, ya que varios de los wyrms más pequeños de la Furia eran los mismos que tanto se habían burlado de su jefe ante Galaeron.

Una planicie inclinada de color pardo apareció delante de los dragones, con un semicírculo de fuego anaranjado que iluminaba el borde superior y miles de diminutos puntos que ennegrecían el terreno circundante. Galaeron reconoció los puntos como guerreros, pero tuvieron que pasar unos instantes antes de que lograra identificar la planicie pardusca como un río desbordado, y eso fue cuando los dragones, al descender, se acercaron lo suficiente como para ver la corriente que pasaba por encima del tejado de una cabaña.

Galaeron prestó atención a la muralla de fuego, y los puntos se transformaron en dos ejércitos. El más numeroso, compuesto por figuras más grandes, estaba siendo mantenido a raya por el crepitante muro de fuego. El ejército menos numeroso estaba atrapado contra el río, con una flotilla de balsas de troncos atracada en la cenagosa orilla a sus espaldas y el ejército mucho más numeroso enfrente. Según todas las apariencias, eran conscientes de la presencia de los dragones que se lanzaban en picado detrás de ellos, porque sus ordenadas filas se estaban transformando en un caos al meterse los hombres en el río o arracimarse contra la muralla de fuego.

La imagen de la ventana al mundo empezó a hacerse borrosa y poco definida, con volutas de sombra que se acumulaban en los bordes. Galaeron se fijó en el centro del ejército presa del pánico, donde un grupo pequeño de figuras miraba a los dragones con calma relativa. La ventana al mundo se esforzaba por responder a su voluntad, pero la interferencia era demasiado poderosa. Pudo entrever a dos mujeres con rostros familiares y largas trenzas plateadas, a un elfo dorado atemorizado y a un bárbaro uthgardt de blanca cabellera y ojos azules. Entonces la imagen se convirtió en un borrón irreconocible y las sombras se abatieron sobre ella hasta que no hubo más que

oscuridad.

Una quietud fría y familiar rodeó a Galaeron. Al volverse se encontró con los ojos de platino de Telamont Tanthul que relucían en las profundidades de su sombría capucha.

—Ése es el ejército de relevo de Aguas Profundas —dijo Galaeron—. ¿Qué tratas de ocultar?

Telamont levantó la manga y Galaeron sintió un estilizado dedo que se agitaba delante de su nariz.

—No debes permitir que tu ser sombra saque las conclusiones en tu lugar, elfo.

Telamont esperó, y como de costumbre Galaeron sintió el peso de la pregunta sin necesidad de oírla.

—Te ruego que me disculpes, Supremo. Cuando la ventana al mundo se cerró supuse que tú habías tomado el control.

—Porque quería ocultarte algo.

Galaeron asintió.

Al elfo se le erizó la piel cuando Telamont suspiró.

—No todo lo hago yo, elfo. La culpa la tiene el miedo del ejército de las Elegidas. Los muy tontos están enviando mensajes a sus seres queridos, y Ja magia que usan para transmitirlos está interfiriendo con la de la ventana al mundo. La imagen se aclarará en unos minutos.

«¿Y qué nos mostrará?», se preguntó Galaeron. Sentía el peso de otra pregunta pero no podía determinar qué era lo que quería saber el Supremo.

—Tu atención está dispersa hoy, Galaeron —dijo Telamont—. Es peligroso dejarla divagar. Tu sombra se aprovechará de ello.

Galaeron asintió.

—Las bajas del ejército de relevo serán pequeñas. Es posible que incluso lleguen a Evereska algún día, aunque no veo qué van a poder hacer allí. De lo que debemos preocuparnos es de ti, Galaeron, no me gusta esta preocupación que advierto. Es peligrosa. —Telamont alzó una manga para indicar a Galaeron que pasara a su sala privada, y ambos se adentraron en la penumbra—. ¿Qué es lo que te preocupa?

Galaeron quedó tan sorprendido al oír la pregunta formulada de viva voz que empezó a hablar sin tener todavía conciencia de haber articulado la respuesta.

—Sabes que Escanor le ha pedido a Vala que lo acompañe en el asalto a los phaerimm de Myth Drannor.

—Es una buena guerrera, y su espadaoscura tiene poder —dijo Telamont—. Es una buena elección.

Yo quiero que se quede aquí.

—Vala no es de las que se ocultan a la muerte —aseguró Telamont—. Aunque tal cosa fuera posible, eso rebajaría la idea que tiene de sí misma.

—No es eso lo que me preocupa—repuso Galaeron—. Es capaz de cuidar de sí misma incluso en una cueva llena de phaerimm, pero yo la necesito aquí.

—Ah, la promesa.

Llegaron a una arcada y la atravesaron entrando en una pequeña habitación que hacía esquina con ventanas de obsidiana cortada en láminas muy finas en dos de las paredes. Al otro lado de las ventanas, las tinieblas habituales que envolvían el enclave parecían casi inexistentes, lo que permitía tener una vista espectacular, aunque un poco oscurecida, de las arenas del Anauroch allá abajo.

Telamont señaló a Galaeron una butaca junto a una ventana y ocupó la que estaba enfrente.

—La promesa que te hizo de matarte si tu ser sombra gana la batalla —dijo.

Galaeron asintió.

—Necesito saber que ella está ahí para cumplirla.

—No, no lo necesitas.

Hadrhune apareció espontáneamente al lado del Supremo, pasando una vez más la uña del pulgar por el profundo surco de su bastón. Telamont pidió vino para Galaeron y para él, y el senescal hundió tanto la uña en el surco que la punta de su pulgar palideció tornándose de un color gris claro.

Telamont continuó.

—Vala no tendrá necesidad de cumplir esa promesa, no mientras estés en mi compañía.

Galaeron inclinó la cabeza.

—Tú eres capaz de muchas cosas, Supremo, pero ni siquiera tú puedes resolver por mí mi crisis de sombra, como tú mismo has dicho...

—Repetidas veces. —Telamont levantó una manga para imponerle silencio y Galaeron vio la forma translúcida de una garra marchita que se destacaba en gris contra la débil luz de las ventanas de obsidiana—. Pero si vas a mentir, miéntete a ti mismo, no me mientas a mí.

Galaeron frunció el entrecejo.

—¿Qué estás diciendo?

—Sabes muy bien lo que estoy diciendo —dijo Telamont—. Al menos tu sombra lo sabe.

—¿Qué no quiero que Vala se vaya porque estoy celoso?

Telamont no dijo nada.

Galaeron se puso de pie y empezó a recorrer la habitación a grandes zancadas, chocando casi con un pequeño escritorio antes de darse cuenta de que flotaba en la sombra.

—Los elfos no sentimos celos.

—Tampoco duermen —replicó Telamont—, ni sueñan como los humanos.

Galaeron se tragó su creciente ira y se volvió a mirar al Supremo.

—¿Y qué si tengo celos? Sigo queriendo que se quede aquí.

Telamont miró a lo lejos, al desierto que pasaba ante sus ojos.

—¿Y quién quiere eso?

Galaeron se quedó pensando un momento y se dio cuenta de que sólo pensaba en sus propias necesidades, no en las de Vala. Ella se sentiría dolida al pensar que él no confiaba en ella..., pero de todos modos no quería que se fuera.

—¿Importa eso? —preguntó.

La cabeza encapuchada de Telamont hizo un gesto de aprobación.

—Estás empezando a entender, pero no voy a interferir con la misión de Escanor. —Apartó la vista de la ventana y fijó en Galaeron sus ojos de platino—. Olvídate de esa mujer. Tu sombra usará tu amor en tu contra, y esas ataduras emocionales sólo pueden interferir con tus estudios.

A Galaeron le daba vueltas la cabeza. Por supuesto que había sido consciente de la atracción creciente que sentía por Vala, pero nunca lo había llamado amor, ni siquiera mentalmente. Los elfos necesitaban años de conocimiento, a veces décadas, antes de llegar a sentir algo parecido a lo que los humanos llamaban amor, y él sólo hacía unos meses que conocía a Vala. Decir que la amaba... Es cierto, la mayoría de los elfos no dormían ni soñaban. Galaeron sintió el peso de una pregunta y al volverse se encontró con la mirada de Telamont fija en él.

—¿Estudios? —preguntó, confiando en ocultar lo que realmente le estaba pasando por la cabeza.

Los ojos de Telamont relucieron.

—Tus estudios de magia —dijo—. Eres un *innanoth* con grandes dotes. Una vez que consigas estar en paz con tu sombra, empezaré a enseñarte seriamente.

—¿De veras? —Incluso a Galaeron le pareció que la respuesta no sonaba nada entusiasmada, pero seguía viendo a Vala en brazos de Escanor, y ésa era una imagen con la que nunca iba a querer sentirse cómodo—. Esto me toma un poco por sorpresa. Melegaunt me advirtió que dejara de utilizar la magia de inmediato.

—Melegaunt era muy cauteloso —dijo Telamont—. Un buen atributo para los espías..., pero limita mucho.

Hadrhune apareció de la oscuridad con el vino. Le sirvió primero a Telamont y luego atravesó la habitación para ofrecerle a Galaeron una copa de un imbebible líquido negro avinagrado que en Evereska no hubieran usado ni siquiera para hacer encurtidos. Galaeron alzó una mano para rechazarlo e hizo una reverencia a Telamont.

—Me has dado mucho en que pensar —dijo—. Si es posible, quisiera volver a Villa Dusari para meditar.

Los ojos de Telamont se ensombrecieron, pero alzó una manga y despidió a

Galaeron con un gesto.

—Si piensas que es lo mejor, tal vez Hadrhune quiera acompañarme en tu lugar.

—Sería para mí un honor, alteza. —Hadrhune atravesó a Galaeron con la mirada y se volvió tan rápido hacia la ventana que la copa salió volando de la bandeja y se derramó—. Qué lástima, tendré que traer otra.

Galaeron abandonó el saloncito con el pelo de la nuca erizado y con las ideas tan revueltas como una de las tormentas de arena que a veces obligaban a la ciudad a alzarse en el aire frío kilómetros por encima del desierto. Como Melegaunt antes que él, era evidente que el Supremo tenía planes para ayudar a Galaeron a realizar plenamente su potencial como usuario de la magia, y no lo haría vacilar en absoluto lo que eso podría costarles al elfo y a quienes lo rodeaban. Teniendo en cuenta el precio que había pagado sólo por aprender a hacer uso del Tejido de Sombra, no lo entusiasmaba en absoluto profundizar en su conocimiento, especialmente si pensaba en lo que Telamont había dicho que le costaría. Todavía conservaba lo suficiente de su naturaleza elfa como para resistirse a la idea de renunciar a sus emociones, pero perder a Vala era impensable, especialmente si el que se la llevaba era Escanor.

Galaeron llegó a Villa Dusari furioso y decidido. Encontró a sus compañeros reunidos en el patio, sentados sobre cojines en el suelo para poder compartir la cena con Aris, que estaba echado de lado en un lateral del patio con la cabeza apoyada en la palma de una mano tan grande como una silla de montar.

—Galaeron, qué sorpresa —dijo Vala.

En su voz no había verdadero entusiasmo. Todavía no había olvidado las palabras hirientes que le había dicho después de la batalla en el Mythallar, y cada vez que Galaeron se disponía a disculparse, la sombra que había en él parecía transformar el momento en algo inoportuno o frío.

—Tráete un plato y un jarro —dijo la mujer—. Tenemos mucha comida.

En lugar de internarse en la sombría columnata para hacer lo que Vala le sugería, Galaeron se dirigió derecho hacia el grupo. Ruha lo miró y miró después a Vala, y se levantó a continuación con la gracia de un fantasma. Malik se quedó donde estaba, observando a la bruja con los ojos entrecerrados. Aris dio la bienvenida al elfo con una inclinación de cabeza.

—Siéntate —dijo la bruja—. Ya voy yo.

Desapareció en el interior del edificio. Vala se apartó de mala gana para dejarle sitio a Galaeron, pero él se detuvo a su lado y se quedó de pie, sin prestar la menor atención a Malik y al gigante.

—Vala, no puedes marcharte esta noche con Escanor.

Ella lo miró como si no pudiera creer lo que oía.

—¿Quién eres tú para decirme lo que no puedo hacer? —preguntó.

La furia hizo enrojecer el rostro de Galaeron.

—Yo... yo...

Sorprendido al comprender que no podía responder a esa pregunta, dejó la respuesta incompleta. ¿Qué derecho tenía a influir sobre sus decisiones? Jamás le había hablado de amor, incluso él mismo había rechazado ese sentimiento hasta que Escanor empezó a mostrar interés por ella. Entre ellos lo único que había era un juramento.

—Me hiciste una promesa —exclamó.

—Si yo fuera tú, eso sería algo que no querría que me recordaran.

Consciente de que no llegaría a nada enfrentándose con una vaasan, Galaeron se tomó un momento para tranquilizarse... y para aquietar a su sombra, que le susurraba oscuras advertencias sobre la sinceridad de la amenaza implícita en las palabras de ella.

—Vala, necesito que te quedes —dijo cuando por fin sintió que controlaba la situación.

—Tienes una curiosa forma de demostrarlo... Y no me refiero solamente a lo que dijiste en el Mythallar —repuso Vala—. Me has estado tratando como a una furcia barata y a todos los demás como sirvientes. No es que me importe demasiado, pero...

La furia que le transmitía a Galaeron su sombra se transformó rápidamente en una especie de enfado más frío, en algo más sutil y astuto. Se encontró asintiendo y mirando al suelo.

—Tienes razón —se sorprendió de lo que decía—. Te debo una disculpa.

Vala enarcó una ceja y no respondió.

—Y te la voy a dar en el momento adecuado —continuó Galaeron. Su sombra no le permitiría decir que lo sentía. Realmente quería hacerlo, pero no fueron ésas las palabras que salieron de sus labios—. Y en el lugar adecuado.

Vala frunció el entrecejo.

—Éste no está nada mal.

Galaeron meneó la cabeza.

—No, cuando nos hayamos marchado de esta maldita ciudad.

Vala lo miró boquiabierto.

—¿Te quieres marchar?

—Lo antes posible.

Galaeron se sentó junto a ella. Íntimamente se sentía mal porque las palabras eran sólo lo que su sombra sabía que Vala quería oír, pero en realidad, ¿qué había de malo en ello? Si Telamont le negaba un pequeño favor como mantener a Vala dentro del enclave, entonces Galaeron estaba dispuesto a marcharse.

—Haremos los planes después de cenar y nos iremos en cuanto reunamos todo lo que necesitamos —dijo.

Malik se puso de pie tan repentinamente que volcó su plato.

—¿Irnos? ¿Y tu formación?

—Por lo que yo veo —manifestó Vala—, Telamont está menos interesado en enseñarle a Galaeron a controlar su ser sombra que en convertirlo en un instrumento del Enclave de Refugio. Está empeorando en vez de mejorar, eso es algo que todos vemos.

—¿Por lo que a mí respecta, no he visto nada de eso! —Malik trató de no seguir adelante, pero su cara experimentó una transformación y añadió—: Aunque, por supuesto, tal vez lo que yo entienda por «mejorar» esté muy influido por las actuales necesidades del Uno.

—No hay duda sobre lo que dice Vala —asintió Aris—. Galaeron se está volviendo malo.

—¿Y qué si es así? —preguntó Malik. Se volvió para dirigirse directamente a Galaeron—. ¿Te has olvidado de Evereska? Telamont necesita el conocimiento que hay dentro de tu cabeza para vencer a los phaerimm.

—La necesidad no puede ser tan grande —replicó Vala—, o no habría alejado tanto el enclave del frente de batalla.

—Eso no puedes saberlo..., aunque tu argumento tiene bases muy sólidas. —Malik hizo una mueca contra la maldición que lo obligaba a añadir esto último. Después probó con otro recurso—. Aunque la necesidad no sea grande, hay una negociación implícita. Si abandonas a los shadovar ¿por qué habrían de defender Evereska?

—No creo que nada de lo que pueda hacer Galaeron influya sobre los shadovar en absoluto —dijo Aris. Se sentó erguido y habló incluso con aire más pensativo que de costumbre—. Los shadovar sirven a sus propios intereses. Defenderán Evereska porque ésa es la mejor forma de destruir a sus enemigos.

—¿Acaso aquí nadie puede dejar que un hombre exponga sus argumentos sin estropearlos con la lógica y el sentido común? —protestó Malik. Reconcomiéndose, empezó a amenazar a Galaeron con un muslo de ave asada—. ¿Y a quiénes incluyes en ese «nos vamos»? Yo no voy a ninguna parte.

—Sí que te vas —insistió Galaeron, sintiéndose vagamente traicionado—. ¿Piensas que Hadrhune va a permitir que te quedes en esta confortable casa cuando nos hayamos marchado? Tú estás aquí sólo porque estoy yo.

Malik se irguió cuan alto era, lo cual significaba apenas un poco más que un enano.

—Tengo mis propios medios —dijo—, y aunque me faltaran, ya he vivido antes bajo los puentes cuando el servicio al Uno así lo requería..., o cuando no me podía pagar nada mejor.

—¿Y prefieres eso a nuestra compañía? —preguntó Aris—. Amigo mío, no lo entiendo.

Malik suspiró.

—Claro que no. Sois los mejores amigos que he tenido jamás..., al menos sin tener que pagar. Con el rostro ensombrecido, sus ojos como cuentas vieron a Ruha que volvía al patio con un jarro y un plato para Galaeron— Es lo más seguro. En cuanto salgamos de esta ciudad, esta hija del infierno me clavará una *jambiya* en la espalda.

—Sólo si escapas a la justicia del Arpa —dijo Ruha desde detrás de su velo—. Pero ¿por qué temer? Estás a salvo en el Enclave de Refugio..., a menos que pienses marcharte.

—Eso no es asunto tuyo —replicó Malik mientras su cara se retorcía al obligarlo la maldición a seguir hablando—. Pero son mis amigos quienes se marchan, no yo. El Uno exige mi presencia en esta ciudad para que sus ciudadanos puedan bañarse en la luz del Sol Negro.

—Ah —advirtió Aris, afirmando con la cabeza como si todo empezara a encajar—. Mi astado amigo, sé demasiado sobre tu dios como para desearte éxito, pero entiendo que es tu deber. Echaré de menos tu ayuda para hacer las estatuas.

Galaeron seguía sintiéndose traicionado, pero sabía que no debía tratar de disuadir al Serafín de las Mentiras de obedecer la voluntad de su dios.

—Haz lo que debas hacer, Malik. ¿Podemos confiar en que guardarás nuestro secreto?

—Por supuesto —respondió Malik—. Estoy seguro de que podría sacar buen provecho si corriera de inmediato a contarle a Hadrhune lo de vuestra huida, pero la verdad es que el talento de Aris me ha convertido en un hombre rico, y he aprendido bastante de su arte como para seguir con el negocio hasta que se descubra vuestra partida. Podéis estar seguros de que seré tan leal con vosotros como lo soy con mi propio dios, y por la cuenta que me trae guardaré silencio sobre vuestra fuga..., a menos que alguien me engañe para que lo revele todo contra mi voluntad.

—No podemos pedir más —afirmó Aris— Con suerte ya estaremos bien internados en el desierto antes de eso.

—¿Desierto? —preguntó Ruha—. ¿Vais a tratar de atravesar el Anauroch... a pie?

—No creo que Galaeron cuente con la magia capaz de transportarnos a todos de otra manera —respondió Aris, mirando a Galaeron en busca de una confirmación.

Galaeron meneó la cabeza.

—Eso me supera.

—Y sería poco prudente por su parte sobrepasar sus límites —añadió Vala.

—Sin duda sería más prudente que tratar de atravesar el Anauroch a pie —replicó Ruha—. No sabéis nada del desierto.

—No importa, ellos deben irse, y cuanto antes mejor. —Vala le cogió la mano—. Me habías asustado, Galaeron. Estaba empezando a pensar que me obligarías a

cumplir mi promesa.

Galaeron a duras penas oyó la última parte. La palabra «ellos» había quedado resonando en su cabeza.

—¿Ellos? —inquirió.

—No puedo ir con vosotros —dijo Vala—. Debo partir con Escanor a medianoche. Si no aparezco, sabrá que algo anda mal..., y todos sabemos que no te dejarán marchar de buena gana, no mientras tengas los conocimientos de Melegaunt todavía dentro de tu cabeza.

—Entonces esperaremos a que regreses —repuso Galaeron. Era todo lo que podía hacer para no acusarla de irse voluntariamente con Escanor—. Es así de simple.

Vala meneó la cabeza.

—No lo es. Puede que odie lo que Telamont te está haciendo, pero la deuda que tiene la Torre de Granito con Melegaunt no está pagada todavía.

—Melegaunt está muerto —objetó Galaeron.

—Por eso su deber es mi deber —dijo Vala—, y está la cuestión de los hombres atrapados en el interior de Evereska. No puedo volver a Vaasa sin saber qué ha sido de ellos.

—Una buena excusa —replicó Galaeron.

A Vala, el enfado le ensombreció la cara.

—¿Buena excusa?

—Para poder pasar más tiempo con el príncipe —continuó Galaeron. No creía realmente lo que estaba diciendo, pero las palabras salían de su boca de todos modos—. Una vez que yo me hubiera ido...

—Galaeron, no hagas eso. —La expresión de Vala pasó del enfado a la tristeza—. Tienes que irte.

—¿Y dejarte con Escanor?

—Galaeron —empezó a decir Aris—, ella nunca...

Vala alzó una mano.

—Sí que lo haría, Aris. —Se volvió hacia Galaeron—. No siento nada por ti desde lo del Mythallar.

—Eso no importa —dijo Galaeron. Se preguntó quién estaba hablando, porque sí que importaba, claro que importaba—. Me hiciste una promesa.

Vala entrecerró los ojos.

—Y ahora la rompo. —Le dio la espalda y se dirigió al interior de la villa— Me voy con Escanor. Haznos un favor a los dos, Galaeron, y no estés aquí cuando regrese.

CAPÍTULO 7

15 de Mirtul, Año de la Magia Desatada

Piergeiron llegó a la austera cámara de mando común del castillo de Aguas Profundas y encontró allí al capitán de la Vigilancia de la Ciudad y a su principal maestro de armas y comandante de magos conferenciando con sus colegas de la Guardia de la Ciudad. Brian, el Maestro de Armas, también estaba presente, oculto tras la capa y el yelmo de su señor. Hasta el maestro de la Vigilante Orden de Magos y Protectores estaba allí. Para ser exactos, la orden era un gremio civil y no estaba sometido a edictos militares, pero éstos eran tiempos extraordinarios y Piergeiron había llamado muchas veces al servicio a ciudadanos privados cuando la seguridad de la ciudad se veía amenazada. La cuestión era si debían responder cuando la amenaza estaba a setecientos kilómetros de distancia, en el puente de Boareskyr.

Piergeiron se dirigió hacia un asiento libre, ya que la mesa circular no tenía cabecera, pero no se sentó.

—¿Os habéis enterado?

Rolathon, el musculoso capitán de cabello gris de la vigilancia, asintió con gravedad e hizo una vaga señal con la mano hacia donde estaba su maestro de armas.

—El propio Helve recibió un recado.

Piergeiron se volvió hacia el veterano lleno de cicatrices.

—¿Lassree? —preguntó.

Helve asintió.

—Quería combatir al lado de Learal.

A Piergeiron el corazón le dio un vuelco. Lassree era la hija de Helve, una maga de vigilancia que a menudo combatía al lado de su padre en los disturbios mayores.

—Lo siento —dijo, y volviéndose hacia los demás añadió—: ¿Qué podemos hacer?

—¿Contra una Furia de Dragones? —preguntó Thyriellentha Snome. La comandante de las fuerzas de la vigilancia maga era una mujer dura, de porte orgulloso y edad incierta que ejercía como maga oficial desde mucho antes de que Piergeiron asumiera el cargo—. Lamento decir que muy poco.

Aunque a Helve se le habían llenado los ojos de lágrimas, asintió.

—Lassree dijo que estaban atrapados contra una muralla de osgos y gnolls, con todos los azules del Anauroch bajando de las nubes a sus espaldas. Estoy seguro de que todo habrá llegado a su fin mientras hablamos.

—Sea lo que sea —dijo el Señor Descubierta—, debemos hacer lo que podamos.

Piergeiron recorrió con la vista a todos los presentes en busca de algún atisbo de

desacuerdo. Eran soldados valientes, pero su deber estaba vinculado a Aguas Profundas, y si era necesario formular conjuros para averiguar cómo podía contribuir a la seguridad de la ciudad salvar a un ejército de relevo cuyo destino era Evereska, necesitaba saberlo.

Con Aguas Profundas todavía enterrada bajo una oleada constante de ventiscas, y con los barcos volcados en el puerto bajo el peso de sus mástiles cargados de hielo, nadie necesitó que le recordaran el peligro que se cernía sobre su ciudad desde que los phaerimm se habían escapado de su prisión en el Anauroch. No encontró ninguna pregunta en los ojos de los comandantes allí reunidos.

—Bien —dijo Piergeiron—. Mientras hablamos, Maliantor está convocando a la Fuerza Gris a mi palacio. Empezará un escudriñamiento para determinar lo que se pueda sobre el curso de la batalla. Lo que me gustaría es que enviarais a una fuerza de voluntarios, digamos cien magos de batalla y doscientos espadas a recibirla en el palacio dentro de un cuarto de hora. Tengo previstos rollos de teleportación.

—Eso no será necesario —anunció una voz ronca en un rincón.

Al volverse, Piergeiron se encontró con la figura morena del príncipe Aglarel surgiendo de las sombras junto a la chimenea. Dio la impresión de que su capa negra y su tabardo de color púrpura se habían materializado a partir de la oscuridad.

—¡Cómo te atreves! —inquirió Piergeiron, aunque lo que realmente quería saber era simplemente «cómo». Se suponía que la sala estaba protegida contra intrusiones mágicas de todo tipo, aunque era evidente que eso no era aplicable a la magia de sombras de los shadovar—. Éste es un consejo privado.

—Os ruego a todos que me perdonéis —se disculpó Aglarel haciendo un alto para una reverencia—, pero quería ahorraros el problema de teleportar a una compañía para rescatar a vuestro ejército de relevo.

—Quiero saber cómo puedes conocer nuestras intenciones —exigió Brian, el Maestro de Armas. Aunque lo habitual era que Piergeiron hablara por los demás señores en el Palacio de las Cortes, a veces hablaban por su cuenta en reuniones menos formales. La magia de su yelmo transformaba su voz en un tono hueco, anónimo, de barítono, que ni siquiera los amigos más antiguos de Brian hubieran reconocido—. Casi no las hemos formulado todavía.

Aglarel fijó su mirada de plata sobre él.

—Hace muy poco tiempo, muchos de tus ciudadanos recibieron mensajes de despedida de sus parientes que acompañan a las Elegidas. —El príncipe no se molestó en explicar cómo lo sabía—. Conociendo la clase de hombres que sois los watherdavianos, lo más lógico era que quisierais enviar ayuda. Me presenté en palacio y me dijeron que lord Paladinson se había marchado para atender a una urgente cuestión de Estado.

—Lo cual justifica que te filtraras entre las protecciones contra invasores que

guardan el castillo —dijo Thyriellantha—, o que supieras que debías buscar a lord Paladinson en esta sala.

—Mas tarde tendré mucho gusto en hacer una demostración —declaró Aglarel pasando por alto la pregunta con un gesto de la mano—. Por el momento, sugiero que nos concentremos en la cuestión que nos ocupa.

Se dirigió hacia la mesa circular y se inclinó hacia adelante para trazar un círculo con la mano sobre la superficie. Una sombra cayó sobre el centro, y como si se hubiera abierto un agujero en las nubes, se vio una batalla que se libraba allá abajo. La escena se amplió hasta ocupar toda la mesa, y Piergeiron no tardó en reconocer al ejército de relevo de Learal atrapado contra la costa de un cenagoso lago que bien podían ser las Aguas Sinuosas desbordadas. Con sorpresa y gran alivio comprobaron que estaba en perfecta formación tras un muro de fuego que se iba consumiendo, con los escudos en alto y las armas en ristre, aunque lo único que combatían eran las moscas y mosquitos que zumbaban alrededor de sus cabezas.

Del otro lado de la ardiente muralla, la escena era muy diferente. Docenas de dragones azules hacían estragos en un ejército de osgos y gnolls, lanzándose en picado para apresar en sus garras a puñados de guerreros y a continuación volar hacia el río y arrojarlos a las cenagosas aguas. A pesar de las brechas que se abrían en sus líneas, los monstruos seguían presentando batalla, haciendo lo que podían para parar los ataques con unas hachas y lanzas más adecuadas para aplastar cabezas humanas que para atravesar las escamas de los dragones.

—¿Los dragones no fueron enviados por los phaerimm? —preguntó Piergeiron boquiabierto, incapaz de apartar los ojos de la mesa.

—Incluso en el Anauroch —dijo Aglarel—, hay cosas que los phaerimm no controlan.

Las alas de un dragón quedaron paralizadas y la criatura se desplomó, cayendo en un revoltijo de cola, cuello y alas. Piergeiron consiguió ver un enorme agujero en su pecho y se dio cuenta de que había sido eliminado mediante una magia letal muy poderosa.

Un instante después, los huesos pulidos de un enorme dracolich se lanzaron desde las nubes descargando el equivalente a una tormenta eléctrica en relámpagos azules contra una diminuta figura en forma de cono cerca de la retaguardia de los osgos. Una salva de restallantes meteoros rojos partieron desde abajo alcanzándolo en el flanco y partiéndole dos costillas del tamaño de árboles y enviando al esquelético dragón despedido por los aires en una bola crepitante de agitación de garras y rayos de centelleante energía azul. Thyriellantha dio un respingo al ver que se usaba una magia tan poderosa en la batalla; la magia que se necesitaba para hacer tambalear a un dracolich de sesenta metros hubiera reducido a cualquier mago normal a un montón de ceniza humeante. Fue entonces cuando la figura espinosa de un segundo

phaerimm apareció detrás de los gnolls.

El primer dragón acababa apenas de tocar el suelo cuando cuatro mujeres de largas trenzas se elevaron en el aire por encima de las filas del ejército de relevo. Se lanzaron contra los phaerimm visibles arrojándoles bolas del fuego plateado de los Elegidos. Los dos espinardos se desvanecieron en una cegadora explosión de luz.

—Nada menos que cuatro hermanas —dijo Aglarel, claramente asombrado—. Esto es inesperado. Cuando miré la última vez sólo estaban Storm y Learal.

—Los Elegidos se apoyan —declaró Brian desde detrás de su yelmo—. Los shadovar harían bien en recordarlo.

Aglarel sonrió con aire tolerante.

—Parece como si pensaras que tenemos motivos para temerles.

A los osgos y los gnolls finalmente se les agotó el valor y empezaron a huir perseguidos por los dragones. Piergeiron tuvo que apartar la vista de lo que siguió.

—Creo que hemos visto suficiente, príncipe —dijo.

Aglarel pasó la mano sobre la escena y la mesa recuperó su superficie normal de color marrón.

—De nada —dijo Aglarel, dando por oídas las gracias que Piergeiron había omitido deliberadamente—. Estoy seguro de que Aguas Profundas tiene muchos problemas reales de los que preocuparse.

—Ninguno que no podamos manejar —afirmó Piergeiron.

No le gustaba este shadovar y por eso no confiaba en él. A pesar de todo, no podía dejar de reconocer que si bien habían sido los que habían liberado a los phaerimm, hasta el momento los shadovar no habían hecho nada más que ayudar a Aguas Profundas, a Evereska y a sus aliados.

—¿Tenemos que suponer que lo de los dragones fue obra vuestra? —preguntó Piergeiron.

Aglarel asintió, y a continuación, sin que nadie lo invitara a hacerlo, se sentó junto a la mesa del consejo.

—Nuestra fuerza defensiva está ocupada con otros problemas, de modo que tuvimos que llamar a nuestro aliado Malygris para que protegiera a vuestro ejército de relevo.

—¿Malygris? —preguntó Brian—. ¿Sois capaces de aliaros con el Culto del Dragón?

Aglarel se volvió y estiró el cuello para mirar al señor del yelmo.

—Nuestra alianza es con Malygris. Su relación con el Culto no es de nuestra incumbencia.

—Pero ¿os habéis aliado con un dracolich? —puntualizó Thyriellantha.

Aglarel asintió.

—Confiamos en recuperar nuestras tierras en el Anauroch. Nos pareció más

prudente aliarnos con el Suzerain Azul que tenerlo en contra. —Indicando con una señal la mesa vacía, añadió—: Estoy seguro de que Learal y sus hermanas atestiguarán sobre la conveniencia de esa decisión..., del mismo modo que estoy seguro de que Aguas Profundas y sus aliados se beneficiarían de un acuerdo similar. Ya es la segunda vez que el Enclave de Refugio demuestra las ventajas de trabajar con nosotros.

—Deja que sean las propias Elegidas las que hablen —dijo Brian. Volvió su yelmo hacia Piergeiron—. Es posible que todo esto vaya más allá de lo que se ve..., o que se quede en menos.

—¿Qué estás diciendo? —exclamó Piergeiron—. ¿Acaso que el príncipe nos ha engañado?

Brian se encogió de hombros.

—Digo que es posible. Podría habernos mostrado una ilusión en lugar de un escudriñamiento. —Se volvió brevemente hacia Thyriellantha, que se limitó a encogerse de hombros y extender las manos—. ¿Cómo sabemos que esos dragones no están ahora mismo despedazando al ejército de Learal?

—Porque todavía te queda medio entendimiento dentro de ese yelmo —repuso Aglarel, en un tono cada vez más exasperado—. ¿Para qué íbamos a salvar al ejército en el Páramo Alto y enviar después una cuadrilla de dragones a que lo destruyera?

—No pretendo conocer cómo actúa la sombra —dijo Brian—, pero sé muy bien que no se puede confiar en quienes tienen tratos con los dracoliches.

Aglarel se puso de pie y a continuación, dejando a Piergeiron sorprendido, respondió en tono civilizado.

—Tal vez podrías tener razón, Señor Enmascarado, si el Enclave de Refugio no hubiese demostrado ser más de fiar que tus otros aliados.

—¿De fiar? —dijo Brian con sorna—. Ya hemos visto lo fiables que fuisteis cuando os ocupasteis de Elminster.

La mano de Aglarel se cerró en un puño, y Piergeiron se dio cuenta de que su propio rechazo del shadovar estaba interfiriendo con su juicio como diplomático.

—Señor —empezó—, está muy bien ser precavido, pero la verdad es que los shadovar no han hecho más que servir a nuestra causa común.

Brian no estaba dispuesto a que lo hicieran callar.

—¿No? —dijo—. ¿Y la desaparición de Bastón Negro? ¿Cómo sabemos que no lo mandaron a los infiernos junto con Elminster?

—Porque ni siquiera estábamos aquí cuando Khelben desapareció —protestó Aglarel, no exento de razón. Se volvió hacia Piergeiron—. Mi señor, esto es demasiado. Exijo una disculpa.

Piergeiron bajó la cabeza. No tenía autoridad para hacer que un Señor Enmascarado se disculpase y, aun cuando estuviera seguro de que Brian se

equivocaba, sabía lo que el brusco armero le diría si se atrevía a sugerir abiertamente una cosa así.

—Príncipe Aglarel, en esta sala hay quienes tienen parientes en el ejército de relevo —empezó—. Ya puedes entender su preocupación. Cuando nuestros propios magos hayan confirmado lo que nos acabáis de mostrar, estoy seguro de que el Señor Enmascarado reconsiderará su opinión.

Brian empezó a objetar, pero Aglarel lo acalló con su voz ronca que parecía reverberar al mismo tiempo desde todos los rincones del salón.

—¿Permitiréis que persista este insulto?

—No me corresponde hablar por otro señor —dijo Piergeiron, poniendo mucho cuidado en no desviar la mirada—. Del mismo modo que tú no puedes hablar por otro príncipe.

—Si un príncipe de Refugio insultara a un huésped de esa manera, dejaría de ser príncipe —afirmó Aglarel. Se volvió hacia Brian y le hizo una rígida reverencia—. Gracias por tu sinceridad. Me has demostrado que pierdo el tiempo en Aguas Profundas.

—No tienes nada que agradecer —respondió Brian. Ni siquiera la magia del yelmo era capaz de ocultar la suficiencia de su tono—. Aunque te deseo suerte en tu alianza con los dragones y los escorpiones.

Los ojos de Aglarel relampaguearon y se volvió hacia Piergeiron.

—Con tu permiso, permaneceré en la ciudad el tiempo suficiente para comprar algunas cosas que me llamaron la atención.

—Por supuesto —concedió Piergeiron—. Todos son bienvenidos a Aguas Profundas. Estoy seguro de que esto se disipará...

—Por favor, lord Paladinson, creo que es hora de hablar con sinceridad —dijo Aglarel levantando una mano. Se apartó de la mesa y cruzó el salón hasta la puerta. Allí se volvió e hizo una reverencia formal—. Imbuidos de ese espíritu, es justo advertirte de que la atención del Enclave de Refugio es requerida en otra parte. Vuestro ejército de relevo ya no contará con nuestra protección.

Con las suaves pisadas de la Guardia del Supremo crujéndole en los oídos y con las manos metidas en los bolsillos de su capote para que nadie advirtiera su temblor, Galaeron siguió a Telamont por los tenebrosos pasadizos que había debajo de su palacio. Mientras bajaban una escalera tras otra, Galaeron casi era capaz de reconocer a veces los extraños tintineos y los curiosos chirridos que solían resonar en los oscuros santuarios de cada nivel, y por momentos lo inquietaban unos misteriosos gorgoteos y ominosos retumbos demasiado macabros como para que pudiera identificarlos el oído de un elfo. Aunque no tenía la menor idea de adonde iban ni de por qué el Supremo había elegido la última hora de oscuridad de la misma noche de la partida de Vala para hacerlo ir a palacio, Galaeron se negaba a preguntar. Si su plan

para abandonar el enclave había sido descubierto, se negaba a dar a Hadrhune, que los seguía dos pasos más atrás, la satisfacción de verlo sufrir. Si la convocatoria se debía a alguna otra razón, cualquier pregunta que pudiera hacer podría poner a Telamont sobre la pista de sus intenciones.

Estaban a doce niveles de profundidad cuando los guardias por fin dejaron la escalera y condujeron al grupo por un sinuoso túnel después de pasar una gran arcada hacia una enorme cámara de alto techo abovedado. Al final de la caverna había una hendidura de cien metros por la cual podía entreverse la luz purpúrea que precedía al amanecer. Varias docenas de shadovar estaban arrastrando un gran artilugio parecido a un peine hacia la hendidura. Más cerca había varias docenas de ellos plegando un enorme trozo de manta de sombra en un fardo compacto, similar a otros varios apilados prolijamente cerca de la pared.

Cuando los trabajadores vieron a Telamont Tanthul y a sus acompañantes en la estancia, inmediatamente se dejaron caer de rodillas y apoyaron la frente en el suelo. Aunque éste no parecía el tipo de lugar donde los shadovar encerraban a sus prisioneros, el corazón de Galaeron no se tranquilizó. Malik y Aris habían salido de Villa Dusari antes de que Hadrhune hubiera llegado con la llamada del Supremo. Una vez que Aris hubiera reunido sus provisiones, Malik iba a montar una maniobra de distracción para facilitar que Galaeron y el gigante salieran sigilosamente del enclave sin llamar la atención.

—Uno de nuestros telares de sombra —explicó Telamont. Señaló con una manga el artilugio que parecía un peine que estaban transportando hacia la hendidura en el otro extremo de la estancia, a continuación hizo que sus guardias siguieran adelante—. No es para mostrarte esto por lo que te he hecho venir.

Siguieron a los guardias bordeando la estancia y pasaron a través de otra arcada hasta otra cámara donde cientos de shadovar se ocupaban de unir con hebras de sedasombra trozos de manta. También en esta ocasión los trabajadores dejaron su labor para postrarse ante Telamont. Esta vez, el Supremo se volvió hacia Hadrhune con el disgusto reflejado en los ojos de platino.

—Esto no es necesario —dijo.

—Me ocuparé de ello. —Hadrhune se apartó del grupo y se acercó al borde de la zona de trabajo—. Volved al trabajo, holgazanes. No deshonréis al Supremo abandonando vuestros quehaceres en su presencia.

Los trabajadores volvieron trabajosamente a sus labores, aunque todos pusieron mucho cuidado en mantener la mirada fija en la zona que estaba inmediatamente delante de sus narices. Telamont le indicó a Galaeron que se pusiera a su lado y abrió la marcha por el borde del espacio de trabajo, pasando a continuación por una amplia arcada que había en el otro extremo. En la habitación del otro lado, el príncipe Escanor estaba sobre un disco volador sosteniendo una manta de sombra mientras

Vala, suspendida por un nuevo par de alas mágicas, volaba un nivel por encima.

—Esto es lo que te traje a ver, Galaeron —dijo Telamont, cruzando hasta el disco—. Pensé que tal vez querrías despedirte.

—¿Ah sí? —preguntó Galaeron tratando de adivinar si había un doble sentido en las palabras de Telamont. ¿Sabía el Supremo lo que había pasado entre él y Vala en Villa Dusari la noche anterior? ¿O sólo estaba tratando de medir la profundidad de los sentimientos de Galaeron por ella? En cualquier caso, su respuesta tenía que ser la misma—. ¿Por qué habría de querer despedirme?

Los ojos de Telamont brillaron bajo la capucha, y una brisa acarició la cara de Galaeron cuando Vala bajó al suelo. Escanor fue a colocarse a su lado, sin decir nada, pero pasando con aire ausente sus dedos oscuros por las plumas de una de sus alas mágicas.

—Ya nos hemos dicho adiós, alteza. —Los ojos verdes de la mujer se posaron, duros y fríos, sobre la cara de Galaeron, y a continuación toda su atención se centró en Telamont—. Lamento que te hayas tomado tanta molestia.

—No ha sido molestia, querida. —Telamont inclinó la capucha hacia ella y a continuación se volvió para estudiar un momento a Galaeron—. Me sorprendes incluso a mí, elfo. No esperaba que renunciaras con tanta facilidad a tus emociones.

—Dudo de que fuera tan difícil como pensáis, alteza —dijo Vala, con amargura suficiente como para que a Galaeron le doliera el corazón—. En realidad, son más superficiales de lo que todos nosotros creíamos. Me alegro de librarme de él.

—¿De verdad? —La línea púrpura de una sonrisa apareció en las sombras por debajo de los ojos del Supremo. Se volvió hacia Hadrhune—. Puede que un día éste rivalice incluso contigo, sirviente.

—Ya se verá, alteza, pero debemos recordar que sólo uno de nosotros sirve al enclave. —Hadrhune permitió que su mirada feroz descansara en Galaeron más de lo normal, luego se volvió a Telamont y dijo—: Me temo que debo retirarme, alteza. Hay una perturbación en la Protección del Comercio que requiere mi atención.

—Por supuesto. —Telamont apenas había empezado a levantar la mano para despedir a Hadrhune cuando el senescal ya había desaparecido fundido en la oscuridad. El Supremo se volvió hacia Galaeron—. Si me disculpas un momento, la batalla con los phaerimm de Myth Drannor va a ser difícil. Me gustaría intercambiar unas palabras con Escanor antes de que se vaya.

—Puedes tomarte todo el tiempo que necesites, alteza. —Aunque la voz de Galaeron sonaba calma, su corazón latía desbocado. La perturbación en la Protección del Comercio era la maniobra de distracción de Malik. Aris estaría esperando a Galaeron en la Puerta de la Cueva dentro de un cuarto de hora—. Con tu permiso, yo puedo encontrar solo el camino de vuelta. No es demasiado complicado y no me gusta la compañía que hay aquí.

Echó a Vala una mirada significativa y ésta sonrió con crueldad y frotó el borde de su ala nueva contra Escanor.

Telamont no perdió detalle de todo esto y a continuación alzó una manga a modo de despedida.

—Tal vez sea lo mejor —dijo—. Te necesitaré en la ventana al mundo mañana a mediodía, descansado y alerta. Cuando Escanor tienda la manta de sombra sobre Myth Drannor necesitaremos toda la sabiduría de Melegaunt que seas capaz de evocar.

—A tus órdenes, alteza.

Galaeron hizo una reverencia más, para ocultar su sonrisa que para mostrar sumisión, luego se dio media vuelta y se marchó. No dijo adiós a Vala, ni siquiera le deseó suerte en la batalla. No podía pensar en nada que no fuera la forma en que lo había traicionado con Escanor, en cómo Escanor se la había robado, en cómo Telamont lo había permitido... y, sobre todo, en cómo les iba a hacer pagar caro todo aquello.

A todos.

Malik se dio cuenta de que el mayor peligro no era que el *haik* robado de la bruja se le escapara de la mano, aunque cabía la posibilidad de que así fuera, ni siquiera que los vientos inmisericordes lo lanzaran inconsciente contra la base rocosa del enclave, que también entraba dentro lo posible. Lo más peligroso eran los ociosos buitres que se pasaban la vida buscando comida fácil entre la basura de la que se deshacía la ciudad. Ya había uno de ellos posado encima de su hombro derecho picoteándole los dedos y otros dos volaban en círculo por encima de su cabeza peleándose por su hombro izquierdo, y una docena más de ellos describían círculos debajo de sus pies, dispuestos a hacerse con cualquier bocado que hubieran dejado caer los demás.

—¿Estás seguro de que ésta es una buena idea? —le preguntó Aris desde arriba.

—Sin duda una de las mejores que he tenido.

Malik estiró el cuello y paseó la mirada por los tres metros de *haik* de lana de camello que había encima de su cabeza y que habían hecho pasar a través de la pared exterior del taller. Aris había esculpido minuciosamente el agujero para que pareciera el cráter de un potente conjuro de estallido, colocando ingeniosamente dos dientes serrados en el borde para atar el extremo superior de la tela.

—¿Quién iba a decir que me colgaría aquí a propósito? —dijo Malik.

—Me preocupa más que todavía estés ahí y que te encuentren —dijo Aris—. Hay mucha distancia hasta el suelo.

Malik no miró hacia abajo. Ya lo había hecho una vez y a través de un agujero en la tenebrosa niebla había atisbado las arenas del Anauroch trescientos metros más abajo.

—Estaré aquí —dijo retirando una mano del *haik* para espantar al buitre que le picoteaba los dedos—. Limitaos a remover la arena y marcharos. Para cuando esto se descubra, tú y Galaeron estaréis lejos.

Aris no se retiró.

—¿Estás seguro de que Ruha no sufrirá las consecuencias?

—¿Acaso no dijo que quería ayudar?

Aris asintió.

—Sí, pero...

—Entonces deja que ayude. A la bruja no le ocurrirá ningún mal, no tengo tanta suerte, y ya sabes que no puedo mentir. —Malik trató de sujetar su lengua, pero la maldición de Mystra lo hizo seguir adelante—. Lo máximo que puedo hacer es guardar silencio, y, ¿cuándo me has visto sujetar mi lengua durante más de dos minutos?

Aris se quedó pensando en ello.

—Sólo cuando duermes —dijo por fin. Comprobó el *haik* para asegurarse de que estaba bien sujeto en su sitio, y saludó con la mano—. Adiós, amigo mío... y, gracias.

Antes de que Malik pudiera responder, los beligerantes buitres le taparon la vista, y Aris ya se había ido cuando consiguió espantarlos. Pasó los minutos siguientes ahuyentando a las aves y maldiciendo a todas las criaturas plumíferas mientras el viento lo lanzaba una y otra vez contra el exterior rocoso del enclave. Aunque le dolían por todo el cuerpo sus cien terribles magulladuras y los músculos acalambrados le ardían *como* si alguien los hubiera atravesado con atizadores al rojo vivo, Malik no temía que le faltaran las fuerzas. Como Serafín de las Mentiras, le había sido otorgada la capacidad de sufrir dolores indecibles y seguir desempeñando sus deberes para con Cyric, y aunque ayudando a Aris y a Galaeron a escapar de la ciudad no servía necesariamente al Uno, la segunda parte de su plan sí lo haría, sin duda.

Cuando consideró que había dado al gigante tiempo suficiente para abandonar los laberintos del comercio y encontrarse ya de camino a la Puerta de la Cueva, Malik empezó a gritar pidiendo ayuda.

—¡Salvadme! ¡Socorro!

Cuando llevaba algunos minutos gritando, por fin alguien asomó la cabeza por el agujero. Tenía el pelo negro y largo y unos ojos oscuros y seductores que asomaban por encima del velo que cubría la parte inferior de su rostro de tez morena. Esa cara era lo último que había esperado ver.

—De modo que estás aquí —dijo Ruha. Se agachó encima de los dientes en los que estaba *sujeto* el *haik* y, espantando a los buitres, extendió la mano para coger la tela—. Y nada menos que con mi *haik*.

—¡Bruja entrometida! —chilló Malik—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Buscándote, por supuesto. Y ahora que estamos solos, creo que ha llegado el momento de que tú y yo huyamos de esta ciudad voladora.

Sin soltar el *haik*, colocó la palma de la mano que le quedaba libre frente a la boca y sopló levemente, empezando a continuación el encantamiento de uno de sus conjuros bedine de la naturaleza.

—¡Alto! —Malik empezó a trepar por el *haik*, una mano después de otra—. ¡Taimada! ¡Arpía!

Ruha culminó su conjuro, a continuación envolvió su mano en el *haik* y miró hacia abajo con una sonrisa en sus ojos oscuros.

—¿Es así como hablas a quien tiene tu vida en sus manos?

—¿Quién dará de comer a mi pobre *Kelda*?—gritó Malik. Estaba a media altura del *haik*, casi a punto de lograrlo—. ¡No voy a ir contigo a ninguna parte!

—¿Prefieres caer? —Ruha se giró para coger algo que tenía a la espalda—. Porque ésa es tu única opción.

—No es mi única opción. —Malik envolvió una mano en el *haik*, después rebuscó debajo del *aba* y encontró la empuñadura de la *jambiya*—. Tengo otra que me gusta mucho más.

Arrastrando consigo el *kuerabiche* que llevaba colgado al hombro, Ruha se dio la vuelta y su garganta quedó a merced de Malik, como él había esperado, mientras empezaba a buscar su propia daga... En ese preciso momento, una oscura mano shadovar cogió la correa de su *kuerabiche* y tirando de ella la apartó del borde.

Malik enfundó *snjambiyay* empezó a gritar.

—¡Socorro! ¡Estoy aquí abajo!

Los ojos ambarinos de Hadrhune miraron por el agujero.

—Ya sé dónde estás, Malik.

El shadovar susurró un conjuro de sombra apenas audible y Malik atravesó flotando el agujero hacia el almacén que Aris había estado usando como taller. El lugar estaba lleno de guerreros shadovar, pero seguía teniendo el mismo aspecto que si una tropa de osgos lo hubiera arrasado. Había estatuas derribadas, en su mayoría piezas a medio acabar que de todos modos tenían poco valor, destrozadas o irrecuperablemente rotas. Las paredes tenían marcas de hollín y golpes del tamaño de la cabeza de un gigante, y había una gran mancha de sangre de Aris a lo largo de la pared, señalando al enorme agujero por el cual acababan de recuperar a Malik.

Cuando hubo reconocido el escenario, Hadrhune se volvió hacia Ruha.

—¿No te advertí de lo que pasaría si no respetabas la integridad de nuestro huésped?

Con los ojos muy abiertos, Ruha echó una mirada por todo el taller y meneó la cabeza.

—Yo no he hecho esto.

—No me mientas, Arpista. Con mis propios oídos te oí dar a Malik a elegir entre la muerte o huir en tu compañía. Eso ya me parece suficiente violación. —Hadrhune miró a Malik—. ¿Dónde está el gigante?

Mordiéndose la lengua para no hablar y delatarse, Malik se limitó a volverse y mirar el enorme agujero del que él había estado colgando.

—Ya veo. —Hadrhune hizo un rápido movimiento con la mano y de repente Ruha quedó envuelta en una negra red de sombra—. Serás ejecutada en cuanto el Supremo pronuncie su sentencia. ¿Qué quieres que se haga con tus posesiones?

—Nada. Yo no he matado a nadie, y él lo sabe. —Ruha echó a Malik una mirada furiosa, y en sus ojos percibió el hombrecillo la velada amenaza de revelar los planes de fuga de Galaeron—. Preguntadle, él no tiene más remedio que decir la verdad.

Hadrhune se quedó pensando un momento y a continuación hizo un gesto afirmativo.

—Una petición razonable. —Se volvió hacia Malik—. ¿Mató ella a Aris?

—No tengo ningún deseo de que sea ejecutada —dijo Malik.

—¿Ah no? —fue la respuesta unánime de Ruha y de Hadrhune.

—En absoluto. Bastará con que sea expulsada de la ciudad.

Hadrhune frunció el entrecejo.

—No sabía yo que los adoradores de Cyric fueran tan clementes.

—Oh, no lo somos —dijo Malik, esbozando una media sonrisa—, pero no puedo concebir mayor tortura para Ruha que saber que yo estoy viviendo como un rey en el Enclave de Refugio mientras ella lame el rocío de la arena del Anauroch.

—No es así como funciona la justicia en Refugio —replicó Hadrhune—. Dime si mató o no a Aris.

Malik meneó la cabeza, fiel a la verdad.

—Si la elimino, la vida de Aris será responsabilidad tuya —le advirtió Hadrhune—. Dímelo ahora o el peso de su delito caerá sobre tu cabeza.

—¿Sobre mi cabeza? ¿Sobre la mía?

Esto era algo que Malik no había previsto. Miró a Ruha y notó su expresión satisfecha a su costa: o la exculpaba o sería ejecutado por el crimen del que la había acusado. Malik meneó la cabeza con desesperación.

—A ver si he entendido bien —dijo—. Si ella mató al gigante, ¿será ejecutada y yo me quedaré en el Enclave de Refugio viviendo como un rey?

Hadrhune asintió.

—¿Lo mató ella?

Malik alzó una mano.

—Pero si no lo mató, ¿la expulsaréis y me ejecutaréis a mí?

Hadrhune volvió a asentir.

—Sí. Cuando alguien es asesinado, alguien tiene que pagar. Es la ley.

—Mi miserable existencia no es más que una sucesión de circunstancias injustas —se quejó Malik. Respiró hondo—. No tengo el menor deseo de morir, pero la verdad es ésta: nadie mató a Aris. El y yo montamos todo esto para que él y Galaeron pudieran huir al desierto.

—¡Malik! —gruñó Ruha—. Debería haber sabido que tú...

—¡Silencio! —Hadrhune tendió la mano hacia ella y la red de sombra se amplió hasta cubrirle la boca. El senescal miró a Malik con furia durante un momento—. Como quieras, hombrecillo.

Hadrhune, que todavía estaba señalando a la Arpista, desplazó la mano hacia el irregular agujero, y Ruha salió volando del taller y se precipitó hacia el desierto. Cuando el oscuro capullo que formaba se perdió de vista, el shadovar señaló a Malik y pronunció algunas sílabas arcanas. Malik se encontró envuelto en una pegajosa sombra negra.

—Ahora comparecerás ante el Supremo y responderás por la muerte del gigante —dijo Hadrhune—. Y pensar que estuve a punto de creer a Galaeron cuando dijo que no podías mentir.

CAPÍTULO 8

16 de Mirtul, Año de la Magia Desatada

Ejército de Escanor se precipitó desde la Puerta de la Cueva formando un largo río de alas en movimiento y pendones sombríos que describió una curva hacia el este y desapareció en las nieblas por debajo de la ciudad. Galaeron esperó hasta que la última fila de jinetes hubo sobrepasado la Puerta de la Librea y después, llevando a su veserab por las riendas, se sumó a la cola de la gran formación. Al ver que nadie oponía resistencia y ni siquiera parecía darse cuenta, hizo una seña a Aris, quien se desplazó hasta la Plaza de Armas de rodillas sobre un disco volador tan cargado con odres de agua que se inclinaba al menor movimiento del gigante.

Aris se asomó para mirar a Galaeron, inclinando tanto el disco que habría dejado caer su carga si el gigante no hubiera bajado un brazo enorme para mantener los odres en su sitio.

—¿Estás seguro de que los guardias no se van a dar cuenta? —preguntó.

—Sí que se darán cuenta —replicó Galaeron, estremeciéndose ante la potencia de la respiración del gigante—, pero ya hemos viajado otras veces con Escanor. Un par de guardias vigilantes de la puerta no van a cuestionar ahora nuestra presencia.

—Eso ya lo sé, pero podrían preguntar —dijo Aris señalando sus rodillas, que estaban apoyadas sobre un trozo de manta de sombra que Galaeron había robado al abandonar los telares—. ¿Estás seguro de que debemos llevarla?

—Estoy seguro, muy seguro —afirmó Galaeron—. Ésa es mi forma de hacerles pagar.

—¿Hacerles pagar? ¿A quienes? —preguntó Aris.

—A todos ellos —dijo Galaeron entre dientes—. A Telamont, a Escanor, a Vala..., a todos los que me han traicionado.

—Es tu sombra la que habla por ti, Galaeron —repuso Aris—. Nadie te ha traicionado, y mucho menos Vala.

—Entonces, ¿dónde está? —bisbiseó Galaeron—. ¿Por qué no está aquí para cumplir su promesa?

—Porque no estar aquí es la única forma que se le ocurre de no tener que cumplirla —respondió Aris con tono tranquilo—. Debes abandonar este lugar para no perderte, y eso sería imposible si ella dejara a Escanor para venir con nosotros. Estoy seguro de que nos seguirá más adelante, especialmente si se demuestra que es necesario que cumpla su promesa.

Galaeron meneó la cabeza.

—Eres demasiado confiado, mi gran amigo. En cuanto nos hayamos ido no tendrá forma de saber en qué momento puede resultar necesario.

—Pero lo hará —dijo Aris—. Yo se lo diré.

Llegaron a las balconadas de vigilancia, y Aris cerró la boca y miró hacia adelante, manteniéndose tan rígido que tenía aspecto sospechoso incluso para Galaeron. Los ojos de piedras preciosas de los guardias se fijaron en el gigante y siguieron su avance hasta que hubieron pasado debajo del gran rastrillo y se hubieron lanzado al cielo. Se encontraron entonces siguiendo la misma trayectoria curva por debajo del enclave que el ejército de Escanor. Cuando dejaron atrás la Puerta de la Cueva, empezaron a quedarse rezagados, y Galaeron se valió de su magia de sombra para hacer que los dos fuesen invisibles. Realmente no lo sorprendió que el escalofrío familiar del Tejido de Sombra apagara una sed que estaba oculta apenas para la superficie de su subconsciente.

Salieron de la niebla de sombra para encontrarse en una especie de laberinto de profundas gargantas y altos pináculos que marcaban la transición entre el extenso mar de dunas sobre el cual había estado flotando la ciudad durante la mayor parte de la última semana y la columna vertebral escarpada de las montañas del desierto hacia la cual se dirigía. El ejército de Escanor flotaba más o menos en la misma dirección que el enclave, pero desviándose ligeramente hacia el sur, directamente hacia el sol naciente. Silbando una melodía elfa para ayudar a Aris a seguirlo, Galaeron tomó la dirección opuesta: hacia el oeste, hacia Evereska.

—¿Galaeron? —lo llamó Aris.

—Aquí estoy. ¿'No oyes mi canción?

—Si ese canturreo se puede llamar canción, sí —respondió Aris—. ¿No deberíamos echar una mirada ahí abajo? Da la impresión de que alguien tiene problemas.

Galaeron examinó la arena por delante de él, pero no vio nada.

—¿Dónde?

—Al sur de donde nos encontramos —dijo Aris—. En un hueco sobre las laderas de esa duna, a un kilómetro y medio más o menos.

Galaeron miró sin ver nada más que el reflejo dorado del sol sobre las caras orientales de una interminable cadena de dunas.

—¿Dónde?

—Sígueme —dijo Aris.

El sonoro canturreo del gigante de piedra surgió junto a Galaeron. Éste refrenó a su veserab y se colocó detrás de su invisible compañero, siguiendo su sonido, que descendía describiendo una suave línea oblicua hacia el desierto. Unos segundos después vio el pequeño hoyo al que se dirigían, un círculo del tamaño de la punta de su dedo con un punto minúsculo de oscuridad en el centro. El punto fue ampliándose gradualmente hasta que Galaeron pudo observar que se removía como una crisálida luchando por salir de su capullo.

—¡Mintió! —dijo Aris con voz tonante.

—¿Quién mintió? —inquirió Galaeron.

—¡Malik! —exclamó el gigante—. Me dijo que nada malo le pasaría a Ruha.

Galaeron estudió el oscuro capullo. Tenía aproximadamente un palmo de largo y pudo distinguir una forma vagamente humana, con una protuberancia con forma de cabeza en un extremo y una cola que parecían pies en la otra.

—¿Cómo sabes que eso es Ruha? —preguntó el elfo.

—¿Y quién otra podría ser? —replicó Aris—. ¿Cuántas mujeres de pelo oscuro y cubiertas con un velo piensas que se pueden encontrar en este desierto?

—Más de las que piensas —contestó Galaeron. La descripción del gigante podía corresponder a cualquier mujer bedine de las que había visto Galaeron, aunque habría sido una coincidencia inimaginable encontrar a una, tirada y amarrada, en la trayectoria recorrida por el Enclave de Refugio—. Pero si tú dices que es Ruha, me fiaré de tu vista que evidentemente es mejor que la de los elfos.

—Ah, sí, decididamente es la bruja —dijo Aris—. Ahora la reconozco.

Para Galaeron seguía siendo un bulto de oscuridad irreconocible. Descendieron en silencio al interior del cráter, y un minuto después, Galaeron reconoció los ojos oscuros de Ruha asomando por encima de su habitual velo color púrpura. A juzgar por el tamaño del agujero en que se encontraba, había caído en la duna a una velocidad considerable, pero tenía o bien protección mágica o bien una resistencia excepcional incluso para una bedine. Envuelta en un capullo de red de sombra que de todos modos se hubiera disuelto transcurrida una hora más, no dejaba de removerse hacia adelante y hacia atrás en un esfuerzo por liberar sus manos para poder disipar la magia que la tenía prisionera.

—No te hagas daño —le dijo Galaeron—. Estamos aquí.

—¡Ya era hora! —Ruha se tendió de espaldas y miró hacia el punto de donde parecía provenir la voz de Galaeron—. Empezaba a pensar que teníais intención de dejarme morir aquí.

—¿Intención? —dijo Aris, hablando desde el lado opuesto a aquél en que estaba Galaeron—. No teníamos intención de hacer nada. Fue una suerte que te hayamos visto. ¿Cómo viniste a parar aquí?

—No te hagas el inocente conmigo, rostro gris. No mientes mucho mejor que Malik.

—¿Mentir? —Aris no salía de su asombro—. Él dijo que no sufrirías ningún daño.

—Y así tenía que ser —corroboró Ruha—, pero vuestro plan se torció.

—¿Y de qué plan se supone que hablas? —Galaeron desmontó y trató de disipar la red de sombra. Ante su sorpresa, el conjuro falló, e incluso eso le produjo una sensación agradable—. ¿Quién formuló este conjuro? ¿Uno de los príncipes?

—Como si no lo supieras —dijo Ruha con un bufido.

Galaeron tuvo un mal presentimiento.

—Y no lo sé —afirmó—. ¿Cuál se supone que era nuestro plan?

—Hacer ver que yo había violado la protección de huéspedes de los shadovar, por supuesto —respondió Ruha.

—¿Y por qué habríamos de hacer eso? —preguntó Galaeron.

—Para hacer que me expulsaran y así tuviera que servirlos de guía. —El enfado de Ruha estaba empezando a disiparse dejando paso a la perplejidad—. Pero Malik no fue capaz de guardar vuestro secreto, del mismo modo que no puede dejar pasar una bolsa descuidada.

Galaeron miró hacia el este, y viendo que el Enclave de Refugio era poco más que un diamante oscuro apenas visible contra las siluetas de las montañas lejanas, dispuso sus conjuros de invisibilidad. Se encontró con un Aris de expresión muy consternada.

—¿Qué pasó, Aris? —preguntó Galaeron—. Se suponía que sólo teníais que organizar una maniobra de distracción.

—Y la organizamos, sin lugar a dudas —le aseguró el gigante—. Hicimos ver que Ruha había atacado a Malik y me había hecho caer del enclave.

—Hasta ahí todo funcionó —confirmó Ruha—, pero Hadrhune no tiene un pelo de tonto. Sabía que Malik ocultaba algo, y llegó un momento en que Malik tuvo que admitir que tú y Aris habíais abandonado la ciudad.

Galaeron y Aris miraron inmediatamente hacia la ciudad.

—Disponéis de un poco de tiempo —dijo Ruha—. Hadrhune no le creyó, pero tarde o temprano descubrirán que os habéis marchado..., y cuando eso suceda, Malik tendrá problemas.

—Y Vala también —intervino Aris—. No tardarán mucho en descubrir que todos participamos en el plan.

—A menos que volvamos en seguida a la ciudad —sugirió Ruha—. Hadrhune todavía cree que yo maté a Aris mientras trataba de capturar a Malik. Si volvemos al enclave con Aris vivo, habrá mucha confusión, pero ningún crimen. Las cosas volverán a ser como antes. Podréis tomaros vuestro tiempo y escapar cuando no haya peligro para Vala.

Galaeron meneó la cabeza.

—Podría ser si no fuera por la manta de sombra. —Señaló el disco volador de bronce de Aris—. En cuanto se den cuenta de que ha desaparecido, no van a creer una sola palabra de lo que digamos.

—¿Manta de sombra? —preguntó Ruha.

Aris levantó una esquina por detrás de los odres de agua.

—La venganza de Galaeron —dijo—. Será la desgracia de todos nosotros.

Ruha frunció el entrecejo.

—¿De qué se trata?

Galaeron explicó cómo estaban usando los shadovar las mantas de sombra para fundir el Hielo Alto y modificar el clima a lo largo de la Frontera Salvaje y la Costa de la Espada.

—En cuanto se den cuenta de que la he cogido, dudo de que vayan a confiar más en nosotros.

—Creo que ha llegado el momento —dijo Aris. Señaló a la ciudad flotante donde podía verse una única línea oscura descendiendo por debajo del enclave—. Da la impresión de que están tomando nuestra dirección.

—¡En el nombre de Kozah! —maldijo Ruha. Todavía estaba envuelta en su red de sombra y empezó a deslizarse hacia el lado en sombras de la duna—. Pronto, envía al veserab y al disco de sombra hacia el oeste. Os ocultaréis entre la arena y después podréis escabulliros cuando ya hayan pasado.

Galaeron asintió e hizo que su veserab tomara altura, después se volvió y atravesó corriendo el cráter en el que Aris estaba descargando sus odres de agua.

—Deja el agua. ¡No hay tiempo! —le dijo, subiendo de un salto al disco—. ¡Coge la manta!

—¿La manta? —preguntó Aris asombrado.

—¡La manta! —gritó Galaeron, transportando la pesada manta hacia el cráter—. Ya tendremos tiempo para buscar agua.

A los ojos de Keya Nihmedu, la estrella mágica plateada que pasaba por la ventana de la atalaya de la Puerta de la Librea parecía todavía más brillante que el sol que otrora bañaba Evereska desde las cumbres escarpadas de los Sharaedim. Le hacía daño en los ojos mirar el prado amarillento que rodeaba los farallones de la ciudad por debajo de ella, y su luz inundaba la estrecha cámara con un brillo blanco que no dejaba lugar a las sombras.

La estrella mágica no era un sol. Zumbaba y crepitaba como una antorcha que se consume y dejaba una estela constante de cenizas a su paso, llenando el aire con el olor acre del azufre y del aceite de lámpara. Cuando Keya cerró los ojos, no la percibió en absoluto, no pudo ver su resplandor a través de los párpados ni sentir su calor acariciándole la piel. Era como si la estrella mágica sólo produjera la ilusión de la luz y su irradiación careciera de la auténtica sustancia de la luz del sol.

Algo le faltaba. Aunque había más de cien esferas como ésta flotando en Evereska y sus alrededores, la hierba seguía amarilla, los grandes copas azules y los sicomoros seguían perdiendo el follaje y los capullos de liliac se secaban y oscurecían. Hasta Zharilee y los demás elfos del sol estaban empezando a perder su color y a convertirse en sombras enfermizas de color azafrán y ocre.

Algo habría que hacer para atraer el sol verdadero al Valle, y Keya no era la única

que lo pensaba. Khelben Arunsun estaba de pie en la ventana contigua con Kiinyon Colbathin y lord Duirsar, contemplando las tierras moribundas dentro del Mythal y argumentando en voz baja sobre la conveniencia de un asalto al manto de sombra del enemigo.

—Sólo necesitamos una compañía de guerreros arcanos, una docena de centinelas de la Cadena de Vigilancia y el Círculo de Magos de las Nubes —estaba diciendo Khelben detrás de ella. Hizo una señal a Dexon y a los otros vaasan, que se habían convertido en una escolta más o menos permanente, cuando no estaban en Copa de Árbol comiendo y agotando la despensa de Nihmedu—. Sólo necesitamos mantener nuestra posición el tiempo suficiente para adosar una estrella mágica...

Lord Duirsar alzó un dedo para interrumpir.

—¿No habías dicho que el manto de sombra estaba fuera del muro infranqueable, amigo mío?

—Así es.

Keya se volvió lo suficiente como para ver a Khelben acompañando sus palabras con un gesto de asentimiento. Aunque se sentía honrada de que lord Duirsar y los demás se encontraran cómodos hablando de estas cuestiones en su presencia, era totalmente consciente de la disparidad de sus rangos y trataba de pasar lo más desapercibida posible mientras escuchaba.

—La aparición del manto de sombra sugirió una interesante posibilidad —continuó Khelben—. Estoy empezando a pensar que el muro infranqueable se compone en realidad de tres muros, una esfera de magia de aprisionamiento entre dos capas de magia inerte.

Duirsar asintió ansiosamente.

—Eso explicaría por qué no pueden traspasarlo los conjuros.

—Exactamente —dijo Khelben—. Por eso tal vez pueda atravesarlo con mi fuego de plata.

—Seguramente ya lo has intentado antes —intervino Kiinyon Colbathin, con gesto de desaprobación en su demacrado rostro.

—Así es —confirmó Khelben—. He observado una perturbación, pero la capa de aprisionamiento se ha mantenido siempre intacta ya que el fuego de plata no tiene efecto sobre la magia normal, y los phaerimm acudieron siempre a ahuyentarme antes de que tuviera ocasión de disiparla.

—Y es por eso que necesitas ayuda —conjeturó lord Duirsar—, para mantener al enemigo a raya el tiempo suficiente y así poder formular un segundo conjuro.

—Un poco más de tiempo —admitió Khelben—. El Círculo de las Nubes necesitaría tiempo suficiente para formular una estrella mágica y adosarla al manto de sombra.

—No me gusta —dijo Kiinyon, meneando su huesuda cabeza—. Eso puede llevar

tranquilamente un cuarto de hora. Para entonces, mis guerreros arcanos estarán tratando de mantener a raya a cien phaerimm. El círculo tendría suerte si acabase su conjuro antes de que estuvieran todos muertos.

—El Valle se está muriendo, Kiinyon —dijo lord Duirsar—. Debemos hacer algo o el Mythal morirá con él. ¿Qué crees tú, Keya?

Keya sintió que el corazón estaba a punto de salirse por la boca.

—¿Mi señor?

—¡Sobre la misión de Khelben! —le espetó Kiinyon—. Este no es momento para reticencias, vigilante. Si no hubiéramos querido que oyeras, te habríamos mandado al tejado.

A Keya se le subió el color a las mejillas.

—Por supuesto, señor. —Se volvió para dirigirse a Khelben y vio que éste estaba mirando al techo con la cabeza echada hacia atrás y los ojos en blanco. Ansiosa de evitar otra reprimenda, se decidió a hablar de todos modos—. Si el señor Bastón Negro considera que merece la pena sacrificar nuestras vidas, estoy segura de hablar en nombre de Zharilee y los demás de la Cadena de Vigilancia...

Khelben alzó una mano pidiendo silencio y después habló dirigiéndose al techo.

—¿Learal? ¿Eras tú?

Lord Duirsar y Kiinyon se miraron atónitos. Sabían tan bien como Keya que aunque todos los Elegidos eran capaces de oír unas cuantas palabras que se pronunciasen a continuación de su nombre en algún lugar de Faerun, el muro infranqueable había hecho que la capacidad de Khelben quedara limitada a los montes Sharaedim. Si estaba en contacto con Learal, o bien ella había entrado en los Sharaedim o algo había debilitado la barrera de los phaerimm.

—Learal, claro que estoy vivo —dijo Khelben—. Estoy en Evereska.

Entre todos los presentes en la habitación hubo una gran agitación. Lord Duirsar y Kiinyon empezaron a pronunciar el nombre de Learal y peticiones de armas y de magia, mientras que los vaasan preguntaban por Vala y si los phaerimm habían atacado sus hogares. Ni siquiera Keya pudo contenerse de pedir noticias de su hermano.

Khelben los miró a todos amenazador.

—¿No os importa? —dijo.

Un silencio de muerte reinó en el lugar, y Keya y los demás pasaron los siguientes minutos escuchando sólo a una de las partes de una extraña conversación puntuada por el uso del nombre de Learal cada pocas palabras.

Después de dejar claro que ella estaba bastante lejos de los Sharaedim, abriéndose camino por el Bosque de los Wyrms, los dos Elegidos pasaron algunos minutos informándose mutuamente de los acontecimientos que habían tenido lugar dentro y fuera de los Sharaedim. En cuanto ambos tuvieron una idea básica de lo que el otro

había estado haciendo durante aproximadamente los cuatro últimos meses, empezaron a sondear el grado de debilitamiento del muro infranqueable, intentando diversas formas de magia de comunicación. Al ver que todos sus conjuros resultaban incapaces de penetrar la barrera, Khelben decidió intentar otra cosa y usó un conjuro para enviar su daga a la mano de Learal. El arma se desvaneció cuando formuló el encantamiento.

—Learal, está de camino. —Khelben guardó silencio un momento, luego frunció el entrecejo—. ¿No llegó, Learal? ¿No llegó?

Un golpe fuerte resonó en el techo.

—Eh —gritó un vigilante atónito—. ¿Quién está arrojando dagas?

Khelben cerró los ojos un momento.

—No funciona, Learal —dijo—, hablaremos más tarde.

Khelben siguió con la mirada fija en el techo y luego se volvió hacia lord Duirsar.

—¿Cuánto pudisteis sacar en claro de la conversación?

—Sería mejor que la relataras completa —dijo lord Duirsar—. Creo haber entendido que lady Learal encontró una manera de debilitar el muro infranqueable.

—Learal no —dijo Khelben—. Los netherilianos.

—¿Los netherilianos? —preguntó lord Duirsar, atónito.

—El Enclave de Refugio, para ser más exactos —recalcó Khelben—. Fueron ellos los que crearon el manto de sombra para impedir el acceso de los phaerimm al Tejido y debilitarlos para un asalto final.

—Entonces no es necesario sacrificar una compañía de guerreros arcanos para adosarle una estrella mágica —aventuró Kiinyon—. Si el Enclave de Refugio está de nuestro lado, sólo necesitamos pedirles que lo bajen antes de que se debilite el Mythal.

La expresión de Khelben se ensombreció.

—Me temo que las cosas no están tan claras. —Miró a Keya y a los vaasan, después cogió a lord Duirsar y se dirigió hacia la escalera—. Tal vez sería mejor que discutiéramos esto en Las Nubes. Deberemos tomar decisiones difíciles y quizá necesites consejo de los Ancianos de la Colina.

Keya se mordió el labio y procuró permanecer en silencio, incluso cuando Khelben se marchó escalera abajo junto con Kiinyon y lord Duirsar.

En cuanto los perdieron de vista, Dexon se acercó a ella y le rodeó los hombros con el musculoso brazo.

—Estoy seguro de que Galaeron está bien —dijo—. Más tarde le preguntaremos, en cuanto hayan decidido su estrategia.

Keya asintió y apretó la mano de Dexon.

—Gracias. —Cerró los ojos y alzó el rostro hacia el cielo—. Ruego a Hanali que al menos por esta vez los Ancianos de la Colina actúen con una rapidez más propia

de los humanos que de los elfos.

Después de tres días bajo el sol cegador del Anauroch, la lengua de Galaeron estaba tan hinchada como un rote. Las sienes le latían y se le nublaba la vista en el momento menos pensado. El corazón le latía con un ritmo lánguido que apenas conseguía bombear la sangre viscosa por sus venas, y sin embargo estaba lo bastante cerca del agua como para oler la humedad de la piedra caliza. A veces, a través de la pantalla de follaje esmeralda que bordeaba la base del barranco que tenían enfrente, incluso lograba atisbar un destello plateado. Si Ruha no hubiera insistido en que hicieran una pausa para estudiar el oasis antes de entrar, él y Aris ya estarían en el estanque, intentando bebérselo todo.

Sin embargo, dos minutos después Aris y Ruha habrían estado muertos y Galaeron de vuelta al Enclave de Refugio apresado por un par de garras escamosas.

A Ruha le habían bastado unos minutos de observación para darse cuenta de que el oasis estaba demasiado tranquilo: no había pájaros entre el follaje ni liebres corriendo entre los arbustos. Minutos después, Aris había visto al dragón, un joven azul metido en una repisa escondida, un poco más alta que las copas de los árboles, y del que apenas se veía algo más que los ojos y los cuernos en un extremo y la punta de la cola en el otro.

Galaeron hizo una señal a sus compañeros y se deslizaron detrás de la cresta de la duna hasta esconderse en un hoyo casi ciento veinte metros más abajo. No había sombra, de modo que Aris se dejó caer sentado sobre la manta de sombra robada que estaba plegada sobre la duna opuesta. Tenía los ojos vidriosos y hundidos por la deshidratación, los labios cuarteados y las fosas nasales irritadas.

El gigante miró al sol de mediodía.

—Necesito esa agua —dijo con una voz que era un ronco graznido—, aunque tenga que luchar con un dragón para conseguirla.

—El dragón no será más que el principio —apuntó Galaeron—. Parece demasiado pequeño para disponer de muchos conjuros, pero apostaría algo a que los shadovar han establecido una forma de que pueda comunicarse con Malygris.

—A lo mejor no tiene nada que ver con ellos —dijo Aris—. Puede ser que los oasis sean lugares propicios para que los dragones jóvenes practiquen la caza.

—Pero no para vigilar —disintió Ruha. Aunque no había bebido más que unos tragos desde que habían salido de Refugio, nada en su voz indicaba que tuviera sed—. No vendrá nada mientras haya aquí un dragón. Cuando están cazando, deben bajar en picado y coger lo que pueden, de lo contrario, el silencio de los pájaros los delata.

Aris dejó caer la cabeza.

—No puedo aguantar un día más —dijo—. Si entro solo tal vez podamos burlarlo.

—¿Cuántos gigantes de piedra piensas que andan vagando por el desierto? —preguntó Ruha—. Si el dragón nos ve a alguno de nosotros, los shadovar se darán cuenta de que nos dirigimos a Cormyr y no a Evereska.

Aris miró hacia la cresta de la duna con ojos desesperados.

—Entonces tenemos que matarlo —dijo—. Tenemos que entrar sigilosamente y darle muerte.

—El sol te ha puesto enfermo, Aris —lo amonestó Galaeron—. No puedes llegar con sigilo hasta un dragón.

—Habrá agua en el Saiyaddar. —Ruha se puso de pie y se encaminó hacia el sur, marchando sobre la empinada pared del hoyo para que la arena cayera y cubriera sus huellas—. Llegaremos pronto, no está muy lejos.

Aris emitió un gruñido y ocultó la cabeza entre los brazos.

—Vamos —dijo Galaeron—. Yo llevaré la manta de sombra.

Aris levantó la cabeza lo suficiente como para fijar un solo ojo en Galaeron.

—Te dobla en tamaño. ¿Cómo vas a llevarla?

Galaeron sacó una hebra de sedasombra de su capote y empezó a formar un círculo con ella.

—¿Cómo crees?

—¡No! —dijo Aris con voz tan potente que la palabra provocó una pequeña avalancha en la pendiente que había detrás de Galaeron—. Nada de magia de sombra.

Ruha se volvió como una centella.

—¿Acaso estás tratando de atraer la atención del dragón sobre nosotros? —Miró al gigante con furia un momento y luego a Galaeron—. Deja la manta. Es demasiado pesada y hace mucho calor para que él la lleve.

—Es una prueba —dijo Galaeron empezando a unir los extremos de la sedasombra—, y no pienso dejarla.

—Entonces la llevo yo. —Aris se puso de pie y se cargó al hombro la enorme manta—. Porque tú, decididamente, no vas a formular otro conjuro de sombra.

Sin un solo lugar donde refugiarse del sol y temerosos de atraer a los buitres y delatar su posición aunque sólo fuera por detenerse, los tres pasaron el resto del día marchando hacia el sur. Cada tanto, Ruha se subía a la cresta de una duna para estudiar el terreno y escudriñar el cielo en busca de dragones, después hacía una seña a sus compañeros para que subieran tras ella y los conducía hacia el este en una loca carrera de duna en duna. Al parecer, el esfuerzo no hacía mella en la bedine, pero Galaeron y Aris se cansaban tanto tras una docena aproximada de cruces que se les doblaban las piernas y caían de pies y manos.

Galaeron pasaba gran parte del tiempo reconcomiéndose por la deserción de Vala, saboreando la perspectiva de la venganza que se tomaría contra Telamont por negarse a intervenir ante Escanor y pensando cómo poner de manifiesto la participación del

príncipe en la fusión del Hielo Alto.

Los shadovar lo habían traicionado, le habían robado a Vala y habían hecho que se olvidara de la promesa que los unía y tendrían que pagar por todo eso. Por todo eso, revelaría al mundo su auténtica naturaleza, revelaría cómo estaban derritiendo el Hielo Alto y modificando el clima a lo largo de toda la Costa de la Espada. Ni siquiera se paraba a pensar en lo que esa decisión podía significar para Evereska. El Enclave de Refugio tenía sus propias razones para destruir a los phaerimm, y era poco probable que su huida tuviera alguna repercusión sobre sus planes.

Por fin, cuando las sombras de la tarde empezaban a extenderse hacia la noche, culminaron una duna y ante ellos apareció una vasta pradera de pastizales de color verde pálido. A lo lejos, la sombra pardusca de un rebaño de gacelas se desplazaba lentamente por el purpúreo horizonte, mientras que el resto de la planicie estaba sembrado de pequeñas bandadas de aves en busca de alimento. Dispersas a lo largo del curso de un cauce seco se veían las copas hinchadas de varias docenas de grandes álamos.

—¡Que Skoraeus me deje muerto aquí mismo! —maldijo Aris—. Este río está tan seco como un hueso.

—Sólo en la superficie. —Ruha superó la cresta de la duna y empezó a bajar por el otro lado—. Hay agua debajo.

—¿Debajo? —Aris echó una mirada nostálgica hacia el norte, hacia los barrancos donde habían dejado al dragón joven—. ¿A qué profundidad?

—No mucha —dijo Ruha indicándole al gigante que la siguiera.

—Eso ya lo has dicho antes —señaló Aris.

A pesar de sus protestas, el gigante bajó corriendo la duna, pasando por delante de la bruja y empezó a atravesar la planicie.

—¡Aris! ¡Espera a que se haga de noche! —le advirtió Ruha—. Los pájaros.

Su advertencia llegó demasiado tarde, y aunque así no hubiera sido, era poco probable que el gigante se hubiera detenido. Con la pesada manta de sombra todavía cargada sobre sus hombros, se dirigió al cauce seco en largas zancadas retumbantes que hicieron levantar vuelo entre chillidos y graznidos a una nube de pájaros sorprendidos.

Ruha miró hacia el norte.

—¿A qué distancias piensas...?

—Demasiado cerca —dijo Galaeron—. He oído jactarse a los dragones azules de que escogen sus presas en los Sharaedim desde un nido en las Colinas del Manto Gris.

—¿Hablas con los dragones? —preguntó Ruha.

—A veces —dijo Galaeron—. Los Guardianes de Tumbas tenían un acuerdo con algunos jóvenes azules.

En lugar de preguntar sobre el acuerdo, Ruha asintió y empezó a atravesarla planicie en pos de Aris.

—Entonces debemos darnos prisa.

Galaeron la sujetó por el hombro y señaló una extensión de grava aluvial que salía de las estribaciones que separaban el Saiyaddar de las laderas de las Agujas de la Cimitarra.

—Tenemos más posibilidades si nos escondemos —dijo—. Un joven dragón se acerca con arrogancia y siempre podemos tomarlo por sorpresa.

—¿Usarías a tu amigo como cebo?

—Fue él quien espantó a las aves. —El tono de Galaeron era defensivo—. Sólo trato de evitar que nos maten a todos.

Ruha pensó lo que decía y luego se puso en marcha siguiendo el borde de la planicie.

—Tu plan tiene sentido, aunque sería mejor darle ocasión de presentarse como voluntario.

—Se ofreció voluntario cuando dejó que su sed nos pusiera a todos en peligro —dijo Galaeron uniéndose a ella.

—Es posible —repuso Ruha—, pero si tú hubieras cogidos sus odres de agua del disco volador en lugar de tu manta de sombra, no habría tenido tanta sed.

Galaeron respondió con una mueca malhumorada. Casi habían llegado a la mitad de la extensión de grava cuando las aves empezaron a huir de repente hacia el sur. Ruha tiró de Galaeron hacia un bosquecillo de zarzas y se agachó, colocando algunos tallos espinosos sobre sus cabezas para que no los vieran desde el aire. Al parecer, Aris no se dio cuenta de que algo andaba mal hasta que dio unos doce pasos más, cuando observó el vuelo de los pájaros se detuvo y miró a su alrededor. Pasó un rato buscando en la planicie a sus espaldas y llamando a Galaeron antes de elevar la mirada al cielo y dirigirla hacia el norte, hacia el oasis donde habían visto al dragón.

Aunque Galaeron estaba escondido a unos quinientos pasos de distancia, estaba lo bastante cerca como para ver la expresión atónita del gigante y sus hombros hundidos. Aris dedicó un momento más a escudriñar la planicie que se extendía detrás de él, y entonces, cargado todavía con la pesada manta de sombra, se dio media vuelta y corrió hacia las estribaciones, dirigiéndose hacia una estrecha garganta no muy lejos de donde estaban escondidos Galaeron y Ruha.

—Bien —musitó Galaeron.

Empezó a hacer una pequeña figura de palillos con la seda sombra. Ruha miró hacia el cielo. Un instante después dio un codazo a Galaeron y la sombra en forma de cruz de un pequeño dragón empezó a atravesar el Saiyaddar. Galaeron terminó su efigie y apuntando con ella a Aris formuló un encantamiento. Un círculo de sombras rodeó al gigante. Una tras otra se desprendieron del suelo y tomaron la forma de Aris

para dispersarse a continuación en una docena de direcciones diferentes.

Un graznido furioso sonó en el cielo y entonces el dragón se hizo visible, con sus azules escamas refulgiendo como zafiros a la luz crepuscular. Comenzó a volar bajo a algo más de tres metros del suelo y, empezando por un extremo de las réplicas que huían, abrió la boca y lanzó un enorme rayo que se desplegó enfrente de tres de las gigantescas sombras a la fuga.

Carentes de raciocinio propio, las imágenes siguieron derechas hacia el rayo y desaparecieron de la vista.

—Es un ejemplar listo —susurró Ruha, sacando un pequeño pedernal de acero de su *aba*—, y nos quiere vivos.

—Es a mí a quien quiere vivo —corrigió Galaeron—. No sobrestimes tu valor o el de Aris para los shadovar.

El dragón volvió a echar el aliento, lanzando otro rayo frente a otros cuatro de los gigantes que huían. Esta vez se detuvieron y huyeron en dirección contraria. El dragón giró sobre la punta de un ala y extendió las garras, acuchillando con ellas a dos de los gigantes ilusorios en su primera pasada. A continuación se detuvo a menos de cincuenta pasos de ellos, dejando al descubierto las delgadas escamas del abdomen mientras giraba para apoderarse del que huía. Ruha empezó a ponerse de pie en su escondite, apuntando con el pedernal y el acero al abdomen del dragón para atacarlo con lo que Galaeron sabía que sería una tormenta de fuego.

—¡Todavía no! —le dijo el elfo en un susurro.

La sujetó por el brazo y la obligó a esconderse, entonces apuntó con la efigie a una figura que él sabía era un falso Aris. Repitió el mismo conjuro y un círculo de sombras apareció alrededor de cada uno de los gigantes que todavía estaban en la llanura. Empezaron a levantarse por docenas y a huir en todas direcciones. El dragón rugió de frustración e hizo estallar el círculo más próximo con un tercer y último rayo.

Por desgracia, su objetivo resultó ser el auténtico. Aris lanzó un bramido de dolor y cayó de bruces, entonces el dragón se abalanzó sobre él, aplastándolo contra el suelo con una garra enorme y bisbiseando algo furioso que Galaeron casi no pudo oír desde la distancia.

—¡Cobarde! —gruñó Ruha entre dientes, arrojando a un lado las zarzas—. Deberías haberme dejado atacar cuando podía apuntar a su tripa. Echó a correr por la llanura, apuntando con los dedos al enorme dragón. Hirviéndole la sangre por el insulto, Galaeron la siguió y se detuvo mientras ella lanzaba una andanada de rayos dorados al flanco del wyrm. La ráfaga resultante hizo que saltaran por el aire un montón de escamas azules junto con una buena cantidad de sangre y carne de dragón.

El dragón rugió y volvió la enorme cabeza, con lo que recibió otra andanada de los rayos dorados de la bruja en pleno hocico. Esta vez, la erupción se llevó consigo

una fosa nasal, dos cuernos y un ojo de pupila rasgada. Tan sorprendida como Galaeron por el poder de Ruha, la criatura desplegó sus grandes alas y alzó el vuelo.

Tenía a Aris y la manta de sombra entre sus enormes garras.

Ruha pasó a su pedernal y acero voceando un conjuro de fuego bedine y lanzando chispas al aire. Una larga línea de pequeños meteoros golpearon al dragón en el ala derecha y le abrieron varias docenas de agujeros del tamaño de un melón en la piel coriácea. La criatura se escoró hacia la derecha y descendió unos treinta metros en dirección a las estribaciones, entonces consiguió nivelarse y volar hacia la libertad, llevándose consigo a Aris y la manta de sombra.

Galaeron no estaba dispuesto a dejarlo escapar con su manta de sombra. Hizo un nudo corredizo de sedasombra y pronunció una larga sucesión de sílabas mágicas arrojando a continuación el lazo en pos del dragón a la fuga. El filamento se estiró hasta casi un kilómetro de largo, dándole a Galaeron el tiempo suficiente para deslizar el extremo de la línea debajo de su pie antes de que el lazo se ampliara al tamaño de una rueda de carreta y se dejase caer desde lo alto por encima de la cabeza del dragón.

El encantamiento, una versión de otro que los Guardianes de Tumbas usaban para capturar a los profanadores de criptas que intentaban huir, funcionó todavía mejor con sedasombra que con hilo elfo. En cuanto el extremo de la línea tocó al dragón, el lazo se cerró y el filamento se contrajo a una pequeña fracción de su anterior longitud, impidiendo respirar al dragón y tirando de él hacia atrás hasta caer a unas docenas de pasos de donde estaba Galaeron.

El aturdido wyrm cayó de cabeza y quedó allí tirado, hecho un guiñapo, sacudido por convulsiones y tratando en vano de cortar con sus garras la línea mágica. Sin quitar el pie del extremo de la línea para mantener el lazo tirante, Galaeron dirigió la palma de la mano a la mutilada cabeza y le abrió un agujero en el cráneo con un único rayo de sombra. El cuerpo se le llenó de tanta magia de sombra que lo sentía casi entumecido, pero no le importó. El frío era una sensación agradable.

Ruha acudió a su lado e hizo una pausa como para decir algo, pero se lo pensó mejor y se dirigió a la cabeza del dragón.

—Muerto —confirmó.

—Bien.

Galaeron sacó el pie de encima de la línea mágica, que se desvaneció en cuanto perdió contacto con él, y avanzó mientras Ruha trepaba por el cuello del wyrm hasta su abdomen.

—¿Y mi manta? —preguntó—. ¿Sigue de una pieza?

Ruha volvió la cabeza y lo miró llena de furia.

—Sí, la manta está todavía de una pieza. —Desapareció detrás del dragón—. Que es más de lo que puede decirse de tu amigo —añadió.

—¿Aris? —Galaeron rompió a correr—. ¿Está herido?

—Sí, y de gravedad. —Ruha asomó la cabeza por encima del lomo del wyrm—. Eso es lo que pasa cuando se usa a alguien como cebo para atrapar a un dragón.

Galaeron subió por el lomo del dragón hasta donde estaba Aris atrapado bajo su cuerpo. Tenía cuatro heridas en el pecho hechas por las garras del wyrm y un brazo retorcido en un ángulo imposible. Los ojos grises del gigante estaban casi cerrados, y cuando tropezaron con la cara de Galaeron, se desviaron hacia otro lado.

CAPÍTULO 9

19 de Mirtul, Año de la Magia Desatada

Al atardecer del día de su llegada, el ejército shadovar estaba extendiendo la última esquina de la manta de sombra sobre la legendaria Myth Drannor. Las agujas agrietadas y las columnas cubiertas de enredaderas de la ciudad, ya medio ocultas tras un muro de bruma primaveral, desaparecieron bajo un ondulante manto de oscuridad, y el silencio que había sido sobrecogedor y ominoso durante casi todo el día, se volvió absoluto y total. Cuando se fijaron los bordes al suelo, unas cuantas aves y demás animales de las zonas boscosas huyeron solos o en parejas. A esas criaturas se les permitió escapar, pero compañías de guerreros montaban guardia para matar a cualquier monstruo capaz de regresar más tarde para mortificar a los veserabs. Desde su posición aérea en el extremo occidental de la ciudad, Vala vio a un acechador, dos gárgolas e incluso un malaugrym en su forma genuina con tres tentáculos.

La manta impediría que los de su clase se teleportaran o usaran las puertas translocacionales que, según rumores, todavía funcionaban en el interior de la ciudad, pero eso sólo significaba que los phaerimm serían todavía más peligrosos y feroces que de costumbre. Según los exploradores y adivinadores shadovar, debería haber todavía cerca de treinta espinardos habitando en los niveles subterráneos de las ruinas, y para que el ataque fuera un éxito, sería necesario matarlos en sus propias guaridas. Por primera vez en su vida, Vala deseó ser capaz de escribir. Le habría gustado dejar constancia de algunos pensamientos para su hijo antes de que éste empezara su instrucción con la espada.

Vala inclinó un ala mágica hacia el extenso prado del extremo occidental de la ciudad y aterrizó sobre la hierba pisoteada frente a la tienda de Escanor. El príncipe estaba esperando a la entrada, siguiendo con los ojos cobrizos todos sus movimientos mientras ella se soltaba la coraza para poder quitarse el arnés que sujetaba las alas. Su comitiva de ayudas de cámara y subcomandantes también estaban allí, aunque casi todos estaban más interesados en observar cómo él la miraba a ella.

Aunque Vala nunca había sido precisamente tímida, y aún menos después del tiempo pasado entre los elfos, la mirada de Escanor le producía una cierta desazón que ni siquiera las miradas furtivas de sus propios vaasan le habían producido jamás. No obstante, en lugar de volverse, sonrió y alzó juguetonamente una ceja mientras se levantaba la guerrera para desprender los broches de la pechera.

—¿Nunca has visto a una chica quitándose las alas?

Algo parecido a una sonrisa cruzó el rostro del príncipe.

—No eran tus alas lo que estaba mirando.

Escanor abandonó el alero de su tienda, y no puede decirse que hubiera salido a su encuentro, sino más bien que emergió a su lado de entre las sombras.

—¿Ya te encuentras más cómoda con ellas?

—No tanto como para dejármelas puestas para dormir. —Vala dio la espalda al príncipe, poniendo las alas aproximadamente a la altura de sus manos. Dejó que los correajes de sedasombra se deslizasen por las ranuras que había en la espalda de su guerrera y después empezó a hacer movimientos rotatorios con sus cansados hombros.

—Supongo que vamos a dormir antes del asalto ¿verdad?

—Eso depende de ti. —Escanor esperó a que Vala asumiera totalmente el control de su cuerpo—. Tengo algunas noticias —dijo.

A Vala se le cayó el alma a los pies. Sus pensamientos volaron de inmediato a Galaeron y Aris, pero al volverse no lo demostró.

—¿Ha sucedido algo en la Torre de Granito? —preguntó.

Era imposible saber si la sonrisa colmilluda de Escanor era tranquilizadora o burlona.

—Nada de eso. Estoy hablando de Galaeron.

—¿Galaeron? —dijo Vala con fingida decepción. Había estado pensando en este momento desde su salida del enclave y había llegado a la conclusión de que sólo había una manera de afrontarlo—. ¿De verdad se ha marchado?

Los ojos del príncipe lanzaron un rojo destello.

—¿Conocías sus planes?

—¿Conocer? —Vala meneó la cabeza—. Pensé que era sólo su sombra la que hablaba. Habló de ello después de que me pediste que te acompañara en este asalto. Creo que se puso celoso.

—¿Y no se lo dijiste al Supremo?

—¿Por qué habría de contarle mis problemas personales al Supremo?

—No son tus problemas personales —replicó Escanor—. El conocimiento que lleva consigo pertenece al Enclave de Refugio.

Vala sonrió y le dio una palmadita en la mejilla.

—Supongo que tendrías que haber pensado en eso antes de invitarme a este viaje. —Recogió las alas y se encaminó hacia su tienda—. Tengo que asearme. ¿A qué hora es la cena?

Escanor la acompañó andando a su lado.

—¿No te preocupas por él?

—¿Tendría que preocuparme? —Vala siguió caminando. Por encima de todo, en este asunto tenía que aparentar indiferencia. Si Escanor llegaba a darse cuenta de lo que sentía realmente, le ocultaría información y jugaría con sus emociones para hacer que ella le revelara lo que sabía—. El Supremo lo puso en mi contra. Ya lo viste.

—Entonces ¿no puedes decirme dónde está?

A Vala casi se le escapa una sonrisa. Si los shadovar no conocían su paradero, eso significaba que todavía estaba libre.

—Si fuera tú, lo buscaría en Evereska.

—Es su destino más obvio, por supuesto —dijo Escanor—, pero él sabe que tenemos un ejército allí. Habíamos pensado que tal vez intentara ir a Aguas Profundas.

—Podría ser —asintió Vala. Por lo poco que había oído después de abandonar la cena, aquél era realmente el plan de Galaeron—. Va a ser endiabladamente difícil encontrarlo. El Anauroch es un desierto enorme.

—Especialmente para recorrerlo a pie. Encontramos el veserab y el disco volador en el que viajaban con toda la carga de agua, pero ni rastros de ellos. —Escanor cogió a Vala por el brazo y la hizo parar—. Si sabes adonde van, tienes que decírmelo. Sin sus odres de agua no van a vivir ni una semana, aun cuando puedan encontrar algún oasis.

—Entonces no vivirán ni una semana —dijo Vala.

Aunque Escanor tenía razón sobre sus oportunidades de supervivencia en el Anauroch, al menos las de Aris, los shadovar ya habían adivinado lo poco que ella sabía, de modo que no iba a ganar nada admitiendo su propia e insignificante participación.

Echó una mirada de desagrado a la mano oscura que, expectante, le sujetaba el brazo.

—Al menos me ahorraré el problema de tener que darle caza cuando su sombra le haya ganado totalmente la batalla.

Escanor le soltó el brazo.

—¿Realmente no sabes dónde están?

—¿Acaso no te lo he dicho ya?

—¿Y no estás enamorada de Galaeron?

—Me respeto demasiado como para eso —al decir esta mentira, Vala miró intencionadamente al príncipe a los ojos—. Todo lo que me ata a él es una promesa.

Escanor la sorprendió con una sonrisa obviamente sincera.

—Eso fue lo que le dije al Supremo. —Le señaló su propia tienda con la mano—. Por favor, te quedarás aquí esta noche. Será más cómodo.

—¿Cómodo? —Aunque Vala sintió un estremecimiento interno, logró esbozar una media sonrisa de complicidad—. ¿No crees que necesitamos dormir esta noche?

—Cuando hayamos terminado, dormirás como una leona después de la cacería —respondió Escanor mostrando los colmillos—. La verdad, había pensado que tus coqueteos no eran más que un intento de ocultar tu traición tras una simulación de deseo, pero ahora veo que Melegaunt no exageró en sus informes sobre las mujeres

de Vaasa.

—¿Informes? —inquirió Vala.

—Que siempre estáis receptivas —dijo Escanor. Le cogió cariñosamente la mano entre las suyas—. La hija de Bodvar era una de sus favoritas.

—¿La hija de Bodvar? —Vala se quedó pensando un momento—. ¿Granna? —preguntó con aire sorprendido.

—No temas. Aunque Melegaunt sea tu abuelo, nos separan muchas generaciones. Casi no tenemos sangre común. —Tiró de ella hacia su pabellón—. ¡Despejad mi tienda!

Vala se paró en seco.

—¡Espera! —dijo.

En los ojos de Escanor apareció un brillo rojizo.

—¿No eres sincera?

—Siempre lo soy —respondió Vala, reconcomiéndose ante las miradas de mal gusto que le echaban los shadovar mientras desfilaban abandonando la tienda—. Pero llevamos cuatro días en el aire y todo el día de hoy tendiendo la sombra, con lo que hacen cinco. Tengo que asearme.

—Tengo agua en mi tienda —dijo Escanor—. Lo puedes hacer allí.

—Asearme es una forma de decir —repuso Vala. Aunque no le hacía ascos a compartir la cama de un hombre cuando a ella le apetecía, no estaba acostumbrada a que le ordenaran que lo hiciera. El príncipe era demasiado impositivo, demasiado rápido. Estaba tramando algo, y ella necesitaba ganar tiempo para averiguar qué era—. Lo que realmente tengo que hacer es...

—Puedes hacerlo en el escusado que hay detrás de mi tienda —la interrumpió Escanor—. Tiene conexión con las letrinas.

—De acuerdo —dijo Vala, aparentando que se rendía—, pero primero tenemos que comer. Estoy famélica, y con el día que nos espera mañana...

—Eso no tiene por qué preocuparte —repuso Escanor, conduciéndola al desierto pabellón—. No se espera que la consorte de un príncipe salga a combatir.

—¿Qué? —Viendo finalmente su oportunidad, Vala se detuvo—. ¿Consorte?

—Por supuesto —afirmó Escanor—. Los shadovar no somos bárbaros. No abandonamos a una mujer después de haberla usado.

—¿Y tengo que dejar de combatir?

Escanor meneó la cabeza.

—En absoluto. Una consorte puede combatir cuando le plazca..., pero no es lo que se espera que haga. —Le indicó el fondo de la tienda—. Si me haces el favor, ya haré traer la comida más tarde.

Vala se negó a atravesar el umbral.

—¿Y qué pasará con Sheldon?

—¿Tu hijo? Será traído al enclave y educado en mi casa como un Alto Señor. ¿No te complace?

A Vala le bastó con pensarlo un momento antes de responder.

—No. Es un vaasan.

—Muy bien, se quedará en Vaasa —concedió Escanor—. Lo que tú quieras, Vala. Vala se volvió a mirarlo.

—¿Sea lo que sea?

—Para la consorte del Primer Príncipe, lo que sea —dijo Escanor—. Incluso podrías volver tú misma a Vaasa... y habiendo pagado totalmente la deuda de Bodvar.

Era casi todo lo que necesitaba Vala para entrar en la tienda. Llevaba más de un año fuera de la Torre de Granito y nada ansiaba más que volver para criar a su hijo y ver a sus ancianos padres..., y eso era lo que hacía que la oferta del príncipe fuera demasiado buena para ser verdad. Quería de ella algo más que compartir su lecho de pieles. Había más de mil cortesanas en el Palacio del Supremo a las que podía tener por una sonrisa, y la mayoría eran mucho más deseables que ella, aunque hería su orgullo el admitirlo.

Dio un paso alejándose de la tienda y miró a Escanor entrecerrando los ojos.

—¿Y qué voy a tener que entregar por tanta generosidad? ¿Mi vida? ¿Mi voluntad?

Escanor abrió los brazos.

—Nada, si tu deseo es auténtico.

—Supongamos que no lo es.

—Entonces hay una forma mucho más fácil de conseguir los mismos privilegios —dijo Escanor, esquivando la pregunta—. Bastará con que me digas lo que sepas sobre la desaparición de Galaeron.

—Ya lo he hecho —replicó Vala—. No sé nada más que pueda ayudarte.

—Deja que sea yo quien juzgue eso —insistió Escanor—. Tú no puedes saber qué es lo que podría ayudarnos.

Vala se sintió tentada. Después de todo ya casi estaba diciendo la verdad. Si Galaeron no iba a Aguas Profundas, y al parecer ése era el caso ya que los shadovar no podían encontrarlo, entonces no sabía por dónde empezar. Sin embargo, Escanor tenía razón en eso de que ella no podía saber qué podría ayudarles a encontrar al elfo, o qué podría implicar a los que habían quedado atrás. Lo mirara por donde lo mirase, eso significaría traicionar a sus compañeros, si no de hecho, al menos de intención.

—Vamos a probar una cosa —sugirió Vala—. Tú me dices lo que sabes y yo te diré cualquier cosa que sepa que pueda ayudarte.

La sorprendió la risa de Escanor. No era una media risa fría, amenazante, sino una carcajada cálida, casi respetuosa.

—Eres una mujer valiente, Vala Thorsdotter —dijo apoyando una de las grandes

manos en su nuca—. No quiero pensar en lo que va a ser de ti si el Supremo se entera de que te has negado a retractarte de tu traición.

Vala sintió que las piernas se le quedaban heladas, y al mirar hacia abajo vio que se estaba fundiendo en las sombras que había a sus pies.

—¿Qué estás...?

Fue todo lo que pudo decir antes de que su conciencia se desvaneciera en una fría oscuridad. Un tiempo después, podría haber sido un segundo o una hora, no tenía forma de saberlo, Vala sintió el aire húmedo de Myth Drannor entibiándole primero la cara, después el cuerpo y por fin las piernas. Se vio saliendo de un pozo de sombra mientras su cuerpo recuperaba las proporciones normales. Cuando se atrevió a alzar la vista otra vez, se encontró encima de la manta de sombra, y a su alrededor se erguían las torres veladas por las tinieblas y por los árboles de Myth Drannor. Logró entrever a distancias variables a lo largo de la estrecha calle a una docena de compañías de guerreros shadovar.

Escanor, que todavía sujetaba a Vala por el cuello, la obligó a rodear la esquina de las enormes ruinas de un castillo y entrar en un patio cubierto por la vegetación que antes hacía las veces de entrada principal del edificio. Había una sola torre adosada a la izquierda y un ala en forma de «L» a la derecha, todo ello envuelto en el mismo manto de sombras que los árboles

y el propio suelo. Una docena de guerreros shadovar custodiaban la entrada del patio con armas y varitas mágicas en ristre, y un nervioso oficial observaba aproximarse a Escanor.

Presintiendo que no le iba a gustar lo que el príncipe se proponía, fuera lo que fuera, Vala deslizó la mano hacia la empuñadura de su espada y sintió que la mano de hierro de Escanor la sujetaba con más fuerza.

—Me salvaste la vida una vez —bisbiseó—. No hagas que te devuelva el favor rompiéndote el cuello.

—Está oscuro —dijo Vala—, sólo quería ver qué pasa.

—¿De veras? —inquirió Escanor con voz burlona. Se detuvo frente al oficial de aspecto nervioso—. ¿Es esto el Irithlium?

—Así es, príncipe —dijo el guerrero inclinando la cabeza.

—Bien. —Escanor hizo avanzar a Vala de un empujón—. Cuéntale a ella lo que hemos averiguado sobre este lugar.

El oficial asintió y se volvió hacia Vala.

—No mucho, señora Thorsdotter. En una época fue una escuela de magia que naturalmente atraía a los phaerimm. Las capas superiores parecen haber sido despejadas, pero hay por lo menos seis phaerimm refugiados en algún lugar debajo de los cimientos.

—¿Seis phaerimm? —Vala dio un respingo y entendió por qué la patrulla parecía

tan nerviosa—. ¿En un solo edificio?

El oficial asintió.

—Nuestra misión es identificar sus guaridas.

—No —dijo Escanor—. Ahora, vuestra misión es matarlos.

Los ojos color topacio del oficial palidieron.

—¿Matarlos, señor?

—No tenéis nada que temer, servidor. —Escanor empujó a Vala contra él—. Os he traído a una nueva exploradora. Os podéis poner en contacto conmigo para pedir otra si ésta os falla.

El oficial enarcó las cejas al oír esto. Después asintió.

—A tus órdenes, mi príncipe.

Escanor se volvió hacia Vala.

—Dijiste que querías combatir —declaró—. Si cambias de idea, ya sabes qué tienes que hacer.

—No voy a cambiar de idea —dijo Vala mirándolo con furia.

—Por supuesto que no —admitió Escanor. Apartó a un joven shadovar de la patrulla y cogiendo el astado yelmo del guerrero se lo entregó a Vala—. Esto evitará que los phaerimm te controlen..., y si por casualidad cambiaras de idea, bastará con que toques un asta con la hoja de tu espada.

Vala aceptó el yelmo y se lo puso en lugar del suyo.

—¿Y si no?

—Entonces comunicaré al Supremo tu muerte en combate —dijo Escanor—. La Torre de Granito será informada de tu valentía y de tu entrega al deber.

—No me refería a eso —replicó Vala—. ¿Qué consigo si matamos a todos los phaerimm? ¿El mismo trato que hubiera conseguido entrando en tu tienda?

—¿Si matas a seis phaerimm? —La sonrisa de Escanor dejó al descubierto las puntas de sus colmillos—. Si matas a los seis phaerimm, entonces yo seré tu consorte.

Learal salió del barro del bosque a la arena húmeda del extremo del Anauroch, a más de cuatrocientos kilómetros de distancia. Aunque en principio sabía qué debía esperar, estaba tan aturdida por el tamaño del orbe oscuro que tenía ante sí que, en la confusión que sigue a la teleportación, pensó que por alguna circunstancia había llegado a algún punto fuera del Plano de Sombra. Lo suficientemente translúcida como para poder distinguir a través de ella las siluetas de las estribaciones, risco tras risco, la esfera tenebrosa era tan ancha como el propio horizonte y tan alta que sólo una delgada franja de cielo, gris de nubes, se distinguía encima de ella.

A Learal la sacó de su atónito desconcierto el jefe Garra al tropezar con ella desde atrás, pasando casi despedido por encima de su hombro mientras lanzaba una maldición uthgardt. Al recordar que pronto se presentaría todo un torrente de soldados provenientes del círculo de teleportación, Learal se hizo a un lado y cogió la

enorme muñeca del bárbaro.

—Es el caparazón de sombra —le dijo, tratando en vano de apartarlo— Estás fuera de los Sharaedim, ¿recuerdas?

—Charideem —repitió Garra con aire ausente mientras echaba la cabeza hacia atrás para tratar de ver la enorme bóveda de oscuridad que se cernía sobre él—. ¡La Gran Montaña Oscura!

Lord Yoraedia cobró vida instantáneamente detrás del jefe Garra y se dio de bruces contra la espalda del bárbaro al moverse hacia adelante.

—¡Por las flechas de Corellon!

Yoraedia retrocedió, echando mano a su espada... y fue empujado otra vez hacia adelante cuando Skarn Hacha de Bronce se estampó contra él.

—¿Qué? ¿Quién? —gritó el enano—. ¿Dónde está la Antípoda Oscura?

—El caparazón de sombra, ¿recuerdas? —Learal se afirmó con los pies y arrastró al jefe Garra hacia un lado, después lo soltó e hizo lo mismo con Hacha de Bronce y Yoraedia—. Despertad de una vez, buenos señores, o nuestro ejército empezará a teleportarse cayendo los unos encima de los otros, y si pensáis que el Camino del Comercio fue una desbandada, esperad a ver lo que sucede cuando un elfo y un enano tratan de ocupar el mismo espacio.

—¡Eso es algo que no me apetece! —dijo Garra, recuperando la conciencia.

El jefe se volvió y empezó a retirar literalmente a los demás comandantes hacia un lado a medida que iban llegando. Learal se quedó un momento aún con Yoraedia y Hacha de Bronce, ayudándolos a superar el aturdimiento de la teleportación y recordándoles dónde estaban. Cuando por fin parecieron recordar lo que se suponía que estaban haciendo, les asignó a cada uno un sector que despejar y se dedicó a ayudar al siguiente lote de recién llegados a superar la transición.

Había ensayado todo el plan con sus comandantes antes de crear el círculo de teleportación en el Bosque de los Wyrms, pero contando sólo con tres horas para hacer pasar a todo el ejército de relevo por una superficie de poco más de metro y medio de diámetro, no podía haber margen de error.

Cuando por fin confió en que sus comandantes tenían la situación bajo control, Learal se dedicó a inspeccionar el área. Aunque casi no llovía, el tiempo seguía amenazador y húmedo, y Learal a duras penas pudo distinguir el principal campamento shadovar, situado, para facilitar la defensa, sobre un promontorio bajo al borde del Anauroch. Las siluetas tenebrosas de varias docenas de centinelas se veían al borde del abismo, usando sus lanzas oscuras para hacer señales al ejército que llegaba mientras sus atónitos camaradas seguían arribando velozmente.

Learal alzó los brazos e hizo señas a los atónitos centinelas y a continuación envió un conjuro para comunicarse con el más próximo.

Presenta a tu príncipe los saludos de Learal Mano de Plata y dile que ha llegado el

Ejército del Norte.

El guerrero inclinó la cabeza sorprendido, después levantó la lanza en señal de entendimiento y se volvió para marcharse.

Así se hará.

Learal asintió y se puso en marcha a través de la arena húmeda hacia el caparazón de sombra. Aunque todavía estaba a medio kilómetro aproximadamente, el imponente tamaño de la construcción hacía que pareciera más algo natural, algo parecido al Hielo Alto o a la Espina Dorsal del Mundo, que una creación de la magia de los hombres. Estacionadas en su base cada tanto, había pequeñas patrullas de guerreros shadovar montados en sus extraños wyrms voladores que prestaban más atención a Learal y a su ejército de relevo que a las laderas rocosas que había dentro de la esfera oscura. Estaba demasiado lóbrego como para ver si la llovizna también caía dentro del caparazón, pero los pocos árboles mustios visibles a través de la barrera hacían pensar que algo estaba transformando a los Sharaedim en una extensión tan muerta como el Anauroch.

Cuando Learal se acercó más al caparazón, su débil sombra se oscureció y se dividió en tres siluetas idénticas. Un par de relucientes ojos metálicos apareció en las cabezas de las dos formas exteriores y a continuación asumieron lentamente la forma de dos guerreros shadovar. Learal se detuvo y se dirigió a la figura de anchos hombros de la izquierda.

—Es un placer volver a verte, príncipe Clariburnus.

Los ojos de color plomo del príncipe se iluminaron de placer, entonces su silueta se desprendió del suelo y, mientras todavía se estaba expandiendo a su forma normal, hizo una reverencia.

—Clariburnus, por favor. —Señaló al otro príncipe, una figura huesuda con dedos como garras y ojos del color del hierro oxidado—. Mi hermano Lamorak.

Lamorak, tras haber recuperado también la forma, saludó con una inclinación de cabeza.

—Tu llegada es una grata sorpresa. —Echó una mirada significativa a la horda creciente de guerreros que iba saliendo del círculo de teleportación de Learal—. Teníamos entendido que todavía pasaría cierto tiempo antes de que llegaras con tu ejército.

Learal devolvió el saludo.

—Sí... bueno, estaba empezando a pensar que los shadovar no dejaríais nunca de acudir a rescatarnos.

Lamorak frunció el entrecejo, confundido, pero la sonrisa de Clariburnus fue franca y apreciativa.

—¿Fue una estratagema tu larga marcha?

Learal miró por encima del hombro a los exhaustos guerreros que seguían

saliendo por el círculo de teleportación.

—No se lo digas a ellos —dijo en voz baja—, pero después de la desbandada en Nido Roquero decidimos que sería mejor sacar del medio a los phaerimm que quedaban antes de tratar de introducir a otro ejército. Según mis exploradores, los últimos tres phaerimm libres corren por las colinas de Trielta abajo con sus hobgoblins y sus illitas en este momento.

—Para cuando se den cuenta de que tú ya no estás en el Bosque de los Wyrms, tus guerreros estarán descansando en tiendas secas tras una empalizada de estacas shadovar —remarcó Clariburnus—. Mis felicitaciones. Un plan astuto y bien ejecutado.

—Gracias por tus felicitaciones —dijo Learal—, pero me temo que debo rechazar tu oferta de protección.

Los ojos de Lamorak centellearon.

—Supongo que no creerás las calumnias vertidas sobre nosotros en Aguas Profundas.

—Sólo a medias —respondió Learal con tono ligero—. Tempus sabe que necesitamos el descanso, pero el Mythal de Evereska está declinando.

Los dos shadovar se miraron con desconfianza en los ojos.

—Me lo ha dicho Khelben —explicó Learal—. Está en la ciudad.

—Claro —dijo Clariburnus haciendo un gesto de comprensión—. El muro infranqueable de los phaerimm ha empezado a decaer; el caparazón de sombra funciona.

Una terrible sospecha pasó por la mente de Learal.

—¿Estás seguro? Si el caparazón de sombra está bloqueando su acceso al Tejido, también estaría bloqueando el de Khelben y yo no habría podido comunicarme con él.

—Estamos seguros —dijo Lamorak, dirigiéndose a Learal como si fuera una niña de varios cientos de años de edad— Todavía hay magia del Tejido dentro del caparazón, y se necesita mucha menos energía para transportar palabras que para mantener el muro infranqueable.

La mirada de Clariburnus se volvió distante. Se quedó callado y se volvió hacia el caparazón de sombra. Al no estar suficientemente familiarizada con los shadovar como para reconocer lo que estaba pasando, Learal se quedó también en silencio y miró a Lamorak.

—Hermano mío —dijo Lamorak—, ¿qué sucede?

Clariburnus volvió a mirar a Lamorak, y luego deslizó sus ojos en dirección a Learal y meneó la cabeza muy levemente.

Learal frunció el entrecejo.

—¿Algo te perturba, príncipe? Lo que menos necesitamos en este momento es

empezar a desconfiar los unos de los otros.

Clariburnus lo pensó un momento antes de hablar.

—Pues bien, tu historia no puede ser verdad. El caparazón de sombra habría hecho rebotar el conjuro de comunicación de Khelben.

Learal asintió, recordando que todos los conjuros que habían intentado antes de establecer contacto habían fracasado.

—De hecho así lo hizo —dijo—, y no sólo el envío de conjuros. Hemos tratado de transferir objetos, de abrir puertas transdimensionales y varias otras cosas. Nada funcionó.

—¿Cómo pudiste oírlo entonces? —preguntó Lamorak.

—No fue un conjuro. Es un don que Mystra nos ha concedido a los Elegidos. — Esperó hasta que apareció un brillo de entendimiento en los ojos de los príncipes—. Ahora debo pedirlos permiso para que mi ejército entre en los Sharaedim. No vamos a dejar que caiga el Mythal.

Clariburnus miró a su hermano, que levantó una mano y se dio la vuelta para pensar.

—Príncipe Lamorak, tu hermano Aglarel le aseguró a lord Piergeiron que nos permitiría el acceso —dijo Learal—. Si no respetáis esa promesa...

—No tengas miedo, nos atendremos a la promesa. —Lamorak miró al creciente ejército de relevo, luego se volvió a mirar a Learal y le dedicó una sonrisa fría llena de colmillos—. Con tu permiso, haremos aún más. Te ayudaremos a destruir a los phaerimm.

—Por supuesto. La ayuda de los shadovar será bienvenida. —Learal le devolvió una respuesta igualmente fría—. Incluso podéis decir que cuento con ella.

En materia de pasadizos, el que llevaba al sótano más profundo del Irithlium era una obra maestra. Oculta bajo la única falsa columna que había entre las miles de columnas auténticas que soportaban el piso de arriba, la entrada era casi indetectable, ya que las juntas de las puertas estaban disimuladas por la piedra que servía de base a la columna y las bisagras estaban escondidas en el capitel seis metros más arriba. De no haber visto Vala al ciempiés que salía por debajo de la base mientras ella se acercaba, es poco probable que hubiera observado algo desusado en el pilar. Tenía el mismo aspecto que cualquier otra de las columnas que habían visto a su paso, hasta estaba enmohecida y llena de grietas. Los constructores elfos incluso habían tenido la precaución de ocultar el pestillo en una grieta de una columna del lado opuesto.

—¿Por qué te detienes, exploradora? —la pregunta sonó diez pasos por detrás de Vala, donde Parth Gal, al que Vala se negaba a llamar señor, incluso mentalmente, miraba escondido detrás de una columna—. ¿Has encontrado algo?

—Una puerta secreta —dijo Vala, indicándole que se acercara.

Parth alzó una mano para que el resto de la patrulla hiciera un alto.

—Ábrela —le dijo.

—Este lugar fue construido por los elfos —explicó Vala—. Tendrá una trampa, y yo no tengo la palabra de paso.

Parth se encogió de hombros y no salió de detrás de la columna.

—Para eso están los exploradores. —Hizo una pausa—. A menos que prefieras ponerte en contacto con el príncipe Escanor y decirle dónde están tus amigos.

Vala lo atravesó con la mirada.

—Uno de vosotros debe de tener un conjuro para desarmar trampas.

—Claro que sí, somos una patrulla de reconocimiento —dijo Parth—, lo que significa que deberíamos estar localizando phaerimm, no atacándolos. Si quieres contactar con el príncipe, estoy seguro de que todos viviremos más tiempo. Hasta entonces, me temo que debo insistir en que cumplas tu deber.

Un paso amortiguado sonó en la oscuridad en algún lugar por detrás de Parth, le siguió el grito alarmado de una voz ahogada. Después se oyó el ruido de una espada oscura atravesando un grueso caparazón y a continuación una especie de zumbido y un sonido como de carne abierta. Vala atisbo a un grupo de shadovar deslizándose entre las columnas hacia el lugar donde había habido señales de lucha, pero el silencio volvió a reinar y los guerreros llegaron demasiado tarde para ayudar a su camarada.

—Balpor —anunció alguien—. Desaparecido. Sólo quedaron la cabeza y un brazo.

Era la quinta baja de la patrulla y ni siquiera habían visto un phaerimm todavía. Vala sintió un repentino escalofrío. Aunque la sensación bien podía ser su propia reacción ante otra muerte, tomó la precaución de revisar el área inmediata para asegurarse de que nada se abalanzaba sobre ella. Le pareció ver una figura gris deslizándose tras el pilar donde estaba escondido el cerrojo, pero sólo encontró vacía oscuridad cuando lo rodeó por el otro lado.

—¿Qué pasa? —preguntó Parth.

—Imaginaciones mías —respondió Vala—. ¿Sigues queriendo que abra esa puerta?

—A menos que hayas cambiado de idea y le digas al príncipe lo que quiere saber —respondió.

—Lo siento. —Vala se agachó y deslizó la punta de su daga en la hendidura donde estaba oculto el cerrojo—. Escucha, si esto sale mal para mí, envíale un mensaje a Sheldon diciéndole que morí por cumplir mi palabra.

—¿Sheldon?

—Mi hijo —dijo Vala.

—Ah... Eso no sería necesario si tú...

—No puedo hacerlo —lo interrumpió la mujer. Tuvo que reprimir un

estremecimiento. El escalofrío que había experimentado antes se negaba a abandonarla—. Una cosa más..., si esto lleva a un tesoro y no a la guarida de los phaerimm, no toquéis nada. No hay nada que odien más los elfos que los ladrones de cacharros.

—Gracias por la advertencia —contestó Parth.

—No estaba pensando en ti —dijo Vala—, pero ya sabes lo que me gustan los elfos.

Respiró hondo y luego, estirando el brazo tanto como pudo, rodeó la columna sin ponerse de pie y accionó el cerrojo.

—Eltargrim.

La palabra sonó tan quedo que Vala no estaba segura de haberla oído. Giró sobre sus talones y no vio nada tras ella, pero el escalofrío persistía. En cualquier caso, el frío era más intenso que antes, aunque tal vez sólo por el sudor helado que le corría por el pecho y los costados.

—¿Vala? —Parth parecía tan asustado como ella.

—Sigo aquí —dijo—. Tened cuidado.

Vala se puso de pie lentamente y fue hacia la columna. Medio esperanzada en que el shadovar le dijera que esperara a que mandara a alguien a comprobar si había trampas, respiró hondo y le dio un levísimo empujón. Todo el fuste se hizo a un lado dejando al descubierto una estrecha escalera de caracol que descendía hacia la oscuridad por debajo de la falsa base. Al ver que no salía ninguna nube de gas tóxico, pasó la punta de su espada oscura por la entrada para comprobar si había trampas activadas por el movimiento y a continuación bajó el primer escalón.

No sucedió nada.

—¿Y bien? —preguntó Parth.

—Por el momento no hay trampas —dijo—, ni telarañas. Algo baja por aquí, y no deja huellas.

El shadovar salió de su escondite y le indicó que bajara la escalera.

—Te seguimos.

—Cómo no —musitó Vala.

Tras decidir que Parth y sus camaradas no merecían que les advirtiera sobre la figura gris que podría haber atisbado o no y sobre la palabra susurrada que podría haber oído o no, Vala tomó impulso y saltó hasta el quinto escalón.

Los escalones seguían hacia abajo a través de otros tres metros de piedra sólida, después se abrían a un gran corredor que corría paralelo a la base de la escalera. Poniéndose en cuclillas y estirando el cuello, Vala pudo ver lo bastante lejos pasadizo arriba como para distinguir una serie de portales con arcadas que se abrían a ambos lados a intervalos irregulares, pero la magia de su espada oscura no le permitía ver todo el camino hasta el final del pasillo. Al ver que nada salía a su encuentro escalera

arriba, bajó los tres primeros metros en dos saltos rápidos, se asió con fuerza de la barandilla y saltó al corredor de cara a la dirección opuesta a aquella en que había estado descendiendo.

Vala se encontró frente a una gran silueta redonda con una movediza corona de tentáculos rematados en una forma bulbosa. Apenas tuvo tiempo de reconocer la silueta como la de un gran acechador antes de que varios tentáculos empezaran a moverse hacia ella. Saltando con un pie por delante se deslizó por debajo de la cosa, lanzó su espadaoscura a su ojo central y echó mano de su daga.

Vala tocó el suelo aproximadamente al mismo tiempo que su espadaoscura daba en el blanco, aunque, sin la espada en la mano, ya no podía ver en la oscuridad y sólo supo que había alcanzado al acechador por un chillido que helaba la sangre y que el eco repitió en todo el corredor. Le cayó encima una lluvia de sangre mientras se deslizaba por debajo del acechador que todavía flotaba. Totalmente consciente de que ni siquiera una estocada perfecta al ojo central podía matar a un monstruo de esta envergadura, alzó la mano y cogiendo el borde inferior de la herida con la mano libre tiró del monstruo hacia el suelo y lo aplastó contra la piedra. Al mismo tiempo levantó la daga por detrás de él, hundiendo la hoja de acero en su grueso cráneo una, dos, media docena de veces hasta que el acechador finalmente cayó en un montón inerte encima del brazo que lo había mantenido pegado al suelo.

Vala lo apartó a un lado.

—¿Vala? —La voz de Parth llamó desde arriba. La llamada se repitió en voz más alta—. ¿Vala?

—No habéis tenido tanta suerte, Parth —le respondió—. Todavía estoy aquí.

Se oyó el ruido sordo de la columna secreta al moverse y ocultar la escalera.

—¡Cobarde! —musitó Vala.

Extendió el brazo para recuperar la espada, pero sintió la empuñadura debajo de los dedos. Considerándose dichosa por no haber dado en cambio con la hoja, se puso de rodillas y asió el arma... y, cuando pudo ver otra vez en la oscuridad, se encontró frente a una boca enorme, dentada, rodeada por cuatro brazos. A pesar del ángulo poco propicio, reconoció de inmediato a un phaerimm enorme.

¿Por qué ruegas a Tempus, querida? Ahora yo soy tu dios. —Vala oyó la voz ronca en el interior de su cabeza, no como el Eltargrim que antes le había parecido oír en un susurro, sino definitivamente en sus pensamientos—. *Deja a un lado tu arma y hablaremos.*

Vala recogió las piernas bajo su cuerpo y se puso en pie de un salto, y al instante se encontró rodando por el corredor oscuro.

¿Qué es lo que no entiendes, humana? Depón el arma.

Sin mostrar el menor temor por la espadaoscura, el phaerimm seguía avanzando por el corredor, con dos de sus cuatro brazos apuntando al suelo cubierto de musgo.

Intrigada por el extraño comportamiento de la cosa, Vala dudaba entre hacer lo que se le ordenaba y arrojarle su arma, aunque tenía la certeza de que estaba dispuesta a rechazar con magia la espada en cuanto abandonara su mano.

No hizo ninguna de las dos cosas, y el phaerimm se detuvo justo fuera del alcance de su arma.

¡Obedece!

La voz amortiguada de Parth empezó a reverberar por el hueco de la escalera, pidiendo explicaciones y voceando amenazas sobre lo que sucedería si ella no abría la puerta. De repente, Vala lo entendió. El phaerimm no quería matarla. La había atrapado a ella sola convencido de que podría convertirla en unos de sus esclavos mentales, aunque el casco que llevaba la protegía de eso.

—S-sí —dijo. Moviéndose muy lentamente se quedó en cuclillas y puso la espada en el suelo—. Quiero hablar.

En cuanto soltó la empuñadura, volvió a sumirse en la oscuridad. Desconociendo la presencia del phaerimm, Parth y los demás seguían gritándole que abriera la puerta. Maldiciéndolos para sus adentros, no sólo por cobardes sino también por tontos, Vala apartó la espada oscura de un puntapié y retrocedió por el corredor. Estaba tan aterrorizada que le temblaba todo el cuerpo. Sin la espada ya no podía ver lo que estaba haciendo el phaerimm.

Una mano huesuda la cogió por el hombro.

Ya es suficiente, hija mía.

Vala se detuvo y rogó que no le quitara el casco que le había dado Escanor. Sin él, se convertiría en la esclava que él creía que era. A menos que lo engañara dándole una falsa sensación de seguridad, no tenía la menor oportunidad de matarlo. Aquella criatura podía formular conjuros con la rapidez con que ella pensaba, o incluso más.

No eres uno de los shadovar.

No fue una pregunta. ¿Acaso el phaerimm esperaba una respuesta?

¿Qué eres?

—S-soy v-vaasan —respondió Vala—. Mi pueblo está obligado a servirles.

¿Vala? —preguntó el phaerimm—. ¿La favorita de Escanor para recibir su huevo?

Vala tuvo que concentrarse y reprimir un respingo antes de preguntar cómo sabían los phaerimm semejante cosa. En lugar de eso se limitó a asentir.

¿Qué estás haciendo aquí?

—Lo rechacé —dijo Vala—, y entonces él me mandó a matar, phaerimm.

En lo alto de la escalera, Parth se dio cuenta por fin de que algo iba mal y dejó de golpear la columna.

¿Y pudiste hacerlo?

Vala meneó la cabeza.

—¡No! —Por el momento fue una respuesta sincera—. Nunca más.

¿Nunca más? —El phaerimm se quedó atónito—. *Pero olvidaba quién eres. ¿Qué sientes por él ahora?*

—Lo odio. —No distaba mucho de la verdad.

¿Puedes traicionarlo?

—Tal vez —dijo Vala—. Un retumbo sordo sacudió el techo al empezar a deslizarse la falsa columna—. Es muy poderoso.

Yo te ayudaré —manifestó el phaerimm—. *Extiende la mano.*

Vala extendió los dos brazos con las palmas hacia arriba. Sintió algo redondo y pequeño sobre la mano.

Le permitirás que te monte y entonces apretarás su espalda con esto —ordenó el phaerimm—. *Eso lo despojará de su poder. ¿Lo entiendes?*

—¿Vala? —La voz de Parth volvió a sonar en el hueco de la escalera—. ¿Estás ahí?

Vala no se atrevió a gritar una advertencia.

—Lo entiendo —dijo.

—¿Qué? —preguntó Parth.

Vala no le hizo caso.

—¿Y luego qué, mi señor? —mientras preguntaba esto, llamó mentalmente a su espadaoscura—. ¿Lo mato?

¡No! Haz que se interne en el bosque —dijo el phaerimm—. *Eso facilitará las cosas.*

—¡Vala, contéstame o bajaremos!

La espadaoscura llegó a su mano.

—¡Daos prisa!

Al tiempo que gritaba esto, Vala atacó con la espada el abdomen del phaerimm. Su visión oscura volvió y vio una boca del tamaño de una caverna y llena de colmillos abierta delante de ella. En lugar de retroceder o de atacar de nuevo, con una pirueta rodeó el cuerpo espinoso del phaerimm y vio que un poderoso rayo chamuscaba la piedra allí donde había estado parada. Cambiando la mano que sujetaba la espada mientras se movía, extrajo la espada del abdomen del phaerimm y dio una voltereta en la dirección opuesta, usando el borde de la herida como punto de apoyo para atravesar casi un metro de carne dura y piel escamosa.

El corredor se llenó de un remolino de aire ululante al exteriorizar el phaerimm su rabia y revolver su punzante cola en una clásica maniobra de distracción. Fue un error fatal. Vala saltó sobre su espinoso lomo, cercenando primero una y después otra dos de las manos con que lanzaba las llamas. Clavó la espada en el cerco de la boca de la criatura y ésta cayó al suelo, agitando la cola sin efecto alguno contra la piedra donde había supuesto que estaría la mujer. Vala giró en redondo y arriesgó otro golpe desde

el mismo lugar. Esta vez cortó limpiamente al phaerimm en dos.

La cola golpeó dos veces más la piedra antes de caer totalmente inerte. Vala tomó la precaución de cortarla en unas cuantas partes más. Finalmente, oyó el ruido de botas bajando la escalera y al volverse vio aparecer el primer par de piernas shadovar.

—Parth, tómatelo con calma. El trabajo duro...

Del hueco de la escalera llegó un sonido vibrante y un coro de voces shadovar gritó sorprendido. El primer par de piernas se dobló y el cuerpo inerte de Parth fue el primero en caer, seguido por los de Carlig, Elar y otros cuatro, todos los que quedaban de la patrulla de reconocimiento.

Vala se deslizó hasta la pared que quedaba junto al hueco de la escalera y se apretó contra la piedra, con la espadaoscura lista para cortar el primer pie que asomara. Al ver que no aparecía nada, se arriesgó a echar un vistazo a los cuerpos caídos en la base de la escalera. Los siete shadovar estaban muertos, asaeteados sus rostros, cuellos y demás áreas carnosas no protegidas por la armadura con unos diminutos dardos de forma cónica. Esperó todavía un momento y a continuación miró a hurtadillas escalera arriba. Los escalones estaban sembrados de dardos y las paredes moteadas de diminutos agujeros de los que habían salido.

En lo alto de la escalera sonó una voz tan sutil que parecía apenas un soplo.

—Eltargrim —dijo.

Vala se escondió. El corazón le latía tan de prisa que a duras penas podía oír el ruido de los dardos que se precipitaban escalera abajo al apartarlos con el pie el recién llegado. Lo único que quería era correr por el pasadizo adelante tan rápido como se lo permitían sus piernas, pero eso era lo peor que podía hacer. El desconocido sabía que estaba allí, de hecho había susurrado la palabra de paso que había impedido que ella corriera la misma suerte que los shadovar, y fuera quien fuera, era evidente que conocía el Irithlium mucho mejor que Vala.

Vala volvió a sentir el escalofrío de antes. Levantó la espada hacia su yelmo preguntándose si Escanor llegaría a tiempo para salvarla si tocaba una de las astas con la espada. Tal vez no, pero tal vez vengaría su muerte o moriría también a manos de lo que estaba bajando por la escalera. Cualquiera de las dos cosas le parecieron bien a Vala.

Un pie desnudo apareció en la escalera por encima de la cabeza de Vala. Era pequeño y de huesos finos. Le pareció el pie de un elfo, salvo que la carne era *tan escasa* y blanca que podían verse los huesos debajo, y también los tendones y ligamentos que los movían. Apareció el otro pie, igualmente pequeño y pálido, con uñas largas y rotas suspendidas de los extremos de los dedos. Por encima de los talones colgaban los andrajos de un par de pantalones deteriorados por el paso del tiempo.

Vala sintió tanto frío que la piel se le erizó. Fuera lo que fuera, no podía ser nada bueno. Respiró hondo y se apartó ágilmente de la pared, blandiendo la espada oscura para cercenar los pies a la altura de los tobillos. Apenas tuvo tiempo de parar el golpe para evitar que la espada se clavara en los escalones de piedra.

Los pies habían desaparecido; no así el frío.

Vala se apartó de la pared y se encontró con una pequeña figura de piel de alabastro y complexión esbelta que la miraba desde la base de la escalera. Estaba vestida con los restos andrajosos de lo que habían sido ropajes de bella factura y sus facciones estaban hundidas y marchitas; los ojos, unos orbes relucientes del blanco más puro.

Señaló la espada de Vala, después movió un dedo con aire de reconvención y dijo:
—No parece que seas muy amante de los elfos.

CAPÍTULO 10

19 de Mirtul, Año de la Magia Desatada

El elfo blanco les dio la espalda a Vala y a los shadovar muertos y empezó a andar por el tenebroso corredor.
—Ven.

Vala se quedó donde estaba, ni se movió. Ni siquiera bajó la espada.

—¿Ven? —dijo con voz entrecortada—. ¿Después de que mataste a Parth y a todos los demás?

—No los maté, mujer. Te salvé a ti. —El elfo siguió avanzando, pero su cabeza se giró para mirarla. El cuello crujió al recorrer los últimos centímetros antes de afirmarse sobre los hombros y quedar mirando totalmente hacia atrás—. Por lo que pude ver, te seré de más utilidad que todos ellos.

—¿Para qué? —preguntó Vala poniéndose en marcha detrás de él.

—Para sobrevivir.

El elfo volvió a rotar la cabeza hacia adelante. Decidiendo que había verdad en lo que decía, Vala bajó la guardia y avanzó hasta llegar a cuatro pasos de él, donde su aura helada se volvió tan incómoda que empezó a tiritar. Había visto suficientes no vivos en los seis últimos meses como para saber que era una especie de lich, pero su presencia no producía el mismo tipo de miedo y repelencia que había experimentado allá en Karsus cuando ella y Galaeron y sus compañeros habían luchado contra el lich Wulgreth. ¡Qué no habría dado ella por tener a Galaeron a su lado, con todos sus conocimientos de Guardián de Tumbas sobre las cosas no vivas! Pero el viejo Galaeron, el que todavía no había caído víctima de la influencia corruptora del Tejido de Sombra. Dios, cómo echaba de menos a aquel Galaeron que se había mostrado tan firme, tan leal y tan noble.

El lich-elfo tomó por un corredor lateral más estrecho, aunque podrían haber avanzado por él tres vaasan codo con codo, y asustó a una araña del tamaño de un poni que salió corriendo por la pared. Colgando de su telaraña en el techo había varios envoltorios de algunos de los cuales asomaban garras u hocicos de bestia. De uno salía una bota de halfling que todavía movía los dedos. Al pasar por debajo de ese capullo, Vala aminoró el paso y levantó la espada para liberarlo.

—Déjalo.

Vala alzó la vista y vio que el lich-elfo rotaba otra vez la cabeza sobre los hombros, observándola.

—Es un ladrón de reliquias y encontró la muerte que le corresponde —dijo el lich-elfo.

Vala bajó la espada. Sabía de buena tinta lo que sentían los elfos por los ladrones

de tesoros, y lo único que le faltaba era un lich enfadado..., de la clase que fuera. Esbozó una disculpa silenciosa al prisionero y siguió a su guía unos cien pasos por el corredor hasta una puerta de hierro que el elfo abrió por medio de una antigua llave de bronce y una palabra de paso. Bajaron una larga escalera de hierro llena de ratas del tamaño de perros y ciempiés que le llegaban a Vala a la rodilla, todos los cuales huían ante el aura heladora del elfo blanco.

—Se diría que haces que este lugar sea mucho más seguro —observó Vala.

El elfo no respondió.

La escalera bajaba hasta una caverna natural llena de formaciones de piedra caliza. El lugar hedía tanto a mohos y a despojos que Vala tuvo que taparse la boca y la nariz para no vomitar. Cuando entraron en la cámara, reconoció una extraña regularidad en muchas de las formaciones más grandes, donde las estalactitas y las estalagmitas se juntaban formando una pared de columnas que parecían jaulas. Entre los barrotes espiaban ojos de diversos tamaños y formas, algunos del tamaño del puño de Vala, otros no mayores que la cabeza de un alfiler. En una de las jaulas más próximas no había ojos, sólo un cráneo cubierto de mohos con seis colmillos de ébano apoyados contra los barrotes y el extremo de un cuerno oscuro asomando hasta tocar el suelo.

De las jaulas más cercanas salieron gemidos y quejidos que gradualmente fueron creciendo hasta transformarse en gruñidos y rugidos bestiales. Aunque Vala no apartaba la mano de la empuñadura de su espada, no podía ver nada más que ojos detrás de los barrotes de piedra.

—Ten cuidado con los prisioneros —le advirtió el lich-elfo—, seguramente tendrán hambre.

Vala se apartó de la jaula cuyo interior trataba de ver y sintió que algo húmedo caía contra el muslo protegido por la armadura. El lich-elfo maldijo en una lengua antigua que ella no entendía, se volvió hacia el origen del salivazo y lanzó una andanada de dardos de energía dorada. Cuando los rayos penetraron entre los barrotes y explotaron contra el agresor, Vala atisbó un hocico peludo con largos colmillos curvos, unas orejas en forma de abanico y un par de alas plegadas detrás de los hombros. La criatura rugió y se debatió dentro de la jaula agitando cuatro enormes garras. Cuando los rayos de energía se desvanecieron, desapareció volviendo a la oscuridad del fondo de su calabozo.

El lich-elfo señaló una burbuja de moco verde que bullía sobre la superficie de la armadura de Vala.

—Limpia eso antes de que eche raíces —dijo—. Sólo me faltaba que fueses sembrando semillas de demonio por mi Irithlium

—¿Cómo que tu Irithlium? —Vala arrancó un trozo del dobladillo de su camisa, y lo envolvió sobre la hoja de su espada oscura y después de raspar la superficie para

quitar aquella mucosidad tiró la tela en el interior de la jaula de la criatura—. ¿Quién eras tú?

Los ojos del lich-elfo se encendieron.

—¿Cómo que quién?

—No pretendía ofenderte —dijo Vala—, pero no tengo muchos amigos entre los no muertos.

Tampoco era amiga de éste, como dejó bien claro el lich-elfo al volverse y seguir adelante por la caverna sin hablar. Procurando evitar los escupitajos que le echaban a su paso, Vala lo siguió todo lo cerca que le permitía su tolerancia al frío. Dejaron atrás la extraña prisión y siguieron recorriendo oscuras cavernas por debajo del Irithlium hasta que a la mujer empezaron a dolerle las piernas de agotamiento. Cada tanto trataba de averiguar cosas sobre su guía entablando conversación con el lich-elfo, pero éste sólo hablaba para pronunciar una palabra de paso o advertirla de algún riesgo mortal en el que había estado a punto de caer. Dos veces se habían topado con emboscadas de nagas oscuros formuladores de conjuros, uno de los cuales consiguió envolver al lich-elfo en una red antes de que Vala lo hiciera pedazos. Antes de seguir adelante, su guía, agradecido, le dijo que su nombre era Corineus Drannaeken.

Por fin subieron por un pozo vertical hacia los niveles que estaban por debajo de los cimientos, saliendo a lo que había sido otrora la fuente central en un elaborado complejo de dos pisos de talleres.

Pasando por encima de una gigantesca boa constrictor a la que Corineus había inmovilizado con su aura de frío, salieron del pilón y se deslizaron por un estrecho corredor de servicio. Cerca del fondo, el elfo blanco se detuvo y desencajó una piedra suelta de la pared. Una sección del muro de piedra se abrió con un ruido sordo. Pronunció una palabra de paso y le indicó a Vala que pasara.

Tan cautelosa como siempre, Vala apoyó una rodilla en el suelo y trató de atisbar lo que había al otro lado..., y se encontró mirando la parte inferior de un acechador que flotaba en una gran habitación llena de varitas mágicas, coronas, brazaletes y otros objetos que incluso Vala reconoció como mágicos. También había un desollador de mentes, que se volvió hacia la puerta donde estaba Vala, y media docena de osgos confundidos que se lanzaron a por sus armas.

Echando pestes contra sí misma por su estupidez y a Corineus por su doble juego desleal, Vala lanzó su espada oscura contra el desollador de mentes. Esperó apenas un instante para comprobar que la hoja volaba directa hacia su blanco y, lanzándose hacia adelante, se colocó debajo del acechador y lo empujó contra el techo mientras sacaba su daga.

—¡Ressamon, idiota! —gritó el acechador—. Déjala sin sentido, vamos, antes de que...

Vala hundió la daga en el vientre del monstruo. El alarido que siguió tenía más de

furia que de dolor, y el aire se llenó del olor penetrante a piedra pulverizada mientras el acechador lanzaba contra la roca que tenía por encima su rayo desintegrador.

—¡Ressamon!

Pero Ressamon, suponiendo que ése fuera el nombre del desollador de mentes, ya estaba caído en el suelo junto a su cabeza separada del cuerpo. Una vez salidos de su estupor, los osgos saltaron por encima del cuerpo del illita para cargar contra Vala.

La mujer volvió a hundir la daga en el vientre del acechador y extendió la mano que le quedaba libre para llamar a su espada. Ésta saltó como un rayo entre dos de los osgos atacantes, hiriendo una peluda rodilla con lo cual la pierna se dobló. El bruto, asombrado, cayó frente a dos de sus compañeros, haciéndolos caer y obligando al resto de la banda a detenerse para comprobar quién los atacaba por detrás.

La espadaoscura de Vala llegó por fin a manos de ésta y el rayo de desintegración del acechador consiguió atravesar la piedra de toque de la oculta arcada. Con la perspectiva de que mil toneladas de piedra cayeran sobre sus hombros, Vala no tuvo más remedio que saltar a la cámara que había al otro lado y dejar que el acechador huyera tras ella. Se lanzó en una voltereta y, al pasar, cercenó las piernas de un osgo a la altura de las rodillas, luego cayó de pie y blandió la daga por encima de su cabeza clavándola hasta la empuñadura en la primera cosa peluda que encontró.

Los rugidos de los osgos heridos se perdieron entre el ruido del derrumbamiento de la arcada. Vala esquivó la enorme hacha del osgo más corpulento que se dio la vuelta para atacarla, a continuación cortó el brazo que la sostenía y abrió el pecho del monstruo con un mandoble de revés. Atisbo otra hacha a punto de golpearla y apenas tuvo tiempo de girar para evitarla, aunque no pudo impedir que la alcanzara en el pecho, mordiendo las escamas de acero y enviándola al encuentro de un par de brazos peludos tan gruesos como su cintura. Con los brazos sujetos a ambos lados del cuerpo, Vala dio una patada elevando los pies por encima de la cabeza y asestó un golpe con sus pesadas botas en plena cara de su captor.

El golpe no fue suficiente para derribar al osgo, pero sí para sorprenderlo. La criatura aflojó el abrazo lo suficiente como para permitir que Vala girara la espada por debajo de su cuerpo. El ataque fue tan débil que ni el acero más templado habría penetrado en la gruesa piel de un osgo, y mucho menos en la coraza de cuero con que éste se protegía.

Sin embargo, la hoja vítrea de la espadaoscura atravesó el cuero como si fuera de papel. El osgo bramó, sorprendido, y empezó a escurrirse mientras Vala giraba la muñeca hundiendo profundamente el arma en el abdomen de la bestia. Los brazos peludos quedaron inertes y el cuerpo enorme de su captor cayó sobre sus hombros, doblándose hacia adelante. Echando la mano hacia atrás, Vala agarró un puñado de pelos y se impulsó entre las piernas de la bestia herida poniéndose de pie a continuación.

Una enorme hacha de mano apareció dando vueltas por los aires y fue a dar contra el yelmo de la mujer, partiendo una de sus astas y haciendo que cayera de su cabeza. Vala sólo sabía con certeza de qué dirección había venido el golpe, de modo que giró en redondo hacia el lado opuesto del osgo al que acababa de herir y se encontró con otra hacha de gran tamaño que surcaba el aire en busca de su garganta. Consiguiendo apenas alzar su espada oscura a tiempo para parar el arma cerca de la hoja, aprovechó la fuerza del ataque para partir el mango y hacer que la cabeza del hacha saliera dando vueltas por el aire hasta clavarse en uno de los compañeros heridos de su agresor.

Este osgo, más rápido que los demás, continuó su ataque lanzando un puñetazo de su enorme mano a las costillas de la mujer cubiertas por la armadura, lo que la hizo salir disparada hasta el otro extremo de la estancia, donde se estampó contra una estantería llena de artefactos. Cayó al suelo hecha un guiñapo, aunque sosteniendo todavía la espada en la mano y luchando por recobrar el aliento.

Alardeando de su triunfo, el osgo arrebató el arma a uno de sus compañeros heridos y se abalanzó sobre la mujer, que vio surgir a espaldas del atacante una forma esférica de entre una nube de polvo levantada por la caída de la arcada. Ni rastro de Corineus.

Vala se puso en pie de un salto blandiendo su espada oscura. El osgo se apartó de su trayectoria haciendo una pirueta y levantó su enorme hacha para detener el golpe. Vala lo llevó a cabo de todos modos. Mientras el arma pasaba por delante de la atónita bestia y partía en dos al acechador, Vala volvió a la carga. Advirtiendo su error demasiado tarde, el osgo se lanzó otra vez al ataque, pero la mujer ya se encontraba dentro del arco de su arma, y con una patada voladora lateral, trató de golpear la cara del osgo con los talones de sus botas.

El monstruo trató de esquivar el golpe, entonces Vala separó los pies y le aprisionó la cabeza entre los tobillos. Con un balanceo lateral de su cuerpo, derribó al osgo a pesar de que éste era fácilmente el triple de su tamaño. La bestia mordió el polvo con un pesado golpe e inmediatamente intentó incorporarse.

La espada de Vala ya había regresado a su mano y ella la descargó sobre la nuca de su atacante, tras lo cual se puso de pie de un salto y despachó a los osgos heridos en una serie de ataques cautelosos y rapidísimos por la espalda. Para cuando terminó, el polvo de la entrada se había disipado lo suficiente como para poder ver a Corineus de pie en el corredor de servicio, al otro lado de los escombros.

—Bien hecho, mujer —dijo, luego señaló hacia una puerta de hierro que había en una pared adyacente a espaldas de Vala—. Por encima de la puerta encontrarás un símbolo sagrado pintado con sangre negra. Rómpelo.

Vala se volvió en la dirección que le indicaba. Cuando tuvo ocasión de examinar la habitación, vio que estaba dividida en dos secciones. Había entrado por la parte

frontal, que los osgos, el acechador y el illita compartían con aquel surtido de elementos mágicos en los que había reparado antes. En la parte trasera, frente a la puerta que Corineus señalaba, había una variedad de cetros incrustados con piedras preciosas, varitas, anillos, libracos y otros artefactos de poderosa naturaleza mágica, incluso una esfera de diamante del tamaño de la cabeza de un halfling flotando en un campo de luz verde de conjuro. Vala sintió que se le secaba la garganta, porque su conocimiento de los phaerimm le decía que se encontraba en una de sus guaridas y que, de haber estado presente la criatura, habría estado demasiado ocupada luchando con ella como para reparar en todo lo que había visto.

—¿A qué esperas? —le apremió Corineus—. Rompe el sello.

—Con calma —dijo Vala, recuperando su yelmo. No tenía la menor idea de si todavía la protegería del control mental de phaerimm con un solo cuerno, pero valía la pena intentarlo—. Primero me vas a responder a unas cuantas preguntas.

—El phaerimm que se ha adueñado de este laboratorio pronto se dará cuenta de que alguien ha irrumpido en él y volverá —replicó Corineus—. Esa es la única respuesta que necesitas.

—Me temo que no —insistió Vala—. Perdiste todo derecho a pedirme que confiara en ti cuando me hiciste cruzar esa puerta sin advertirme.

—Tenía que ponerte a prueba.

Vala reprimió la furia que se iba acumulando en su interior y dijo.

—Ya pasé la prueba.

Se volvió hacia el estante más cercano y cogió un par de brazaletes de plata fabulosamente decorados.

—¡Deja eso donde estaba! —Corineus avanzó hacia ella y se encontró con un campo de resplandeciente energía azul que lo lanzó contra la pared—. ¡No tienes derecho!

—¿Ah no? —Vala enarcó las cejas y pensó en amenazar al lich-elfo, después recordó lo susceptibles que son los elfos respecto de sus tesoros ancestrales y decidió probar una táctica diferente—. Considéralo una prueba de buena fe.

Le lanzó los brazaletes a través de la puerta.

Corineus abrió los ojos espantado y a punto estuvo de dejar caer los brazaletes.

—¡El símbolo, mujer! No tienes ni idea de lo que acabas de hacer.

Vala sintió la boca seca, pero consiguió mantener la mirada del elfo sin titubear.

—No estés tan seguro.

Los ojos blancos de Corineus miraran a Vala con furia y después se posaron en el símbolo que había encima de la puerta.

—¿Has oído hablar alguna vez de un baelnorn? —preguntó el elfo blanco.

Vala negó con la cabeza.

—Supongo que tengo a uno delante de mí.

—Dedicado al deber más sagrado de cuantos puedas imaginar.

Un golpe sordo se oyó al otro lado de la puerta.

—Ha llegado el momento de que elijas —dijo el lich-elfo—. Sin mi ayuda...

—Un momento —interrumpió Vala, abriendo de un tirón la puerta de hierro.

Un phaerimm aturcido por la teleportación entró tambaleándose en la habitación, agitando sus cuatro brazos como aspas de molino. Vala clavó su espadaoscura en la parte gruesa de su cuerpo y lo cortó limpiamente en dos, después retrocedió un paso y abrió ambas mitades por su parte central.

Cuando se hubo asegurado de que la criatura estaba muerta, cortó de un tajo el espolón de la ponzoñosa cola.

Corineus irrumpió en la habitación, con sus ojos blancos relampagueando de rabia.

—¿Cómo te atreves a desobedecer...?

—¿Que cómo me atrevo? ¡Que cómo me atrevo! —Vala arrojó el espolón de la cola a la cara del baelnorn y luego puso la punta de su espadaoscura contra su garganta—. Vamos a dejar una cosa bien clara, Ojos Blancos. Te necesito tanto como tú a mí, pero si vuelves a enviarme otra vez a una guarida sin advertírmelo antes, serás tú quien acabe hecho picadillo. ¿Está claro?

El baelnorn se acercó más, envolviéndola en su aura gélida.

—Me parece que no entiendes con quién estás hablando.

Vala se acercó todavía más, tanto que las manos y la cara empezaron a dolerle por el frío. Apoyó una mano manchada de sangre sobre la cara heladora del elfo.

—Oh, sí que lo entiendo —dijo—, pero lo que tú tienes que saber es que tengo la firme intención de volver a ver a mi hijo, y destriparé a cualquier cosa que reduzca las posibilidades de que lo consiga.

Un gruñido sordo salió de debajo de las raíces del árbol de humo donde Aris estaba escondido en una excavación hecha en la orilla seca del río por alguna antigua inundación. Galaeron, que montaba guardia fuera, se puso en cuclillas y echó una mirada al interior, donde Ruha estaba arrodillada junto a la cabeza del gigante inconsciente y usaba un paño húmedo para humedecerle los labios resecaos. Aris tenía el brazo roto extendido a un lado, entablillado con las dos ramas más rectas que Galaeron había conseguido encontrar en el cauce seco. Un círculo del tamaño de un escudo señalaba en su pecho el lugar por donde el rayo del dragón había entrado en su cuerpo, y un pie ennegrecido, el punto por donde había salido. Lo que más preocupaba a Galaeron, sin embargo, eran los ojos negros y hundidos del gigante, que según Ruha eran indicios del daño que había sufrido en la cabeza.

Aris volvió a gruñir, y entre sus labios asomó una lengua de color gris. Ruha escurrió el paño todo lo que pudo, vertiendo el agua directamente en la punta de su lengua, y después inclinó la cabeza hacia el par de odres vacíos que había sobre la

manta de sombra al lado del gigante.

—Más agua —dijo.

—¿Más? —Cada odre tenía una capacidad de casi cinco litros, y Galaeron los había llenado ya dos veces desde el ataque del dragón—. Eso es buena señal, ¿no te parece?

Ruha se encogió de hombros.

—¿Cómo saber cuánto bebe un gigante sano al día? Yo no lo sé. —Puso el paño en un pequeño hueco que había recubierto con piel de dragón y llenado de agua—. Se necesita agua para curarse, y yo diría que la cuestión es incierta.

La bruja no miraba a Galaeron cuando hablaba, y su tono seguía siendo frío. El elfo introdujo la mano en el socavón y sacó los odres apoyados en la manta de sombra, después dejó que la escasa sombra del árbol de humo se extendiera sobre el borde del cauce seco del río. Ruha se venía comportando poco más o menos de la misma manera desde que había usado su aire mágico para traer flotando a Aris hasta el refugio de debajo del árbol. Era evidente que hacía responsable a Galaeron de los daños sufridos por el gigante, y él no estaba muy seguro de que no tuviera razón.

La conmoción de ver a Aris debajo del dragón había despertado su conciencia, impulsándolo a tomar otra vez las riendas y a empujar al ser sombra hacia los oscuros recovecos por debajo de su mente consciente, y se había dado cuenta de inmediato de la impresión que debían de causar en los demás sus acciones. Incluso teniendo en cuenta el conjuro que había formulado para confundir al dragón cuando se lanzó sobre Aris, evitar que la bruja atacara el vientre del dragón sin duda tenía un tufo de cobardía. Si Galaeron había dudado de sus motivaciones en ese primer momento, no lo había hecho después, cuando había usado una trampa de sombra para arrastrar al dragón hacia el suelo. En ese momento, su única preocupación había sido la manta de sombra, y ni siquiera se le había ocurrido pensar que Aris saldría peor parado todavía cuando el wyrm se estrellara contra el suelo.

El cuerpo del dragón todavía yacía ahí fuera, en el Saiyaddar, rodeado por una manada de saciados depredadores y cubierto por una montaña de movedizas plumas. Galaeron hervía por perderlo de vista, y no sólo porque el hecho de verlo le recordaba su terrible egoísmo. Si una patrulla shadovar u otro de los dragones de Malygris llegaba a toparse con el cadáver, los encontrarían a él y a sus compañeros. Ruha no tenía la magia necesaria para trasladar a Aris a una gran distancia, y Galaeron estaba decidido a no usar nunca más la suya. Ya no tenía el menor contacto con el Tejido, y reconocía que había sobrepasado con creces el punto en el que podía usar la magia de sombra sin permitir que su sombra lo controlara. Temía que la próxima vez que formulara un conjuro, ni siquiera el daño que pudiera ocasionar a un amigo sería suficiente para hacerlo reaccionar.

Galaeron llegó a un grupo de árboles pluma que había en el borde exterior de una

curva en el cauce del río y se arrodilló junto a un pozo profundo oculto entre las raíces de los árboles. Aunque el fondo estaba oculto en las sombras, debería haber habido luz suficiente como para que un elfo viera si contenía agua o no.

Galaeron sólo vio tinieblas.

Esto no lo sorprendió demasiado. Desde que había tocado el Tejido de Sombra, había ido perdiendo paulatinamente sus dotes élficas. Había perdido la capacidad para sumirse en la Ensoñación y había empezado a dormir como un humano, soñando incluso. Noche tras noche lo despertaban los osgos y a veces incluso hablaba en sueños, y ya no sentía la conexión mística en presencia de otros elfos. Ya no podía ver en la oscuridad. Llegó a la conclusión de que era síntoma de que su sombra estaba dominándolo. Los elfos tenían de nacimiento un vínculo especial con el Tejido, y su conexión se estaba debilitando por el poder que el Tejido de Sombra ejercía sobre él. Lo único que le faltaba era que sus sentidos se embotaran tanto como los de los humanos. Pensaba en la posibilidad de andar por ahí con el sudor de tres días pensando que olía como una lluvia primaveral y se estremecía.

Galaeron dejó caer un guijarro en el pozo y lo único que oyó fue un golpe sobre terreno húmedo. El agujero todavía no había vuelto a llenarse. Se puso de pie y anduvo más de quinientos metros río abajo hasta el siguiente pozo, también oculto entre las raíces de un árbol pluma. Allí encontró agua. Ruha le había explicado que sólo valía la pena cavar bajo un árbol pluma y únicamente cuando éste crecía en la curva exterior de un meandro del río.

Aunque hasta ese corto recorrido bajo el sol ardiente bastó para que Galaeron tuviera sed, llenó primero los dos odres y para entonces ya apenas quedaba para él un sorbo de líquido cenagoso. Lo bebió agradecido, cargó los odres al hombro, y estaba trepando para salir del pozo cuando se topó con una mujer alta de pie ante él, de plateados cabellos y vestida con la cota de malla, las botas y la capa propias de los elfos. Sin embargo, la mujer, que tenía la mano apoyada en la empuñadura de una hermosa espada larga elfa, era decididamente humana, y Galaeron la reconoció por un antiguo retrato que había en los salones de la Academia de Magia de Evereska.

—Bien hallada, lady Mano de Plata —dijo Galaeron, ofreciéndole uno de los odres—, suponiendo que no seas la alucinación de un moribundo...

—No mereces tanta suerte, elfo —replicó Storm sin coger el odre de agua—. Después de todo el mal que desencadenaste sobre los Reinos, te mandaré a los Nueve Infiernos a buscar a Elminster antes que dejarte morir una muerte pacífica en el Anauroch.

—Los Maestros Magos de la Academia siempre decían que tú eras la más jovial de las Siete Hermanas —ironizó Galaeron, ocultando el daño que las palabras de Storm le habían ocasionado bajo una apariiencia cínica. Se cargó el odre al hombro y se puso en marcha hacia el socavón—. Si estás a punto de abrir las fauces del infierno

bajo mis pies, al menos espera a que entregue este odre de agua. Mi amigo Aris puede morir en cualquier momento.

—No he venido a castigarte, elfo —dijo Storm, haciendo caso omiso del intento de Galaeron de hacerla partícipe de su preocupación por el gigante de piedra—. No es ése mi cometido, por mucho que valga la pena.

Galaeron alzó los ojos hacia el sol inclemente y se pasó la lengua por los labios agrietados.

—Bueno, si no has venido para ayudar ni para castigarme, ¿a qué has venido?

—A entregar un mensaje en nombre de Khelben Arunsun —dijo—. Me ha pedido que te informe de que tu hermana Keya se encuentra bien.

Galaeron a punto estuvo de dejar caer su preciosa carga.

—¿Keya está a salvo? —dijo con voz entrecortada—. ¿Se ha levantado el cerco?

—No exactamente —respondió Storm—, pero el caparazón de sombra ha debilitado el muro infranqueable de los phaerimm. Khelben está en la ciudad.

Galaeron estaba tan atónito que no se le ocurría nada que decir. Los Elegidos de Mystra casi nunca se tomaban interés por los asuntos de las personas individuales. Eso era impensable siendo ellos tan pocos y tantos los que los necesitaban. Y sin embargo, allí estaba Storm Mano de Plata entregando un mensaje de Khelben Arunsun sobre su hermana menor, Keya. Todo era tan descabellado que Galaeron llegó a convencerse de que era una alucinación producida por el calor.

Decidido a no desperdiciar más energías en cosas ilusorias, cerró la boca abierta por la sorpresa y centró su atención en el socavón en el que estaba tendido Aris.

La alucinación siguió andando a su lado.

—¿Eso es todo? —preguntó Storm—. ¿Ni siquiera un «gracias por el trabajo que te has tomado»?

Galaeron no le hizo caso y siguió hacia el árbol.

—Bueno, al menos harías bien en darle las gracias a Khelben —dijo la ilusión—. Está haciendo enormes esfuerzos por deshacer el entuerto que tú y ese mago de sombra desencadenasteis.

—Puede que eso sea verdad —repuso Galaeron en voz alta, en la esperanza de que el sonido de su propia voz diera fundamento a su lógica—, pero ¿por qué habría de tomarse Khelben Arunsun el trabajo de transmitir un mensaje sobre mi hermana?

La alucinación hizo un gesto como de levantar algo con las manos y los odres de agua abandonaron los hombros de Galaeron. Pensando que los había dejado caer y que simplemente estaba imaginando eso para ocultarse el hecho, dio un grito y cayó de rodillas tanteando el terreno con las manos. La arena estaba seca.

La alucinación se acercó y se detuvo frente a él sosteniendo los odres.

—Se considera obligado —dijo—. Tu padre le salvó la vida en la Batalla del Nido Roquero.

—¿Mi padre? —preguntó Galaeron—. ¿Acaso él...?

La alucinación meneó la cabeza.

—Murió en combate. —Por primera vez, su mirada se suavizó—. Lo siento.

Los hombros de Galaeron se hundieron y encontró el alivio de las lágrimas. Al menos eso conservaba todavía de los elfos.

—Nada de eso, elfo... Por tu aspecto, no tienes agua que desperdiciar —dijo Storm poniéndose en marcha por el cauce seco con los odres en la mano—. ¿Por qué no sacaste a estos de aquí levitando? La magia sirve para eso.

—Para mí no, ya no —manifestó Galaeron poniéndose de pie—. Tengo ahí dentro a un amigo moribundo porque no pude controlar mi magia de sombra, y no pienso insultarlo usándola nuevamente.

Storm se volvió a mirarlo.

—¿De veras? ¿Ni siquiera para salvarle la vida?

Galaeron meneó la cabeza.

—Él no quería.

—Pareces terriblemente seguro de eso. —Se quedó estudiándolo un momento—. O quizá terriblemente asustado —añadió.

Dejando que Galaeron sopesara la verdad de sus palabras, Storm se alzó en el aire y recorrió volando el camino que quedaba hasta el socavón. Asomó la cabeza entre las raíces del árbol de humo y empezó a hablar con Ruha. Cuando Galaeron llegó, Storm ya estaba dentro vertiendo su tercera poción curativa entre los labios medio abiertos de Aris. Aunque los ojos del gigante estaban abiertos, tenía una palidez gris perla y parecía demasiado débil para levantar la cabeza, bueno, de haber tenido lugar para hacerlo.

Storm dejó a un lado el envase vacío y abrió otro, el cuarto, y se lo dio a beber al gigante.

—Éste es el último por ahora, mi enorme amigo. Según dicen, cinco sería demasiado, incluso para un gigante.

—¿Incluso para un gigante? —Galaeron repitió sus palabras empezando a pensar que en la aparición de Storm había más de lo que ella había dicho—. Mi señora Mano de Plata, ¿cómo supiste exactamente dónde encontrarnos?

En lugar de responder, Storm intercambió una mirada con Ruha, y Galaeron supo de repente cuál era la respuesta a su pregunta.

—¿Era a Malik o a mí a quien estabas vigilando? —le preguntó a la bruja.

—Tienes un concepto muy alto de ti mismo, ¿no es cierto, elfo? —preguntó Storm con un brillo divertido en los ojos—. La mandamos a vigilar a los shadovar. A ti ya te conocemos.

Galaeron se encontró sonriendo, y luego, ante su propia sorpresa, empezó a hacer algo que no había hecho desde hacía mucho tiempo.

Empezó a reírse.

Keya estaba en Copa de Árbol en su diván de Ensoñación, reviviendo mentalmente el último abrazo de bienvenida que le había dado a su hermano a su vuelta a casa, cuando un pinzón blanco como la nieve apareció en la ventana de teurglás de su habitación y aleteó educadamente para llamar su atención. Keya se despertó de su sopor y pronunció la palabra de mando que hacía que el teurglás fuese traspasable, a continuación apoyó los pies en el suelo y tendió un dedo para que el pájaro se posara en él. Al atravesar la habitación, el pájaro vio a Dexon, que dormitaba en el suelo, y dio un rodeo para evitar la montaña de pelo que era el cuerpo del vaasan, y estuvo a punto de acabar mal cuando con la punta del ala rozó la nariz del guerrero y una mano enorme se alzó para apartar al origen de la molestia.

El pinzón se puso a salvo lanzándose en picado y después volvió a ascender en el aire y, alborotado por la indignación, fue a posarse en el dedo de Keya.

—Esto no es nada que te concierna, *Muchosnidos* —dijo Keya con aire severo—. Además, tiene que dormir en alguna parte.

Muchosnidos masculló una pregunta.

—Eso no es de tu incumbencia —replicó Keya—, y no quiero que vayas difundiendo por Evereska el rumor de que somos...

El pájaro la tranquilizó con un gorjeo.

—Te lo digo muy en serio —le advirtió Keya—. Estoy segura de que no querrás que tu pareja se entere del verdadero motivo por el que lord Duirsar te llama *Muchosnidos*.

Al pinzón se le alborotaron las plumas y volvió a repetir su promesa, esta vez en un tono más bajo que, por lo que Keya sabía del idioma de los pájaros, significaba un voto solemne. Teniendo en cuenta lo chismoso que era *Muchosnidos*, la muchacha concibió ciertas esperanzas de que su secreto siguiera siendo eso, un secreto.

—¿Has venido sólo para espiarme o es que lord Duirsar quiere algo de mí?

Muchosnidos movió las alas nerviosamente y preguntó dónde estaba Khelben.

—¿Has probado en la contemplación? —preguntó Keya.

El ave le dio las gracias con los gorjeos consabidos y salió volando por la puerta, después volvió a entrar en la sala describiendo un círculo y con otro gorjeo le sugirió a Keya que reuniera allí a los demás vaasan. Hablaba con precipitación, como si de repente hubiera recordado lo importante que era su recado.

—Muy bien —dijo ella—. Estaremos todos aquí dentro de un minuto.

Despertó a Dexon y le dijo que reuniera a los demás, después se echó encima una bata y bajó a la que había sido la contemplación de su padre que ahora servía a Khelben como estudio y laboratorio de magia. Cuando llegó, el archimago estaba interrogando a *Muchosnidos* en lenguaje pajaril tan rápido que Keya no pudo seguirlo. Su capa de batalla estaba extendida sobre la mesa y Khelben estaba llenando

los bolsillos afanosamente con polvo de gema, bolas de azufre, cilindros de gas y otros ingredientes para formular conjuros. El archimago ni siquiera levantó la vista cuando Keya entró en la habitación.

—Lord Duirsar está llamando a la ciudad a las armas —dijo Khelben—. Los phaerimm se están reuniendo fuera del Mythal.

Muchosnidos señaló a Keya con la cabeza y gorjeó algo demasiado rápido para que ella pudiera seguirlo.

—¡Más despacio, pájaro! —lo reconvino—. ¿Qué pasa con el maestro Colbathin?

—Dice que eres libre de combatir en mi compañía si tengo lugar para ti —tradujo Khelben—. Bienvenida.

Muchosnidos añadió otra serie de gorjeos, esta vez más lentos para que Keya pudiera entender que la Cadena de Vigilancia formaría para la batalla en el prado que quedaba en las afueras de la Puerta de la Librea.

—¿De modo que puedo elegir? —preguntó Keya.

Muchosnidos afirmó con un gorjeo y levantó el vuelo, describiendo un círculo hacia la ventana, trinando al pensar en todos los demás mensajes que tenía que entregar.

Keya pronunció la palabra de mando para abrir el teurglás.

—Dispondré mi armadura y mis armas —dijo a continuación.

—Bien —asintió Khelben—. Nos reuniremos en el vestíbulo... Quiero reservar mi magia de teleportación para la batalla.

—¿Batalla? —repitió Dexon, conduciendo a Kuhl y Burlen al interior de la habitación—. ¿Qué batalla?

—Los phaerimm se están reuniendo...

Eso fue todo lo que dijo Keya antes de que los vaasan se volvieran y salieran a toda prisa a ponerse sus armaduras. Ella volvió e hizo lo propio: un hauberk de hermosa cota de malla evereskana y el yelmo mágico de su padre. Después recogió sus armas y acudió corriendo al vestíbulo. Khelben y los tres humanos ya estaban esperando, mirando a través de la puerta las grandes láminas de luz de conjuros que destellaban sobre la superficie del Mythal. Ante sus ojos, meteoros dorados empezaron a llover sobre el Valle de los Viñedos mientras el Mythal activaba su más feroz y más conocida defensa. Los phaerimm no hicieron sino intensificar su asalto.

—¿Qué están pensando los Ancianos de la Colina? —gruñó Dexon—. Me jugaría el brazo con que sostengo el escudo a que esa lluvia de rayos mágicos es precisamente lo que quieren los espinardos.

—El Mythal es una cosa viva —explicó Keya—. Los Ancianos de la Colina saben mejor que cualquiera de nosotros que los phaerimm están tratando de agotarlo, pero nadie puede impedir que se defiendan... o que defiendan a Evereska.

—Razón de más para que nos demos prisa. —Khelben atravesó la puerta mientras

seguía hablando por encima del hombro, abriendo el camino hacia el exterior de la torre—. Su éxito no es seguro, pero es muy posible. Cuantos más y más rápido matemos, tantas más posibilidades tienen el Mythal de aguantar.

—¿Vamos a atacar nosotros? —preguntó Dexon, sorprendido, desde unos metros más arriba y por detrás de Keya.

—Sí, es lo que intento recomendar a lord Duirsar —dijo Khelben. Llegó a la base de la torre y abandonando el muro se internó en el Prado Lunar. En ese momento se volvió para enfrentarse a Dexon—. A menos que tú conozcas una manera mejor de matar a los phaerimm.

Dexon frunció el entrecejo, después cambió de pie y saltó al suelo junto a Khelben. Elfos armados y vestidos con armaduras corrían por todos lados, descendiendo hacia el cruce de las sendas en el estanque Gloria del Amanecer y siguiendo desde allí hacia los lugares de reunión que les habían señalado.

—Estaba pensando en Keya —le explicó Dexon en voz baja, aunque no tanto como para que el fino oído elfo de Keya no lo oyera—. No hay motivo para que vaya, ¿verdad?

—No, sólo que lo que estamos defendiendo es mi patria —protestó Keya, saltando al suelo junto a él—. ¿No estarás tratando de librarte de mí, no, Dex?

El corpulento vaasan se sonrojó.

—No, claro que no.

—Entonces debe de ser que me consideras incapaz de dar la talla en una banda tan selecta de exterminadores de phaerimm. —Cogió una de las colas con aguijón que el hombre exhibía como trofeos en su cinturón y le dio un tirón—. Tal vez piensas que no soy lo bastante valiente.

—Ya sé que no te falta bravura —dijo Dexon, mirando a sus camaradas en busca de ayuda y encontrando únicamente muecas divertidas—, p-pero tú no tienes una espadaoscura.

—Khelben tampoco —replicó Keya.

Dexon puso los ojos en blanco.

—Khelben es uno de los Elegidos.

—Dexon no podría soportar que te hirieran. —Kuhl los cogió a ambos por el brazo y los condujo en pos de Khelben, que ya estaba a medio camino del estanque Gloria del Amanecer—. Si me permites, creo que todos esos baños a la luz de la luna han hecho que se pusiera tierno contigo.

Keya se sonrojó, sin saber a ciencia cierta si Kuhl estaba bromeando o realmente no se había dado cuenta de lo íntimos que Dexon y ella se habían vuelto; se desasió de su mano y echó una mirada a su amante vaasan. Las emociones de aquel hombrón alto y peludo como un oso le eran ajenas en muchos sentidos. No tenía la menor duda sobre la profundidad de sus sentimientos, y de haberla tenido se habría dado cuenta

por la forma en que Khelben fruncía el entrecejo cuando los veía juntos, pero jamás se le había ocurrido que su pasión pudiera manifestarse como una ansia de protección. Para un elfo, ese paternalismo significaba que la creía incapaz de tomar sus propias decisiones, y los elfos no tenían por costumbre enamorarse de quienes los tenían en tan baja estima.

Pero los humanos eran diferentes. Ya había notado las miradas furiosas que le echaba Dexon a los otros vaasan cuando la miraban durante los baños, y también la forma en que solía mantenerlos a distancia de ella cuando iniciaban los juegos en el agua. Su afecto por ella parecía manifestarse como si ella fuera un tesoro que temía que le arrebataran y, con una súbita comprensión, entendió que eso era casi cierto.

El amor que se tenían era un tesoro, y los humanos consideraban a los tesoros no como objetos hermosos que compartir con los demás, sino como monedas y piedras preciosas que había que tener a buen recaudo. En eso se parecían a los dragones, y estaban dispuestos a luchar con la misma ferocidad para proteger su tesoro. Si en el campo de batalla Keya se encontrara en una situación de riesgo, Dexon se olvidaría de todo, incluso de su propia seguridad, de su deber de ayudar a Khelben, incluso de los miles de evereskanos cuyas vidas estaban en peligro, y correría a defenderla a ella.

Llegaron al estanque Gloria del Amanecer, donde Khelben tomó el camino que conducía colina arriba a la Mansión de las Nubes, la ciudadela de lord Duirsar. Burlen y Khul partieron tras él sin dudar, pero Keya se detuvo y emprendió el camino colina abajo hacia la Puerta de la Librea.

Dexon la cogió del brazo e indicó el camino opuesto.

—El señor Bastón Negro fue por ahí.

—Ya lo sé, pero yo debo ir hacia allí —dijo Keya, señalando en el sentido contrario.

—Entonces, ¿no vienes con nosotros? —Dexon parecía confundido y aliviado al mismo tiempo.

—Mi lugar está con la Cadena de Vigilancia —dijo Keya meneando la cabeza.

—¡La Cadena de Vigilancia, pero si no tienen formación! —balbució Dexon.

Keya frunció el entrecejo.

—Más de la que piensas —replicó, alzando el mentón—. Nuestros corazones son valientes. Nos comportaremos dignamente.

—Sí, hasta que los phaerimm formulen el primer conjuro —objetó Dexon, tratando de arrastrarla colina arriba—. La Cadena de Vigilancia es carne de cañón. Vendrás con nosotros.

Keya se libró retorciendo el brazo.

—No, Dex, tú tenías razón. No pertenezco a la compañía de Khelben.

Le puso las manos en los hombros y se alzó de puntillas para besarlo en los

labios, después se separó un paso de él.

—Te veré después de la batalla —dijo.

—Eso será si ganamos —respondió Dexon meneando la cabeza y partiendo tras ella—. No puedo dejarte...

—Sí, Dexon, puedes y debes hacerlo. —La fuerte mano de Khelben lo sujetó por el hombro y tiró de él—. Despedíos.

A Dexon los ojos se le pusieron un poco vidriosos, después se besó los gruesos dedos y los tendió hacia Keya.

—Hasta que las espadas se alejen.

Keya sonrió y le devolvió el gesto.

—Volveremos a compartir suaves canciones y vino burbujeante.

Khelben empujó a Dexon a los brazos de sus amigos, que esperaban. Hizo un gesto como de pedir silencio y musitó algo que Keya no pudo oír.

—Lo siento —dijo—. ¿Qué has dicho?

—Lo habitual —respondió Khelben, dándose la vuelta—. Agua dulce y risas ligeras.

A Keya no le sonó en absoluto como lo que había musitado antes. Para nada.

CAPÍTULO 11

20 de Mirtul, Año de la Magia Desatada

Disparad! Keya soltó la cuerda del arco al oír la orden. Su flecha surcó el aire con otras mil, atravesando el Mythal y describiendo un arco hacia la delgada línea de acechadores y phaerimm que flotaban en el Valle de los Viñedos. Rayos destellantes de magia de desintegración iban y venían por encima de la muralla, disolviendo cientos de flechas antes de que se acercaran siquiera a los ennegrecidos viñedos. Uno de los meteoros dorados del Mythal cayó atronador desde el cielo y abrió una brecha de seis metros entre la trémula nube de astiles. Cientos de dardos erraron su objetivo y se clavaron en el suelo como una plantación de astas emplumadas recién brotadas. De las pocas docenas de flechas que dieron en el blanco, la mayoría fueron desviadas por la poderosa magia de protección y cayeron inofensivamente al suelo, pero unos cuantos proyectiles encantados penetraron las defensas de los phaerimm y se clavaron a fondo en los cuerpos de los enemigos.

Un phaerimm y dos acechadores quedaron inermes y empezaron a descender hacia el suelo, entonces hubo un feroz contraataque contra el Mythal que impidió que Keya viera si se recuperaban. Preparó otra flecha, la única que quedaba en su carcaj, y esperó a la nueva orden. Como el resto de la Cadena de Vigilancia, estaba detrás de la Muralla de la Vega, protegida del enemigo sólo por el vapuleado Mythal y setenta pasos de terreno abierto, tan cerca que cuando no estaba tratando de proteger sus ojos de los destellos mágicos podía ver los ojos centrales de los acechadores atacantes.

Lo que Keya no podía ver eran osgos, illitas, elfos capturados ni ningún otro tipo de esclavos mentales. Sólo estaban los propios espinardos, según los rumores menos de doscientos en todo el valle, y tal vez mil acechadores. Con nada menos que diez mil elfos rodeando la ciudad, realmente daba la impresión de que Evereska llevaba las de ganar, pero en todo lo relacionado con los phaerimm, las apariencias siempre eran engañosas. Los esclavos mentales podían estar en cualquier parte, acechando invisibles al otro lado de la Muralla de la Vega u ocultos en túneles bajo el Valle de los Viñedos, listos para abrirse paso por debajo de las defensas elfas en cuanto sus amos debilitaran el Mythal.

—¡Disparad! —llegó la orden.

Keya apuntó al ojo del acechador más próximo y soltó la cuerda. Perdió de vista su flecha en cuanto se unió a la oscura nube que navegaba hacia el Valle de los Viñedos, pero prefirió creer que la suya había sido la que sobrevivió para clavarse entre dos de los tentáculos oculares de su objetivo. Otra andanada de conjuros de los phaerimm explotó contra el Mythal.

Un proveedor de flechas reemplazó el carcaj vacío que Keya llevaba en su cinturón por otro lleno. Keya cogió la siguiente flecha y quedó horrorizada al sentir que era madera verde, húmeda. Incluso había que sacrificar los árboles para salvar Evereska, aunque en verdad tampoco vivirían mucho si caía el Mythal. Colocó la flecha en el arco y alzó la punta en el aire.

Los phaerimm empezaron a replegarse, tan de prisa que uno chocó contra el meteoro del Mythal y desapareció en un destello dorado. Acto seguido, un cono de chispeante llama gris surgió de detrás de la Muralla de la Vega, engullendo a un par de phaerimm que habían cometido el error de formar una línea y convirtiéndolos en crepitantes tornados de fuego plateado.

Khelben Arunsun apareció en la Muralla de la Vega en el lugar de donde había salido el cono. Su mano todavía apuntaba a los dos phaerimm en llamas. Un instante después, los vaasan y el resto de la escolta del archimago aparecieron a uno y otro lado de él, todos gruñendo por el esfuerzo de lanzar una andanada de jabalinas voladoras contra los phaerimm a la fuga. Los acechadores hicieron frente a la primera oleada de lanzas con sus rayos de desintegración, lo cual no hizo sino transformarlos en pura magia y enviarlos dando tumbos contra sus objetivos con la velocidad del rayo. La segunda oleada siguió algo más lentamente, pero dos docenas de armas dieron en el blanco. Tres phaerimm se desplomaron cayendo al suelo y transformándose en montones de polvo, y otros dos quedaron tan malheridos que se teleportaron fuera del campo de batalla.

Los espinardos supervivientes volvieron a la velocidad del rayo, empujando a sus esclavos acechadores por delante y lanzando tal tempestad de conjuros contra el Mythal que Keya tuvo que volverse para evitar el calor de la magia al disiparse. Khelben y su escolta se limitaron a reír y con toda tranquilidad se apartaron de la Muralla de la Vega dando la espalda al enemigo. Atravesaron las líneas de la Cadena de Vigilancia, a menos de veinte pasos de donde Keya esperaba la orden de disparar la siguiente flecha. Si Dexon, o cualquiera de los vaasan, repararon en ella, de pie en su puesto, no lo demostraron mirando en su dirección.

—¡Bien hecho, Khelben! —rió Kiinyon Colbathin—. ¡Esta vez fueron cinco!

—¡Sí! —respondió Khelben—. Si tuviéramos cuarenta horas y mil Rayos de Corellon, podríamos matarlos a todos..., pero no es así. No vamos a salvar el Mythal teleportándonos para atacar una vez por hora.

—¿Qué sugieres, mi señor Bastón Negro? —preguntó una voz familiar.

Keya echó una mirada por encima del hombro y se encontró a lord Duirsar acompañado de Kiinyon Colbathin y de lo que quedaba de los Ancianos de la Colina de Evereska. Estaban rodeados por la Compañía de la Mano Fría, cien Espadas elegidos uno por uno para blandir las dieciséis espadaoscuras recuperadas de los vaasan que habían muerto cuando los phaerimm escaparon de su antigua prisión.

Puesto que las armas eran capaces de congelar la mano de cualquiera que la blandiera si no pertenecía a la familia propietaria de la misma, la idea era que el primer guerrero usara el arma hasta que la mano se le enfriara demasiado como para sostenerla y a continuación se la pasase al siguiente, y así sucesivamente.

Khelben se dirigió hasta donde estaba lord Duirsar.

—Debemos atacar en el Valle de los Viñedos, y pronto.

—¿Abandonar el Mythal? —Colbathin se quedó boquiabierto—. ¿Sabes cuántos guerreros vamos a perder?

—Una fracción de los que perderemos si les permitimos que lo desgasten lentamente y entren en Evereska —puntualizó Khelben—. El caparazón de sombra ya lo ha debilitado, y esta batalla lo está mermando minuto a minuto. —Se volvió a lord Duirsar—. Mi señor, a menos que Evereska tenga flechas y magia suficientes como para desperdiciar de esta manera, el Mythal no resistirá. Debemos reducir al enemigo.

—Olvidas que las posibilidades son de diez a uno de que los reducidos seamos nosotros —objetó Kiinyon—. Sin duda es mejor que matemos a todos los que podamos desde la seguridad del Mythal...

—¿Acaso tus orejas puntiagudas no oyen? —rugió Khelben—. El Mythal no va a durar.

A pesar de sí misma, Keya se encontró con la atención dividida entre Khelben y los altos señores y su amado Dexon. Observó con desazón que el vaasan la había visto al atravesar las líneas de la Cadena de Vigilancia y de hecho la estaba mirando con la mirada torva de un oso enfadado, sosteniendo su espada oscura atravesada sobre el pecho y destacando por encima de todos, no sólo de los elfos, sino también de Khelben y de los demás vaasan. Ni siquiera la noche anterior, cuando había pasado tantas horas junto al enorme cuerpo, se había dado cuenta de que fuera un hombre tan corpulento, tan brutal.

Cuando observó que ella lo miraba, Dexon esbozó una sonrisa melancólica y extendió el dedo índice en su dirección. Al principio, Keya pensó que trataba de usar el lenguaje de señas de los elfos, pero entonces sintió que alguien estaba mirando por encima de su hombro y se dio cuenta de qué era lo que estaba señalando. Cuando volvió a mirar hacia adelante se encontró con Zharilee, la elfa del sol que ejercía la comandancia de su compañía, de pie frente a ella tamborileando impaciente con los dedos sobre su extravagante armadura de escamas de oro.

—La verdad, Keya, no me importa si te sientes atraída por esos brutos peludos, pero insisto en que dejes el flirteo hasta después de la batalla. —Zharilee se volvió y a continuación se llevó el mágico cuerno de mando a los labios y gritó:

—¡Disparad!

Keya tensó la cuerda de su arco y su flecha salió describiendo un arco por encima de la Muralla de la Vega hacia la cegadora tormenta de llamas y relámpagos en que se

había convertido el Valle de los Viñedos. Echó mano de otra de las flechas verdes de su carcaj.

—¡Alto! —Esta vez la orden no venía de Zharilee, sino del propio Kiinyon Colbathin, y no sonaba nada satisfecho.

—Formad filas. En la primera, espadas; la segunda, lanzas; la tercera, arcos.

Con el corazón en la boca, Keya se colgó el arco al hombro y cogió la espada que tenía plantada en el suelo a su lado. El argumento de Khelben había prevalecido, y lord Duirsar había dado la orden de dejar el Mythal para combatir a los phaerimm. Un estruendo sostenido que hizo retumbar el suelo se originó en las últimas filas cuando los cuerpos de élite avanzaron al trote para ocupar sus posiciones de ataque detrás de la Cadena de Vigilancia.

Aunque Keya no hubiera aprendido táctica en las rodillas de su padre, se habría dado cuenta de lo que estaba sucediendo. Como elemento más inexperto del ejército de Evereska, la Cadena de Vigilancia abriría la carga sobre la muralla y absorbería lo más grueso del ataque de los phaerimm. Con suerte, los cuerpos de élite que venían detrás llegarían intactos a las filas del enemigo y obligarían a los espinardos a combatir en el tipo de lucha que menos les gustaba: cuerpo a cuerpo.

Aunque Keya deseaba con todas sus fuerzas echar una última mirada a Dexon por encima del hombro, resistió la tentación. Si lo miraba, sólo conseguiría que se preocupara por ella cuando lo único que debía preocuparlo era matar al enemigo. Como portador de pleno derecho de una espadaoscura, Dexon era una de las armas más potentes de Evereska contra los phaerimm. Su espada sombría podía atravesar incluso sus más poderosos blindajes, y de su cinturón ya colgaban tres colas de phaerimm para atestiguar que sabía cómo acercarse a ellos lo suficiente y usar su arma.

—Cadena de Vigilancia: ¡a la carga, en tres filas!

Keya contó una demora de un segundo, entonces imprimió a la punta de su lanza una ligera inclinación y se puso en marcha a una carrera de dos pasos por segundo, lo bastante rápida como para cubrir el terreno velozmente, pero no tanto como para que la carga desorganizase su formación. En lugar de adelantarse para responder a la carga, los phaerimm y acechadores mantuvieron sus posiciones, limitándose a formular conjuros contra el Mythal y crear una bolsa de magia que a los atacantes les resultara difícil atravesar. Era una táctica que les daría buenos resultados contra la Cadena de Vigilancia, pero pondría a los cuerpos de élite que venían detrás en el centro mismo de sus filas.

Keya estaba a diez pasos de la Muralla de la Vega cuando oyó en su mente la voz de Khelben.

Nada que temer, querida mía.

¿Quién tiene miedo? —replicó la muchacha—. *Sólo tenemos que matar a los*

espinardos..., y dile a Dex que no pierda la cabeza...

Fue todo lo que le dio tiempo a decir antes de que la primera fila llegara al Muro de la Vega. Con sólo las espadas en la mano y la ligera armadura evereskana para protegerse, superaron de un salto la muralla y desaparecieron sobre su cresta en un segundo. Keya y el resto de la segunda fila fueron más lentos. Tuvieron que apoyar una mano encima del muro y balancear las piernas a un lado, y para entonces, la primera fila ya había parado en seco su marcha y llenaba el aire de terribles gritos mientras las piernas se les convertían en ceniza.

Keya se abstuvo de lanzarse al otro lado dejándose caer sentada bien apoyada en su lanza en el otro lado de la Muralla de la Vega. Delante de ella, Zharilee y media docena más de elfos daban la impresión de estar derritiéndose en el suelo cuando primero sus piernas, luego sus caderas y después sus torsos se deshicieron formando un montón de cenizas grises. También ella estuvo a punto de caer cuando el astil de su lanza se desmoronó.

Un joven elfo de oro de la tercera fila chocó contra ella desde atrás y Keya tuvo que cogerse a la parte trasera de su yelmo para no caer al otro lado.

—¿Qué te detiene? —preguntó el joven—. ¡Muévete!

—No es prudente. —Keya le empujó la cabeza para obligarlo a mirar al otro lado del muro, a las pilas de cenizas que empezaban a desaparecer—. Esos son nuestros amigos.

El joven elfo del sol se puso del color de una hoja de abedul seca, pero muchos de los integrantes de la Cadena de Vigilancia no tuvieron tanta suerte. Gran parte de la tercera fila cayó sobre las espaldas de los de la segunda, obligándolos a saltar la muralla hacia el Valle de los Viñedos, fuera de la protección del Mythal. En cuanto sus pies tocaron el suelo ennegrecido, los cuerpos se transformaron en ceniza y se desmoronaron.

Sin la lluvia constante de flechas de la Cadena de Vigilancia, los phaerimm y acechadores empezaron por fin a flotar hacia adelante, acercándose más al Mythal. Keya miró hacia atrás, por encima de la figura del elfo descompuesto que había estado a punto de empujarla hacia la muerte, y vio la Compañía de la Mano Fría cargando tras ellos para superar la muralla.

Sentada todavía a horcajadas sobre el muro, Keya alzó ambas manos.

—¡Khelben, haz que se detengan! ¡Has cometido un error!

—¿Error? —La voz de Khelben resonó a través del valle como el estallido de un trueno—. ¡Imposible!

—Khelben, es posible... ¡el valle es una trampa mortal!

Durante un momento largo y terrible, los de la Mano Fría siguieron adelante a la carrera. Un meteoro dorado del Mythal rugió a sus espaldas, abriendo un cráter en el suelo ennegrecido y lanzando sobre ella tanta tierra y escombros que cayó del muro,

volviendo a la vega. Los magos de lord Duirsar lanzaron una andanada de rayos de luz y rayos de muerte negra que pasaron por encima de su cabeza y, tal como Keya pudo ver desde donde estaba agazapada, no produjeron el menor efecto sobre el enemigo.

Entonces vio horrorizada que una avalancha de piedras lanzada por encima de la pared alcanzaba al joven elfo de oro que a punto había estado de hacerla caer hacia el Valle de los Viñedos. Una piedra le dio de lleno en el pecho, transformando su torso en un amasijo de sangre y huesos, y a continuación cayó al suelo dejando tras de sí una estela carmesí.

Eso bastó para detener la carga de la Mano Fría y para hacer que lo que quedaba de la Cadena de Vigilancia se replegara hacia Evereska. El enemigo había atacado el interior de la vega. El Mythal se estaba debilitando, y a gran velocidad. Keya contuvo un respingo y se agachó. Luego asomó la cabeza y se encontró con un acechador que levitaba a menos distancia de lo que ocupa una lanza y cuyo ojo central proyectaba un poderoso rayo antimagia en el desfalleciente Mythal. Detrás de él, un phaerimm avanzaba flotando para aprovechar la brecha abierta en las defensas mágicas del Refugio Ultimo.

Keya apenas tuvo tiempo para ver que la escena era más o menos la misma en los demás lugares a lo largo de la muralla antes de que el phaerimm apuntara en su dirección. Una andanada de piedras arrancadas de un muro de los viñedos salió lanzada en su dirección. Keya dio una voltereta y se apartó. Las piedras hicieron impacto en la Muralla de la Vega, a sus espaldas, abriendo una brecha y lanzando esquirlas de granito hacia la vega. Como se encontraba sola junto a la brecha abierta, Keya respiró hondo y echó mano de su espada.

¡No, Keya! —le llegó la voz de Dexon.

Estaba a punto de decirle que se ocupara de lo suyo y la dejara cumplir con su deber, pero dudó al darse cuenta de que serían las últimas palabras que los demás oirían de ella.

¡Aquí! —añadió entonces Dexon.

Keya miró hacia la Compañía de la Mano Fría y vio la espada oscura de Dexon volando hacia ella con la empuñadura por delante. Estiró la mano para cogerla.

Gracias, Dex..., te quiero.

Decidiendo que aquellas palabras eran mucho más adecuadas que las que había pensado un momento antes, blandió la espada por delante y, al lanzarse hacia la abertura en cuclillas, se topó con un phaerimm que venía arrastrándose. Durante un instante se quedó demasiado perpleja para comprender lo que veía. Los espinardos no se arrastran sino que flotan... y además, ¿cómo era que ella seguía viva todavía? Le habría bastado un conjuro para transformarla en ceniza con forma de elfo.

El phaerimm abrió la boca y tendió cuatro brazos largos y delgados hacia ella, y

de repente, todo eso dejó de importarle. Blandió la espada de Dexon, abriéndolo en dos de un tajo de medio metro que le atravesó la boca y después dio un mandoble en la dirección contraria. El phaerimm emitió un silbido y reculó, cogiendo a Keya por los hombros y levantándose sobre la cola. La muchacha le dio una patada en el torso con los dos pies, desasiéndose de sus brazos y cayendo sobre un hombro.

Sin recurrir a la magia, la bestia se lanzó hacia adelante y trató de coger a Keya por los pies. Ella la esquivó de una patada y giró sobre su hombro hasta que entrevió a uno de los acechadores que lanzaba su rayo antimagia por encima del phaerimm y lo entendió todo. Sacó la daga con la mano que le quedaba libre y se la arrojó al contemplador en un rápido movimiento.

Keya no era una cantora de la espada. La daga golpeó primero con la empuñadura. No había sido un golpe mortal, pero bastaba. El acechador parpadeó y fue suficiente para que la brecha recuperara la magia del Mythal. El phaerimm lanzó un chillido y empezó a replegarse hacia el Valle de los Viñedos, pero no lo bastante rápido como para esquivar el meteoro dorado que le cayó desde el cielo y lo estrelló contra el suelo, donde se disolvió rápidamente en una montañita de cenizas apenas algo mayor que las que había dejado la primera oleada de la Cadena de Vigilancia.

Antes de que el atónito acechador pudiera recuperarse, Keya se encaramó de un salto a la pila de escombros en que se había convertido la Muralla de la Vega y le clavó la espada oscura en medio de su cuerpo esférico. Una cascada de vísceras oscuras se derramó por el suelo y el monstruo se desplomó sin lanzar siquiera una maldición. Keya hizo girar la espada en el aire y se dirigió por encima de la muralla hacia el siguiente contemplador. Fue entonces cuando lanzó un grito de sorpresa al sentir que una mano mágica la arrancaba de la cima del muro y la arrastraba hacia la Compañía de la Mano Fría.

—A ver si no nos dejamos llevar por el entusiasmo, jovencita —dijo Kiinyon Colbathin apareciendo a su lado. Con un gesto señaló el camino por donde ella había venido, donde los supervivientes de la Cadena de Vigilancia volvían a la carga hacia la Muralla de la Vega precedidos de un vendaval de flechas y lanzas—. Deja que otros tengan su oportunidad.

—Sí, ya has hecho tu parte con creces —coincidió Khelben, cogiendo la espada oscura de la mano de Keya. Resopló entre dientes al sentir el frío y rápidamente se la devolvió a Dexon y enarcó sus oscuras cejas—. ¿No te congeló la mano?

—A decir verdad, no. —Le mostró las manos. Salvo por las callosidades que se le habían formado por la práctica en el uso de las armas, parecían tan saludables como sus mejillas de ochenta años—. Ni siquiera se me enfriaron.

Dexon se quedó boquiabierto, y Burlen y Khul rieron por lo bajo.

Khelben frunció el entrecejo.

—Vosotros, ¿de qué os reís?

El alboroto de la batalla se transformó en estrépito cuando la Cadena de Vigilancia llegó a la Muralla de la Vega y empezó a combatir al enemigo a corta distancia. Incapaces de usar la magia dentro de las zonas neutras creadas por sus esclavos acechadores, los phaerimm se replegaron.

El gesto ceñudo de Khelben se intensificó.

—Esto es importante. Si hay una forma de que la Compañía de la Mano Fría pueda esgrimir las espadas de tus camaradas...

—A los Manos Frías no les haría gracia —dijo Kuhl.

—Los Manos Frías harán lo que deban por la defensa de Evereska —gruñó Kiinyon—. Son guerreros elfos.

—No va a funcionar —dijo Kuhl—. La mayor parte de los guerreros de la Mano Fría son hombres..., y dudo de que ni siquiera la magia de los elfos sea capaz de engendrar un hijo vaasan en un guerrero.

—¿Hi-i-jo? —balbució Keya—. ¿De qué estás hablando?

Burlen sonrió y le palmeó el brazo.

—Vamos, Keya, ya sabes cómo funcionan estas cosas —dijo—. Ahora tú y Dexon sois una familia.

Desde las ruinas de la Puerta Secreta, en lo alto del Valle Superior de Evereska, Learal había contemplado horrorizada cómo se desintegraban en pilas de cenizas las primeras filas de elfos de Evereska. Cuando los phaerimm lanzaron su contraataque usando su magia para arrojar la mitad de las piedras del Valle de los Viñedos por las brechas que los acechadores habían abierto en el Mythal, había soltado una exclamación. Y cuando los jóvenes guerreros de la Cadena de Vigilancia se unieron en una carga para expulsar a los acechadores, había sentido las lágrimas corriendo por sus mejillas.

—Así se forjan las leyendas, amigo mío —dijo Learal, mirando a lord Imesfor, que estaba en el otro extremo de la ventana—. Si éstos son reclutas básicos de Evereska, no puedo ni pensar lo que va a ser de los phaerimm cuando llegue el momento de lanzar contra ellos a los guerreros más avezados.

—Lo único que lamento es no poder estar allí con ellos —dijo Imesfor. Aunque la magia de los clérigos de Aguas Profundas había hecho que le volvieran a crecer los dedos, todavía estaban demasiado torpes y rígidos como para formular conjuros, mucho menos para sostener una espada en combate—. Contemplar es bueno para recordar que los Tel'Quess nunca perdieron las esperanzas.

Obligando a los esclavos mentales a mantener su posición al lado del Mythal, los phaerimm siguieron arrojando tramos completos del muro del viñedo hacia el interior de la vega. Los miembros de la Cadena de Vigilancia caían por docenas y seguían atacando, jugando a un juego mortal mientras trataban de evitar las brechas abiertas

en el Mythal y seguían lanzando flechas contra los acechadores. A un contemplador tras otro les brotaban tantas espinas como a un seto y después caían al suelo desintegrados. Algunos, enloquecidos de dolor, conseguían liberarse finalmente de sus amos y se daban la vuelta para huir, y sólo conseguían ser derribados por los propios phaerimm. Aunque habría sido muy sencillo enviar a los cuerpos de élite para dar apoyo a la Cadena de Vigilancia y acabar con los acechadores, Khelben y los comandantes elfos resistieron sabiamente la tentación. De cualquier manera, Evereska necesitaría a sus combatientes más experimentados más tarde, cuando se jugaran la victoria o la derrota.

Learal apenas pudo ver a Khelben en el centro de una de las compañías de élite, una figura morena con vestiduras negras, el bastón negro al que debía su nombre colgado en el pliegue de un brazo mientras hablaba de estrategia con los señores elfos reunidos en torno a él. ¡Qué gusto volver a ver a su amado aunque no fuera más que una mancha negra en un cuadrado de Mythal gris reluciente.

—Da la impresión de que el señor Bastón Negro los tiene bastante distraídos —dijo el príncipe Clariburnus, tratando de echar una mirada por la tronera junto a la cual estaban Learal y lord Imesfor—. ¿A ti qué te parece, Learal?

—Yo diría que no podemos permitirnos el lujo de esperar, el Mythal se está debilitando —respondió Learal, observando que la lluvia de meteoros dorados se había transformado en una llovizna—. Ya habéis visto su trampa. No podemos saltar el muro.

—Trampa que haremos que se vuelva en su contra —afirmó Lamorak, que estaba observando desde el lado opuesto al de Clariburnus—. Pero mantengámonos alertas a posibles tretas de los phaerimm. Los Elegidos no sois los únicos que conocen el valor del engaño en la guerra.

Learal miró de frente al príncipe de los ojos de color naranja.

—Siempre es bueno recordarlo —replicó, empezando a bajar la escalera—. Lo tendré presente.

Al ver que los phaerimm no habían hecho el menor intento de impedir su entrada a los Sharaedim, había sido Learal quien se había dado cuenta de que los espinardos tratarían de traspasar el Mythal y refugiarse en Evereska y quien había concebido la estrategia para sacar ventaja de su plan. Después de salir del caparazón de sombra y usar su fuego de plata para abrir una puerta en el debilitado muro infranqueable, había enviado al ejército de relevo a atacar la retaguardia del enemigo, tras lo cual convocó a lord Imesfor de Aguas Profundas para que le sirviese de guía. El había conducido al ejército shadovar a través de la linde de las sombras hasta la Puerta Secreta y los había hecho pasar sin peligro por cientos de trampas elfas, un laberinto tan engañoso y poderoso que había acabado con varios phaerimm antes de que finalmente desistieran de despejar el pasadizo y se limitaran a sellar las entradas..., al

menos las que pudieron encontrar.

Learal llegó al vestíbulo de salida en el que desembocaba la escalera. Allí, una compañía de la caballería shadovar esperaba junto a sus monturas formando una larga fila que se perdía en el fondo tenebroso del Paso.

Armados con poco más que lanzas, espadaoscuras y yelmos negros, los jinetes de los veserabs iban ligeros de armamento y armadura. Learal sabía que detrás de la caballería había una fila todavía más larga de infantería con un equipamiento semejante. Contra la magia de los phaerimm, las enormes espadas y las armaduras pesadas eran de mucha menos utilidad que la rapidez del golpe y la agilidad para esquivar al enemigo.

Lamorak llegó y dio sus órdenes, luego se volvió hacia Learal.

—Este es tu plan —dijo—. ¿Te importaría dirigir el ataque?

—En absoluto, gracias. —Mientras Learal esperaba a que los jinetes montaran en su veserabs, se volvió hacia lord Imesfor—. Sé que nada te satisfaría más que ver el resultado de la batalla, pero la infantería shadovar va a necesitar a alguien que la lleve de regreso al ejército de relevo.

Imesfor alzó la mano, dejando ver un conjunto de dedos blancos que más parecían tocones que dedos.

—No digas nada más. Será un placer guiarlos por el Paso.

—En cuanto el resultado sea inminente, por supuesto —aclaró Lamorak.

—Por supuesto —asintió Imesfor.

Puesto que la infantería no podría poner un pie en el valle de abajo sin ser desintegrada por los phaerimm, el plan del príncipe pasaba por volver a la operación de contención en las montañas y sorprender al enemigo desde atrás. Dada la tremenda ventaja que representaba mantenerse en terreno alto, la táctica sin duda salvaría muchas vidas del ejército de relevo.

El comandante de la caballería comunicó que estaba preparado, y los dos príncipes shadovar montaron en sus propios veserabs. Learal formuló un conjuro de vuelo sobre sí misma y a continuación levantó el brazo e inició la marcha que, atravesando la Puerta Secreta, bajaba por una garganta colgante que se abrió hacia el interior del propio Valle Alto. La magia segadora de vidas de los phaerimm había reducido las laderas a áridas extensiones de piedra y barro, en las que no había ni siquiera un tocón podrido que diera testimonio del antiguo bosque de cedros que en una época cubría el valle.

En cuanto Learal dejó atrás el refugio del valle colgante, se volvió y partió hacia el Valle de los Viñedos volando lo más rápido que podía. La caballería la seguía, desplegándose por las laderas en un gran abanico de alas negras en movimiento. Tomando a los shadovar y a sus monturas por una legión de algún nuevo horror salido del infierno para ayudar a los phaerimm, las compañías de élite de Evereska

alzaron sus voces y sus armas y cargaron hacia adelante.

Khelben levantó los brazos y el bastón y dijo algo con voz atronadora que frenó en seco a las compañías, pero el daño ya estaba hecho. Primero uno, después una docena y finalmente la mitad de los phaerimm de la Muralla de la Vega se apartaron del Mythal y apuntaron sus cortantes garras hacia los shadovar en descenso. Learal llegó a la terraza más alta del Valle de los Viñedos.

Un muro de colores destellantes surgió ante ella. Estúpidos phaerimm, todavía no sabían a quién se enfrentaban. Learal lo disipó con un gesto e hizo lo mismo con la cortina de llamas que apareció a continuación. Para entonces, los shadovar la habían desbordado por ambos lados sembrando oscuros rayos sobre el enemigo. Ante ella, el valle se transformó en un vendaval de magia de sombras y de aleteantes cabalgaduras negras. Learal vio una docena de espinardos salir de entre la tempestad y desintegrarse en grandes montículos de ceniza. Un instante después estaba entre ellos, pasando como un rayo entre desechos escamosos y cuerpos con forma de gusanos y cercenando espinosas colas con su vara.

¡Ascended! —La voz de Lamorak le llegó a Learal como un débil susurro dentro de su cabeza—. *¡Proyectad la zona de sombra!*

Learal y los shadovar ascendieron hasta muy alto en el cielo. Los phaerimm intentaron seguirlos, pero su magia de flotación no era equiparable a la de las alas de los veserabs. Hasta Learal tuvo que tender una mano y dejarse llevar por un señor de las sombras que pasaba a su lado. Descargas de relámpagos plateados y magia dorada persiguieron a los jinetes en su marcha hacia el cielo, llenando el aire de negros estallidos de sangre, alas y armaduras de sombra.

Clariburnus, Lamorak y varios poderosos shadovar se dispersaron por encima del Valle de los Viñedos, después soltaron las riendas de sus monturas y empezaron a dejar caer ovillos de sedasombra. Abrieron las manos con la palma hacia abajo y pronunciaron algunas palabras en netheriliano antiguo que Learal no pudo descifrar. Los ovillos se transformaron en discos planos y translúcidos de oscuridad y cayeron sobre el suelo del valle, cubriendo a los phaerimm y a los acechadores y obligándolos a descender. Cuando las primeras criaturas tocaron tierra, empezaron a chillar de dolor y a convertirse en ceniza.

Unas dos docenas de espinardos y el doble de acechadores murieron antes de que el conjuro de desintegración fuese anulado. Los sobrevivientes se revolvieron debajo de los discos un momento hasta que finalmente salieron a la superficie de la sombra como peces que afloran en un estanque. Los shadovar ya se lanzaban en picado contra ellos, regándolos con rayos de sombra mientras emergían de la oscuridad y sus monturas los cubrían de corrientes de venenosa niebla negra. Learal abandonó a su escolta para incorporarse al asalto y describiendo una curva se dirigió hacia la Muralla de la Vega, concentrando sus ataques sobre los acechadores. A diferencia de

los conjuros del Tejido de Sombra de sus aliados, los suyos tenían menos probabilidades de herir a los phaerimm y más de que éstos los absorbieran y se curaran con ellos. Claro que una ráfaga de su fuego plateado era capaz de matar incluso al más poderoso de los phaerimm, pero sólo podía usar una por hora, de modo que parecía más sensato reservar ese ataque en particular para el final.

Un destello de luz plateada iluminó el valle por detrás de Learal. Un fiero escozor se apoderó de todo su cuerpo cuando un rayo le alcanzó el costado y la hizo salir despedida por los aires dando volteretas. Rebotó en el Mythal y rápidamente recuperó el control. Acto seguido se volvió y se encontró con un par de nubes de ceniza que se posaban en el suelo donde el ataque había atravesado a dos guerreros shadovar antes de agotarse al contacto con ella.

Unos veinte metros más allá flotaba el phaerimm que había lanzado el rayo, que la miraba boquiabierto mostrando todos sus dientes. Lo lógico hubiera sido que la hubiera destrozado y hubiera seguido haciendo lo mismo con cinco o seis objetivos más, pero Learal formaba parte de los Elegidos. Podía usar el Tejido para protegerse de muchas formas de ataque mágico, y ésta era una de las más obvias.

Learal alzó las manos y estaba a punto de fulminar a su atacante con fuego plateado cuando un par de guerreros shadovar cayeron sobre él por detrás y sus veserabs lo envolvieron en una nube tóxica de humo negro que hizo que a Learal le escocieran los ojos a pesar de la distancia.

Guiando a sus monturas con las rodillas, arrojaron rayos de sombra sobre el phaerimm con una mano mientras con la otra sacaban sus espadaoscuras y lo cortaban en tres pedazos al pasar rápidos como el relámpago. Learal les dio las gracias con un movimiento de la mano y, rogando que los hipogrifos de Aguas Profundas no tuvieran que enfrentarse nunca en el cielo contra una caballería aérea tan letal, se volvió para dedicarse a la misión que ella misma se había asignado.

No muy lejos por delante de ella, un par de acechadores estaban empleando sus rayos antimagia para cubrirse mutuamente en su retirada de la Muralla de la Vega y sembrando el cielo por encima de sus cabezas con rayos de desintegración. Learal formuló un rápido conjuro de invisibilidad para protegerse y se situó detrás de las criaturas, bombardeándolas con rayos de magia. Los dos acechadores se transformaron en un estallido de color carmesí, cubriéndola de pies a cabeza de despojos malolientes.

Learal sólo esperaba que Pluefan Trueshot siguiera admitiendo a humanos en el Pabellón de la Caza Mayor. No había visto a Khelben desde hacía casi cuatro meses, y era evidente que iba a necesitar un buen remojón en la Fuente Cantarina para que su encuentro fuese satisfactorio.

La primera visión que tuvo Khelben de Learal en la batalla fue emergiendo del estallido de vísceras y despojos que, hasta unos momentos antes, habían sido dos

acechadores que mantenían a raya a la compañía de la Cadena de Vigilancia de Keya Nihmedu. Incluso así, manchada de rojo, fue un espectáculo digno de ver para sus ojos cansados, y no sólo porque hubiera quebrado el sitio de Evereska. Nunca había pasado cuatro meses tan largos como estos últimos, sin saber cuándo volvería a ver a su amada Learal o si sobreviviría siquiera para volver a verla. Los Elegidos también mueren y, como él había comprendido tan íntimamente en el Nido Roquero, para matarlos bastaba con mucho menos que doscientos phaerimm.

Khelben observó cómo volvía a desaparecer Learal en el vendaval mágico y luego se quedó todavía un rato mirando los rayos cegadores y las erupciones reverberantes. Aunque las cortinas de fuego y las nubes arremolinadas de aliento de los veserabs, hacían impensable otra cosa que no fueran breves atisbos de la acción, el estruendo de la batalla era más feroz que nunca y el número de shadovar iba en franco descenso. Los phaerimm mantenían sus posiciones, sin duda porque sabían tan bien como Khelben lo que se jugaban en esta batalla.

—Lord Duirsar, ha llegado la hora de hacer que el ejército de Evereska entre en combate —dijo, dirigiéndose tanto a Duirsar como a los Ancianos de la Colina—. Debemos romper el cerco ahora, mientras los phaerimm se tambalean.

—No sé si a lo que nos queda se le puede llamar ejército —objetó Kiinyon—, menos aún después de que siguiéramos tu consejo la última vez.

—El ataque tuvo un coste mayor del que yo había previsto, pero también fue una maniobra de distracción crucial. —Khelben señaló a los shadovar pululando por encima del valle y a continuación se puso en marcha hacia la Muralla de la Vega—. Ahora, con los shadovar y el resto de las fuerzas del norte dentro de los Sharaedim, ésta es la última oportunidad que tienen los phaerimm de atravesar el Mythal. Si conseguimos que se retiren ahora, podemos romper el cerco y darles caza a voluntad.

Eso no convenció a Kiinyon, que cogió a Khelben por un brazo y trató de retenerlo.

—Si fracasamos...

—Si fracasamos, lo perdemos todo —interrumpió lord Duirsar—. Durante los cuatro últimos meses hemos fracasado en todo, es hora de que lo intentemos. —Hizo a Khelben una seña afirmativa—. Ordena la carga.

Khelben se valió de un conjuro para que su voz llegara a todos los rincones del valle.

—¡Listos para atacar! Cadena de Vigilancia: ¡retirada!

En la Muralla de la Vega, los jóvenes elfos de la Cadena de Vigilancia empezaron a replegarse, agrupándose en torno a los árboles, a los monolitos de granito y a los profundos barrancos donde no pudieran obstaculizar la carga. El proceso llevó varios minutos, ya que eran inexpertos y estaban exhaustos, con un número de bajas que hubiera convertido incluso a la compañía más avezada en una horda desorganizada.

No obstante, al lado de Khelben, Keya Nihmedu se ajustaba su barboquejo y pasaba revista a sus armas. El la miró con reconvención y recibió a cambio una mirada decidida que hubiera horadado una piedra.

—Si dices una sola palabra sobre mi estado...

Khelben alzó las manos.

—Jamás se me ocurriría —mintió.

A diferencia de Dexon, que estaba pegado a sus talones con mirada alucinada, ella parecía tomarse la noticia de su estado con mucha calma. Khelben se quitó los brazaletes mágicos que llevaba en las muñecas y se los entregó.

—Quiero que lleves esto por mí... y que permanezcas cerca —dijo—. Puede que los necesite.

—Por supuesto. —La expresión de Keya se volvió obediente y se puso los brazaletes a la altura del bíceps—. ¿Qué son?

—A su debido momento —dijo Khelben. Levantó su bastón y señaló el Valle de los Viñedos—. ¡A la carga!

A diferencia de las cargas humanas que había liderado otras veces, ésta empezó casi en silencio y pareció volverse incluso más silenciosa. No hubo gritos ni entrecuchar de armas ni estrépito de armaduras, sólo las pisadas blandas de miles de gráciles pies y el sonido mucho más rotundo de las botas de los vaasan detrás.

Llegaron a la Muralla de la Vega y Khelben formuló un conjuro de vuelo. Se lanzó al aire a la carrera y atravesó, blandiendo su bastón negro, una línea de acechadores que surgían de la niebla sembrando todo tipo de rayos y haces luminosos sobre la primera fila de atacantes elfos. Khelben puso el bastón atravesado ante sí y paró media docena de rayos que habían dirigido contra él, a continuación extendió los dedos de su mano libre y lanzó una sucesión de rayos dorados a sus atacantes. Tres de los contempladores cayeron al suelo con agujeros humeantes en sus cuerpos esféricos, pero uno de ellos consiguió apuntar hacia arriba su haz antimagia a tiempo para bloquear el contraataque de Khelben.

Una contundente espada oscura partió al cuarto acechador en dos, y la Compañía de la Mano Fría se abrió camino hacia el Valle de los Viñedos por encima de los cadáveres de acechadores desinflados, de veserabs heridos y de shadovar gimientes..., incluso de algunos phaerimm heridos y mutilados.

Khelben sintió que sus brazaletes se desplazaban hacia la izquierda y vio a Keya Nihmedu conduciendo a Dexon y a los otros dos vaasan a través de los restos de la puerta del viñedo. Maldiciendo su impetuosidad, el archimago describió un círculo disponiéndose a salirle al encuentro desde el otro lado cuando se sintió repelido hacia atrás en el aire al ser golpeado en el pecho por una andanada de rayos de magia dorada.

Aunque eran mordaces, los ataques no le hicieron más daño del que había hecho a

Learal el que la había lanzado por los aires. Se enderezó y volvió con más cautela, avanzando en zigzag y acelerando o frenando, con el bastón preparado y el fuego de plata crepitándole en la punta de los dedos. Encontró a Keya y a los vaasan luchando con un par de phaerimm. La elfa hacía fintas y cabriolas para esquivar los mortíferos rayos negros y las lenguas de fuego que surgían en derredor de ella. Dexon a duras penas se sostenía sobre una pierna quemada y humeante, uno de los brazos de Burlen colgaba inerte a un lado del cuerpo y Kuhl seguía tratando de deslizarse detrás de la criatura más próxima para asestarle una estocada mortal.

Khelben lanzó un rayo de fuego de plata contra el phaerimm más próximo. Con eso le bastó. Mientras el primero se deshacía en ceniza, el segundo trataba de teleportarse... Trataba, porque Khul saltó sobre él desde atrás y le clavó la espada en la boca. El vaasan aterrizó de bruces sobre el suelo con la espada cubierta de sangre maloliente.

Khelben sobrevoló una vez en círculo el viñedo para asegurarse de que no había más amenazas ocultas, después bajó al suelo junto a Keya, que estaba examinando la maltrecha pierna de Dexon y tranquilizándolo, o tranquilizándose tal vez, diciendo que Pluefan Trueshot y las sacerdotisas de Hanali eran capaces de restaurar el miembro. La expresión de Dexon era de dolor, pero parecía más preocupado por la posibilidad de otro ataque que por su grave herida.

—Te dije que te mantuvieras cerca, jovencita —dijo Khelben—, y cuando digo cerca, es cerca.

Mientras hablaba se dio cuenta de que el fragor de la batalla no se había desvanecido en absoluto. Los jinetes shadovar de los veserabs volaban hacia las lindes del valle, arremolinándose en torno a los orbes provistos de tentáculos de los acechadores que huían. Los phaerimm habían abandonado a sus esclavos mentales y se habían teleportado.

Volviendo la mirada hacia Keya, Khelben señaló los brazaletes.

—¿Y si los hubiera necesitado?

—Si realmente los hubieras necesitado, no me los habrías dado. —Keya se quitó los brazaletes y se los arrojó a las manos, y luego, rodeando la cintura de Dexon con un brazo para ayudarlo a andar, se alzó de puntillas para besar a Khelben en los labios—. Pero te lo agradezco.

—No es nada —balbució Khelben. Sintió que se ruborizaba y sonrió para disimular—. Realmente no es nada, querida.

Los ojos de Keya se fijaron en algo detrás del hombro del archimago y se agrandaron por la sorpresa, lo mismo que los de Dexon, y Khelben oyó un «ejem» familiar a sus espaldas. Se volvió y se encontró con Learal, que daba golpecitos con la punta de una humeante varita mágica sobre su armadura manchada de sangre.

La Elegida enarcó las cejas y miró a Keya.

—Dime, jovencita..., ¿qué tiene que matar una chica por estos contornos para que le den un beso?

Vala permanecía suspendida entre las telarañas del techo observando en silencio mientras Corineus recorría el sanctum cercenando los tentáculos oculares de las cabezas de los acechadores y abriendo cráteres en los pechos de los illitas con descargas de magia dorada, dando volteretas para pasar por debajo de los osgos y lanzándose sobre los kobolds. Se las ingeniaba para mantenerse siempre entre sus enemigos y los cuatro libros de conjuros que había sobre una polvorienta mesa de roble en el rincón, entre una pila de coronas, cetros, anillos, brazaletes y demás reliquias mágicas recuperadas de las guaridas de los phaerimm que había matado hasta el momento. Los cuerpos de los monstruos empezaban a amontonarse, ralentizando la danza de la espada del baelnorn hasta tal punto que empezó a recibir golpes. No es que eso importara, ya que las armas de fuego sólo rebotaban en su carne blanca y él absorbía los rayos de desintegración y las descargas mentales del mismo modo que las hojas absorben la luz del sol. Ni siquiera los haces antimagia tenían efecto sobre él. Los acechadores que los proyectaban en ningún caso vivieron el tiempo suficiente como para que sus camaradas armados con espadas se beneficiaran de ellos.

Llegó un momento que la cantidad de cuerpos fue tal que Corineus no pudo proseguir su danza de la espada. Giró y lanzó un ataque, y dos kobolds dieron un salto por encima de la carnicería hacia el rincón, echando mano cada uno de ellos de uno de los libros de conjuros que había sobre la mesa. Aunque estaban a menos de cuatro metros por debajo de Vala, tan cerca que podía oler su olor almizclado a pesar del hedor de la carne muerta que llenaba la estancia, ella siguió colgada del techo. Le dolían los brazos y las piernas por aquella posición tan desacostumbrada, pero esta vez Corineus le había dicho que se comportase como una araña, que dejara que la presa se enredase en su red antes de atacar.

Mientras Corineus procuraba recuperar el equilibrio, un par de osgos lo asaltaron por la espalda y lo derribaron. El lich-elfo empezó a deshacerse de ellos mientras iban apareciendo más por las puertas, uno tras otro, sumando su peso al montón. La pila siguió creciendo, pero más lentamente hasta que por fin se acomodaron sobre el suelo. La voz sofocada del baelnorn pronunció un encantamiento, y una chispa brillante saltó en algún punto por debajo del enredo de miembros peludos.

Una lámina de luz plateada se extendió por la habitación, cegando a Vala durante un momento. Hubo un solo gemido de muerte colectivo y a continuación reinó el silencio. El hedor de carne chamuscada le llenó las fosas nasales, y un hormigueo empezó a recorrer su carne entumecida por el frío cuando el aura del baelnorn se

desvaneció de golpe. Trató de disipar el deslumbramiento de sus ojos y vio el sanctum con tres pilas de cuerpos abiertos en canal y chamuscados, de muchos de los cuales todavía salía humo mientras que otros aún se retorcían.

Corineus estaba rodeado de una esfera trémula de fuerza. Su rostro reseco se había transformado en una máscara de agonía mientras intentaba trabajosamente ponerse de pie. Se movía con lentitud y con gran esfuerzo y tenía los ojos prácticamente fuera de las órbitas, y unos hilillos de sangre negra salían de sus oídos y sus fosas nasales. La esfera se estaba contrayendo a ojos vistas, aplastando al baelnorn en su apretón inexorable.

Vala no se movió de donde estaba, perfectamente consciente de los rojos y brillantes puntos que empezaban a aparecer desde los rincones del techo lleno de telarañas y que estaban fijos en ella. Las arañas gigantes habían desaparecido en sus recónditos escondites en cuanto Corineus entró en el sanctum pero, desaparecida su aura heladora, estaban ávidas por recuperar sus telarañas. Vala sintió otra vez que se le erizaba la piel, pero esta vez no tenía nada que ver con el frío.

Por fin apareció el objetivo de su emboscada, el mayor de los phaerimm que se habían presentado hasta el momento, con escamas color ámbar y un aguijón en la cola tan largo como la hoja de su espada oscura. La criatura se detuvo un momento en la puerta y a continuación flotó hacia la esfera en la que estaba prisionero Corineus. El baelnorn giró la cabeza en su dirección. Tenía los ojos tan desorbitados que parecían a punto de estallar, y el líquido negro que le salía por la nariz y los oídos le cubría toda la parte inferior de la cara. El elfo no muerto inició torpemente los gestos de un encantamiento.

Tan torpes eran sus intentos que incluso Vala se dio cuenta de que nunca lo conseguiría. El phaerimm se limitó a flotar allí, delante de él, y en un momento dado Cornelius cesó en sus esfuerzos. Los dos se quedaron allí, frente a frente, sin hacer nada. Después de unos momentos de confusión, Vala se dio cuenta de que la mirada del baelnorn se desplazaba hacia los libros de conjuros capturados, y recordó que los phaerimm se comunicaban con sus cautivos telepáticamente. La cosa lo estaba interrogando, sin duda tratando de averiguar cómo había conseguido traspasar las defensas erigidas para mantenerlo a raya.

Vala rogó a Tempus que diera fuerzas a Corineus, después rezó también por sí misma y pidió a Corellon Larethian, el dios elfo de la guerra, los mismos favores. Habían extremado las precauciones para no dejar rastro de la presencia de Vala en las guaridas en las que habían irrumpido hasta el momento. Si el baelnorn revelaba el secreto, ella no sobreviviría el tiempo suficiente y el plan que habían trazado fracasaría.

Un temblor en la telaraña atrajo la atención de Vala hacia el rincón opuesto del techo, donde una araña del tamaño de un lobo estaba saliendo furtivamente de su

escondrijo. La mujer la miró amenazadora, pero no se atrevió a hacer nada más. Corineus le había advertido que no se moviera hasta el instante mismo de atacar. Sólo estaba camuflada por las telas de araña y por la oscuridad; cualquier magia que el baelnorn pudiera haber utilizado para ocultarla habría atraído la atención del phaerimm como una llama.

Envalentonada por la osadía de la primera, una segunda araña puso sus patas sobre la tela, a sólo media docena de metros de los pies de Vala. Ésta miró al phaerimm tratando de calcular las posibilidades de dar el salto. No estaban claras. El espinardo estaba por encima de la puerta principal con el baelnorn; ella se encontraba en la esquina opuesta, por encima de los libros de conjuros. Corineus había dicho que la criatura no sería capaz de resistir a la atracción de ese tesoro, pero por el momento daba la impresión de que la estaba resistiendo demasiado bien.

Un tercer arácnido salió a la telaraña, éste en el rincón por encima de Corineus, que estaba superando con mucho el tiempo en que un elfo vivo ya habría sido aplastado. Los ojos le colgaban fuera de las órbitas, aplanados sobre las mejillas, y tenía los brazos y las piernas doblados en ángulos imposibles y pegados al cuerpo. Vala tuvo el impulso de gritarle al baelnorn que se diera por vencido y permitiera que acabaran con él, pero ni siquiera sabía si eso era posible. Además, el lich-elfo tenía que conseguir que todo pareciera real. Si se entregaba con demasiada facilidad, su atormentador empezaría a sospechar, y había pocas cosas más peligrosas que un phaerimm desconfiado.

La telaraña empezó a sacudirse violentamente al lanzarse la primera araña contra Vala, destilando veneno por los colmillos y tanteando el aire con sus pedipalpos. La segunda trató de alcanzar las piernas de la mujer, pero se detuvo para hacer frente a la otra cuando cambió de dirección.

Vala hizo un intento desesperado de arrojar la espada, pero tuvo una idea mejor y se volvió a mirar a las arañas. Con el filo de la espada trazó una amplia medialuna en torno a la base de sus pies. La telaraña se rompió con una serie de pequeños crujidos, y ella se desprendió del techo balanceándose y describiendo un ágil arco hacia su objetivo. El phaerimm dirigió hacia ella su enorme boca.

Vala saltó directa hacia él, blandiendo la espada oscura con ambas manos para lanzarle una implacable estocada desde arriba. Oyó el ruido de las escamas al romperse y sintió que la espada partía la carne. Un par de manos del phaerimm la sujetaron por la garganta y empezaron a apretar. Vala giró la hoja y empezó a extender la herida en el cuerpo de la criatura. La cola punzante describió un arco ascendente, rebotó en la armadura de Vala y se retrajo para volver a intentarlo.

Vala logró apartar la mano del phaerimm de su garganta y sólo consiguió que fuera reemplazada por otras dos. Su vista empezó a nublarse y sintió un dolor atroz en la pierna derecha cuando el aguijón de la cola consiguió horadar la armadura y

empezó a bombearle veneno en el cuerpo. La mujer liberó su espada oscura, lanzando un mandoble que atravesó medio metro de tendones y carne. Su vista se nubló tanto que todo lo veía más negro que la oscuridad y sintió que el estómago se le subía a la garganta. Un frío penetrante se apoderó de su carne y notó que se precipitaba en una caída sin fin. Se sintió mareada y débil y sólo podía oír los latidos de su corazón, cada vez más lentos, hasta que incluso eso desapareció.

El primer indicio que tuvo de que no estaba... muerta, fue el hedor de la batalla. El segundo fue el dolor. Tenía algo alojado en la pierna que le tenía inmovilizado todo el cuerpo a través del músculo y el hueso del muslo. Por un momento pensó que estaba muerta y en los Nueve Infiernos y no recordaba cómo había llegado allí. Entonces vio a un enorme phaerimm de color ámbar que yacía despedazado e inmóvil en el suelo, no por debajo sino por encima de ella, y recordó la lucha en el sanctum.

Vala no estaba en el sanctum. En lugar de los cuatro libros de conjuros de los que se habían apoderado y del gran montón de magia recuperada que ella y Corineus habían apilado en el rincón, había un solo libro abierto que flotaba en el campo verde de un conjuro y varios estantes de reliquias dispuestas en perfecto orden. Estaban las plataformas donde dormían los esclavos mentales a lo largo de la pared, y el símbolo de protección que mantenía a raya a su aliado baelnorn. Y por encima de todo, estaba el propio espinardo, que yacía inmóvil y destripado en el suelo junto a ella y cuya larga cola impedía que Vala pudiera flotar hasta el techo teniendo como tenía el punzante aguijón alojado en la pierna.

Después del ataque de Vala, la criatura había tratado de teleportarse a la seguridad de su guarida y había llegado muerto. Al menos eso era lo que ella pensaba. Bajó el brazo para liberarse, es decir, trató de bajar el brazo. No respondía a su voluntad ni tampoco le respondieron las piernas ni el cuello cuando los sometió a un examen, ni siquiera la lengua cuando intentó lanzar una maldición.

Vala sabía que, en un momento dado, la esfera constrictora destruiría a Corineus y dejaría su espíritu en libertad para buscar uno de los cuerpos vacantes que tenía ocultos en su Irithlium, pero eso no iba a ayudarla. Hasta que no rompiera el símbolo de protección que había encima de la puerta, el baelnorn no podría entrar en la guarida. Nada podía hacer como no fuera permanecer allí suspendida, aguantando el dolor, hasta que se pasara el efecto del veneno.

Los shadovar no tenían una presencia importante en Arabel, o más bien en lo que quedaba de Arabel después de que los ghazneth y sus hordas de orcos la redujeron a escombros, pero estaban allí. En el lado oscuro de una torre quebrada, un par de canteros de tez oscura usaban una sierra de sombra para dar forma a los bloques. Por la ventana de un horno, un alfarero con brillantes ojos de amatista estaba haciendo un horno de arcilla oscura. En un callejón, un carpintero alto y demacrado instalaba una puerta de madera de ébano.

Ninguno de ellos echó siquiera una mirada a Galaeron cuando éste pasó acompañado de Aris y Ruha, pero eso nada significaba. Tratándose de un elfo, una bedine y un gigante de piedra que viajaban juntos, los shadovar tenían que saber quiénes eran.

Aris se detuvo a menos de un metro de Galaeron y Ruha. Aunque el gigante había pasado la mayor parte de los dos últimos días bebiendo a sorbos las pociones curativas de Storm, todavía estaba bastante inestable y Galaeron hubiera preferido que no se inclinase sobre ellos.

—Esto va a ser más difícil de lo que pensábamos —dijo Aris en voz baja—. Sigo viendo shadovar.

Galaeron asintió.

—Los han mandado para vigilarnos.

—¿A tantos? —Ruha meneó la cabeza—. Los shadovar tienen medios más sencillos de vigilar que reconstruir toda una ciudad.

—¿Y tú qué sabes? —le soltó Galaeron—. Con la información que tengo sobre los phaerimm, los shadovar harían cualquier cosa por hacerme volver.

—Seguro que sí —dijo Ruha con tono paciente.

La bedine señaló la base de una torre casi reconstruida, al punto en el que los cimientos habían sido remendados con la misma amalgama oscura que usaban como mortero en el Enclave de Refugio.

—Llevan algún tiempo aquí —continuó—. Lo que se proponen es conseguir a Cormyr como aliado, no encontrarnos a nosotros.

Galaeron miró primero los cimientos, después el resto de la ancha calle y tuvo que reconocer que tenía razón. Aunque a primera vista la ciudad seguía pareciendo un montón de ruinas, estaban empezando a resurgir los contornos de su forma anterior. Muchos de los edificios más importantes estaban levantados ya hasta el segundo o el tercer piso, y la mayor parte de ellos mostraban señales del trabajo de los shadovar, cuando no en el mortero, en el preciso encaje de las piedras y en la madera oscura de los balcones, o incluso en la profundidad de los nichos de las ventanas en sombras.

—Tienes razón, por supuesto —dijo Galaeron, transfiriendo su ira de Ruha a Storm Mano de Plata—. Ni siquiera los shadovar podrían hacer esto de la noche a la mañana, y Storm tenía que saberlo cuando nos teleportó hasta aquí.

—Es muy probable —admitió Ruha.

—Entonces, ¿por qué tenía que mandarnos? —preguntó Galaeron—. Habría tenido más sentido teleportarnos a Aguas Profundas y venir ella misma a Cormyr.

—Es probable que tú mismo hayas dado respuesta a tu pregunta —dijo Ruha—. Eso es lo que los shadovar esperarían. O tal vez las cosas sean más complicadas de lo que creemos en Aguas Profundas. Tengo entendido que la hermana de Storm, Learal,

mantiene relaciones amistosas con los shadovar.

—No digas más —gruñó Galaeron.

La reacción de Storm hacia él en el Anauroch lo había convencido de lo difícil que era convencer de algo a uno de los Elegidos. Era posible que le hubieran perdonado que soltara a los phaerimm en el mundo, pero que hubiera traído a los shadovar detrás de ellos y hubiera propiciado la desaparición de Elminster en los Nueve Infiernos..., eso no se lo perdonarían jamás.

—Nos irá mejor probando suerte con los cormyrianos —admitió Galaeron.

—¿Entonces aceptas que Storm hizo lo que era más prudente? —preguntó Ruha.

Galaeron se encogió de hombros.

—¿Cómo saberlo? Pero ella debe tener mejores expectativas en Aguas

Profundas que yo. Lord Piergeiron indudablemente no va a dar más crédito a la palabra de nadie que a la de Learal.

En los ojos de Ruha hubo una chispa de aprobación.

—Todavía es probable que sobrevivas a esto. Creo que por fin estás aprendiendo a controlar a tu ser sombra. —Echó una mirada a un par de canteros shadovar que habían dejado de trabajar para mirarlos pasar y añadió—: Pero tal vez llamaríamos menos la atención si nos disfrazáramos y encontráramos un lugar seguro donde dejar a Aris.

—En el punto en el que nos encontramos, la velocidad es mejor que el sigilo —dijo Galaeron—. Cuanto antes nos presentemos en palacio, más difícil le resultará a Telamont Tanthul hacer que una tropa de sus espíritus nos lleve de vuelta al enclave.

—Bien dicho —coincidió Aris, tendiendo la mirada por encima de la ciudad a medio construir—. Además, no hay ningún lugar donde se pueda esconder a un gigante de piedra en treinta kilómetros a la redonda.

No exageraba. Aunque Storm los había teleportado a un campo distante apenas medio kilómetro de Arabel, la caminata hasta las puertas les había bastado para apreciar la devastación ocasionada por el dragón Nalavarauthatoryl y sus ghazneth y orcos. Incluso un año después de la terrible guerra, no crecía nada en los otrora feraces campos, salvo algunos cardos negros y grandes extensiones de musgo maloliente, mientras el gran bosque del sur y el oeste de la ciudad todavía se esforzaba por hacer brotar las primeras y endebles hojas en las copas de los árboles.

A pesar de su presencia en Arabel, los shadovar no contribuían mucho a mejorar las cosas. Con la fusión del Hielo Alto, que había traído consigo tanta lluvia y aire fresco hacia el este desde Aguas Profundas, un viento persistente había estado soplando hacia el norte por Cormyr, trayendo consigo el calor y el bochorno de Dragonmere.

Si el céfiro hubiera depositado una pequeña parte de su humedad sobre el reino, el cambio de tiempo podría haber mejorado la situación, pero el aire seguía siendo

mezquino con el agua hasta que chocaba con los Picos de las Tormentas en el norte y se enfriaba de repente. Como consecuencia de esto, el reino estaba soportando la sequía más pertinaz, calurosa y terrible de los últimos mil años, y todo eso mientras sus dos ríos más importantes, el Aguas de la Estrella y el Aguas del Wyvern, se desbordaban inundando y arrasando aldeas enteras.

Galaeron no estaba nada seguro de poder conseguir una audiencia con los gobernantes del reino, y mucho menos de poder convencer a los cormyrianos de que el Enclave de Refugio era el causante de sus problemas. Sin embargo, tal como había dicho Storm, estarían ansiosos de oír una explicación y se mostrarían inclinados a escuchar. Todo lo que tenía que hacer era poner la manta de sombra en manos de Vangerdahast. Después de eso, el mago real se convencería.

Llegaron al palacio de la ciudad que, para gran decepción de Galaeron, había sido reconstruido desde la segunda planta con la misma piedra perlada que Villa Dusari. En la cima de las torres más altas, docenas de brillantadores shadovar trepaban como arañas por encima de las almenas, dando los toques finales al magnífico edificio. Por fortuna, los guardias de la puerta todavía lucían la insignia del dragón púrpura de Cormyr. De lo contrario, Galaeron habría llegado a la conclusión de que los shadovar se habían adueñado de la ciudad y se habían retirado de ella a continuación.

Mientras los tres subían la escalinata, dos de los guardias cruzaron sus alabardas ante la entrada. El sargento, que no superaba en edad a sus camaradas pero tenía una horrible cicatriz en la cara y llevaba un parche en un ojo, dio un paso al frente para abordarlos.

—¿Tenéis algo que tratar con lord Myrmeen? —preguntó.

Galaeron meneó la cabeza.

—Los asuntos que nos traen conciernen a la princesa Alusair y a su mago —dijo—. Tienen que ver con el tiempo anormal que Cormyr ha estado sufriendo últimamente.

El sargento pareció no haber oído la última parte de su explicación.

—Éste es el palacio de Myrmeen Lhal —dijo—. La Regente de Acero tiene su residencia en Suzail, y allí está junto con su mago.

Galaeron sintió que saltaba una alarma en su mente.

—¿Queréis decir que Arabel ya no forma parte de Cormyr?

El único ojo del sargento se entrecerró.

—Lo que estoy diciendo es que a menos que tengáis asuntos que tratar con Myrmeen Lhal...

—Sabemos de buena fuente que la princesa Alusair y Vangerdahast están dentro —interrumpió Ruha. Cogió la insignia de Arpista que llevaba bajo su vestido y la puso en la mano del sargento—. Te ruego le entregues esto y le digas que nuestras

vidas, y tal vez el destino de Cormyr en la próxima cosecha, pueden depender de una audiencia inmediata.

—¿Arpistas? —El sargento apenas miró la insignia—. ¿Por qué no lo dijisteis antes?

Dio media vuelta y desapareció en el interior del palacio. Regresó un momento después con un hombre larguirucho, con cara de caballo, vestido con la capa escarlata y la faja púrpura de su cargo. El recién llegado devolvió a Ruha su insignia y les hizo señas de que entraran en el grandioso vestíbulo de recepción del palacio, tan grande, que después de atravesar a gatas la entrada, incluso Aris podía ponerse de pie.

—Bienvenidos, soy Dauneth Marliir, Alto Guardián de su majestad —dijo el hombre—. Lamento la demora, pero hemos aprendido a ser cautelosos con la información sobre su majestad.

—Lo entendemos —respondió Ruha, volviendo a colocar la insignia en su lugar—. Soy Ruha...

—Sí, lo sé —Dauneth le dedicó una amplia sonrisa.

Galaeron no le prestó mucha atención y pasó revista a la larga arcada de pilares donde vio con desaliento que había más shadovar que humanos brillantando y limpiando.

Dauneth siguió hablando con Ruha.

—No hay muchas brujas bedine entre las Arpistas.

—Una sola, estoy segura —dijo Ruha riendo. Señaló a Galaeron con un gesto de la mano—. Este es Galaeron Nihmedu.

La impresión se reflejó en el rostro de Dauneth, aunque consiguió recuperarse.

—Encantado de conocerte, Galaeron. He tenido noticias de tu valentía. —Tendió una mano y cogió la muñeca de Galaeron al modo que lo hacen los humanos—. El príncipe Rivalen me ha dicho que su padre ha estado sumamente preocupado desde tu desaparición.

—Sí, me lo imagino —replicó Galaeron, sorprendido por la frialdad de su propia voz—. Tiene motivos para estarlo.

Dauneth enarcó las cejas, lo cual movió a Ruha a dar una explicación.

—Tiene que ver con nuestra visita. —Se volvió a medias hacia Aris— Y éste es...

—Aris de Mil Caras —completó Dauneth. Hizo una pausa y una profunda reverencia—. Cuando el palacio esté terminado, Myrmeen tiene intención de exponer una de tus obras, *El descenso del Ejército de las Sombras*, aquí, en el vestíbulo.

—¿De veras? —El gigante se quedó con la boca abierta—. ¿Y cómo se hizo con ella?

Dauneth sonrió entusiasmado.

—Un regalo del príncipe Rivalen, por supuesto.

El Alto Guardián abrió la marcha por un señorial corredor lateral hacia una doble

puerta bien protegida, y a Galaeron se le cayó el alma a los pies. Se daba cuenta de que Rivalen y sus regalos habían conquistado a los cormyrianos y de que no tenía la menor posibilidad de ganarse la confianza de Alusair. Dentro de poco estaría muerto o de camino hacia el enclave, y después de ver lo cerca que había estado su ser sombra de conseguir que mataran a

Aris, sabía perfectamente lo que iba a preferir. Nada deseaba más que usar su magia de sombra para enviar un recado a Vala pidiendo perdón por la forma en que se había despedido de ella y haciéndole saber que, al menos al final, había recuperado el sentido y había muerto pensando en ella.

Y también le habría gustado pedir perdón a Takari Moonsnow por haber rechazado lo que ella le ofrecía. Siempre había sabido, en lo más íntimo, que eran almas gemelas y, debido a eso, había dado por sentado que ella estaría siempre a su lado, pero cuando había decidido ayudar a Vala y no a ella en la batalla final contra Wolgreth, la había herido más profundamente de lo que podía hacerlo cualquier lich. Sabía que entre ellos ya no podía haber nada más que dolor. Durante el resto de su vida, cada vez que pensara en él evocaría sentimientos de traición y pérdida.

¿Cómo podía haber sido tan cobarde? Tal vez siempre había habido una sombra sobre su corazón debido a su miedo de seguirla, porque al tratar de evitar su propio dolor había hecho sufrir a los demás. Sin duda, su padre nunca había dado la espalda a sus sentimientos. Había amado a Morgwais con una entrega total desde el momento mismo en que la conoció y durante todos los años que habían vivido en Evereska y todos los años en que ella había vivido apartada en el Bosque Alto, y si su ausencia le había causado alguna angustia, el amor que compartían le había dado la fuerza necesaria para soportarlo sin amargura ni arrepentimiento.

Llegaron a la doble puerta y en seguida les franquearon la entrada. Aris tuvo que encorvarse para pasar, pero dentro estaba el salón de audiencias formales del palacio, con un techo abovedado tan alto que el gigante podía permanecer de pie y andar por la parte central.

En un alto trono situado en el otro extremo estaba sentada una mujer impresionante, de ojos marrones como el roble y pelo color ámbar. Tenía un brazo apoyado en la rodilla mientras conversaba con un enorme shadovar que estaba a su lado. Aunque Galaeron no hubiera visto los ojos dorados y los colmillos ceremoniales del hombre, habría reconocido al príncipe Rivalen por sus anchos hombros y su cintura estrecha. Al lado del trono y un poco más atrás estaba de pie un anciano de aspecto cansado que vestía una túnica voluminosa y lucía una enorme barba blanca que no podía ser otro que el mago real de Cormyr, Vangerdahast. Junto a él estaba la última integrante del pequeño grupo, una mujer escultural de pelo oscuro y ojos tan azules como un lago de montaña.

Dauneth se paró frente al trono y presentó a Galaeron y a sus compañeros a los

presentes. A su vez mencionó los nombres de los allí reunidos: la mujer sentada en el trono era la Regente de Acero de Cormyr, la princesa Alusair Obarskyr, y la que estaba de pie era Myrmeen Lhal, nombrada por el rey señora de Arabel.

Cuando le presentaron a Aris, los ojos de Myrmeen chispearon con unos reflejos dorados casi como los de un elfo.

—Soy una gran entusiasta de tu obra, maestro Aris. —Señaló con un gesto a Rivalen, que estaba estudiando al grupo con una sonrisa forzada—. El príncipe me ha regalado *El descenso del Ejército de las Sombras*. Tengo intención de exponerla en lugar destacado en el vestíbulo.

—Será un honor —dijo Aris con cierta facilidad ensayada—. Sólo espero que haga justicia a tu palacio.

—Por supuesto que le hará justicia —replicó ella—. La forma en que transmites la sensación del descenso arrollador del ejército en alas de los veserabs es pura magia, aunque encuentro cierto aire amenazador en el modo en que los jinetes se despliegan en la parte inferior, como si encontrarais un poco aterradora la llegada de los shadovar.

—Eres muy perspicaz, mi señora. —Aris echó una mirada a Rivalen—. Si volviera a hacer hoy la misma escultura, sería algo más que cierto aire amenazador.

—¿De verdad? —Myrmeen frunció el entrecejo—. Yo creía que estabas muy contento en la Villa de las Sombras.

—Y también nosotros —dijo Rivalen con tono mesurado—, pero entendemos lo temperamentales que pueden ser los artistas. Si Aris no estaba contento, con gusto lo hubiéramos transportado a cualquier lugar a donde quisiera ir. No era necesario que se enfrentase al desierto con estos ladrones.

—En este lugar, no somos nosotros los ladrones —empezó a decir Galaeron—. Los shadovar...

—Myrmeen no te ha pedido que hables —intervino la princesa Alusair, alzando una mano para interrumpirlo. Se acercó al borde de su asiento y se dirigió a Rivalen—. ¿Qué fue lo que robaron?

Vangerdahast apoyó una mano en su hombro para llamarle la atención.

—Princesa, esta cuestión realmente no tiene nada que ver con Cormyr.

Alusair se encogió de hombros.

—Ahora están en Cormyr, Vangey. —Su mirada rozó brevemente a Lhal y luego volvió al príncipe Rivalen—. Al menos creo que todavía es Cormyr.

—Refugio no reconocería ninguna otra pretensión sobre Arabel —dijo Rivalen sin tragar el anzuelo—, y verdaderamente estaríamos muy agradecidos si devolvieras a estos ladrones al Enclave de Refugio para que sean juzgados por el Supremo.

Alusair siguió observando al príncipe, y Galaeron empezó a ver que lo que se estaba cocinando en Arabel era algo más que la reconstrucción de la ciudad..., o al

menos la Regente de Acero temía que así fuera.

—¿Debo preguntarlo otra vez, príncipe? —dijo Alusair—. ¿Qué fue lo que robaron?

Rivalen vaciló un momento, después señaló la manta de sombra que Aris llevaba al hombro.

—Para empezar, la manta liminar. También un disco volador y un veserab..., que yo sepa.

Alusair miró a Ruha.

—¿Es cierto eso?

—En esencia —respondió—. Yo no estaba...

—De hecho —insistió Rivalen—, todos formasteis parte del plan desde el principio, Malik lo confesó todo.

—¿Malik? —inquirió Alusair—. ¿Es posible que se trate de Malik el Sami yn Nasser, el Serafín de las Mentiras?

Rivalen asintió.

—Un hombrecillo despreciable, pero es bien sabido que la maldición de Mystra le impide mentir. —Miró a Galaeron e hizo un gesto despectivo—. Estaba con Galaeron cuando rescatamos a su grupo del Bosque Espectral. Deberíamos haberlo considerado un indicio de lo que podíamos esperar cuando nos dimos cuenta de quién era.

—Ciertamente —dijo Vangerdahast—. Me sorprende que no lo hayáis hecho. ¿Fue capturado Malik cuando huían?

—No fue una huida —puntualizó Rivalen—. Hasta que empezaron a robar, eran libres de marcharse cuando quisieran.

—Princesa Alusair—dijo Ruha—, si me permites...

—No —la interrumpió Alusair imponiendo silencio con la mano—, el príncipe está hablando.

La expresión de Ruha se entristeció y Galaeron se dio cuenta de que estaba cayendo en la desesperanza como él antes. Cruzó con ella una mirada y sonrió dándole ánimos. Fue imposible saber cuál fue su respuesta bajo el velo.

Al ver que Rivalen no continuaba, Alusair le hizo una pregunta.

—¿Tienes algo que añadir, príncipe? ¿Tal vez mataron a alguien al huir?

Rivalen se quedó pensando un momento, después negó con la cabeza.

—Hubo un herido, el propio Malik, pero sobrevivió. Su único delito en el Enclave de Refugio fue el robo. El Supremo se mostrará agradecido si le son entregados para responder de ello.

—Por supuesto —dijo Alusair, y se volvió hacia Ruha—. ¿Tienes algo que decir antes de que te entregue al príncipe?

—Sólo que es un error actuar con tanta precipitación. —Ruha miró a Myrmeen Lhal en busca de apoyo, luego se apoderó de ella el abatimiento al ver que la señora

de Arabel evitaba mirarla. Volviendo la mirada otra vez a Alusair continuó—: Te doy mi palabra como Arpista...

—Si se me permite —interrumpió Galaeron. Incluso en Evereska había tenido suficiente trato con la política como para saber que la verdad pocas veces es lo más valorado en semejantes discusiones. Se dirigió directamente a Alusair—. Los regalos de los shadovar tienen un precio...

—Todo regalo tiene un precio —le espetó Alusair—. Si pretendes hacer perder el tiempo a la corona con esas tonterías, me quedaré con tu lengua antes de entregarte a Rivalen.

La confianza de que había hecho gala el elfo un momento antes se desvaneció. Había interpretado la situación correctamente, estaba más seguro que nunca de eso, pero no había previsto lo astuta que era la Regente de Acero y lo irritable que se mostraba cuando pensaba que la estaban manipulando. Tragó saliva y volvió a intentarlo.

—El precio de este regalo es más alto de lo que tú piensas. —Galaeron miró de reojo a Rivalen, quien captó su mirada y le hizo una seña despectiva de que continuara. Así lo hizo—: Las sequías e inundaciones que ha estado sufriendo Cormyr han sido causadas por los shadovar.

Myrmeen y Dauneth suspiraron ostensiblemente, y Vangerdahast dio la impresión de estar conteniendo la risa.

Alusair se volvió a mirar al príncipe Rivalen.

—Y bien, príncipe. ¿Qué tenéis que decir a eso?

Rivalen puso los ojos en blanco.

—Creo que no es necesario decir nada.

—Es cierto —insistió Galaeron—. Supongo que habréis oído hablar de los problemas en la Costa de la Espada. Los shadovar están derritiendo el Hielo Alto. Está afectando al clima de todo Faerun.

—¿Derritiendo el Hielo Alto? —dijo Vangerdahast arrastrando las sílabas—. No existe un conjuro de fuego tan poderoso, ni siquiera en el libro de Azuth.

—No están usando un conjuro..., están usando esto. —Galaeron señaló la manta de sombra que Aris llevaba al hombro—. Las están extendiendo por todas...

—Princesa Alusair —interrumpió Rivalen—. Me apena ver que este ladrón está derrochando el tiempo de la corona en estas tonterías. Si me permites que llame a algunos de mis señores...

—Un minuto más —dijo Alusair, arqueando las cejas al ver la nota de preocupación que había sonado en la voz del príncipe—. La ley de Cormyr exige que se dé al acusado la oportunidad de hablar antes de entregarlo.

La princesa indicó a Vangerdahast que se acercara a la manta, y Galaeron suspiró aliviado cuando el anciano salió de detrás de ella. Aris extendió la manta

amablemente y la colocó a una altura a la que pudiera llegar Vangerdahast, volviendo el lado más oscuro hacia la ventana para que pudiera absorber el calor del sol. El mago pasó la mano primero por un lado y después por el otro, y por la forma en que se abrieron sus ojos quedó claro que había notado con qué eficacia atrapaba el calor.

Galaeron echó una mirada a Rivalen y encontró los ojos dorados del príncipe fijos en él. En ese momento supo que lo había conseguido, y también el príncipe lo supo. Galaeron se dio cuenta de que de no haber sido por los conocimientos que Melegaunt había infiltrado en él secretamente, Rivalen lo habría matado allí mismo y hubiera huido hacia las sombras. Sin embargo, tal como estaban las cosas, el príncipe no tenía más remedio que seguir el juego un poco más.

Después de un rato, Vangerdahast sacó una varita mágica del interior de su capa y la pasó por encima de la manta de sombra, proceso que repitió otras tres veces. Por fin, dio un paso atrás, junto las manos a la espalda y no dijo nada.

Pasó un minuto completo antes de que Alusair le pidiera cuentas.

—¿Y bien?

Vangerdahast dio un salto como si se despertara de un sueño y miró alrededor con expresión alarmada y confundida.

—¿Y bien, qué? —preguntó el mago real.

Alusair señaló con un gesto la manta de sombra.

—La manta liminar —dijo—. ¿Puede hacer lo que dice el elfo?

Vangerdahast se volvió y estudió la manta como si la viera por primera vez, después se encogió de hombros y miró a otro lado.

—¿Cómo voy a saberlo? Yo no sé nada de magia de sombras.

Lo único que decayó más que la expresión de Alusair fue el corazón de Galaeron.

—¿Qué hay que entender? —gritó Galaeron dando un paso hacia el trono—. Basta con que pongas una mano...

—Es suficiente, elfo —dijo Dauneth Marliir cogiendo a Galaeron por un brazo y apoyando la punta de su daga en las costillas del elfo—. Ya has tenido tu oportunidad.

Rivalen mostró los colmillos a Galaeron y a continuación se volvió hacia Alusair.

—Si ya han acabado de hablar, princesa, ¿puedo llamar a mis señores?

Alusair levantó una mano en señal de aceptación, pero en ese momento Vangerdahast hizo un gesto.

—Ejem —carrasperó.

Incapaz ya de contenerse, Rivalen giró sobre sus talones y se enfrentó al mago.

—¿Y qué pasa ahora?

Vangerdahast le respondió con una sonrisa sintética.

—Nada que deba alterarte... En realidad, una mera formalidad —dijo volviéndose hacia Alusair—, pero la ley exige que se tenga la debida consideración con

cualquiera que solicite el juicio de la corona.

Alusair frunció el entrecejo, confundida.

—¿Y?

—Que esto no es la debida consideración —explicó el mago—. Para eso debes tomarte hasta mañana para estudiarlo.

—¿Que debe qué? —preguntó Myrmeen, intrigada—. ¿Dónde está escrito eso?

—En la *Norma Legal*, por supuesto —respondió Alusair, arreglándose las de algún modo para sonreír a Vangerdahast y simultáneamente mirar con expresión ceñuda a Myrmeen—. ¿Quieres decir que alguien del Consejo del Rey no se conoce su Iltharl?

Myrmeen quedó demudada.

—No, vaya, por supuesto que no —balbució frunciendo el entrecejo—. Es sólo que, eh, no había pensado que el, eh, el pasaje se aplicara a esta situación.

—Pues sí —replicó Alusair. Se volvió hacia Rivalen—. Lo siento, príncipe Rivalen, pero tendrás que esperar hasta mañana. Ya sabes..., las leyes pueden ser muy engorrosas.

—Es cierto. —Rivalen sonrió con los labios tirantes e inclinó la cabeza—. Supongo que tendrás instalaciones seguras.

—Oh, sí, sumamente seguras. —Alusair miró a su Alto Guardián—. Gauneth —dijo—, ocúpate de que los prisioneros sean alojados en la ciudadela..., y ponlos en la mazmorra profunda. Cuando el príncipe Rivalen vaya a por ellos mañana, quiero que estén allí.

Dando un manotazo al símbolo de protección de la pared, Vala agachó la cabeza, salió de la pequeña guarida y se escabulló a toda prisa por la antigua red del alcantarillado. Tenía un bulto palpitante del tamaño de un puño en la parte superior del muslo, y la propia herida rezumaba un líquido caliente. Por fortuna, el que había ocasionado las heridas de Vala había muerto sin depositar su huevo. Encontró la cosa en la cola del phaerimm cuando cortó el aguijón para añadirlo a su colección. Cuando la magia de levitación por fin hubo cesado, cayó sobre la criatura muerta y tuvo que esperar a que se pasara el efecto del veneno de paralización. Si el huevo hubiera sido implantado, todavía estaría encima del phaerimm muerto con la cara enterrada en sus entrañas.

En las circunstancias actuales, estando Vala atenazada por la fiebre, era impensable dar caza a su presa. Necesitaba todas sus fuerzas para avanzar cojeando por el túnel y evitando salpicar el vendaje con el líquido estancado en el fondo. Aunque la red de alcantarillado llevaba seis siglos sin usarse para el fin con el que había sido construida, la basura acumulada por tantos años de muerte y decadencia olía todavía peor que el contenido que le hubiera sido normal. Llegó a una «T» en el pasadizo, y cuando apenas había recorrido diez pasos por la bifurcación de la derecha, atisbo el extremo de una cola espinosa que desaparecía por otra esquina.

Vala entró en la bifurcación opuesta, frotó la mugrienta pared con el hombro y el brazo, dejando una marca bien visible en el moho, y luego volvió a la intersección y pegó bien la espalda al muro. Habiendo previsto que el pequeño phaerimm huiría hacia la derecha, Corineus estaba esperando cien pasos túnel arriba dispuesto a hacer volver a la criatura a su guarida. Vala habría preferido empujarla hacia la emboscada del baelnorn, pero su aura de frío hacía imposible que el lich-elfo tomara a nadie por sorpresa en las mazmorras.

El retumbo y el crepitar de una batalla de conjuros cada vez más próxima anunciaban el regreso de los phaerimm. Vala besó la hoja de su espada oscura y elevó una plegaria por su hijo por si Tempus decidía llamarla a sus filas, después mantuvo el arma preparada junto a la intersección. Poco después, una brillante luz anaranjada irrumpió desde la boca del túnel, cegando a Vala y quemándole la piel. La mujer se apartó y levantó su mano libre para protegerse la cara mientras una crepitante bola de fuego pasaba silbando y desaparecía en el pasadizo opuesto.

Vala abrió los ojos y lo único que vio fueron círculos anaranjados que estallaban como burbujas. Era posible que los phaerimm estuvieran a menos de diez centímetros de su cara disponiéndose a clavarle el aguijón de la cola en la garganta, o que se

mantuvieran al acecho tres metros más arriba, esperando a ver qué sacaba el conjuro de su escondrijo. Suponiendo que los phaerimm vendrían un poco por detrás del conjuro, contó tres segundos, descargó un golpe con su espada y dio contra algo sólido.

Una feroz ráfaga de viento recorrió la alcantarilla y se disipó casi de inmediato. Al ver que la espada caía libremente y tocaba el suelo y que ella todavía estaba viva, dedujo que al menos había herido a la cosa, y empezó a lanzar estocadas al azar en la intersección, trazando con la espada una figura defensiva en forma de ocho a la espera de que los puntos anaranjados se dispararan de su vista.

—Has matado al phaerimm —dijo Corineus desde su posición pasadizo arriba—. ¿Quieres matar también a su fantasma o es que ya no te sirvo de nada ahora que hemos destruido al último phaerimm?

—¿Está muerto? —Vala dejó de mover la espada pero no la volvió a su funda. Los phaerimm eran criaturas traicioneras, y aunque el casco shadovar la protegía de su control mental, no les resultaría difícil usar su magia para hacerse pasar por el baelnorn—. ¿Estás seguro?

—Lo estoy. —Una mano helada cogió la suya y guió la espada oscura hacia su vaina—. Aparta eso. Tengo algo que darte.

Vala envainó el arma, segura de la identidad del baelnorn. Se había acostumbrado tanto a su aura fría que casi no la había notado cuando le cogió la mano.

—Tendrás que decirme qué es —dijo—. Me temo que mis ojos están todavía un poco deslumbrados por esa bola de fuego.

—Es un tesoro de Myth Drannor.

Corineus le deslizó un anillo en el dedo y ella pudo verlo, no al baelnorn marchito al que había conocido durante sus pruebas en el Irithlium, sino a un alto elfo del sol de ojos con puntos de oro y una larga melena de pelo rojo y sedoso.

—Cuando lo lledes puesto de esta manera —dijo el elfo—, verás las cosas tal como son.

Le dio al anillo un cuarto de vuelta y la vista de Vala volvió a la normalidad, es decir que no podía ver nada ya que no tenía la mano sobre la espada oscura.

—Cuando lo lledes de esta otra manera nadie sabrá que lo tienes puesto. —Le dio otro cuarto de vuelta—, y cuando lo lledes así, nadie podrá verte.

Corineus empezó a retirar la mano helada, pero Vala la cogió entre las suyas.

—Ya sabes que maté a los phaerimm por razones personales —dijo—. No es necesario que me des ningún regalo.

—Yo creo que sí, Vala Thorsdotter. —Corineus retiró la mano de entre las suyas y se apartó—. He visto un poco del futuro mientras estábamos juntos.

El aura fría empezó a desvanecerse lentamente. Vala giró el anillo y vio al phaerimm muerto flotando en el agua. Estaba cortado en dos trozos tan largos como

su brazo. Los apartó y miró hacia abajo por el túnel por el que había venido, donde la noble figura de Corineus empezaba a desvanecerse en la oscuridad.

—Gracias, Corineus —le dijo—, y no sólo por el anillo.

Corineus rotó la cabeza sobre los hombros y le dedicó una ancha sonrisa que le recordó a la sonrisa juguetona de Galaeron... cuando todavía sonreía.

—Gracias, Vala Thorsdotter —respondió—, y no sólo por matar a los phaerimm.

Teniendo en cuenta lo que son las mazmorras, la que estaba debajo de la ciudadela de Arabel era más acogedora que la mayoría, y sin duda más acogedora que las atestadas celdas de la Guardia de Tumbas de Evereska, donde a los profanadores de criptas se los obligaba a permanecer de rodillas con los brazos en cepos y amordazados. En ésta, Galaeron y Ruha estaban sentados en jaulas independientes, mientras que Aris estaba encadenado a una pared en la cámara de interrogatorios que había fuera. No había ratas, sólo los típicos parásitos humanos como pulgas y piojos. Salvo por el hedor acre del aceite de mala calidad usado en las lámparas de la pared, el lugar ni siquiera olía mal.

Pero era una cárcel segura. Aris había se había pasado media noche rascando el mortero en torno al anclaje de sus cadenas y lo único que había conseguido había sido lastimarse los dedos. Ruha había probado con media docena de conjuros y la magia se desvanecía tan pronto como salía de sus dedos. Galaeron había dado puntapiés contra el cerrojo de la puerta hasta que un retumbo amenazador sonó sobre sus cabezas, y al mirar hacia arriba se dio cuenta de que el techo de la celda estaba formado por una serie de bloques encajados cuya piedra de toque estaba apoyada sobre la misma jamba en la que él descargaba los golpes. Temeroso de que sus intentos pudieran costarle la vida, abandonó la idea de escapar de su celda.

Galaeron apretó la cara contra los barrotes y trató de ver si había alguien en el puesto de guardia, situado al final de la fila de jaulas e imposible de ver desde el interior de una celda. Pudo ver que había luz reflejada en las paredes, pero ninguna sombra que hiciera pensar que pudiera haber alguien de pie y en movimiento.

—No hay nadie ahí —susurró Aris, cuya voz sonó como el viento entre los árboles—. La última ronda tuvo lugar hace aproximadamente una hora.

—Estos cormyrianos tienen sus mazmorras por muy seguras —observó Galaeron.

—Y tienen razón para ello —dijo Ruha, hablando desde la esquina de su celda—. No veo que tú sigas dando golpes, y la defensa contra conjuros ha podido con todo lo que intenté.

—Entonces no tenemos elección, ¿no os parece? —Galaeron se apartó de la puerta y empezó a rebuscar en sus bolsillos con la esperanza de que los guardias hubieran omitido algunas hebras de sedasombra cuando los revisaron—. Yo puedo hacer que salgamos de aquí.

Aris abrió mucho los ojos, alarmado.

—¿Cómo?

—Su protección contra conjuros no puede detener la magia de sombras —dijo—, y como a Rivalen no se le ocurrió instaurar la suya propia...

—No, Galaeron —se negó Ruha—. Es demasiado arriesgado para ti formular otro conjuro de sombra.

—Lo que es demasiado arriesgado es esperar aquí a Rivalen. —Encontró una hebra de sedasombra y empezó a hacer con ella un lazo cerrado—. Haré que salgamos de aquí con un conjuro.

—¿Y después qué? —inquirió Aris—. ¿Esperar a que todos contemos contigo otra vez y dejar que tu sombra nos mate a todos?

Galaeron abandonó el intento y miró al otro lado de la reja.

—Siento lo del Saiyaddar, Aris. De veras que lo siento. Si te hubiera dejado abandonar la manta de sombra no habrías estado tan ávido de agua.

—Y tú no hubieras tenido nada que mostrarle a Storm —interrumpió Aris—. No fue lo que hiciste, amigo, sino por qué. Cuando tu ser sombra toma el control pierdes de vista lo que está bien y sólo piensas en vengarte.

—Tengo derecho —dijo Galaeron, irritado por la lección del gigante—. Telamont estaba tratando de hacer aflorar a mi sombra, y Escanor..., bueno, no importa Escanor.

—Ibas a decir que Escanor te había robado a Vala —le espetó Aris—. Pero sabes que no fue así. Sabes que fuiste tú quien la alejó.

—Tienes razón —replicó Galaeron—, pero lo puedo ver ahora. Ahora soy yo el que controla.

A pesar de su reconocimiento, Galaeron empezó otra vez a atar la sedasombra. Aris intercambió con Ruha una mirada de preocupación y la bruja pasó un brazo entre los barrotes y cogió a Galaeron del brazo.

—No eres tú el que controla ahora, Galaeron —dijo Ruha—. Tu sombra está tratando de inducirte a cometer otro error.

Deslizó su mano hasta la de él y trató con suavidad de desprender la sedasombra de sus dedos. El la sujetó con fuerza.

—Storm enviará ayuda —le aseguró Ruha—. Ya le he comunicado que tenemos problemas.

Galaeron empezaba a preguntarse cómo podía transmitir un mensaje a través de las protecciones mágicas cuando recordó que éstas estaban hechas de magia del Tejido. Storm formaba parte de los Elegidos, y por eso bastaba con que Ruha pronunciara su nombre y el Tejido podía llevar unas cuantas palabras pronunciadas a continuación hasta los oídos de Storm. Lo que no podía hacer, sin embargo, era transmitir una respuesta.

—¿Sabes que vendrá? —preguntó Galaeron—. ¿Lo sabes con certeza?

Los ojos de Ruha siguieron fijos en los suyos.

—No, pero es más sensato confiar en ella que creer que tú puedes controlar a tu sombra cuando es tan evidente que es ella la que te controla a ti. Por el momento, preferiría confiar mi vida a Malik.

Las palabras sinceras de la bruja fueron suficientes para recordarle a Galaeron el remordimiento que había sentido después de que Aris resultó herido y para hacerle ver que sólo estaba usando su situación como excusa para formular un conjuro y sentir el acceso de la fría magia de sombras en su cuerpo. Era una sensación casi física, como tener sed y querer agua o estar agotado y ansiar el sueño, y era igualmente difícil de negar. El Tejido de Sombra estaba siempre allí, a su alcance, invitándolo a extender la mano y tocarlo.

Galaeron soltó la hebra de sedasombra y miró mientras Ruha formaba con ella una pequeña bola y la arrojaba a la llama de la lámpara. Erró el tiro, pero la bola rebotó en la pared y cayó en la oscuridad, perdiéndose.

—¿Sabéis lo que pasará si Rivalen me lleva de regreso a Refugio? —preguntó Galaeron dirigiéndose tanto a Ruha como a Aris—. Que no podré impedir que Telamont haga salir a mi sombra. Sería mejor salir los tres de aquí y dejar que sucediera ahora, cuando vosotros dos todavía podéis hacer algo al respecto.

—Sólo un tonto podría considerarnos capaces —dijo Aris—. Tu sombra te sigue tentando, Galaeron. Si cedés ante ella, aunque sea un minuto, estamos perdidos.

—Confía en Storm —le aconsejó Ruha—. Yo lo hago, y seré la primera en morir si nos llevan a Refugio.

Era cierto, y Galaeron lo sabía. El talento de Aris podía servir para que le perdonaran la vida, eso si podía encontrarlo dentro de sí para seguir esculpiendo. El propio Galaeron se mantendría vivo y corrompido y hasta era posible que pudiera encontrar una manera de vencer a su sombra, pero Ruha sólo representaba un problema para los shadovar. El interrogatorio al que sería sometida a su regreso revelaría que era una agente de los Elegidos, si es que Telamont no lo sabía ya a esas alturas, y Galaeron ni siquiera quería pensar en el destino que les esperaba a los espías en el Enclave de Refugio.

Galaeron asintió.

—Muy bien —dijo apartándose de los barrotes y sentándose en el banco que le servía de camastro—. Si estáis dispuestos a confiar en que Storm nos salve, entonces yo también debería.

—Pero ¿lo estás? —preguntó Aris—. Debes prometernos que no vas a usar otra vez la magia oscura, aunque eso signifique nuestra muerte.

Galaeron meneó la cabeza.

—Sólo puedo prometer que lo intentaré.

—Eso no es una promesa —replicó Ruha—. Intentarlo es fácil. Hacerlo es lo difícil.

Galaeron apartó la mirada. Ya había roto esa promesa una vez, de modo que sabía lo difícil que iba a ser cumplirla, todavía más difícil que la última vez, tal vez imposible, pero Ruha tenía razón. Tratar era fácil, y escoger el camino fácil había hecho que se precipitara hacia el desastre desde el principio. Había roto la Muralla de los Sharn y liberado a los phaerimm cuando ordenó a su patrulla que atacara con proyectiles mágicos en lugar de usar sus espadas. Había dejado que su sombra se le deslizara dentro cuando hizo caso omiso de la advertencia de Melegaunt y usó más magia de sombra de la que tenía poder para controlar. Había soltado a los shadovar sobre Faerun cuando trajo su ciudad voladora al mundo para salvar a Evereska de los phaerimm. Había perdido a Vala cuando había sido lo bastante tonto como para creer que Telamont Tanthul le enseñaría a controlar a su ser sombra. Y a punto había estado de perder a su mejor amigo por conseguir una venganza fácil. Había llegado la hora de tomar el camino difícil.

Galaeron miró al otro lado de la cámara de interrogatorio y dijo.

—Tenéis razón. Tenéis mi palabra de Guardián de Tumbas de que no volveré a usar mi magia de sombras nunca más.

Aris hizo un breve gesto afirmativo.

—Bien, entonces ya has vencido a los shadovar.

—La derrota está en mantener la palabra —dijo Ruha—, pero ya es un comienzo.

La bruja regresó a su propio camastro y volvieron a sumirse en el silencio. Aris volvió a tirar de sus cadenas y a rascar el mortero que las sujetaba. Ruha y Galaeron trataron de pensar en una manera de escapar que no implicara el uso de la magia de sombra. Un poco más tarde, dos centinelas nocturnos entraron y se sentaron a ambos lados de la mesa del puesto de guardia. Compañeros habituales de guardias nocturnas sin duda, intercambiaron algunas palabras gruesas en un intento poco entusiasta de mantenerse despiertos, pero al cabo de unos minutos estaban roncando. A Galaeron no le sorprendió. El aburrimiento es el mayor enemigo del que vigila, y sobre todo en una mazmorra donde la posibilidad de fuga parecía tan remota.

Un cuarto de hora después, los ronquidos cesaron con un gorgoteo final. Un par de cuerpos vestidos con armadura cayeron estrepitosamente al suelo y Aris abrió mucho los ojos. Galaeron apretó la cara contra los barrotes y miró hacia el puesto de guardia. Los centinelas yacían en el suelo y sólo se veían sus pies. Estaban rodeados por un círculo tenebroso que lo mismo podría ser sangre o sombra. Sin su visión oscura, a Galaeron le resultaba imposible distinguir entre una cosa u otra. Rivalen y media docena de shadovar salieron de las sombras detrás de ellos.

Galaeron sintió que se le secaba la garganta. El momento había llegado antes de lo que esperaba, pero sabía que su tentación hubiera sido la misma por la mañana, o en cualquier momento. El cuerpo le dolía demasiado como para formular un conjuro. Se sentía febril y hueco y ávido de la fresca sensación del Tejido de Sombra, pero

incluso dejando de lado su promesa, era demasiado tarde para eso. No obstante, cuando sus ojos se encontraron, Galaeron mantuvo una tranquila compostura e hizo un despreocupado gesto con la cabeza.

—Todavía es temprano, ¿no? —dijo.

—Me cansé de esperar.

Rivalen hizo que tres guerreros se ocuparan de Aris, otros dos de Ruha y que el último lo acompañara hasta la celda de Galaeron.

—A decir verdad —reveló el príncipe—, estaba empezando a temer que hubieras encontrado alguna manera que no fuera la magia de sombra para abandonar la mazmorra.

Galaeron meneó la cabeza

—No, he dejado de usar la magia de sombra.

Rivalen lo contempló con mirada descreída.

—Sí, claro. Se acercó hasta la puerta de Galaeron y se quedó un momento estudiando su celda, después le indicó que retrocediera—. De rodillas, si no te importa.

Galaeron obedeció, aunque tuvo buen cuidado de colocar los dedos debajo del cuerpo para poder ponerse en pie de un salto. Para no mirar hacia arriba, hacia la piedra de toque del techo y delatar cuáles eran sus planes, mantuvo los ojos fijos en Rivalen.

—¿A qué viene tanta prisa? —preguntó—. Unas cuantas horas más y no hubieras tenido que secuestrarnos.

El príncipe sacó un juego de ganzúas del bolsillo y se arrodilló frente a la puerta.

—Dentro de unas cuantas horas habrías escapado y estarías en otro reino tratando de traicionar al Supremo otra vez.

—En realidad no —dijo Galaeron—, pero no deja de haber algo de verdad en lo que dices.

Guardó silencio mientras el príncipe hacía su trabajo. Al otro lado de la cámara de interrogatorios, la escolta de Aris había acabado de atarle las manos y los tobillos al gigante con una cuerda de sombra y empezaba a tratar de soltar las cadenas que lo amarraban a la pared. El gigante seguía forcejeando con manos y pies, complicándoles la tarea hasta tal punto que uno de ellos desenvainó la espada.

—Aris, no hagas que te hieran —le ordenó Galaeron. Empezaba a ver una forma de ayudar a Aris y a Ruha a escapar, pero necesitaba que el gigante estuviera libre de cadenas—. No vale la pena.

—Sí, debes cuidar tus manos —dijo Rivalen, ocupado todavía con la cerradura de Galaeron—. El Supremo las valora casi tanto como los secretos de Melegaunt que guarda Galaeron.

Los que escoltaban a Ruha habían conseguido abrir su celda y le hacían señas de

que saliera. Mientras se acercaba a la puerta miró por encima del hombro y enarcó las cejas.

—Al menos estarás en la misma ciudad que Malik —dijo Galaeron, indicándole que fuera hacia la cámara de los interrogatorios—. Suponiendo que esté todavía con vida.

—Lo está, ciertamente —afirmó Rivalen—. Después de haber traicionado tu plan se ha convertido en un favorito del Supremo.

El mecanismo de la cerradura de Galaeron cedió por fin. El príncipe sonrió y retiró las ganzúas.

Galaeron se puso en pie de un salto y se lanzó contra la jamba de la puerta con toda la fuerza que pudo reunir en dos pasos.

—¡Corred! —gritó—. Salvaos.

El príncipe movió una mano oscura hacia él y Galaeron salió despedido y chocó contra el fondo de la celda con tanta fuerza que se quedó sin respiración. Se deslizó hasta el suelo y a continuación se encontró flotando a través de la puerta mientras seguía tratando de recobrar el aliento.

—¿Pensaste que no me daría cuenta de tu plan? —preguntó Rivalen, manteniendo a Galaeron suspendido ante él—. Además de ingrato eres necio. Si vuelves a intentar alguna tontería, Weluk le cortará el cuello a la bruja.

Uno de los que vigilaban a Ruha le apoyó una daga cristalina en la garganta, y el asistente de Rivalen empezó a atar las manos del elfo.

—Los shadovar tenéis una idea muy peculiar de lo que es la gratitud —dijo Galaeron—. Si piensas que os voy a ayudar a destruir Faerun para salvar Evereska, estás equivocado.

—Ya cambiarás de forma de pensar —le aseguró Rivalen—. Y no tenemos el menor deseo de destruir Faerun.

—Entonces vuestros deseos no coinciden con vuestras acciones —replicó Ruha sin hacer el menor caso del cuchillo que amenazaba su garganta—. Ya has tenido ocasión de comprobar lo que la fusión del Hielo Alto está haciendo a la Costa de la Espada y a las Tierras Centrales. Estáis matando de hambre a naciones enteras.

—Los shadovar hemos pasado diecisiete siglos de hambre y hemos resistido —le espetó Rivalen—. Si los reinos de Faerun son demasiado débiles para sobrevivir a unas cuantas décadas de hambre para que las tierras netherilianas puedan volver a ser fértiles, entonces es que no estaban destinados a perdurar.

—Debo discrepar de eso —dijo una familiar voz femenina llena de furia—. Y lo mismo harían Aguas Profundas, Luna Plateada, las Tierras del Valle e incluso Thay, estoy segura.

Un estrépito tremendo llenó las mazmorras cuando una compañía entera de Dragones Púrpura salió literalmente de la pared opuesta de la cámara de

interrogatorios, seguidos de cerca por Alusair Obarskyr, Vangerdahast y Dauneth Marliir. Galaeron quedó aturdido al comprobar que había estado toda la noche frente a una ilusión sin darse cuenta.

Galaeron echó una mirada a Ruha y ella meneó la cabeza. La cuestión se mantuvo en el terreno de la duda. Su confianza en Storm no se debía a que sabía que los estaban vigilando.

Alusair se volvió hacia un fornido sacerdote que salió junto con ella del muro y señaló a los dos centinelas que yacían en el suelo en el puesto de guardia.

—Owden —dijo—, ¿te importaría?

—Por supuesto que no, princesa.

El sacerdote salió silenciosamente. Alusair, vestida con una armadura completa de plata martillada, cruzó la cámara de interrogatorios hasta donde estaba Rivalen.

—¿Serás tan amable de devolver los prisioneros a sus celdas, príncipe? —dijo, señalando a Galaeron y a Ruha—. Todavía no es de día.

Rivalen echó una mirada a la estancia, y al ver varias docenas de ballestas que no apuntaban exactamente hacia él, pareció confundido. Hizo una reverencia pero no dio la orden, pensando al parecer que puesto que todavía no estaba siendo atacado, se debía a que Alusair o bien no había oído todo lo que había dicho o no lo encontraba indefendible.

—Te pido que me perdones, majestad —se excusó—, no pretendía ser presuntuoso, pero temeroso de que el elfo hiciera uso de su magia de sombra para escapar, asigné a algunos de mis hombres a la vigilancia de su prisión.

Alusair no dijo nada, pero miró hacia el puesto de guardia, donde aquel al que había llamado Owden estaba arrodillado junto a los centinelas caídos. Levantó la vista y meneó la cabeza.

Rivalen cubrió rápidamente la situación.

—En realidad, mi precaución estaba justificada. Descubrimos una espiral de sombra afuera y la seguimos hasta esta mazmorra. —Señaló con una mano a los guardias caídos—. Ay, llegamos demasiado tarde para salvar a tus hombres, pero conseguimos capturar al elfo y a sus cómplices que trataban de huir.

—¡Eso es mentira! —dijo Aris con voz tonante—. Estábamos...

Vangerdahast hizo un gesto y los labios del gigante siguieron moviéndose sin sonido. Aris puso una mueca de contrariedad y meneó la cabeza negando airadamente. Si Alusair lo notó, no le prestó atención y siguió mirando a Rivalen.

—Cormyr te agradece tu vigilancia —dijo la princesa—, pero los prisioneros todavía no han sido devueltos a sus celdas.

Los que escoltaban a Ruha empezaron a llevarla a su celda. Rivalen les dijo algo en netheriliano antiguo que los obligó a pararse en seco, luego se volvió a Alusair con una sonrisa.

—Falta poco para el amanecer, princesa. Teniendo en cuenta lo cerca que han estado los prisioneros de escapar, seguramente podemos robarle unas horas a la noche.

Vangerdahast frunció el entrecejo y avanzó tambaleándose.

—No es así como funciona la ley en Cormyr, príncipe Rivalen. —Señaló con un dedo retorcido por la edad los barrotes que había detrás de Galaeron— Libera sus ataduras y devuelve los prisioneros a sus celdas u ocupa su lugar.

Los ojos dorados de Rivalen adquirieron un brillo casi blanco ante la amenaza. Miró al viejo mago con desdén y luego se volvió hacia Alusair.

—Si ése es el deseo de la corona, entonces, por supuesto, obedeceremos.

Vangerdahast señaló con un dedo a los guardias de Ruha y pronunció una palabra mágica. Los dos fueron lanzados contra la pared del fondo de la celda con fuerza suficiente para aplastar sus negras armaduras y dejarlos tirados en el suelo.

—La corona ya ha formulado su deseo —dijo Alusair, haciendo una señal a un grupo de Dragones Púrpuras para que rodearan a Rivalen y a los demás—. ¿Quieres desatar a los prisioneros, príncipe?

Rivalen vaciló, y Galaeron sintió la magia fría del Tejido de Sombra que crecía al prepararse el príncipe para trasladarlo al enclave.

—Adelante, Rivalen —dijo—. Secuéstrame ahora y todo Faerun sabrá que estoy diciendo la verdad.

La oleada de magia fría se desvaneció y Galaeron lamentó instantáneamente sus palabras. Un segundo más y él hubiera estado de vuelta en el Enclave de Refugio, sin más opción que sumergirse en la sombra. Se soltaron las ataduras de las manos de Galaeron por iniciativa propia, y Rivalen lo empujó por la puerta de la celda con fuerza suficiente como para hacer que rebotara en la pared del fondo y cayera al suelo.

—Nos entregarás a los prisioneros al amanecer. —Aunque Rivalen intentaba que la frase sonara como una orden en lugar de una petición, el simple hecho de pronunciarla hizo que la pregunta quedara implícita—. Al Supremo le costaría entender que un amigo diera cobijo a prófugos de su justicia.

—¿De verdad?

Alusair asintió y Vangerdahast hizo un movimiento con su dedo torcido. Las puertas se cerraron, dejando a Galaeron en su celda y a los dos shadovar en la otra. Los dragones púrpura escoltaron a Ruha y se colocaron entre Aris y los shadovar que lo habían tenido prisionero.

Alusair miró a Rivalen, que observaba todo esto.

—Pero sí entendería que se dejase a sus amigos morir de hambre. —Le dedicó una sonrisa helada y luego repitió las palabras que él había dicho antes—. Al fin y al cabo, si los reinos de Faerun son demasiado débiles como para sobrevivir a unas

cuantas décadas de hambre para que las tierras netherilianas puedan volver a ser fértiles, entonces es que no estaban destinados a perdurar.

La cara de Rivalen se oscureció tanto que a punto estuvo de desaparecer.

—Majestad, para entender mi comentario, debes conocer el contexto.

—Supongo que es verdad. —Alusair dio un paso hacia el príncipe con una actitud más propia de un guerrero que reta a otro que de alguien poderoso que entrega un mensaje—. ¿Eso quiere decir que los shadovar no están derritiendo el Hielo Alto?

Rivalen lanzó una mirada despectiva hacia donde estaba Galaeron.

—La princesa seguramente sabe que todo reino tiene sus detractores. Que un elfo descontento diga algo no significa que eso sea verdad.

—Ésa no es una respuesta —insistió Alusair—. ¿Son los shadovar responsables de cambiar el clima de Faerun o no?

—¿Nosotros, majestad? —inquirió Rivalen con aire sorprendido—. Nosotros somos sólo una ciudad.

—Una ciudad netheriliana, y las ciudades netherilianas han hecho cosas peores —replicó Alusair, refiriéndose sin duda a la arrogancia causante de la caída de la diosa Mystryl alterando el Tejido para siempre. Volvió la cabeza por encima del hombro y dijo—: Myrmeen ¿has visto bastante ya?

—Así es, majestad.

Myrmeen Lhal atravesó el muro ilusorio acompañada de media docena de nobles de Arabel que transportaban la manta de sombra confiscada a Galaeron y a sus compañeros. Dio instrucciones a los nobles de que dejaran caer la manta a los pies del príncipe.

—Ahí está la propiedad robada al Enclave de Refugio —dijo—. Tú y el resto de los shadovar que permanecen en Arabel podéis volver junto a tu padre y transmitirle nuestro agradecimiento.

—No lo entiendo —protestó Rivalen tratando de conseguir tiempo para pensar—. ¿Nos ordenas que abandonemos la ciudad?

—Te estoy ordenando que salgáis de Arabel... y de todo Cormyr, tú y todos los shadovar —aclaró Alusair—. No seréis bienvenidos aquí hasta que dejéis de derretir el Hielo Alto.

—¿Nos estás negando el derecho que tenemos por nuestro nacimiento? —Rivalen se quedó boquiabierto, cambiando de táctica en el instante mismo en que se hizo evidente que sus mentiras habían quedado al descubierto—. ¿Con qué derecho te atreves?

Era lo peor que podría haberle dicho a Alusair Obarskyr. La princesa dio un paso adelante hasta que su nariz estuvo pegada al pectoral de la armadura del enorme shadovar.

—Por el derecho de la ley... y de las armas. —Lo empujó al interior de la celda de

Galaeron y luego se volvió hacia Dauneth Marliir y señaló a los otros dos shadovar que ocupaban la que había sido la celda de Ruha—. ¿Fueron éstos los que mataron a los guardias?

Dauneth se encogió de hombros.

—Tal vez, majestad. Resulta difícil distinguir a un shadovar de otro.

—Bueno, no tiene importancia —dijo Alusair—. Al menos formaban parte del grupo que mató a los dos guardias. Ejecutadlos.

—Por supuesto, majestad.

Rivalen abrió la boca para protestar, pero Dauneth ya estaba bajando el brazo. Dos docenas de ballestas se dispararon y atravesaron a los dos shadovar con sus dardos de hierro. Ambos guerreros cayeron sin un grito, con las caras y las gargantas atravesadas por virotes disparados con mano experta.

Alusair se volvió hacia Rivalen.

—Creo que eso deja clara nuestra posición, ¿no es cierto?

Vala salió renqueando de la umbría entrada del Irithlium y encontró al príncipe Escanor con una compañía completa de shadovar en el patio cegado por los árboles. Tenían puestas las armaduras y llevaban las vítreas espadas listas para el combate. Estaban divididos en escuadrones de doce hombres, cada uno de ellos bajo el mando de un colmilludo señor de las sombras. Al ver a Vala que se acercaba, un murmullo de incredulidad, o tal vez de alivio, recorrió las filas y las puntas de las espadas empezaron a apuntar al suelo. Enarcando las cejas ante la inesperada recepción, comprobó que el anillo que le había dado Corineus estaba en la posición indetectable, cogió las colas de phaerimm que llevaba colgando de su cinturón y se presentó ante Escanor.

—¿Has venido a cumplir tu promesa, Escanor? —preguntó.

Escanor cerró la boca abierta por el asombro.

—¿Mi promesa?

—Por matar a los phaerimm ocultos bajo el Irithlium. —Vala le puso las colas en la mano con cierta arrogancia—. Aquí hay seis colas. Puedes contarlas.

El príncipe miró las colas y le dedicó una sonrisa irónica.

—Realmente impresionante, pero no. Cuando hice la promesa la verdad es que no pensaba que volverías.

—Lo que pensabas importa menos que lo que hagas ahora al respecto —dijo Vala—. ¿O es que los príncipes de Refugio son hombres que no cumplen su palabra?

—Por desgracia, eso no será posible —repuso Escanor, a quien se le borró la sonrisa. Le devolvió las colas de los phaerimm y luego cogió a Vala por la muñeca—. Precisamente venía para llevarte ante el Supremo. Parece que por fin ha localizado a Galaeron.

El príncipe se dio la vuelta y, arrastrándola tras de sí, empezó a caminar. A los dos

pasos, su cuerpo se había vuelto diáfano y fantasmal. Dos pasos más y estaban totalmente inmersos en la sombra y el suelo que pisaban era tan blando como el agua. Vala trató de desasirse, pero dejó de forcejear cuando experimentó una extraña sensación de caída en el vacío y el brazo de su captor se estiró convirtiéndose en una retorcida cuerda de oscuridad. Vala giró su anillo mágico para poder ver el aspecto real de las cosas.

El torbellino de oscuridad que la rodeaba se convirtió en un vacío perlado, sin movimiento. Más que color gris lo que había era falta de color. Escanor era un corazón negro que latía dentro de una jaula de negras costillas, sin miembros ni cráneo, con dos llamas cobrizas donde deberían haber estado los ojos y un manojo de atisbos de dedos sujetando el brazo de Vala.

Los fieros ojos del príncipe se volvieron en su dirección y ella se apresuró a girar el anillo a la posición de ocultamiento, con lo cual él volvió a ser la figura sombría de un momento antes.

—Camina —dijo.

El príncipe dio un paso y recuperó la solidez. Vala lo siguió. El suelo se endureció bajo sus pies y volutas de sombra empezaron a unirse formando cintas humeantes. Las voces de murmuradores anónimos subían y bajaban en la oscuridad circundante. Poco a poco, un grupo de murmullos fue asumiendo los tonos más plenos de la conversación normal, y Vala reconoció la voz sibilante de Telamont Tanthul, el Supremo. Estaba hablando a alguien con tono destemplado, gritando más bien, y había un murmullo airado en torno a él.

Las figuras de varios señores de las sombras aparecieron en las tinieblas que rodeaban el trono de Telamont. Los más próximos al estrado eran los príncipes Rivalen y Lamorak, y Hadrhune estaba un poco más abajo en la escalinata. Vala vio con sorpresa que Malik ocupaba un escalón entre el senescal y los príncipes y que sus cuernos ya no se ocultaban bajo el turbante. A Galaeron no se lo veía por ninguna parte. Escanor pasó por delante de los señores y se detuvo al pie del estrado.

—¿... permitir que ella me imponga sus condiciones? —decía el Supremo con tono airado—. ¿Después de todo lo que hice para reconstruir aquella ruina de reino?

—Supremo, si esa ramera se hubiese atrevido a decir una sola palabra contra ti, yo mismo hubiera acabado con ella —dijo Rivalen, sometiéndose visiblemente ante la ira de su padre—. Como sus invectivas iban dirigidas sólo contra mí, pensé que era mejor aguantarlas y volver para consultarte.

—¿Volver sin el elfo?

—Era imposible traerlo —dijo Rivalen.

El Supremo esperó en medio de un silencio expectante.

—Mientras fue posible, todavía tenía esperanzas de mantener a salvo nuestra relación con Arabel —continuó el príncipe—. Conozco el valor que das a controlar

las ciudades fronterizas.

El Supremo siguió en silencio, aunque la sensación de expectación que impregnaba el aire había desaparecido. Vala cruzó las manos delante del cuerpo, cubriendo el regalo de Corineus, y dio vuelta al anillo con el pulgar. Las tinieblas se convirtieron en una niebla tan leve que pudo ver que la sala del trono era en realidad un enorme patio rodeado a la distancia por líneas oscuras que Vala supuso eran paredes. Más allá del estrado que había frente a ella se elevaban las formas de muchas otras plataformas cuyas siluetas se volvían menos definidas cuanto mayor era la distancia, pero rodeadas todas ellas por un círculo de señores de las sombras similares a los que rodeaban a Vala y a los príncipes.

Los propios señores de las sombras eran figuras arrugadas, de aspecto demoníaco, con ojos hundidos en un cerco rojo y una piel negra y curtida que en muchos casos presentaba marcas blancas. Rivalen y Lamorak tenían un aspecto mucho más parecido al que había observado en Escanor durante el viaje desde Myth Drannor, con ligeras diferencias en la forma en que su esqueleto estaba conectado a las costillas negras que rodeaban sus negros corazones. Lo sorprendente era que Hadrhune parecía el mismo que antes de que Vala hubiera girado el anillo, lo mismo que Malik, salvo por el hecho de que se mantenía más erguido y era mucho más enjuto y fuerte que la idea que Vala tenía de él.

Por último, Telamont hizo que el corazón de Vala estuviera a punto de salirse por la boca al dar un grito.

—¡Traidora!

Al principio no estaba claro a quién se dirigía el Supremo, que era sólo un par de ojos de platino flotando en una columna de oscuridad que vagamente recordaba la forma de un hombre. La niebla grisácea que llenaba la sala del trono parecía fluir a través de él, penetrando su «cuerpo» en la zona de los pies y saliendo por las manos. En la zona que quedaba por detrás de uno de los ojos, en lo que debería haber sido la sien, había algo negro y arrugado, cuyo tamaño era aproximadamente la mitad del puño de Vala, que palpitaba al ritmo de las palabras del Supremo.

—¡Esto es obra tuya, ingrata vaasan!

Vala giró el anillo a su posición oculta y se encontró con que la capucha llena de tinieblas del Supremo estaba orientada hacia ella y que la estaba señalando con la manga extendida.

Rogando que Telamont no hubiera percibido su anillo mágico, Vala alzó el mentón y se obligó a sostener su mirada furiosa.

—¿Mía, Supremo? Yo ni siquiera me he acercado a Cormyr.

—Tú sabías cuáles eran sus planes antes de que se fuera, ¿no es verdad?

Lo último que Vala estaba dispuesta a admitir era su complicidad en la huida de Galaeron, pero lo más seguro era que Malik ya hubiera revelado cuál había sido su

participación, y ella era demasiado lista como para pensar que el Supremo se iba a dejar engañar por cualquier mentira que ella dijera.

—Así es —reconoció.

El Supremo guardó silencio y Vala sintió el peso de su siguiente pregunta tan tangiblemente como el del cuerpo de un camarada caído.

—Yo quise que se fuera —respondió—. Tú lo estabas entregando a su sombra en lugar de enseñarle a controlarla.

—Y sin embargo fuiste a Myth Drannor con Escanor.

—Para que no sospecharas e impidieras que se marchara —dijo Vala.

Otra vez el silencio, pesado y exigente.

—No quería marcharse sin mí —admitió Vala—. Tuve que convencerlo de que me había sacado de quicio y me sentía atraída por Escanor. Se marchó jurando vengarse de ti, de Escanor y de Refugio en general.

Telamont por fin dejó de mirarla, meneando la cabeza con gesto de incredulidad bajó del estrado y se colocó delante de Escanor.

—De gran parte de esto tengo yo la culpa —dijo—. No pensaba que su sombra lo controlara hasta tal punto, pero tú estabas ciego por los coqueteos de una mujer y permitiste que te usara contra el enclave, y por eso tú también merecerías ser ejecutado.

A Vala se le aflojaron las rodillas al oír aquello, pero Escanor se limitó a inclinar la cabeza.

—Si eso...

—¿Ejecutar? —interrumpió Malik acudiendo al lado del Supremo—. No puedes ejecutar a Vala.

—¿Tienes alguna objeción, hombrecillo?

—No, claro..., sólo que Vala es mi amiga y me rompería el desdichado corazón, el poco que el Uno me ha dejado, verla morir. —Malik frunció el entrecejo pensando en la maldición que lo hacía seguir hablando cuando hubiera sido mucho más prudente interrumpirse después de las primeras palabras. Después, aparentemente vio que no tenía nada que perder y siguió adelante—. Y lo más importante, le rompería el corazón a Galaeron.

—¿Y por qué habría de importarle eso al Uno, hombrecillo? —preguntó Hadrhune, bajando la escalinata para mirar por encima del hombro de Telamont—. El elfo es un ingrato y un traidor. Después de todo lo que le ha dado el enclave...

—Cierto —dijo Malik—. Pero es el ingrato y el traidor que el Enclave de Refugio necesita. Si matáis a Vala lo convertiréis en un enemigo implacable que sin duda morirá de alguna manera absurda tratando de vengarse de vosotros.

Telamont hizo un gesto alentador con la manga para que Malik siguiera hablando.

—Por otra parte —continuó el hombrecillo—, si mantenéis a Vala aquí, de alguna

manera que le cause gran dolor, y difundís por ahí la noticia de que realmente ama a Galaeron y sólo fue a Myth Drannor para que él pudiera salvarse, como Galaeron es tan noble y tan tonto sin duda volverá para tratar de rescatarla.

—Donde falla tu argumentación es en el hecho de que su sombra seguramente se ha apoderado ya de él —señaló Hadrhune—. Si así es, podrá ver a través de tu plan y nos evitará más que nunca.

—Parecía tener un gran control de sí mismo en Arabel —dijo Rivalen—. A decir verdad, parecía que estaba evitando la magia de sombra, a pesar de que podría haberla usado para liberarse y huir de nosotros.

—Si eso es cierto, entonces nuestro plan podría funcionar —dijo Hadrhune, el mismo ladrón de ideas de siempre. Se volvió para alinearse con la mirada de Telamont—. ¿Puedo sugerir los vertederos? No creo que haya tortura peor que mantenerlos limpios y despejados..., al menos ninguna tortura a la que sea dado sobrevivir.

Vala tuvo la desagradable sensación de saber qué eran los vertederos, pero no importaba mucho. Era capaz de soportar cualquier tortura que la mantuviera viva para poder volver junto a su hijo.

Telamont se quedó pensando en la propuesta de Hadrhune durante un momento, después asintió a medias con aire pensativo.

—Sin duda le daría al elfo una razón para volver a por ella rápidamente. —Volvió los ojos de platino hacia Malik—. ¿Qué opinas tú, mi bajito amigo?

Malik arqueó las cejas sorprendido.

—¿Yo?

—El plan es tuyo —dijo Telamont—. ¿Crees que los vertederos son la peor opción?

—Señor, realmente no conozco el Enclave de Refugio tan bien como para saber cuál es la peor tortura que puede ofrecer.

Malik guardó silencio un momento y luego su cara adoptó una expresión familiar de pesadumbre, y Vala tuvo un mal presentimiento.

—Sólo que se me ocurre que la tortura que más rápido podría hacer regresar a Galaeron es transformar a Vala en fregona en el palacio de Escanor y difundir la noticia de que él abusa horriblemente de ella por las noches.

Vala tragó saliva. Aunque la sugerencia de Malik era terrible, se consideraba capaz de sobrevivir a ella. Por volver al lado de Sheldon era capaz de soportar cualquier cosa.

—Y, por supuesto, debéis poner su espada oscura en algún lugar desde el cual no pueda responder a su llamada —añadió Malik—. La peor tortura para Vala es no poder ver a su hijo por la noche.

Hasta ese momento, Vala había sentido que tenía una deuda de gratitud con el

hombrecillo por salvarle la vida, pero por decirles que la privaran de sus visitas lo podría haber matado... De hecho lo habría hecho si la poderosa mano de Escanor no la hubiera sujetado por la muñeca para evitar que sacara la espada.

—Si no te importa —dijo Escanor—, déjala en la funda cuando la entregues.

En los ojos de Telamont hubo un destello de deleite.

—Creo que Malik tiene razón. —Se volvió a mirar al hombrecillo—. Estás comportándote como un asesor de gran valía.

Malik brilló de orgullo.

—Me alegra que estéis satisfecho con mis humildes servicios.

—Sí, nunca hubiera pensado que una de las maldiciones de Mystra pudiera beneficiar tanto al Enclave de Refugio. —Telamont abandonó el estrado y empezó a atravesar la sala del trono—. Acompáñame a la ventana al mundo, amigo mío. Debemos aplicar a Cormyr un castigo ejemplarizante y demostrar al resto de Faerun lo que significa traicionar la generosidad del Enclave de Refugio... Y tú me vas a decir cómo hacerlo.

CAPÍTULO 14

25 de Mirtul, Año de la Magia Desatada

Gracias a la magia de la bola de escudriñamiento, Galaeron se sentía como una águila sobrevolando la ciudad amurallada de Tilverton en busca de algún mapache carroñero con el que saciar el hambre de las crías que aguardaban en el nido. Podía ver toda la ciudad y los cuatro caminos que conducían a ella, y a pesar de ello podía distinguir detalles tan menudos como las insignias de los escudos que llevaban el número cada vez mayor de guerreros acampados entre las mansiones y templos del Distrito del Otero. Había muchos Dragones Púrpura de Cormyr, por supuesto, pero también la Torre Retorcida del Valle de las Sombras, el Caballo Blanco del Valle del Tordo, incluso el Cuervo y la Plata de Sembia y docenas de otros símbolos que Galaeron no reconoció.

Según Vangerdahast, los vecinos de Cormyr habían mandado más de cien compañías para ayudar a convencer al Enclave de Refugio de que reconsiderara la fusión del Hielo Alto, algunas de apenas veinte jinetes bien montados, pero varias cuyo número se calculaba por millares, y con una cantidad generosa de clérigos y magos de batalla. Alusair había visto con desaliento que la respuesta más entusiasta había sido la de los príncipes mercaderes de Sembia, algunos de los cuales se enfrentaban a la posibilidad de perder cantidades ingentes si persistían las condiciones climáticas. Desconfiando como siempre de los designios de los sembianos sobre las tierras de Cormyr, la Regente de Acero ni siquiera había informado a los príncipes mercaderes de la alianza que estaba formando. De todos modos, habían enviado fuerzas numerosas, amenazando con formar su propia alianza si ella no aceptaba sus tropas.

Lo que Galaeron no veía era ninguna compañía en los caminos fuera de la ciudad. Aunque acudían cientos de guerreros al Distrito del Otero, pisoteando las tierras de los grandes señoríos en busca de lugares donde acampar, no entraban por las puertas de Tilverton. Las compañías parecían brotar de la propia ciudad, salir de los sombríos callejones o surgir de alguna torre o recinto antiguos para formar en las calles.

Galaeron alzó la vista y a través de la bola de escudriñamiento miró a los ojos de pobladas cejas de Vangerdahast.

—No va a funcionar —dijo el elfo—. Si vosotros podéis escudriñar esto, también pueden hacerlo los shadovar.

—Pues no. — Vangerdahast alzó la cabeza mostrando una expresión confiada que la barba no conseguía ocultar del todo—. Lo que verán es esto.

Pasó una mano sobre la bola de escudriñamiento y cuando Galaeron volvió a mirar los soldados habían desaparecido y los habitantes parecían estar celebrando una

especie de festival en el Distrito del Otero.

—¿Puedes anular la magia de sombras? —preguntó Galaeron con asombro. Esto tenía implicaciones desalentadoras para Evereska. Si Vangerdahast había conseguido un modo de anular los conjuros de los shadovar, también podrían hacerlo los phaerimm—. ¿Cómo?

—Yo soy un mago con cierto poder, elfo.

—No es una cuestión de poder. —Galaeron señaló la bola—. ¿Puedo?

—Si crees que no va a hacer aflorar tu sombra. —En la voz de Vangerdahast había un tonillo de burla. Había estado tratando de convencer a Galaeron para que le hiciera una demostración de sus conjuros de sombra desde la marcha de Rivalen y daba la impresión de que no entendía la negativa del elfo—. No quisiera ser responsable de desatar a semejante demonio.

—No me pasará nada.

Galaeron evocó la ventana al mundo del palacio del Supremo y pasó la mano sobre la bola de escudriñamiento. El cristal se llenó de oscuros nubarrones primero y luego se abrió un círculo de luz en el centro y en los bordes pudo ver varias tenebrosas figuras shadovar. La imagen del centro era un gran lago rodeado de montañas desérticas.

—Ésta es la ventana escudriñadora de Telamont Tanthul —dijo Galaeron, decepcionado por no haber pillado a los shadovar espiando Tilverton—. ¿No crees que esta habitación estaría protegida si la magia de sombras y la magia regular fueran capaces de anularse mutuamente?

Vangerdahast estudió la imagen un momento.

—Por supuesto que la habitación no puede estar protegida. El Tejido es más poderoso que el Tejido de Sombra.

—Tal vez sea más poderoso —repuso Galaeron—, pero también diferente. Ellos pueden espiarte con tanta facilidad como tú a ellos.

El rostro de Vangerdahast apareció dentro de la bola de cristal.

—Tengo experiencia en estas cuestiones, ¿sabes?

Consciente de que nunca saldría ganador de esta discusión, Galaeron decidió probar otra aproximación.

—Aunque tengas razón, los shadovar tienen espías..., miles de espías, estoy seguro de ello.

—No en Tilverton, ni en ninguna otra ciudad de Cormyr. —Vangerdahast mostró un mosaico que tenía una protección mágica en la superficie—. Mis magos de guerra han estado muy ocupados.

Galaeron cogió el mosaico y pasó los dedos por encima del símbolo. Era una variación de un antiguo sigilo cormanthoriano que había estudiado en la academia de magia de Evereska y que se usaba para mantener a raya a los espíritus de la oscuridad

y del frío. La factura era exquisita y la magia tan poderosa que la presencia de su ser sombra hizo que le ardiera la mano. Cuando devolvió el mosaico a Vangerdahast, vio sorprendido que el símbolo había quedado impreso a fuego en la palma de su mano. Al notar que incluso esa reproducción de la protección le hacía arder los ojos, Galaeron cerró la mano.

—Impresionante, pero inútil —dijo—. Todo lo que necesita hacer un shadovar es entrar en la linde, y tu protección casi no tendrá poder alguno sobre él.

En los ojos de Vangerdahast hubo un destello de alarma.

—¿De veras? —Le dio la vuelta a la protección contra Galaeron—. Demuéstramelo.

Galaeron tuvo que desviar la vista.

—No puedo hacerlo. Ya lo sabes.

—Ah, claro —dijo Vangerdahast con sorna.

—Ya te he explicado cómo puede ser burlado —insistió Galaeron alzando una mano para que el símbolo no incidiera en sus ojos—. No hay necesidad de que yo lo demuestre. El coste de satisfacer tu curiosidad sería demasiado caro.

—Muy bien. —Vangerdahast bajó el mosaico y lo dejó a un lado boca abajo—. Dicho sea de paso, la última vez que hablé con Storm Mano de Plata me pidió que transmitiera un mensaje de Khelben.

—¿De Khelben? —A Galaeron le empezó a latir el corazón más de prisa—. ¿Sobre Keya?

—Sí, creo que ése fue el nombre que mencionó.

Galaeron esperó que el mago siguiera adelante... Luego, al ver que no lo hacía.

—¿De qué se trata? —preguntó.

Los ojos de Vangerdahast se deslizaron hacia la protección.

Galaeron se puso de pie, disgustado.

—No te diferencias en nada de los shadovar.

—En eso te equivocas, elfo —replicó Vangerdahast, mirando a Galaeron por encima de la bola de escudriñamiento—. Yo soy muy diferente. Lo que hago, lo hago por el bien de Cormyr.

—Entonces harías bien en permanecer alejado del Tejido de las Sombras. —Galaeron se dirigió a la puerta—. Tú ya eres medio sombra.

—Tal vez. —El tono de Vangerdahast era pensativo. Permaneció silencioso hasta que Galaeron echó mano del picaporte y entonces dijo—: Vas a ser tío.

Galaeron se detuvo y luego se volvió.

—¿Qué?

—Según Khelben —dijo Vangerdahast encogiéndose de hombros—, tu hermana se va a casar.

—¿Qué se va a casar? —Galaeron se quedó boquiabierto—. Si sólo tiene ochenta

años.

—Y lucha contra los phaerimm en primera línea por lo que he oído. La gente madura rápidamente ante la perspectiva de la muerte.

Galaeron se quedó estudiando al viejo mago, tratando de imaginar qué esperaba ganar inventando una historia tan estrafalaria.

Por fin renunció a entenderlo.

—No me lo creo, viejo —dijo sencillamente—. A los elfos les lleva años enamorarse. Un compromiso puede ser cuestión de décadas.

—He observado que la guerra tiende a acelerar las cuestiones del corazón —replicó Vangerdahast con los ojos chispeantes—. Y los humanos no son tan reticentes, especialmente los vaasan.

—¿Vaasan? —Galaeron soltó el picaporte y se dejó caer en una silla próxima—. ¿Fue uno de los vaasan?

—Por lo que tengo entendido, alguien llamado Dexon.

—¡Ese bastardo hijo del hielo! —dijo Galaeron entre dientes—. ¡Lo voy a abrir en canal!

—¿De veras? —Vangerdahast dejó escapar una risita—. Pensaba que estabas tratando de controlar a tu «ser sombra».

Un profundo bramido bárbaro amortiguado por la distancia y por las gruesas paredes de la tienda llegó desde los campamentos. Siempre preocupada por la fricción entre las diversas compañías de su heterogéneo ejército, Learal prestó atención al lugar de donde había llegado el sonido. La voz había sonado airada y un punto sorprendida, como si pidiera una explicación.

Probablemente no fuera más que uno de los guerreros del jefe Garra que todavía trataba de entender las letrinas mágicas que los clérigos insistían en instalar dondequiera que acampase un ejército.

Khelben, echado en la esterilla junto a ella, le cogió el mentón y suavemente le hizo volver la cara para poder seguir besándola. Aunque habían pasado varios días desde que habían atrapado a los phaerimm en el Valle de los Viñedos, estuvieron tan ocupados reforzando las defensas de Evereska y dando caza a los supervivientes que ésta era la primera noche que habían podido robar para ellos. Khelben, que después de todo era el que había estado a punto de morir en el Nido Roquero y el que se había sentido atrapado por los espinardos todo estos meses, parecía más necesitado que Learal de poner fin a esta guerra. Con la destreza propia de un mago, usó una mano para deshacer el nudo que mantenía cerrado el chaleco de la mujer y empezó a desvestirla.

Un tremendo aleteo se oyó por encima de la tienda. Learal se alzó sobre los codos y miró hacia arriba a través del pequeño agujero abierto para la salida del humo. No vio nada más que el manto desprovisto de estrellas del caparazón de sombra.

—¿Has oído eso, Khelben? —preguntó.

Khelben la obligó a echarse y la inmovilizó con el peso de su propio cuerpo.

—Lo único que oigo es el galope de mi corazón gozoso ante la idea de nuestra primera noche juntos, nuestra primera noche juntos y sin perturbaciones desde que empezó todo esto.

Learal sonrió. Para todos los demás, Khelben podía ser el adusto y severo Bastón Negro, Señor y Mago de Aguas Profundas y fundador de los Estrellas Lunares. Para ella era un romántico sin remisión, dado a las demostraciones de amor más apasionadas y con un tacto tan sutil que no rompería ni una pompa de jabón.

—Ven aquí —susurró la mujer.

Dando por cierto que el aleteo tal vez fuera una patrulla de hipogrifos que trataba de esquivar a una cuadrilla de veserabs —los escoltas de Aelburn habían aprendido por la brava que a esas cosas les gustaba todo lo que tuviera plumas—. Learal retuvo a Khelben encima de ella.

—Quiero sentir el latido desenfrenado de ese corazón —dijo.

Khelben la besó una vez más, luego se puso de lado y se dedicó a desatar lazos con mano experta. Cuando se oyó el sonido siguiente, esta vez el estallido de un trueno, ya tenía a Learal a medio desnudar.

—Eso sí que lo he oído —dijo el archimago poniéndose de pie.

Learal hizo lo mismo de un salto, se echó la capa sobre los hombros y lo siguió hasta la puerta de la tienda. Por la llanura que había al pie de la elevación que ellos ocupaban había cientos de hogueras cuya luz permitía ver a miles de figuras yendo y viniendo en medio de la confusión, poniéndose las armaduras y ajustándose el correaje de las armas. Aunque al parecer nadie más que Learal y Khelben tenían idea de lo que estaba pasando, un número creciente de figuras parecían mirar hacia la zona de profunda oscuridad que señalaba el campamento shadovar.

Learal se volvió para llamar a un mensajero y encontró a dos de los escoltas vaasan de Khelben, Kuhl y Burlen, que corrían totalmente armados... como siempre. Por lo que Learal había podido ver, los vaasan dormían con la armadura puesta. El tercero de ellos, Dexon, había regresado a Evereska con Keya Nihmedu, para recuperarse de sus heridas.

—¡Se han ido! —explicó Burlen.

—¿Ido significa «partido» o «muerto»? —preguntó Khelben, sin pararse siquiera a aclarar si el vaasan se refería a los shadovar.

—Ido, de «no estar ahí» —gruñó Kuhl—. ¿Cuál es la diferencia? Un vigía uthgardt notó que las tiendas de los shadovar estaban vacías, y cuando fue a ver si estaban los veserabs, éstos se asustaron y salieron volando.

—¿No estaban atados? —preguntó Learal.

—Ni uno solo —confirmó Burlen—. Al menos no aquel con el que tropezó el

centinela de Yoraedia.

Learal cruzó con Khelben una mirada de preocupación. El sonido de voces que discutían provenía del centro del campamento oscuro, y líneas movedizas de antorchas empezaron a acudir de todas partes. Khelben extendió una mano y llamó a su bastón, y Learal hizo lo mismo con su faja. Después, mientras Khelben enviaba a los vaasan a hacer un recorrido de los piquetes nocturnos y a poner a las compañías en estado de alerta, se ató los lazos del pantalón y se cerró la capa con la faja.

En cuanto hubo atado sus vestiduras, tendió una mano a Khelben.

—¿Vamos, querido? —preguntó.

Khelben suspiró y la cogió de la mano.

—Si no hay más remedio.

Learal fijó la vista en un punto próximo al centro en que convergían todas las corrientes de antorchas y empleó un conjuro para abrir una pequeña puerta translocacional. Ella y Khelben la atravesaron y salieron en medio de un tumulto de gentes vociferantes y de antorchas en movimiento. Tan encarnizada era la discusión que, durante el momento que les llevó superar el aturdimiento que sucede a la teleportación, le pareció que habían salido en mitad de una reyerta en una taberna. Sacó de su cinturón una varita de combate.

Khelben estaba aún más alarmado. Empezó a hacer girar su bastón entre los hombres en una experta maniobra defensiva que derribó a un par de elfos y a un sargento waterdaviano al suelo.

Un par de los subordinados del sargento acudieron a toda prisa.

—¡Eh, mago! —En lugar de pararse a ayudar a su superior pasaron por encima de su figura que no dejaba de gruñir y se abalanzaron sobre Khelben y Learal desde lados opuestos—. ¿Quién crees que eres aporreando a diestro y siniestro con esa cosa?

La evaluación que Learal había hecho de la situación tomó un cariz decididamente peor. Levantó su varita mágica ante la figura que tenía más próxima.

—Liebre —dijo.

El hombre dio un paso más, después se agachó hasta tocar el suelo y empezó a salirle pelo. Señaló con la varita al segundo, que seguía tratando de abrirse camino a través de la danza del bastón de Khelben.

—Asno —dijo.

El hombre se puso de cuatro patas mientras la nariz y las orejas empezaban a alargársele.

Learal paseó su varita por los demás integrantes del grupo vociferante de guerreros.

—¿A alguien más le ha molestado nuestra llegada?

—Bien —dijo Khelben al ver que nadie más daba un paso adelante.

Bajó su bastón, y pasando por delante de media docena de tiendas shadovar vacías llegó a la plaza de reuniones situada frente al pabellón de mando, donde lord Yoraedia estaba de pie con la nariz a la altura del ombligo del jefe Garra y la cara crispada en un gesto muy impropio de un elfo.

—¿Quiere alguien decirnos qué está pasando aquí? —preguntó Khelben.

Los dos jefes se volvieron hacia Khelben y Learal y empezaron a hablar al mismo tiempo, gesticulando a lo loco y señalándose mutuamente.

—De uno en uno —ordenó Learal—. Tú primero, lord Yoraedia.

El elfo miró a Garra con aire de superioridad.

—Los centinelas de este zoquete se durmieron y dejaron que los shadovar les pasaran por delante sin ser vistos.

—¡Mentiroso! —Garra chocó deliberadamente con Yoraedia, dándole un golpe con su voluminosa tripa que lo hizo retroceder diez pasos tambaleándose—. Mis vigías sólo descubrieron que el campamento estaba vacío. Tus vigías fueron los que se quedaron dormidos.

—Los elfos no duermen —dijo Yoraedia con desprecio.

—¡Entonces son ciegos! —Garra volvió a golpear a Yoraedia con la tripa—. Los shadovar no salieron por nuestro lado.

Yoraedia se estabilizó después de tres pasos y volvió hacia donde estaba el bárbaro echando mano a su daga.

—Si lo haces otra vez, morsa, voy a abrirte esa tri...

—Ya basta, lord Yoraedia. —Learal se interpuso entre ambos—. Los shadovar no eran prisioneros. Nadie es culpable de que se hayan ido.

—Los dos seréis culpables si esto continúa —dijo Khelben, poniéndose al lado de Learal y usando la empuñadura de su bastón para empujar a Yoraedia hacia atrás—. ¿Qué clase de locura se ha apoderado de vosotros?

La mirada solemne que dirigió a Learal era innecesaria. Ella ya había adivinado la razón de la ira del grupo y estaba buscando en los bolsillos de su capa un componente para un conjuro.

—Nadie podría haber impedido que los shadovar se escabulleran. Es probable que en cuanto se hizo de noche, los cobardes se hayan fundido con las sombras y hayan salido por su propio pie.

Skarn Hacha de Bronce y sus enanos irrumpieron en la plaza de reuniones, abriéndose camino a empellones entre elfos y bárbaros.

—¡Hay luz suficiente para cegar a Lathander! —se quejó Skarn—. ¿Es que sois todos tontos o estáis tratando de haceros bien visibles para los formuladores de conjuros del enemigo?

—A ver a quién llamas tonto, enano —dijo Aelburn, adelantándose desde el lado opuesto del tumulto—. Algunos de nosotros necesitamos la luz. No todos tenemos

sangre de goblin corriendo por nuestras venas.

—¡Sangre de goblin! —rugió Skarn echando mano a su hacha—. Yo te voy a enseñar gob...

Khelben descargó un golpe de su bastón que dejó al enano sentado y con el brazo entumecido. Garra y Yoraedia seguían intercambiando insultos mientras la mayor parte de sus seguidores sumaban sus propias voces al griterío y los enanos y los exploradores de los hipogrifos se iban incorporando también. A Learal y a Khelben les habría resultado muy fácil disipar la magia, fuera cual fuera, que estaba en el origen de esta locura, pero hasta que averiguaran si era obra de los shadovar o de los phaerimm, era mejor hacerles creer que su táctica estaba dando sus frutos.

Learal encontró lo que estaba buscando y con disimulo empezó a esparcir polvo de diamante en todas direcciones al tiempo que pronunciaba un encantamiento y con los dedos hacía los gestos de su más poderoso conjuro. Cuando la magia hizo efecto, tuvo que morderse la lengua para no lanzar un grito ahogado.

En el lado occidental de la plaza, los enanos de Skarn venían pisando fuerte desde su propio campamento flanqueados por las figuras borrosas de más de doce phaerimm invisibles. La escena se repetía en el lado norte, aunque en este caso eran voluntarios waterdhavianos y exploradores de Aelburn los que acudían. Dado que la mayoría de los bárbaros y de los elfos ya estaban reunidos en la plaza, los espinardos venían en formación de combate.

—Eh, Khelben.

—¿Sí?

Al ver que más líderes acudían con sus compañías a la polvorienta plaza, Khelben había renunciado a poner fin a la discusión entre Yoraedia y Garra y estaba usando su magia para intervenir en estallidos reales de violencia.

Khelben señaló a un enano de expresión ceñuda que llevaba la brillante armadura de los Caballeros de la Plata y cargaba hacia el centro de la plaza blandiendo una hacha de mano.

—¿Te importaría? —le preguntó a Learal.

—En absoluto.

Learal sacó dos bolitas de alquitrán del bolsillo de su capa. Pronunció un breve conjuro, hizo un movimiento rápido primero con una bolita y después con la otra en dirección al enano de mala catadura cuyo avance se redujo inmediatamente a un andar cansino.

—Como iba diciendo —continuó Learal—, ¿te acuerdas de aquellos amuletos de detección que distribuimos para que los centinelas pudieran detectar a los infiltradores invisibles?

Khelben frunció el ceño y utilizó su bastón negro para hacer perder pie a uno de los bárbaros de Garra que se lanzaba contra uno de los elfos de Yoraedia.

—Lo recuerdo —respondió—. Tú trajiste veinte...

—Veinticinco —corrigió Learal—. Pues parece que no funcionan.

Khelben hizo una mueca.

—¿A cuánto ascienden los daños?

—Quince —dijo Learal—, de cada lado.

Khelben se quedó pensativo un momento

—¡Bastardos! —gruñó—. ¡Esos bastardos escurridizos, sombríos y traicioneros!

—Yo no sería tan benévola con ellos.

Learal ya había hecho los cálculos. Después de la batalla en el Valle de los Viñedos, habían estimado que podían quedar unos cien phaerimm dentro del caparazón de sombra. En los últimos días habían dado caza y matado a otros veinte, lo que significaba que sólo podía haber unos ochenta espinardos en toda la extensión de los Sharaedim.

Por alguna razón, la mayor parte de ellos había convergido en el campamento del ejército de relevo a escasas horas de la partida de los shadovar. Clariburnus y Lamorak no sólo habían abandonado a sus aliados, sino que habían invitado al enemigo a destruirlos.

—¿Y ahora qué, Khelben? —preguntó Learal. Vio a un elfo echando mano a la espada y con un pase de su varita mágica lo transformó en un lustroso ciervo—. ¿Empezamos a disipar conjuros y confiamos en que todo salga bien?

Khelben meneó la cabeza.

—Esto requiere algo más... extraordinario. ¿Puedes distraer a los phaerimm mientras yo construyo una esfera?

—Por supuesto —dijo Learal sacando una segunda varita mágica de su cinturón. Uno de los conjuros favoritos de Khelben, la esfera de los prodigios, creaba una área en la que sólo un tipo de magia escogida por quien formulaba los conjuros podía funcionar—. Pero no aguantará para siempre.

—Abriré un círculo de teleportación desde dentro —confirmó Khelben.

—Bien —aprobó Learal—. Nos reuniremos en la posada A Medio Camino.

—¿Reunimos?

—Alguien tiene que traer al resto del ejército.

Learal empezó a atravesar la plaza de las reuniones usando una varita para paralizar a todo el que gritaba y la otra para transformar a los que blandían armas en conejos y liebres.

—¡Silencio! —exclamó—. Ya he oído bastantes bravuconadas.

Nadie obedeció, por supuesto, y hubo varios lo bastante tontos como para justificar una sacudida de una de las varitas en su dirección al volver a discutir. La distracción parecía funcionar y atraer la atención de los phaerimm para que Khelben pudiera trazar con sus brazos los círculos necesarios y pronunciar un prolongado

encantamiento, un encantamiento que todos los Elegidos menos él consideraban que necesitaba cierto montaje.

Learal paralizó y cambió de forma a tantos guerreros que éstos finalmente empezaban a prestar atención a sus órdenes y a callarse a regañadientes, todo lo cual significaba que los espinardos iban a tener que atacar abiertamente en lugar de usar a sus esclavos mentales para inducir a los demás a atacar por ellos y hacer que Learal fuera su primer objetivo.

Por fin, una cúpula de luz dorada levemente reverberante se elevó en medio de la plaza de las reuniones, obligando a los phaerimm a hacerse visibles al lanzar en vano rayos mágicos y llamaradas contra sus paredes. Los aturdidos guerreros dejaron de discutir y miraron en derredor con expresión atónita y asombrada. Dejando que Khelben se encargara de su recuperación, Learal volvió a su tienda y abrió otra puerta translocacional.

Se produjo el consabido instante de caída y a continuación se encontró en medio del mayor estrépito de armas que hubiera oído jamás. Las espadas chocaban contra las armaduras en una macabra cacofonía que se mezclaba con gritos desgarradores de dolor. El aire se llenó del hedor a sangre y a vísceras abiertas, y los guerreros pasaban como un torrente de oscuras siluetas. Algunos se doblaban de dolor y otros perdían miembros o partes de ellos, pero ninguno tenía armas ni en las fundas ni en las manos.

A pesar de que todavía luchaba contra el aturdimiento y era incapaz de encontrar sentido a lo que estaba viendo, Learal respondió instantáneamente. Sacó un frasco de polvo de granito del bolsillo de su capa y se lo echó por encima de la cabeza mientras pronunciaba las palabras de un conjuro de blindaje. Su piel se volvió fría e insensible y tan dura como la roca. Se volvió hacia el fragor de la batalla y se encontró ante la tela sembrada de cadáveres de una tienda, y por fin recordó dónde estaba y qué había venido a hacer.

Había llegado demasiado tarde.

Un tornado de espadas venía atravesando la tienda hacia ella, arrebatando las espadas y dagas de las manos y de las fundas de los soldados que huían ante él. Un puñado de valientes guerreros se detuvo para disparar sus ballestas o arrojar sus lanzas hacia el núcleo del remolino, que las absorbía incorporándolas al resto de las armas y luego las arrojaba contra los mismos hombres transformándolos en un amasijo de sangre y restos de armadura. El tornado debía de haber absorbido ya más de mil armas y una docena más afluía cada segundo que pasaba. Tan densa era la nube de acero que Learal no podía ver el centro.

El borde de la tormenta de espadas alcanzó el lado de la tienda en el que se encontraba. Los fragmentos eran absorbidos por el torbellino, más mortífero que nunca. Learal se metió en el centro de la tempestad, tambaleándose bajo las

constantes embestidas de las armas que la golpeaban desde todos lados. La tela de la tienda estaba resbaladiza de sangre y sembrada de cadáveres y de miembros mutilados, algunos todavía con vida suficiente como para tratar de asirse a sus tobillos. Varias veces tropezó y estuvo a punto de caer, y en una ocasión tuvo que librarse a patadas de un semielfo empapado en sangre que consiguió aferrarse con los dos brazos a sus piernas rogándole que lo salvara.

Por fin Learal empezó a atisbar el centro de la tempestad, donde la silueta cónica de un phaerimm flotaba hacia ella en diagonal. Ella alzó la mano y soltó su fuego de plata. En ese mismo instante, la tierra se abrió a sus pies y el espinardo trató de hacer que se la tragase. Aunque el contraataque había sido rápido, se trataba de una táctica muy vista y hacía tiempo que Learal se había inmunizado contra ella. El Tejido la mantuvo suspendida sobre el agujero hasta que éste se cerró.

Lo más probable es que el phaerimm no se enterase jamás de que su ataque no había dado resultado, ya que fue engullido por el fuego de plata y pasó los segundos que siguieron girando en un loco torbellino mientras se transformaba en cenizas. La tormenta de espadas cesó de repente, cubriendo la tienda derribada de Learal con una alfombra de acero al caer al suelo con gran estrépito un millar de espadas.

La luz de las hogueras encendidas en cada campamento le permitió ver a Learal el reguero de figuras inmóviles y de formas que se retorcían de dolor que los phaerimm habían dejado en su ejército. Era un espacio ancho que empezaba por los Caballeros de la Luna Plateada y describía una curva hacia adentro, asolando la totalidad del campamento de los mercenarios de Hacha de Bronce, enviados en nombre de Sundabar, para abrir luego una ancha pista a través de las tiendas de los aplastababosas que representaban a la ciudadela de Adbar y llegar, después de describir una trayectoria en espiral a través del campamento de los waterdhavianos, hasta la colina donde estaba la tienda de Learal y Khelben.

Tampoco había sido éste el único phaerimm que había atacado los campamentos mientras sus compañeros preparaban la emboscada principal. Había tormentas de fuego y relámpagos por todas partes, otra tormenta de espadas y más guerreros convertidos en esclavos mentales que luchaban los unos con los otros en lugar de combatir contra los phaerimm. Deshecha por la tristeza y la desesperación, y sintiéndose bastante culpable por no haber previsto la traición de los shadovar, Learal sacó un dedal de plata del bolsillo, formuló un conjuro y se lo llevó luego a los labios como si se tratara de un cuerno en miniatura.

—Los shadovar nos han traicionado. Coged a los que podáis salvar y huid. — Aunque lo dijo en voz baja, su orden la oirían todos los comandantes y magos de su ejército, excepto los que habían caído presas de la influencia mental del enemigo, ya que había formulado el conjuro teniendo en cuenta a los phaerimm—. Nos reuniremos en la posada A Medio Camino. Que los dioses os deparen un viaje rápido.

Oyó a sus espaldas el ruido de alguien que corría por encima de la alfombra de espadas caídas. Al volverse vio el cuerpo fornido de un vaasan que corría en su dirección, y después de un grito de confusión su espada voló hacia ella. Learal se ladeó e instintivamente levantó el brazo, pero tratar de parar una espada oscura no era buena idea ni siquiera viniendo de un Elegido.

Una ola de frío lacerante la alcanzó en el brazo, y éste cayó cercenado por debajo del codo. Learal dio un grito, más por la impresión que por el dolor y cayó de rodillas. A punto estuvo de perder el conocimiento cuando vio su mano y su antebrazo tirados sobre la alfombra de espadas frente a ella. La hoja negra que le había cortado el brazo yacía a un paso de ella, bañada con su sangre, y de repente se alzó en el aire y empezó a flotar hacia el sitio de donde había venido.

Learal volvió la cabeza y vio a Burlen corriendo hacia ella con la mano tendida hacia la espada voladora. Demasiado aturdida como para entender por qué la había atacado, sabía que tenía que detenerlo antes de que volviera a intentarlo. Buscó en su bolsillo un componente para un conjuro, pero entonces sintió una oleada de dolor penetrante y recordó que estaba buscando con el muñón. Trató de llegar con la otra mano, pero el ángulo era difícil y el movimiento desusado. Burlen estaba casi encima de ella cuando por fin encontró lo que estaba buscando.

El vaasan levantó su espada oscura.

—Fue culpa tuya —dijo.

Learal sacó la barra de hierro del bolsillo y la apuntó hacia él. La alfombra de acero volvió a resonar cuando otra figura de gran estatura apareció corriendo detrás del vaasan. Burlen se agachó y empezó a girar y se encontró con que la bota de otro vaasan apartaba de una patada su protección.

—¿Kuhl? —dijo Burlen con expresión sorprendida—. ¿Qué estás...?

La empuñadura de la espada de Khul alcanzó a Burlen de lleno en la base de la mandíbula y le hizo perder pie, arrojándolo de espaldas entre las armas acumuladas. Khul se tomó un momento para asegurarse de que su camarada estaba inconsciente y luego se volvió hacia Learal que, todavía aturdida y sin saber con certeza lo que estaba pasando, apuntaba hacia él la barra de hierro.

—Mis disculpas, lady Arunsun, hay infiltradores por todas partes. —Se colgó un par de colas de phaerimm al cinto, luego recogió la espada de Burlen y la metió en su propia vaina—. ¿Puedes ponerte de pie?

Learal lo intentó y a punto estuvo de desmayarse.

—No. —Se guardó la barra de hierro en el bolsillo y luego extendió la mano—. Ponme ahí, junto a Burden, y átanos fuerte.

—¿Atarte, mi señora?

Learal asintió.

—Por tu vida. —Señaló su brazo amputado—. Podría ser un viaje muy movido

hasta la posada A Medio Camino.

Con una patata cruda en una mano y una daga arrojadiza en la otra, Galaeron pasó directamente de la palma de la mano de Aris al alféizar de la ventana del tercer piso donde Vangerdahast tenía reunido a su consejo. La media docena de magos de guerra reunidos en torno a la mesa dieron un grito de sorpresa y empezaron a buscar componentes para conjuros, y uno incluso se puso de pie y abrió la boca para lanzar una lluvia de rayos mágicos. Galaeron arrojó la patata contra la cabeza del mago que, más por la sorpresa que por el golpe, cayó sentado en su silla, y luego centró su atención en una mujer alta y rubia que sostenía un cilindro de cristal del largo de un dedo.

—No querrás apuntarme a mí con eso —dijo levantando su daga arrojadiza—. Ésta es mi mano buena.

Vangerdahast, sentado de espaldas a la ventana, lanzó un hondo suspiro. Hizo una señal a sus magos de guerra para que se sentaran y apoyando el codo en el reposabrazos de su sillón se volvió a mirar a Galaeron.

—Como podrás ver, estamos en un cónclave.

Galaeron bajó la daga.

—Eso me dijeron los guardias que hay en la puerta, pero la interrupción será breve. Sólo quiero saber una cosa. ¿Es cierto?

Un murmullo de alarma recorrió toda la mesa y Vangerdahast cerró los ojos y asintió.

—Me temo que sí.

A Galaeron se le cayó el alma a los pies. No podía soportar la idea de que Vala estuviera en aquel sitio, sufriendo semejantes abusos. Se dirigió a donde estaba Vangerdahast.

—¿Por qué no se me avisó? —preguntó imperativo—. ¿Por qué tuve que enterarme por las habladurías de palacio? Si ésta es otra de tus tretas para inducirme a usar la magia de sombras...

—Ésa sería tu cuarta pregunta, si es que puede considerarse como tal —interrumpió Vangerdahast. Hizo un gesto y una silla que estaba junto a la pared se colocó detrás de Galaeron—. Toma asiento y explica qué quieres decir con eso de las habladurías de palacio. No es posible que todo el palacio lo sepa tan pronto.

—Pues creo que toda la ciudad lo sabe. Yo me enteré por un guardia de la puerta. —Galaeron no prestó la menor atención a la silla—. Lo que quiero saber es por qué no se me informó. ¿Tenías miedo de que volviera al enclave?

Vangerdahast frunció su poblado entrecejo.

—En realidad, eso es lo último que hubiera esperado de ti —dijo—. El hecho es que nosotros mismos nos enteramos hace escasos minutos. Estaba a punto de enviar a buscarte para ver si tenías alguna idea sobre su partida.

—¿Partida? —preguntó Galaeron—. ¿La partida de quién?

Una luz de comprensión brilló en los ojos de Vangerdahast.

—O sea que no lo sabías —dijo. Algunos de los magos suspiraron con alivio—. Los shadovar se han marchado de los Sharaedim, salieron furtivamente en mitad de la noche. El ejército de relevo de Learal fue diezmado y ella resultó horriblemente herida.

Galaeron se sentó, para ser más exactos, cayó sentado en la silla.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Está Keya...?

—El Mythal no fue derribado —intervino la mujer a la que Galaeron había amenazado con arrojarle la daga—. Tu hermana y todos los que estaban dentro de Evereska están en la misma situación que antes; a decir verdad, están mejor ya que tienen refuerzos y provisiones renovadas, pero con el ejército de relevo tan mermado y Learal herida, los phaerimm quedarán libres para centrar otra vez su atención en la ciudad.

Vangerdahast posó una arrugada mano en el brazo de Galaeron.

—Creo innecesario decirte lo que el caparazón de sombra está haciendo con el Mythal. Si sabes algo que Storm y el resto de los Elegidos puedan hacer para derribarlo...

—Es preciso renovar la magia —dijo Galaeron—. Todo lo que necesitan es mantener a los shadovar alejados del Desdoblamiento. Los vínculos se debilitarán con el tiempo, y la magia del Tejido empezará a afluir otra vez hacia los Sharaedim.

Vangerdahast suspiró aliviado.

—Bien. Entonces nuestro único problema es la magia adicional que necesitará el mayor número de tropas cuando la Alianza de las Tierras Centrales ataque a la fortaleza voladora. —Paseó su mirada por todos los presentes—. Creo que podemos tomar este cambio de destino como la respuesta de Telamont Tanthul a nuestra exigencia de que dejara de derretir el Hielo Alto.

—En realidad, no —dijo Galaeron—. Esto tiene que ver conmigo.

La expresión de los magos de guerra reflejó a las claras lo que pensaban de su teoría.

—Así es —insistió Galaeron—. Yo vine aquí porque hay rumores de que Vala ha sido transformada en esclava de Escanor. Han abandonado Evereska para castigarme por haberme marchado de Refugio.

—Tienes una opinión desmesurada de tu valía —dijo el mago al que Galaeron había golpeado con la patata—. ¿No es de suponer que estén consolidando sus fuerzas para defenderse del ataque de la Alianza de las Tierras Centrales?

Vangerdahast carraspeó.

—Es posible que el elfo tenga razón. El posee ciertos, hum, secretos que tal vez deseen recuperar.

Vangerdahast y Alusair habían optado por mantener oculto el hecho de que Melegaunt había traspasado a Galaeron muchos conocimientos sobre los phaerimm por si éstos tenían espías en el palacio de Arabel.

—El daño que les ocasionó revelando lo de las mantas de sombra fue inmenso —continuó el mago real—. Es muy posible que estén haciendo esto para castigarlo... y para obligarlo a volver a Refugio.

—O para obligaros a entregarme —dijo—. Y para castigaros a vosotros por darme cobijo y por tener la osadía de amenazarlos. Vangerdahast hizo un gesto despectivo.

—¿Castigarnos? No podrían.

—Claro que podrían —insistió Galaeron—. ¿Cuándo fue la última vez que comprobasteis cómo estaban las cosas en Tilverton?

Ruha ya había atravesado una vez el Desierto de la Sed. Había sido un viaje largo, atormentado por la sed, a través de un saladar tan plano como un espejo, estragado por la tragedia y las vicisitudes, y se había considerado afortunada de haber llegado al otro lado. Un viaje así hubiera sido impensable de no ser con una nave o con el viento. Donde una vez había temido a la muerte porque un camello se había desplomado y había derramado el contenido de un odre, había un lago cuya extensión superaba a todo lo que los bedines hubieran podido imaginar, y envuelto en las sombras de una lluvia crepuscular.

—Es un desierto diferente del que dejaste, Ruha. Mejor —dijo el jeque Sa'ar.

El jeque, un hombre de unos cincuenta años, de constitución imponente, llevaba un *kejfiyeh* cubriendo su pelo gris y estaba sobre la cresta de una cadena montañosa, mirando el lago con Ruha y una maga de guerra cormyriana llamada Caladnei.

—El lago ya nos ha traído buena caza —añadió.

El jeque señaló un punto en la orilla donde una extensión del desierto se estaba poblando de jóvenes palmeras datileras que ya asomaban sus copas por encima del follaje. Ruha no pudo ver lo que estaba señalando hasta que un rebaño de gacelas surgió de entre las altas hierbas y empezó a beber. Al parecer, fuera cual fuese la magia que había transformado en un lago el Desierto de la Sed, también había eliminado su salinidad, ya que las gacelas no beben agua salada.

—Más fácil, tal vez, pero no mejor —replicó Ruha.

Aunque Ruha llevaba muchos años fuera del Anauroch, y muchos más desde que había cruzado el Desierto de la Sed, se sentía profanada. Por indiscutible que fuera la belleza del lago, ya estaba modificando el desierto circundante, trayendo consigo una abundancia y un ocio que acabaría con la forma de vida nómada de los bedine.

—Esas aguas —dijo— son un veneno para los bedine.

El jeque frunció el entrecejo.

—¿Cómo es posible? Yo mismo las he bebido repetidas veces y ya ves que estoy más fuerte que nunca.

—Ya lo veo —dijo Ruha—, pero ¿cuándo fue la última vez que tus *khowwan* abandonaron el lago?

Una sombra cruzó el rostro de Sa'ar.

—Vamos a salir pronto. —Miró en la dirección contraria de donde estaban las gacelas, a donde una manada de veserabs estaba pastando en una pequeña bahía—. A lomos de nuestros corceles.

—Robar monturas a los shadovar no es muy prudente, jeque —dijo Caladnei—.

Su magia es muy poderosa.

Esta mujer de sorprendentes ojos ambarinos, figura alta y cimbreante y que no llevaba velo, insistía en vestirse con un estilo deliberadamente masculino, con sus largas trenzas pelirrojas asomando debajo de su *keffiyeh* y una fina espada colgando de su cinturón.

—Entonces me alegro de contar contigo. —Sa'ar apartó la mirada del lago y la cruzó con la de la maga—. Tu magia también debe de ser poderosa para que puedas vestirse como te da la gana.

Los ojos de Caladnei brillaron de ira.

—No hemos venido al Anauroch para ayudar a los nómadas a robar...

—Coged sólo los ejemplares jóvenes, jeque, los que todavía son demasiado jóvenes para montarlos. —Mientras hablaba, Ruha echó una mirada despectiva a Caladnei—. Los otros no harán más que escupiros a la cara y su aliento es peor que el de diez camellos.

—¿Tan asqueroso? —El jeque enarcó las cejas sorprendido—. Entonces deben de ser muy buenas monturas.

—Eso creo —dijo Ruha—, pero la magia de los shadovar es diferente de la de los zhentarim. No debes culparnos a nosotros si la cabalgata sale mal.

Antes de que el jeque pudiera contestar, intervino Caladnei.

—Ruha, ¿no me dijiste que los bedine no usan magia? Si ayudamos, los shadovar pueden darse cuenta de que estamos aquí.

—El Anauroch es un desierto muy grande, maga —dijo Sa'ar—, y la Villa de las Sombras está bien escondida. Para cuando la encontréis por vuestros propios medios, los shadovar sabrán sin duda que los estáis buscando.

—¿Estás amenazando con delatarnos? —inquirió Caladnei.

—El jeque Sa'ar jamás traicionaría a sus huéspedes —dijo Ruha.

Echó una mirada colina abajo, donde el resto de la partida de exploración cormiriana esperaba en un polvoriento *abas*, sosteniendo las riendas de sus camellos recientemente adquiridos y tratando de mantenerlos a distancia. El puñado de mujeres que formaba parte de la compañía seguía el ejemplo de Caladnei y se negaba a usar velo, y había una notoria ausencia de niños y de perros saluki.

—Pero tiene razón —continuó la bruja—. No somos una tribu muy convincente. Cuanto antes encontremos la ciudad shadovar, tantas más oportunidades tendremos de sorprenderlos.

En realidad, Ruha pensaba que era probable que ya los hubieran descubierto. Cuando Vangerdahast le había pedido que dirigiera una partida de exploradores al Anauroch para localizar la ciudad voladora a fin de que Cormyr pudiera lanzar contra ella un ataque sorpresa, Ruha había pedido una compañía de voluntarios morenos, de ojos pardos, a los que pudiera hacer pasar por bedine. En lugar de eso, Vangerdahast

le había impuesto a Caladnei y a su superior Hhormun, igualmente tozudo, dos necios que parecían creer que montar en camello y usar *abas* era todo lo que necesitaban para disfrazar a una compañía de cormyrianos de piel blanca haciéndolos pasar por *khowwan* bedine. De no haber sabido que Alusair estaba preparándose para lanzar un ataque sorpresa mediante teleportación desde una base secreta en Tilverton, habría jurado que los magos querían llamar la atención de los shadovar.

—Muy bien, jeque —admitió Caladnei después de un momento—, pero nos llevarás a Refugio, sin que importe cómo salga la incursión.

Empezó a bajar la polvorienta ladera.

—Si mantienes tu promesa, yo mantendré la mía. —Sa'ar retrocedió poniéndose a su lado, entonces escupió en la palma de la mano y se la ofreció a la mujer—. Trato hecho.

Caladnei escupió en la suya.

—¿Estás seguro de que Hhormun accederá? —preguntó Ruha, llegando hasta ellos antes de que se dieran la mano—. Si haces un trato, te comprometes a cumplirlo.

Caladnei estrechó la mano del jeque.

—Hhormun me seguirá en esto.

Ruha no estaba tan segura. A pesar de su edad y de su gordura, Hhormun había dado muestras de una energía sorprendente para dirigir las actividades de la compañía, desde elegir los lugares donde acampar hasta determinar el ritmo de las marchas diurnas. Sin embargo, cuando llegaron a la base de la ladera, la sorprendió con su falta de protestas y con su disposición a aceptar que Sa'ar planificara la incursión.

Minutos más tarde, Ruha, Caladnei, el jeque y una docena de sus hombres estaban frotándose y frotando a los camellos más fuertes de la tribu de mahwa con estiércol de veserab que los guerreros habían juntado unos días antes para ese fin.

—¿Estás seguro de que esto es necesario? —preguntó Caladnei, frunciendo la nariz ante el espantoso olor—. Estoy segura de que alguien en la compañía podría eliminar nuestro olor.

—No es suficiente con eliminar nuestro propio olor —respondió Sa'ar—. Debemos oler como lo que queremos. Eso complace a los pequeños dioses.

—Y tranquiliza a nuestros camellos —añadió Ruha, explicándose en términos más fáciles de entender para Caladnei—. Si piensan que el olor es nuestro y no de los veserabs, ocasionarán menos problemas al acercarnos.

—¿Menos problemas? —farfulló Caladnei—. Supongo que pedir que no hubiera ninguno sería demasiado.

Esperaron hasta que un vigía indicó que los veserabs habían salido del agua para su descanso nocturno, entonces Hhormun usó su magia para tornar invisible a toda la

partida, mientras que Ruha y Caladnei usaban la suya propia para cubrir al grupo con un palio de silencio. Aunque los mahwa habían formado parte de la coalición que había confiado en la magia de Ruha para destruir al ejército zhentarim en Orofin, eso había sido muchos años antes, y ni siquiera la mirada severa del jeque pudo impedir que sus hombres gruñeran y se encogieran bajo el influjo de los conjuros.

Por fin, el grupo describió un círculo hacia el lado de la montaña que quedaba a favor del viento y, con la ayuda de más magia, llegó hasta la orilla del lago. Los veserabs más próximos estaban a apenas unos cientos de pasos de ellos, en su mayoría machos solitarios tan fuertes y corpulentos que los pastores shadovar los dejaban montar guardia en los extremos de la manada, confiando en que el instinto de las criaturas las impulsaría a seguirlos cuando se movieran los demás. Ruha, que encabezaba el asalto por ser la única entre los presentes con cierta experiencia en el manejo de los veserabs, recorrió un camino serpenteante en torno a las bestias, evitando en todo lo posible el encuentro con ellas.

En un momento dado, cuando se internaron en una zona de altos pastos, un macho que andaba cerca desplegó las alas y se dispuso a investigar. Sa'ar soltó entonces un ganso de las arenas que había traído para distraerlo. El ave alzó el vuelo con tal profusión de aleteo y de graznidos aterrorizados, que tres veserabs se lanzaron en su persecución. Ruha aprovechó muy bien la distracción, conduciendo al grupo hasta veinte pasos de donde había tres pastores shadovar acampados en aquel lado de la manada.

Un tirón en una cuerda que llevaba atada a la cintura la obligó a detenerse. Momentos después, diez piedras del tamaño de puños surcaron el cielo del crepúsculo y cayeron sobre los centinelas. Dos quedaron inconscientes. El tercero apenas tuvo tiempo de percatarse del asalto, y cuando se volvió y vio al grupo al que el ataque había hecho visible que galopaba hacia él a lomos de sus camellos, dos guerreros lo golpearon hasta dejarlo inconsciente. Aunque el joven pastor sin duda se encontraría magullado en el momento de su despertar, Ruha interpretó el hecho de que los guerreros usaran las empuñaduras de sus lanzas en lugar de las puntas como una señal de que Sa'ar procuraba no enfadar a los shadovar. Los asaltantes bedine solían matar a los centinelas para que hubiera muchos menos guerreros disponibles en el contraataque.

El jeque y el resto de sus guerreros cargaron contra la cuadrilla de veserabs, enarbolando lazos de cuerda trenzada y enlazando con ellos los cuellos de los ejemplares más pequeños, tras lo cual sujetaban el otro extremo a sus sillas de montar. La mayor parte de ellos resoplaban y se tambaleaban, luchando por no caer de sus monturas, mientras los veserabs llenaban el aire con sus efluvios tóxicos. Ruha despejó la atmósfera con un poderoso conjuro eólico, después vio a una enfurecida hembra veserab que saltaba contra un camello y le destrozaba la cabeza con las

afiladas garras de sus patas.

Más veserabs empezaron a levantar el vuelo por todas partes, llenando el aire del crepúsculo de una nube movediza de alas oscuras. La mayor parte simplemente trataba de escapar, pero unos cuantos, especialmente los que tenían crías que pedían ayuda, se disponían a volverse contra los guerreros bedine. Un veserab se lanzó en picado frente a Sa'ar y derribó de su camello a un guerrero de cabello entrecano que iba delante de él, dejándolo destrozado en el suelo. Ruha disipó el conjuro de silencio y dio instrucciones de dirigirse hacia el *wadi* que habían previsto como ruta de huida.

—¡Ya es suficiente, Sa'ar! —gritó—. ¡Huyamos!

Al jeque no le hizo falta que se lo dijera dos veces. Hizo sonar tres notas en su *amarat*. Sus guerreros, los que aún no se habían dado a la fuga, pusieron grupas al unísono, tirando cada uno de ellos de dos o tres crías de veserab presas del pánico que iban volando detrás de ellos. Ruha lanzó al aire una andanada de rayos mágicos y espantó a media docena de adultos que iban pegados a los talones de los asaltantes. Entonces Caladnei levantó una barrera de fuerza detrás de ellos. Una docena de veserabs se estrellaron contra la pared invisible y cayeron al suelo con el cuello y las alas rotos. Los supervivientes, aturdidos, se alejaron, rugiendo su frustración y su tristeza.

Ruha y Caladnei siguieron a los demás. Para cuando llegaron a la embocadura del *wadi*, los veserabs empezaban a encontrar la forma de superar la barrera de fuerza. Ruha desmontó de un salto y diseminó un puñado de arena antes de pronunciar un encantamiento y soplar en dirección al número cada vez mayor de corceles alados que se lanzaban en su persecución. Un viento ululante se levantó detrás de ella, arrastrando la arena y el polvo de la boca del cañón en dirección al lago. Los veserabs desaparecieron en un remolino de polvo y no volvieron a aparecer.

—Tu magia se ha vuelto más poderosa, bruja —observó Sa'ar a su espalda—. Recuérdame que sea paciente contigo.

Al volverse, Ruha se lo encontró sujetando las riendas de su camello. El resto de los guerreros empezaba a salir de sus escondites en la boca embocadura del *wadi*. La mitad de ellos cubrían las huellas dejadas por los asaltantes con arcos y flechas, los demás obligaban a bajar a los veserabs capturados a tierra, cubriéndoles las cabezas con caperuzas de cuero y sujetándoles las alas. Aunque la mayoría de los bedine eran expertos en la manipulación de halcones y de otras aves de presa, las crías de veserab no sólo eran más grandes, sino también más feroces. La batalla no estaba decidida ni mucho menos, y los guerreros pagaban con sangre cada lazo que lograban poner.

Ruha ordenó a su camello que se arrodillara y entonces, mientras montaba, oyó un rugido a cierta distancia *wadi* arriba. Se volvió hacia el origen del sonido y vio una hilera de monturas atadas que caían con las gargantas y los vientres abiertos por espadas negras y vitreas al aparecer una patrulla shadovar de las sombras siguiendo el

cauce seco. Lanzó un rayo contra una figura que surgió detrás del camello de Sa'ar y vio cómo la cabeza del atacante se separaba del cuello antes de volverse a sumirse en la sombra. Oyó un grito conmocionado de Caladnei a sus espaldas y al volverse se encontró con la cormyriana en el suelo, apresada bajo el peso de su camello herido mientras un guerrero shadovar de ojos color rubí saltaba sobre ellos. Arrojó una bola de seda de araña y formuló un conjuro que alcanzó al guerrero y lo derribó encerrado en un pegajoso capullo.

Por fin hubo tiempo para gritar.

—¡Shadovar! ¡Defendeos!

Casi ni la propia Ruha pudo oír su voz sobre el estrépito de la batalla que ya se había apoderado del *wadi*. Los bedine se gritaban unos a otros alertándose de la presencia de demonios y djinn y se topaban con atacantes miraran a donde mirasen. Los shadovar asomaban de las sombras para cercenar un brazo o una pierna y volvían a ellas antes de darles ocasión de contraatacar.

Ruha cogió a Caladnei por debajo de los brazos y la sacó de debajo del camello.

—¿Estás herida?

—Aturdida —replicó la maga con expresión de incredulidad ante la carnicería. Bajó la mano y lanzó un rayo dorado que atravesó a un shadovar que había aparecido detrás de Ruha. Después meneó la cabeza sin poder entenderlo— ¿De dónde salen?

—De las sombras —dijo Ruha.

Rodeó a Caladnei por detrás y lanzó una ráfaga de fuego contra un shadovar que surgió a la espalda de un joven bedine que seguramente participaba en su primera incursión. La bola de fuego explotó sin herir al guerrero de las sombras, como sucedía a veces con la magia del Tejido, y la figura oscura atravesó al joven bedine con su espada y volvió a fundirse en las sombras.

—Así actúan a menudo —explicó.

—¿De veras? —Caladnei no salía de su asombro. Se quedó callada un instante, y cuando Ruha miró por encima de su hombro vio que la maga estaba frotando el dragón púrpura de su anillo de sello—. Hhormun, ven rápido. ¡Tienes que ver esto!

—¿Venir? —gritó Ruha.

Atisbo a un shadovar que surgía detrás de un promontorio con una cerbatana en las manos y le arrojó una piedra mientras pronunciaba una sola palabra. La piedra se convirtió en una bola de magma, y cuando hizo impacto contra el promontorio, éste se transformó a su vez en un millar de fragmentos de piedra molida y el guerrero desapareció convertido en una nube pulverulenta de color anaranjado.

—¡Deberíamos huir! —dijo Ruha.

—¿Huir? —Caladnei meneó la cabeza—. No pueden quedar más de dos docenas.

—A éstos súmales los que hay en el lugar de donde vienen —le advirtió Ruha.

No tenía la menor idea de lo cerca que podría estar la ciudad, pero conocía

demasiado bien a los shadovar como para estar segura de que ésa no era más que la primera oleada del ataque. Aun cuando no se hubieran dado cuenta de que había cormyrianos participando en el asalto, enviarían a una compañía de jinetes de veserabs para dar un escarmiento a cualquier tribu que se atreviera a robarles.

—Están tratando de retrasarnos —dijo Ruha.

—Sí, eso pensé cuando atacaron primero a nuestros camellos.

La cormyriana lanzó un rayo de plata contra un par de shadovar que cargaban contra Sa'ar, que todavía luchaba para ponerle la caperuza y las ataduras al último veserab atado a su camello muerto. Al ver que el ataque sólo había conseguido atontar a los jinetes de sombra y hacer que se volvieran contra ella, Ruha se apartó de Caladnei y tras esquivar una negra espada y reducir al propietario de una segunda a ceniza más oscura incluso que su color habitual, se detuvo al lado del jeque.

—¿Estás loco, Sa'ar? —Dio un zurriagazo a la criatura que trataba de morderla en la rodilla y continuó—: ¡Deja que se marche! Unos cuantos veserabs no valen la vida de tantos mahwa.

El jeque ni siquiera apartó la vista de su trabajo.

—¿Estas monturas pueden volar por el cielo? ¡Pues los mahwa serán los amos del desierto!

Por fin consiguió poner la caperuza a la cabeza sin rostro del veserab y fue alcanzado desde atrás por un rayo de magia de sombras que lo hizo caer de bruces encima del animal que le llegaba a la cintura. El brazo se le quedó inerte y Ruha pudo ver al otro lado a través del agujero que le había abierto el rayo. Antes de que pudiera recoger una piedra del suelo para contraatacar, el jeque ya había sacado una daga arrojadiza con la mano no afectada y giraba sobre sus talones para lanzarla contra su atacante.

Erró el tiro, por supuesto, pero logró distraer al shadovar el tiempo suficiente para que Ruha sacara su propia *jambiya*. Cogió las cintas que sujetaban la caperuza del veserab y se mantuvo escondida tras él el medio segundo que tardó el guerrero de las sombras en acercarse. Ruha salió de detrás de su protección y lo abrió desde la ingle hasta las costillas. Quedó levemente sorprendida al ver que las tripas que se derramaban se parecían mucho a las de un bedine.

—Que Elah te sea propicio —dijo Sa'ar con voz entrecortada. Pasó el brazo bueno por encima del lomo del veserab para que le sirviera de apoyo— Con ésta, ¿cuántas son las veces que me has salvado la vida?

—Demasiadas para un solo jeque —respondió Ruha ayudándolo a ponerse de pie. Cogió su cuerno de *amaraty* se lo puso en la mano—. Ahora toca el cuerno y dispersa a tus guerreros. Los veserabs no les sirven de nada a los hombres muertos.

Sa'ar arrojó el cuerno lejos de sí.

—Ahora son mis veserabs —replicó empujando la cabeza de la cría hacia ella—.

Ahora ayúdame a atar éste antes de que la batalla nos vuelva a ser adversa.

—¿Vuelva?

Ruha miró en derredor y vio que aunque el fragor de la batalla continuaba, los shadovar estaban siendo atacados por medios mágicos y por las armas cada vez que se acercaban a un bedine. Echó una mirada hacia arriba y vio a Hhormun de pie encima de un risco, con el *aba* un poco abierta dejando ver la capa de batalla negra de un Mago de Guerra cormyriano. Blandía dos varitas al mismo tiempo, y arrojaba pepitas de fuego relumbrante o rayos crepitantes cada vez que un shadovar se atrevía a emerger de las tinieblas para atacar. Estaba flanqueado por dos filas completas de Dragones Púrpuras, que cargaban y disparaban sus ballestas de hierro por turnos, mientras que un círculo más reducido de tres magos y dos docenas de dragones escudriñaban la oscuridad y atacaban a cualquier sombra en cuanto asomaba.

—¡Vaya necio! —exclamó Ruha entre dientes—. ¿Se piensa que nadie lo va a ver? ¿O que el Supremo va a pensar que los rayos de hierro provienen de las ballestas de los bedine?

—Yo no sé lo que piensa —dijo Sa'ar—, pero sí que es un hombre de palabra. Ahora, ¿me vas a ayudar o no, bruja?

Después de una rápida mirada en derredor para asegurarse de que no corrían peligro inminente de ser atacados, Ruha lo ayudó a atar la caperuza. Para cuando acabó, Caladnei estaba de pie en el punto más alto del campo de batalla haciendo señas a los supervivientes bedine para que siguieran *wadi* arriba.

—¡Vamos, rápido! —La mirada de la cormyriana estaba fija en el cielo por encima del lago, donde todavía soplaba la tormenta de arena de Ruha—. Rápido.

Ruha empujó a Sa'ar y las riendas de las tres crías de veserab hacia los brazos de un grupo de guerreros de expresión atónita, después se volvió hacia donde miraba Caladnei y vio a una gran compañía de jinetes de veserabs que se acercaban desde el norte, por encima de su tormenta de arena. Como todavía estaban demasiado lejos sólo podía saber que eran varios centenares, pero habría apostado su velo a que una fuerza de esa magnitud sólo podía estar encabezada por un príncipe de Refugio.

Hhormun y sus jefes de dragones empezaron una retirada ordenada hacia Caladnei, y Ruha comprobó satisfecha que los supervivientes shadovar concentraban su ataque contra los cormyrianos y no contra Sa'ar y sus mahwa. Ahora, los señores de la sombra eran más cautelosos y emergían de las tinieblas apenas el tiempo suficiente para lanzar un rayo de sombra contra la rodilla de un guerrero o para desjarretar a un mago, en un intento evidente de demorar su retirada hasta que llegara la compañía de los veserabs.

Ruha corrió *wadi* arriba y se unió a Caladnei, que estaba muy ocupada sembrando magia en las sombras de las laderas en un intento de ayudar a sus esforzados compañeros. Como su magia estaba mucho de estar agotada, Ruha preparó un

conjuro de dragón de arena, pero lo mantuvo en reserva por si Caladnei irritaba tanto a los shadovar como para atraer un ataque.

—Si Hhormun hubiera estado esperando aquí con el resto de los guerreros de Sa'ar —dijo entre uno y otro ataque de la maga—, los mahwa tal vez habrían tenido menos bajas.

—O tal vez todos habríamos perdido más hombres —repuso Caladnei—. De esta manera, los que resultaron sorprendidos fueron los shadovar, no nosotros.

—Y tuvisteis ocasión de verlos combatir. —Ruha no se molestó en ocultar la irritación de su tono.

Caladnei lanzó contra un par de shadovar una especie de rayo verde con el que Ruha no estaba familiarizada, reduciendo a ambos guerreros a volutas de humo y abriendo el camino para que la maltrecha compañía de Hhormun se reuniera con ellas en el fondo del *wadi*.

Enarcó una ceja y miró a Ruha.

—Tuvimos ocasión de verlos combatir, pero fue idea suya lo de robar los veserabs.

—Cierto, y os aprovechasteis de ella. —Ruha estaba tratando de no gritar. Era una vieja historia, los *berrani* de fuera del Anauroch venían al desierto y usaban a los nómadas para sus propios fines—. Sa'ar jamás hubiera intentado tal cosa de no mediar la magia cormyriana.

—Lo que a mí me parece, es que nos aprovechamos los unos de los otros. —Caladnei se encogió de hombros y señaló *wadi* arriba, donde Sa'ar y sus guerreros conducían a sus nuevos veserabs al círculo de teleportación que los pondría a salvo, al menos temporalmente—. No veo que el jeque se esté quejando.

Hhormun y el resto de los exploradores cormyrianos llegaron con media docena de shadovar pisándoles los talones. Caladnei acabó con dos de ellos usando sus rayos verdes; Hhormun y otro mago mataron a otros tres. El último guerrero echó un vistazo por encima del hombro y al ver que la compañía de los veserabs todavía estaba demasiado lejos para ayudarlo, empezó a correr hacia la sombra más próxima. Al ver que nadie iniciaba un conjuro, Ruha cogió un puñado de arena del suelo e inició el suyo, pero la interrumpió Hhormun al apoyar el brazo sobre sus muñecas.

—Deja que se marche —dijo— Ahora no está haciendo mal a nadie.

—¿Haciendo mal a nadie? —repitió Ruha atónita—. Ha visto tu capa de mago. Irá directo al Supremo y le dirá que somos un grupo de exploradores de Cormyr.

—¿Ah sí? —Una débil sonrisa asomó a los labios barbudos de Hhormun que se volvió *wadi* arriba—. Entonces será mejor que nos demos prisa para llegar a nuestro siguiente campamento, ¿no te parece?

Ruha se quedó con la boca abierta detrás del velo. Estuvo allí mirando cómo se alejaba el viejo mago hasta que Caladnei la cogió por el brazo.

—Vamos —dijo la cormyriana—. Ya está todo dicho. A Vangerdahast no lo hará feliz que te quedes rezagada para confirmarlo..., nada feliz.

Rivalen había luchado contra tres phaerimm a la vez, cuerpo a cuerpo, y sin posibilidad de pedir ayuda. Se había divertido con dos súcubos gemelas y al despertarse las había encontrado... Bueno, no quería volver a vivir aquello. Había luchado contra demonios, a mano descubierta, por Refugio, y había tenido que salir huyendo. Pero nunca, en ochocientos años, ni siquiera cuando entregó su espíritu a la materia de las sombras, ni una sola vez, había tenido miedo. No como ahora.

—¿Cómo? —preguntó el Supremo. Su voz sonaba calmada, suave, incluso razonable, con ese tono terrible que adquiriría antes de condenar a alguien a deambular por toda la eternidad por los Yermos de la Muerte y la Desolación—. ¿Puede alguien explicarme esto, por favor?

Estaban contemplando el campamento de la bruja Arpista y de sus exploradores cormyrianos. Pero atención, no escudriñando a través de la ventana al mundo, sino mirando directamente desde el balcón de observación más personal del Supremo en su propio palacio. Miraban a través de las nieblas de sombra a un campamento que se podía defender sin dificultad, situado en un laberinto de cañones tan estrechos que las alas de un veserab tocarían ambas paredes. Un laberinto de cañones inundados de luz mágica que no parecía provenir de ninguna fuente en especial, donde las escasas sombras que existían estaban protegidas por un escuadrón de centinelas armados con magia y acero. Un laberinto de cañones donde los shadovar iban a tener que abrirse camino como el común de los soldados de infantería, y un laberinto de cañones con mucho lugar para más cormyrianos... y sembianos... y hombres de las Tierras del Valle... y de qué se yo cuántos más, todos decididos a negar a los shadovar las tierras de su pérdida Netheril.

La bruja no podía verlos, por supuesto. Seguramente sus vasallos bedine la tendrían informada de la afluencia continua de veserabs que descendían sobre el lago y sin duda habrían hecho hincapié en la oscura nube de tormenta que parecía no abandonar jamás la zona, pero ella no podía ver el Enclave de Refugio. Persistían todavía las nieblas de sombra y los cientos de metros que los separaban del suelo y, sobre todo, la magia del Supremo, pero Rivalen no estaba tan seguro.

—¿Rivalen?

Rivalen sintió el peso de la mirada del Supremo sobre él. No se molestó en alzar la vista. De todos modos, no había nada que decir. Se limitó a tragarse su miedo antes de dirigirse a su padre.

—Hay una razón para que Ruha esconda el rostro tras un velo, alteza —dijo—. De todas las razas de Toril, los shadovar tienen más motivos que nadie para conocer el poder de lo oculto.

—Cierto, pero eso no explica nada.

Rivalen tragó saliva.

—Alteza, ¿quién puede explicar la voluntad del Oculto? —La bruja está ahí abajo, eso es lo que importa, además de mi fracaso para ponerle freno en Cormyr.

Esto último fue lo que lo salvó. El peso del escrutinio del Supremo se desvaneció en seguida y el aire se volvió inerte y frío al acercarse éste a Rivalen.

—Hiciste lo que consideraste mejor, hijo mío —dijo Telamont, y Rivalen sintió que el hombro se le entumecía con el frío—. Estoy seguro de que nos compensarás por esto.

—Y lo haré —declaró Rivalen.

—Bien. —El Supremo cerró la mano sobre el hombro de su hijo, que pensó que se le iba a quebrar—. Ahora, debemos preocuparnos por lo que se ha de hacer a continuación.

—La respuesta es clara, alteza —dijo Clariburnus—. Debemos matar a la bruja.

El Supremo guardó silencio.

Clariburnus continuó, vertiendo las palabras como si fueran su aliento.

—La magia del Tejido es impura y endeble, no puede enfrentarse al Tejido de Sombra. Bastará con que tendamos una manta de sombra...

—¿Y en qué nos beneficiará eso? —preguntó el Supremo con tono alarmanamente calmo y razonable—. ¿Eliminando tu error?

—¿Cómo que mi error, alteza?

—¿Acaso ella no era tu guía, hermano? —preguntó Rivalen—. Tuya y de Brennus.

—Es cierto —respondió Brennus—, pero éramos nosotros los que la controlábamos a ella y no al revés.

—¡Ya basta! —estalló el Supremo—. No tiene sentido que os culpéis los unos a los otros. Todos me habéis decepcionado.

El Supremo guardó silencio.

Escanor fue el primero que se atrevió a hablar.

—¿Qué importa la bruja? Si no puede entrar en la ciudad, ¿qué importa aunque esté acampada ahí abajo un siglo entero?

—Sólo importa si estás equivocado —respondió el Supremo.

La respuesta quedó en el aire, tan pesada como el plomo. Ninguno de los hermanos se atrevió a contestar.

Por fin, fue el Supremo el que habló.

—Todos me habéis fallado. Todos vosotros, príncipes. —Las nieblas de sombra oscurecieron brevemente las tiendas del campamento cormyriano, y cuando se despejaron finalmente, los príncipes se encontraron mirando a un círculo de rocas blancas—. ¿Veis ese círculo?

—Un círculo de teleportación —dijo Rivalen.

A punto estuvieron de aflojarse las rodillas bajo el peso de la pregunta del Supremo.

—Supongo que para retirarse —continuó Rivalen.

Más silencio.

—Claro que podría estar equivocado —admitió Rivalen.

—Si lo estás, habrá un ejército debajo de nosotros en cuestión de horas —dijo Clariburnus—. A Learal le bastaron menos de tres horas para transportar a todo su ejército de relevo a los Sharaedim.

Rivalen miró con furia a los ojos color plomo de Clariburnus. Como undécimo príncipe, y el más joven de los supervivientes, era ambicioso y siempre trataba de medrar a expensas de sus hermanos.

—No culpes a tu hermano de tus fracasos, Rivalen —puntualizó Clariburnus—. En Cormyr, la Regente de Acero te superó ampliamente.

Intervino Escanor, que siempre había sido el hermano favorito de Rivalen.

—Todos hemos subestimado al enemigo.

—Tú lo has hecho, sin duda —afirmó Clariburnus.

Escanor dio un paso hacia el príncipe más joven, pero encontró a Hadrhune bloqueándole el camino.

—Queridos príncipes, si dejamos que el enemigo nos divida de esta manera, estamos perdidos. —El senescal, más ambicioso que cualquiera de los príncipes y, a su modo, más peligroso, se volvió hacia el Supremo—. Poderoso Telamont, si puedo...

—No puedes, debes.

Desconcertado, Hadrhune siguió adelante.

—Si se me permite sugerir una estrategia más prudente, tal vez deberíamos hacer volver a nuestros ejércitos y defender el enclave.

Telamont guardó silencio.

—Sí, alteza, estoy convencido de que la bruja podría conocer una vía de acceso al enclave —añadió el senescal mirando a Clariburnus y a Brennus—. No sabemos lo que puede haber aprendido cuando la trajeron aquí. Tú ya sabes dónde la encontré.

El Supremo se apartó de la barandilla y lanzó una manga a la cara de Hadrhune.

—¡Los faerunianos no se están comportando razonablemente! —bramó—. ¿Qué queremos nosotros más que Netheril para empezar? ¿Con qué derecho nos lo niegan?

Rivalen respiró aliviado y se preparó para la perorata. Como había nacido setecientos años después de que Refugio hubiera abandonado Faerun, no tenía la misma sensación de pertenencia que el Supremo, pero reconocía el poder que aquello ejercía sobre su padre. El sueño de reclamar el Anauroch y expulsar de allí a los phaerimm era todo lo que quedaba de Telamont Tanthul. Por momentos, Rivalen sentía que le hubiera gustado estar vivo para ver la gloria de Netheril, ya que sólo así

podría entender su propia naturaleza fantasmal.

—¡Netheril era la más hermosa, la más elevada y la más poderosa, la más digna de cuantas civilizaciones surgieron en Faerun! —se lamentó Telamont—. ¡Y las Tierras Centrales se resisten a unas cuantas décadas de hambre! Yo no vacilaría, no vacilaría en absoluto, os lo digo, en barrerlos a todos de la faz del mundo si eso significara el regreso de las ciudades flotantes. Y en cuanto a los elfos..., entregaría Evereska y Siempre Unidos a los phaerimm, sólo por el siglo de paz que necesitamos para devolver su gloria al Anauroch.

Brennus dio un paso al frente, con la cabeza inclinada y mostrando los colmillos ceremoniales.

—Si eso te place, alteza, yo estaría dispuesto a ir a los Sharaedim a iniciar...

—¿Negociaciones? —El Supremo le dio un bofetón tal que el príncipe salió despedido—. Eso debería permitir.

El Supremo se volvió hacia Rivalen con una pregunta quemando en sus ojos de platinó.

—La alianza podría tener su ejército aquí muy pronto —informó Rivalen—. Nuestros agentes de Tilverton nos dicen que ya se han reunido muchos miles y que aumentan de hora en hora.

El Supremo se volvió hacia Clariburnus.

—Nuestro ejército de los Sharaedim está más allá del sur del Mar de la Sombra en este momento —dijo Clariburnus—. Llegará a Tilverton mañana por la noche.

—¿En cuánto tiempo podría estar allí? —preguntó Hadrhune. Como de costumbre, la impudicia del senescal superaba todo lo imaginable. Era como si pensara que por el hecho de no haber sido engendrado en el plano no tenía que temer a la ira del Supremo—. ¿A tiempo para detener a los cormyrianos?

Clariburnus inclinó la cabeza.

—En menos de una hora.

Hadrhune se volvió hacia el Supremo.

—Tal vez podríamos dividir el ejército. Llamar a tropas suficientes como para poder defendernos del asalto.

—De esa manera seremos derrotados en ambas batallas —dijo Rivalen—. Hay más de diez mil soldados enemigos en Tilverton, entre ellos muchos magos y clérigos de guerra. Para derrotarlos voy a necesitar todo nuestro ejército.

—¿Incluso el ejército de Myth Drannor? —preguntó Escanor.

A decir verdad, Rivalen pensaba que también necesitaría ese ejército, pero no se atrevía a pasar por encima de su más estrecho aliado entre los príncipes, y además su único hermano mayor.

Inclinó la cabeza ante Escanor.

—Todas las tropas que pudieras aportar contribuirían sin duda a la victoria.

—Desgraciadamente, me temo que no puedo hacerlo —dijo Escanor—. Los phaerimm de Myth Drannor están resultando tan obstinados...

—Estoy seguro de que puedes desviar a la mitad de tus tropas —dijo el Supremo—. Nuestra victoria en Tilverton debe ser rápida. Debemos volver a llevar a nuestro ejército más numeroso a los Sharaedim en el plazo de un mes, antes de que falle el caparazón de sombra. Los phaerimm son nuestra amenaza más seria.

Escanor miró a Rivalen con furia en sus ojos cobrizos.

—Pero si las bajas son importantes...

—Estaremos rodeados por todas partes —confirmó Hadrhune—. Sin duda, un enfoque más conservador es lo más prudente.

El Supremo se quedó pensando en esto un momento.

—Tienes razón a medias —dijo por fin—. Enviaré príncipes a tratar con gobiernos más propicios a nuestra causa. Lamorak, irás a ver a los Magos Rojos de Thay. Yder, tú irás en busca de los verdaderos líderes del Culto del Dragón...

El Supremo siguió delineando una estrategia que englobaba a las fuerzas que actualmente rodeaban a los shadovar.

Cuando acabó, Hadrhune volvió a tratar de afirmar su influencia.

—Has tomado todas las precauciones que aconseja la prudencia, alteza..., pero ¿y mi sugerencia? Sin duda defender primero el Enclave de Refugio es lo más prudente.

—Espera. —El Supremo se volvió hacia Malik, el Serafín de las Mentiras. Hay que reconocer que el hombrecillo había hecho todo un alarde de fuerza de voluntad al no dar la impresión de haber sentido el peso de ninguna pregunta tácita, y Telamont se vio obligado a preguntar—: Tú conoces a Ruha mejor que cualquiera de nosotros. ¿Crees que conoce una forma de acceder a la ciudad?

Los ojos de Malik se abrieron tan redondos como monedas, y Rivalen pensó que se habría tirado por el balcón de no haber sido tan dolorosa la perspectiva de la caída.

—Según mi experiencia, esa bruja puede meterse en cualquier parte —dijo Malik—. Se me presentó muchas veces en momentos sumamente delicados..., y a veces cuando hubiera jurado que estaba a miles de kilómetros de distancia.

El Supremo se quedó pensando y luego asintió.

—Supongo que sería más seguro suponer que conoce una forma de entrar en el enclave. —Sus ojos de platino destilaron furia en dirección a Clariburnus antes de volver a posarse en Malik y preguntar—: ¿Entonces tú me aconsejarías que hiciera volver a casa a los ejércitos de Refugio?

—Por supuesto.

Por un momento, Rivalen pensó que dejaría las cosas así, pero el hombrecillo torció el gesto como signo de su contrariedad.

—Pero creo que sería más sensato poner todas las tropas a las órdenes de Rivalen y ordenarle un ataque.

La capucha del Supremo se volvió hacia el hombrecillo.

—Porque eso es realmente lo que quieres hacer, alteza —balbució Malik—, y un asesor prudente siempre aconseja a su señor lo que éste quiere oír.

—¿Ah sí?

La capucha vacía de Telamont se volvió hacia Rivalen y éste sintió sobre sus hombros el peso de la pregunta de su padre.

Hizo una reverencia.

—Yo tomaré Tilverton y destruiré al ejército de la Alianza —prometió Rivalen—, o moriré en el intento.

—Muere si es necesario, pero ten presente que la muerte no es excusa para el fracaso —dijo el Supremo. Se volvió hacia Malik, y Rivalen hubiera jurado que había visto una sonrisa bajo la capucha del Supremo—. Gracias, hombrecillo. No sólo eres mi consejero más sabio, sino también el más sincero.

Al oeste se estaba poniendo el sol, pintando con su furia anaranjada una herrumbrosa espada de lado a lado en el cielo cada vez más oscuro y dando una fiera tonalidad cobriza a las escarpadas Tierras de Piedra. Detrás de los árboles solitarios y los distantes monolitos, las formas se iban alargando, estirando sus extremos puntiagudos a través de las tierras de pastoreo hacia la ciudad de Tilverton. Al norte, la oscuridad púrpura ya cubría las montañas de La Boca del Desierto. Al sur, un lago de tenebrosidad liminar se extendía desde el pie de los Picos de las Tormentas. El ataque podía llegar desde cualquier dirección o de todas al mismo tiempo, y sin más preaviso que el tiempo que necesita una sombra para recorrer la planicie. O tal vez no se produjera, aunque Galaeron no era tan tonto como para pensar en esa posibilidad.

Junto con Vangerdahast, Alusair, la regente Alasalynn Rowanmantle, y más asistentes de lo que resultaba prudente, Galaeron se encontraba en lo alto de la torre de una muralla sin terminar en el Distrito del Otero de la Ciudad Vieja, de pie sobre un improvisado andamiaje que crujía cada vez que alguien se movía para escudriñar la oscuridad en busca del primer atisbo del enemigo. La atención de Vangerdahast estaba fija en el sur, ya que ése era el único lado de la ciudad que no tenía puerta y estaba convencido de que los shadovar querrían tiempo para organizar sus filas antes de que empezara la batalla. La mayor parte de los ayudantes creía que vendría desde las estribaciones de La Boca del Desierto ya que era el camino más corto hacia el Anauroch y uno de los más protegidos. Alusair mantenía la vista y las flechas de sus arqueros fijas en el cielo, ya que estaba preocupada por las descripciones de los jinetes de los veserabs y por la alianza de los shadovar con Malygris y sus dragones azules. Galaeron no sabía qué esperar, pero estaba seguro de que hicieran lo que hiciesen los shadovar, sería tan inesperado como devastador.

Hubo cierto traqueteo debajo al poner en marcha las compañías de la guardia de la base de la torre el procedimiento de admisión de un emisario. Por fin, un heraldo pidió autorización para enviar arriba a uno de los magos de Vangerdahast, y hubo un murmullo de sorpresa en lo alto de la torre cuando los asistentes más próximos a la escalera vieron de quién se trataba. Al mirar hacia abajo, Galaeron vio a una mujer esbelta con una capa roja que subía por la larga escalera. Su pelo rojo y sus ojos dorados hicieron que incluso él la reconociera como la asistente favorita, y según algunos la amante, de Vangerdahast, Caladnei.

El viejo mago se aproximó a la escalera y, al acercarse ella a la cima, extendió una mano.

—Ya era hora, querida mía —dijo, ayudándola a subir al andamio—. ¿Qué noticias traes?

—Buenas noticias. —Se volvió y saludó con una reverencia a Alusair antes de presentarle directamente a ella su informe—. Ruha ha encontrado la ciudad voladora, y da la impresión de que está escasamente defendida.

—¿Dónde se encuentra? —preguntó Vangerdahast—. ¿Sobre el nuevo lago? Caladnei hizo un gesto afirmativo.

—Flotando por encima del lado norte. Tienen agua dulce y un campamento defendible. Hhormun está preparando en estos momentos un círculo translocacional.

Alusair se quedó pensando en el informe un momento.

—Hay una razón para que la ciudad no esté bien defendida —dijo por fin.

Vangerdahast asintió.

—O bien Galaeron está en lo cierto y están preparando un ataque...

—O quieren hacernos caer en una trampa —completó Alusair. Se volvió hacia Galaeron—. ¿Qué crees?

—Los shadovar son guerreros astutos —dijo—, pero los phaerimm son sus enemigos más antiguos. Telamont Tanthul sólo se arriesgaría a liberarlos si se dejara guiar por su ira.

—A menos que eso sea lo que quiere hacernos creer —apuntó Alusair—. Tal vez Telamont confía en que puede derrotarnos rápidamente y hacer volver su ejército a los Sharaedim a tiempo para mantener a raya a los phaerimm.

—En cuyo caso, no puede dejar que nosotros marquemos el ritmo —concluyó Vangerdahast—. Sea como sea, es indudable que va a atacarnos. Todo apunta a eso.

Caladnei inclinó la cabeza ante el viejo mago.

—Enviaré un mensaje a Hhormun para que se ahorre su conjuro.

Alusair alzó una mano indicándole que esperara.

—Espera un momento. —Se mordió el labio mientras pensaba y después se volvió hacia Vangerdahast con una media sonrisa—. ¿Y si pudiéramos ganarles por la mano?

—¿Ganarles por la mano? —Galaeron enarcó las cejas—. Si no calculas bien, podrías perder Tilverton.

—Cierto —dijo Alusairsm perder su entusiasmo—, pero Cormyr tiene muchas ciudades, mientras que los shadovar tienen sólo una.

Alasalynn Rowanmantle dio un sonoro respingo.

—¿Sacrificarías Tilverton?

—No, pero seguramente la apostaría —afirmó Alusair sin sonreír—. ¿Tenéis un plan de evacuación?

La cara de por sí pálida de Alasalynn se volvió todavía más blanca.

—Lo activaré.

Pasó el pulgar por el anillo que llevaba en el dedo corazón y desapareció en un crepitar de magia.

Vangerdahast frunció su poblado entrecejo y estaba a punto de decir algo cuando vio la mirada de advertencia de Alusair y se limitó a carraspear.

Alusair sonrió.

—Vangey, podrías...

—Por supuesto, princesa. —Demasiado entrado en carnes e inestable, Vangerdahast se limitó a colocarse al borde del andamio y buscó abajo un lugar seguro—. Ahora mismo voy a preparar el artilugio de transporte.

Galaeron frunció el entrecejo pero se mordió la lengua para no preguntar qué era el «artilugio». Su partida de Arabel se había retrasado casi un día y medio para dar a Vangerdahast y a los magos de guerra tiempo de «prepararse». Galaeron había supuesto que estaban reuniendo artículos mágicos y memorizando conjuros, pero se dio cuenta de que no era así cuando los magos salieron de su gabinete arrastrando una enorme carreta cubierta con una tienda negra de lienzo. El mago había hecho caso omiso de las repetidas preguntas de Galaeron sobre la cosa y se había limitado a decir que demostraría de una vez por todas que el Tejido era más poderoso que el Tejido de Sombra.

Al ver que Galaeron no hacía el menor intento de acercarse a la escalera ni a él, Vangerdahast lo cogió por el brazo.

—Ven conmigo, muchacho. —Lo arrastró fuera del andamio y ambos flotaron por el interior hueco de la torre inacabada—. Seguro que querrás ver esto.

Al llegar abajo se reunieron con Aris y el cuerpo de guardaespaldas de Vangerdahast y se fueron abriendo camino por el otero, pasando una tras otra por delante de las compañías que se preparaban para una marcha corta hasta el círculo translocacional. Los oficiales no perdían tiempo en arengas ni en palabras de aliento. Todos sabían que los shadovar eran un enemigo extraño y poderoso, y los comandantes más prudentes habían rogado por que el mero hecho de la Alianza de las Tierras Centrales moviera a los príncipes a reconsiderar el derretimiento del Hielo Alto. El hecho de que hubieran llegado instrucciones de que la Alianza se preparase para una marcha nocturna hacía que se abandonara cualquier esperanza de acabar aquello sin luchar.

En la base de la colina, donde las mansiones del Distrito del Otero dejaban paso a las tiendas y tabernas que poblaban el resto de la Ciudad Vieja, Vangerdahast pasó por la puerta del Descanso del Viento, donde había instalado el cuartel general de los magos de guerra. En lugar de entrar en la confortable posada, pasó por delante de una tropa mixta de magos de guerra y Dragones Púrpura en dirección a la cuadra.

Allí estaba el «artilugio» en la carreta y tapado con el lienzo. A través de las rendijas del vehículo se filtraba una luz dorada que iluminaba el suelo de la cuadra.

La luz era increíblemente brillante, aunque no parecía quemar los ojos ni de Vangerdahast ni de los guardias del modo que hacía con los de Galaeron, que tuvo que protegerse la cara y hasta empezó a arderle la palma de la mano.

Vangerdahast sonrió satisfecho al ver la reacción de Galaeron, y sacó de su bolsillo un anillo que llevaba una representación bastante burda del Dragón Púrpura de Cormyr.

—Perdona que la factura no sea muy buena —dijo el mago real pasándoselo a Galaeron —, pero no hubo mucho tiempo. Póntelo.

Galaeron se puso el anillo e inmediatamente se sintió mejor. También vio que la luz no era ni con mucho tan brillante como le había parecido y que apenas lucía a través de las rendijas.

—Interesante —dijo—. ¿Cómo funciona?

—Te lo explicaré en el círculo —respondió Vangerdahast. Se volvió hacia las puertas principales, donde Aris estaba agachado a cuatro patas tratando de ver lo que había dentro del establo—. Te agradecería que tiraras de la carreta. La magia translocacional suele producir pánico a los caballos de tiro.

—Será un placer.

El gigante metió un brazo por la puerta y sujetó el tirante. En ese momento sonó un grito de alarma en el patio, detrás de él, y se detuvo para mirar por encima del hombro.

—¡Que los huesos de piedra nos protejan! —gritó Aris.

Galaeron se dirigió a la puerta y vio a una compañía de formas oscuras que se desprendían de las sombras, lanzando dardos de vidrio negro y rayos de magia de sombras sobre las atónitas compañías de guardias.

Aris dio un grito cuando un rayo oscuro le atravesó el antebrazo, y trató de coger con la misma mano a su atacante. Antes de que el gigante pudiera cerrar la mano, el shadovar volvió a transformarse en sombra y desapareció. Después volvió a emerger detrás de él y le atravesó el muslo con otro rayo.

Aris volvió a gritar y giró como una centella. Galaeron vio a un trío de shadovar que aparecía junto a la puerta y no pudo prestar más atención al gigante. Sacó la espada, y tras esperar a que los guerreros empezaran a adoptar una apariencia de solidez, decapitó al primero de ellos. El cuerpo simplemente se retrajo otra vez hacia la sombra, pero los compañeros del muerto se volvieron hacia Galaeron levantando las manos para lanzar conjuros de sombra.

Galaeron se retiró hacia el fondo del establo.

—¡Avisa a la princesa! —gritó— ¡Me han encontrado!

—Han encontrado mi artilugio —se lamentó Vangerdahast espiando entre las piernas de Aris, que no paraban de moverse—, pero ¿cómo? ¡Esta ciudad cuenta con protección mágica!

Sus guardaespaldas empezaban a contraatacar con rayos relampagueantes, viroles de ballesta y rayos de magia pura, lo cual decepcionó a Galaeron. Incluso después de que Galaeron le contara cómo habían abierto una brecha en la Muralla de los Sharn, Vangerdahast había hecho caso omiso de su sugerencia de que los magos de guerra eliminaran todos los conjuros de magia pura de sus listas de batalla.

—Ya te dije que esas protecciones eran inútiles —dijo Galaeron—, como están a punto de demostrar los shadovar.

Las sombras del interior del edificio empezaron a ondularse a medida que iban llegando más guerreros shadovar. Galaeron dio unos golpecitos en el hombro a Vangerdahast y el mago miró por encima del hombro al bosque de siluetas que surgían detrás de ellos.

—Estos shadovar son unas criaturas molestas, ¿verdad? —dijo el mago real.

Vangerdahast señaló a su artilugio e hizo un movimiento hacia arriba. El lienzo se retiró y dejó al descubierto un globo de luz viva en cuyo exterior llevaba grabados cientos de glifos negros similares a las protecciones que Galaeron había visto dos días antes. Los glifos se desplazaban sobre la superficie como si surcaran las aguas de un estanque y proyectaban sombras oscuras de sí mismos en el interior de la cuadra. Cuando una de las siluetas caía sobre un guerrero shadovar, el glifo correspondiente dejaba de moverse y fijaba su sombra firmemente en el centro del pecho de su objetivo.

El shadovar gemía y trataba de desasirse o de volver a las sombras. Era difícil saber qué sucedía a los que se retiraban a la linde, pero los otros se debatían y gritaban mientras sus glifos se movían de un lado a otro del orbe para mantener el emblema oscuro fijado sobre su torso. Un segundo después, el símbolo estallaba en llamas doradas y se transformaban en un humo negro como el hollín.

Galaeron se dio cuenta de que, a pesar del anillo que le había dado Vangerdahast, estaba empezando a sentir un calor incómodo y se refugió detrás de la enorme figura del mago.

—Impresionante —dijo echando una mirada atrás, temeroso de que los que se habían retirado a las sombras volvieran a aparecer a sus espaldas, pero vio que las sombras permanecían tan quietas como deben hacerlo las sombras—. La utilización de una sombra para proyectar el símbolo —explicó—, impide que escapen hacia la linde.

Vangerdahast estaba henchido de orgullo.

—Imagina lo que hubiera podido aprender si me hubieras hecho una demostración de la magia de sombras. —El mago se dirigió a la parte delantera de la carreta y cogió el varal—. Ayúdame a sacar esto donde pueda hacer algo de provecho.

Galaeron fue al otro lado y empezó a empujar. La carreta era increíblemente

pesada, como si el globo que transportaba estuviera hecho de metal dorado y no de luz dorada.

—¡Por los rayos de Corellon! —dijo—. ¿No sería más rápido usar la magia?

—Es una locura confiar en la magia para cosas que podemos hacer mejor con nuestra fuerza —repuso Vangerdahast, mirándolo con expresión ceñuda desde el otro lado del tirante—. Eso me enseñó una mujer sabia.

—Lo que quieres decir es que vas a necesitar tus conjuros de telequinesis más tarde —interpretó Galaeron.

—Exacto. —Vangerdahast se inclinó sobre el tirante—. Ahora, usa tu fuerza.

Galaeron afirmó bien los pies e hizo lo que le mandaba el mago. El esfuerzo estuvo a punto de hacerle romper su promesa de no usar la magia de sombras. El suelo estaba resbaladizo por el polvo y había una leve pendiente en el umbral, y la lucha que se desarrollaba en el patio había empezado a adquirir tintes dramáticos. Había dos o tres capas de cuerpos de Dragones Púrpuras en el suelo, y los magos de guerra de Vangerdahast tenían que combatir espalda con espalda para evitar que los atacantes shadovar se deslizaran entre las sombras para atacarlos por detrás. Pero además, los shadovar eran mucho más hábiles en el uso de sus defensas para interceptar los conjuros de sombra, y más de una docena de magos de batalla del reino yacían ya entre los dragones caídos.

Aris iba de un lado a otro como un bailarín de fuego borracho, sangrando por múltiples heridas, tratando alternativamente de derribar a los enemigos a puñetazos o de arrojarlos de un puntapié por encima del tejado de la posada.

—¡Aris! —gritó Galaeron—. ¡Ven a ayudarnos!

El gigante atravesó el campo de batalla de una zancada, dispersando a tres guerreros de las sombras con un movimiento de su enorme pie. Puso una rodilla en tierra y tiró de la carreta con tal rapidez que Galaeron y Vangerdahast tuvieron que saltar a un lado para no ser aplastados por las ruedas. Las siluetas de los glifos del viejo mago estuvieron danzando sobre las paredes circundantes por espacio de medio segundo hasta que se fijaron en sus objetivos. Los gritos ahogados de los angustiados shadovar llenaron el aire. Luego, un matorral de doradas llamaradas cobró vida extendiéndose por todo el patio y los atacantes se desvanecieron con tanta rapidez como habían aparecido.

Galaeron se puso de rodillas y encontró a Vangerdahast tendido contra la otra jamba de la puerta, jadeando y con un rictus de dolor en la cara. La mente de Galaeron sacó inmediatamente la peor de las conclusiones posibles.

—¿Vangerdahast? —Atravesó el hueco de la puerta y apoyó al pesado mago sobre su regazo, tarea nada fácil—. ¿Estás herido?

—No..., es sólo que... me estoy haciendo viejo —gruñó el anciano mago. Se frotó un hombro y apartó la vista de Galaeron para mirar a uno de sus ayudantes que había

venido corriendo—. ¿Hubo muchas bajas?

—Hemos perdido a trece magos de guerra y a la mayor parte de tus dragones. — El asistente usó sus dos manos para poner a Vangerdahast de pie y después mostró una amplia sonrisa—. Pero tú tenías razón sobre esos mosaicos de guerra, mi señor. Atrajeron a los shadovar a través de la sombra como tú...

—Sí, bueno, no hay tiempo para felicitarnos —gruñó Vangerdahast mirando de reojo a Galaeron—. Acabemos esto.

Frotó su anillo de sello y después miró hacia el cielo.

—Alusair —dijo—. Ha llegado el momento. ¿Estás en posición?

El mago guardó silencio un momento, después asintió y volvió la vista a su asistente.

—El ataque abarca toda la ciudad. No les dejéis ningún lugar donde esconderse. Derribad cualquier edificio en el que entren, si es necesario.

—Transmitiré la consigna. —El asistente hizo una inclinación de cabeza y se volvió para formular un conjuro.

A los ojos de Vangerdahast asomó una expresión de cansancio. Indicó a Galaeron que lo siguiera y, arrastrando los pies, se dirigió a donde estaba Aris con el globo de luz. Al ver que la batalla había agotado más al mago de lo que éste estaba dispuesto a admitir, Galaeron le ofreció su mano para que se apoyara... y no la rechazó.

—¿Tú planeaste esto? —preguntó el elfo—. ¿Escogiste una de tus propias ciudades como campo de batalla?

—Por supuesto no dejamos que nos tomaran por sorpresa, si eso es lo que estás pensando —le soltó Vangerdahast—. Cormyr ha combatido en muchas guerras... y las ha ganado todas.

—Si te he subestimado, te pido que me perdones —se disculpó Galaeron—, pero todo eso que dijiste en la torre de la muralla...

—Para los espías —dijo Vangerdahast—. Los shadovar tienen espías, y tú lo sabes.

—Lo sé —afirmó Galaeron—. Pensé que no me escuchabas.

Vangerdahast fijó en Galaeron sus ojos legañosos.

—¿Y quién dice que lo hiciera?

Galaeron estaba demasiado sorprendido para reírse. Aunque la evacuación de Tilverton ya estaba en marcha, había visto con sus propios ojos que aquella tarde todavía quedaban cientos de mujeres y niños en la ciudad, y el plan de los cormyrianos significaba un riesgo para todos ellos. Se preguntó qué precio habrían tenido que pagar por las lecciones sacadas de su última guerra contra el dragón Nalavarauthatoryl. ¿Se habrían vuelto tan fríos como para sacrificar a sabiendas a tantos con miras a obtener una victoria rápida y salvar... a otros cuántos? Tal vez eso fuera lo que se necesitaba para vencer a los shadovar y, lo que era más importante, a

los phaerimm.

Llegaron a la carreta y el mago se detuvo junto a la rodilla de Aris.

—No te alejes —dijo Vangerdahast—. Es posible que necesite de tu talento.

Sin aguardar una respuesta, Vangerdahast formuló un rápido conjuro y elevó la mano hacia el cielo. El orbe dorado salió despedido por el aire, inmovilizándose sus glifos al encontrar a sus primeros objetivos. Durante un momento, el fragor de la batalla fuera del patio se mantuvo, pero luego, lentamente, fue cambiando el tono al empezar a cobrarse sus víctimas las siluetas de los símbolos. El mago ladeó la cabeza como si escuchara una voz distante, después desplazó la mano unos centímetros y la esfera dorada hizo lo propio unos cientos de metros por el cielo.

—Vamos, necesitamos una posición estratégica desde donde tener una visión panorámica.

Vangerdahast puso una mano sobre cada uno de ellos, dijo una palabra mágica y los transportó a través del cuadrado oscuro de una puerta mágica.

Hubo un instante intemporal de caída y luego Galaeron se encontró envuelto en una brillante luz dorada, sintiéndose muy acalorado y mareado y oyendo el ruido de una batalla muy lejos.

—No os preocupéis de que puedan vernos —dijo una voz familiar—. He formulado un par de conjuros que nos mantendrán ocultos.

Galaeron se recuperó de su aturdimiento lo suficiente como para recordar que se encontraba en algún lugar en medio de la batalla de Tilverton.

Vangerdahast lo estaba sacudiendo por el brazo y señalando al suelo.

—¿Qué es lo que está haciendo?

Galaeron miró hacia abajo, muy pero que muy abajo, y se mareó tanto que tardó un momento en descubrir qué era lo que el mago estaba señalando. Era una figura oscura situada a más de cien pasos de la torre desde donde estaban observando la encarnizada batalla. Apenas visible bajo el toldo que cubría el patio de una taberna, la figura describía pequeños círculos con los brazos extendidos, aparentemente invocando la niebla negra que se elevaba de entre las juntas de las piedras del suelo sobre el que se encontraba y se extendía hacia la Ciudad Vieja, sembrando gran confusión entre las compañías de guerreros de la Alianza que corrían por las calles haciendo salir a los shadovar de los lugares donde se habían escondido.

—Es difícil saberlo sin ver cómo formula el conjuro —dijo Galaeron—, pero parece ser que está invocando a la sustanciasombra.

Vangerdahast alzó las cejas.

—¿Sustanciasombra? ¿Te refieres a la pura...?

—¡Y yo qué sé! —Galaeron tuvo un funesto presentimiento—. Los glifos...

—No, los glifos no, ni sus siluetas —dijo Vangerdahast—, pero la propia esfera sí es de magia pura.

—¿Y la luz? —preguntó Galaeron.

Vangerdahast se encogió de hombros.

—En sí misma no, pero nace de la magia pura.

—Con eso basta —dijo Aris. Estaba de rodillas al otro lado de Vangerdahast, con los codos apoyados en las almenas de piedra de la torre para no cargar todo su peso sobre el techo—. Ya hay una perturbación.

Señaló una calle que estaba a la vuelta de la esquina de donde se encontraba el shadovar, donde la negra niebla salía arrolladora de la sombra del edificio hacia la calle iluminada por la esfera y se arremolinaba en torno a las pantorrillas de una compañía de mercenarios sembianos que habían estado tratando de acercarse sigilosamente al objeto de su atención. Aunque el fragor de la batalla era demasiado intenso como para oír sus gritos, la forma en que retorcían los brazos y las contorsiones de sus cuerpos no dejaban lugar a dudas sobre el dolor que sentían.

Bajo la mirada atenta de Galaeron y de los demás, los guerreros quedaron enterrados hasta media pierna en la niebla y a continuación cayeron hacia adelante y desaparecieron totalmente. Un momento después, la luz de la esfera de Vangerdahast transformó en cenizas la propia sustancia sombra. Cayó al suelo, cubriendo la calle como una mancha negra desprovista de forma y de textura... Ni siquiera tenía un aspecto sustancial.

Vangerdahast apuntó hacia la sombra y formuló lo que Galaeron reconoció como un conjuro de disipación de la magia. La sustancia sombra siguió brotando del escondite del shadovar, flotando por encima de la mancha hasta tropezar con la base de la mansión del otro lado de la calle iluminada por la esfera. La piedra se desintegró de la misma forma que lo habían hecho las piernas de los mercenarios sembianos, y el propio edificio se desplomó y fue engullido por la tenebrosa oscuridad que momentos antes había sido una calle empedrada.

Desapareció sin levantar ni una nube de polvo.

Un edificio del otro lado del shadovar que estaba formulando el conjuro se vino abajo, y a continuación una compañía de Dragones Púrpuras apareció corriendo por la calle con una oleada de sustancia sombra pegada a los talones. Daba la impresión de que corrían lo bastante rápido como para ponerse a salvo, hasta que la última fila levantó los brazos y cayó al suelo, haciendo caer a los que iban delante, y así sucesivamente hasta que la compañía entera desapareció.

Los árboles y los edificios empezaron a desvanecerse en un círculo cada vez más amplio de sustancia sombra, creando primero una filigrana de senderos de ausencia de materia por los que la niebla negra se iba abriendo camino hacia el interior de las zonas iluminadas por la esfera, y transformándose después gradualmente en un disco sólido de tinieblas al quedar expuestas las áreas adyacentes a la luz dorada. En el perímetro del círculo, la lucha se intensificaba salvajemente al combatir los shadovar

y los guerreros de la Alianza por el control de las vías de escape, llenando el cielo brumoso de rayos de luz relampagueante y de rayos sibilantes de oscuridad. Sólo el patio donde se encontraba el invocador de la niebla permanecía intacto, dejando ver una enorme figura de astado yelmo que seguía moviendo los brazos para acumular más sustanciasombra en las calles.

Galaeron asió el brazo de Vangerdahast.

—Estás destruyendo la ciudad —dijo—. Anula tu conjuro o trasládalo al menos a la llanura.

—¿Y dejar que los shadovar acaben con nuestro ejército? —respondió Vangerdahast con un resoplido—. Es mejor perder una ciudad que perder un reino.

Galaeron echó una mirada al conjunto de la ciudad arrasada y pensó en todos los guerreros muertos, en todos los inocentes que perecerían si la niebla de sombra seguía extendiéndose. Vangerdahast había tratado de disiparla y había fracasado.

Claro que Vangerdahast no podía usar el Tejido de Sombra, cosa que él podía hacer. ¿Qué clase de persona volvería la espalda a la muerte de tantas otras, aun cuando eso significara el regreso de su ser sombra? Galaeron ya se había recuperado de ello una vez, y teniendo de su lado a Aris y a Vangerdahast y a todo el reino de Cormyr indudablemente podría conseguirlo de nuevo. Y aunque no pudiera. ¿Qué estaba sacrificando? ¿Su vida? Cientos de personas ya lo habían hecho antes que él.

Galaeron respiró hondo, después levantó las manos y empezó a abrirse a la Red de Sombra... y se encontró con la enorme mano de Aris que de un tirón lo sacaba del tejado.

—Galaeron, estás olvidando tu promesa.

—No la he olvidado —dijo el elfo—, pero no puedo permitir que miles de personas mueran sin hacer nada.

—Eso es lo que quiere hacerte creer tu sombra —replicó el gigante—, pero tú eres demasiado listo como para pensar que puedes disipar la magia de alguien como el príncipe Rivalen.

—¿Ése es Rivalen? —balbució Vangerdahast.

Aris asintió.

—Reconocería esa cara en cualquier parte. ¿No puedes ver sus ojos dorados?

Galaeron estaba decidido.

—Tengo que intentarlo —dijo—. Si hay una posibilidad de que pueda salvar a Tilverton...

—No la hay, y tú lo sabes —replicó Aris—, pero tú mismo tienes que tomar la decisión, de lo contrario, tu sombra habrá ganado.

Volvió a poner a Galaeron sobre el tejado, al lado de Vangerdahast. El elfo vio cómo otra mansión se disolvía en la nada, y a continuación la llamarada dorada de una docena de guerreros shadovar que se transformaban en ceniza bajo la luz del sol

artificial de los magos de guerra.

Vangerdahast echó una mirada a la calle que tenían debajo.

—La niebla viene hacia aquí —señaló—. Nuestra torre no tardará en desaparecer.

Galaeron empezó a alzar los brazos y sintió un remordimiento enorme, y supo que no podría soportar la idea de haber dejado morir a tanta gente.

—Tengo que intentarlo.

—No es cierto. —Esta vez fue Vangerdahast quien le obligó a bajar los brazos. No puedes enfrentarte a Rivalen y ambos lo sabemos.

—Pero...

—Hay otras posibilidades —sugirió Vangerdahast. En la expresión del mago había una emoción desacostumbrada, de tristeza y de pesar, casi de compasión—. Si vas a echar tu vida por la borda, al menos hazlo con cordura.

Puso la mano de Galaeron sobre su espada, luego le indicó que esperara y elevó la vista al cielo.

—Caladnei, te necesito. Estamos en la torre del...

Vangerdahast no había acabado de hablar cuando el aire se alborotó con la llegada de la maga.

—¿Cómo has tardado tanto, querida? —dijo Vangerdahast con sorna. Mientras la maga trataba de recuperarse de su aturdimiento, él le puso la mano sobre la rodilla de Aris—. Llévate al gigante e id a ver a Alusair. Si esa niebla de sombra no deja de extenderse en unos minutos, tocad retirada y telepórtate a un lugar seguro junto con la princesa y todos los que puedas salvar.

Caladnei seguía teniendo los ojos en blanco.

—¿Niebla? ¿Retirada?

—Yo lo entiendo —dijo Aris poniendo una pesada mano sobre los hombros de Galaeron—. Hasta que las espadas se alejen, amigo mío. Buena suerte.

—¿Buena suerte? —preguntó Galaeron—. ¿Qué estoy haciendo?

—Eso lo decidiremos después —respondió Vangerdahast cogiéndolo por el brazo—. Tú límitate a tener la espada preparada y a empezar a usarla cuando lleguemos allí.

El mago pronunció una palabra mística y Galaeron volvió a sentir la caída intemporal de la magia translocacional. Casi empezaba a acostumbrarse a la sensación, pero eso no evitó el aturdimiento cuando su estómago por fin volvió a estar en el lugar acostumbrado. El suelo en el que se apoyaba era inestable y poco firme, casi como si estuviera de pie sobre una blanda cama humana y no en el pavimento de una calle.

¡Corta!

La voz de Vangerdahast sonó en su cabeza. Sintió que el suelo se balanceaba bajo sus pies al apartarse el mago cojeando. Recordó vagamente que estaban en una

especie de batalla y que la última instrucción que le había dado antes de la teleportación era empezar a cortar, de modo que hundió la espada en la blandura que había bajo sus botas y empezó a...

Oyó el sonido de un desgarrón entre sus pies y se dio cuenta de que el estómago le daba un vuelco otra vez, esta vez era normal ya que se precipitó a través de un toldo de lienzo. Algo punzante le atravesó la cota de malla a la altura de la pierna y se le clavó en el muslo, produciendo un dolor lacerante que le recorrió todo el cuerpo. Quedó suspendido un momento por encima del toldo hasta que aquello sobre lo que había aterrizado se partió y cayó, de golpe, sobre una mesa de madera.

Una voz áspera lanzó un grito de agonía. La punta aguzada que se le había clavado en la pierna se soltó. Galaeron cayó de la mesa sobre una dura superficie de piedra, entonces se puso de rodillas y se encontró mirando por encima de la mesa a la figura de un enorme shadovar que sostenía un yelmo astado en las manos.

—¡Elfo! —dijo Rivalen, arrojando el yelmo a un lado—. Ya había pensado que tendríamos que buscarte en Suzail a estas alturas.

—Pues aquí estoy. —Galaeron se puso de pie protegido por la mesa de piedra mientras echaba una mirada al ancho haz de luz de la esfera que los separaba tratando de dar una imagen de confianza—. Sólo tienes que venir y cogeme.

Rivalen miró furtivamente el desgarrón del toldo.

—Sí, estoy seguro de que eso te gustaría. —Sonrió y a continuación miró por encima de los hombros de Galaeron—. Creo que haré que se encarguen de ti mis guardias. ¡Cogedlo!

Desanimado por el súbito clamor que surgió en el perímetro del patio, Galaeron saltó por encima de la mesa introduciéndose en el haz de luz de la esfera y aterrizando entre el príncipe y su guardia personal. Por supuesto que había guardias.

Siempre había guardias.

Mientras se preguntaba qué era lo que entretenía a Vangerdahast tanto tiempo, Galaeron echó una mirada hacia el toldo desgarrado. Tenía la posibilidad de dar un salto hasta el toldo y ponerse a salvo..., pero con una pierna herida era dudoso que lo consiguiera.

—¡No lo dejéis escapar! —ordenó Rivalen, empezando a acercarse por su lado, aparentemente ignorante de que Galaeron había traído compañía. Al menos hasta ahí estaba funcionando el plan de Vangerdahast—. Cogedlo ahora.

Los guardias que venían corriendo desde el otro lado del patio empezaron a derribar mesas y sillas. Galaeron saltó todo lo alto que pudo y se asió al borde desgarrado del toldo.

El lienzo, ya debilitado por el primer corte, se rasgó a lo largo. Más shadovar de los que Galaeron podía contar de una mirada aullaban angustiados cuando los alcanzaba la luz del orbe y los enfocaba con la silueta de un glifo letal. Los que

estaban más próximos a las paredes de la taberna se volvían y buscaban la sombra, y sus cuerpos estallaban en llamaradas doradas mientras se tiraban por las ventanas, prendiendo fuego a las mesas y sillas de madera al morir.

Galaeron dio un salto hacia la luz del sol y se puso en guardia blandiendo la espada. ¿Dónde diablos estaría Vangerdahast? Rivalen se detuvo a una distancia segura bajo el trozo de toldo que quedaba, con los ojos dorados casi blancos de furia.

—Ya basta, traidor. Depondrás tu espada y vendrás hacia mí. —Señaló con el dedo el otro extremo del patio que quedaba detrás de Galaeron y pronunció una orden, luego continuó—. O perecerás junto con tus amigos.

Galaeron miró por encima del hombro y vio una voluta de sustanciasombra que se elevaba en un rincón del patio todavía protegido por un trozo colgante del toldo roto. Lentamente se iba extendiendo por las piedras del suelo hacia él, arrastrando sin parar su marea de olvido. Volvió a mirar al príncipe.

—No te vas a atrever —dijo Galaeron, tratando de hablar con tono confiado—. El Supremo...

Sus palabras se vieron interrumpidas por el súbito estallido del pecho de Rivalen. Galaeron se apartó de un salto para evitar que lo alcanzaran las chispas residuales del mortífero rayo color púrpura, y al volverse vio que el cuerpo del príncipe se desplomaba mientras Vangerdahast estaba de pie detrás de él con las puntas de los dedos humeantes. Galaeron se puso a la sombra del toldo.

—Te tomaste tu tiempo —dijo.

—Estoy viejo —respondió Vangerdahast, y su voz era prueba de ello. Su mirada se mantenía fija en el extremo más alejado del patio, donde seguían saliendo volutas de sustanciasombra de la fisura que Rivalen había abierto en el plano de las sombras—. Pensé que eso cesaría con su muerte.

Galaeron frunció el entrecejo y al mirar al suelo descubrió que todo lo que quedaba de Rivalen era una gran columna negra y un corazón de ébano que latía en la caja rota formada por las negras costillas. Horrorizado, comprobó que se estaba volviendo de espaldas y se levantaba en la dirección de Vangerdahast.

—Vangerdahast, cuidado con tu...

Los restos del príncipe, si eso es lo que eran, arremetieron contra el mago. Una profunda herida apareció en el cuello de Vangerdahast y por ella empezó a salir sangre a chorros. Vangerdahast gimió de dolor y cayó hacia atrás mientras en una de sus manos crepitaba el fuego y en la otra un rayo. Galaeron se lanzó al ataque descargando su espada contra la columna de ébano con fuerza suficiente como para derribar un árbol de buen tamaño.

Del hueso no se desprendió ni una astilla, aunque las costillas se desplazaron levemente mientras una rodilla invisible alcanzaba a Galaeron en el estómago. El elfo se dobló en dos y salió despedido hacia atrás. La espada salió volando de sus manos y

él se quedó sin aire en los pulmones. Cayó un poco más allá de la sombra del toldo, a menos de una brazada del borde del olvido que seguía avanzando. Detrás de él, la pared del patio se derrumbó y desapareció en la oscuridad.

Vangerdahast extendió una mano y lanzó un rayo contra el oscuro corazón, que dejó de latir pero sólo mientras duró el rayo. Se abrió una brecha en la capa del mago y por su espalda salieron unas salpicaduras de sangre que dibujaron la forma de la hoja de una espada.

Vangerdahast lanzó un bramido, más de rabia que de dolor, y llenó la negra caja torácica de fuego mágico.

La cabeza de Vangerdahast cayó hacia un lado, los brazos inertes quedaron pegados al cuerpo, y Galaeron, que ya se incorporaba otra vez a la refriega con la daga preparada, dio un grito. Las costillas se volvieron a medias hacia él y por un momento los ojos dorados de Rivalen surgieron en el aire por encima de las vértebras del cuello.

Los brazos agotados de Vangerdahast se levantaron y se cerraron sobre el cuerpo esquelético al tiempo que pronunciaba una voz de mando familiar. Ambos se desvanecieron en una reverberación de magia de teleportación.

La voz áspera de Rivalen resonó angustiada sobre el patio iluminado por el orbe. Galaeron giró sobre sus talones a tiempo para ver al príncipe, o más bien las costillas y el corazón del príncipe, estallando en una llama dorada mientras Vangerdahast trataba de empujar aquella materia negra hacia la oscuridad tenebrosa que se arrastraba hacia ellos.

De un salto, Galaeron llegó al lugar y con los talones dio a Rivalen el empujón necesario para hacerle traspasar el borde. Las costillas y el corazón desaparecieron, ardiendo, y sumiéndose en la negra nada. Vangerdahast se lanzó tras ellos, girando repentinamente sobre su espalda, protegiéndose la cabeza con las mangas y precipitándose en las sombras. Galaeron aterrizó junto a él, mirando en la dirección equivocada, pero cogió al mago por el cinturón y girando sobre sí mismo liberó el puño de un tajo.

Vangerdahast dio un respingo de dolor y replegó la mano. Todo lo que quedaba de ella eran los dedos, el pulgar y un hilo de carne que la conectaba a la muñeca. El resto simplemente había desaparecido, como si se hubiera vuelto invisible o lo hubiera engullido el mordisco de alguna extraña criatura.

La pared adyacente de la taberna desapareció en el olvido, dejando en pie sólo la esquina donde se originaba la sustancia oscura. Galaeron tiró de Vangerdahast hacia la protección del toldo y empezó a rebuscar en los bolsillos del mago.

—¿Tienes alguna poción curativa? —preguntó Galaeron, apartando plumas y bolsitas llenas de limaduras de hierro.

Con los ojos hundidos y la piel tan gris como las nubes cuando presagian una

nevada, el mago daba la impresión de estar ya muerto. Galaeron pudo ver por lo menos dos heridas que podían ser mortales, y sospechaba que había otras que ni siquiera podía imaginar.

—¿Hay alguna manera de que podamos pedir ayuda?

Vangerdahast puso los ojos en blanco y se desvaneció.

—¿Vangerdahast? —Galaeron aplicó el oído a la boca del mago y comprobó aliviado que respiraba muy levemente—. ¿Vangerdahast?

Al ver que el mago seguía sin responder, Galaeron restañó la herida lo mejor que pudo y a continuación se puso de pie sobre una mesa para pedir ayuda. No le sorprendió comprobar que la lucha ya había cesado, ya que una de las características de la magia cataclísmica es que pone fin rápidamente a las batallas, pero sí quedó atónito ante la magnitud de la destrucción. Gran parte de Tilverton, toda la Ciudad Vieja que se extendía por debajo de él y el resto de la ciudad hasta más allá del Paseo del Mar de Luna ya estaba bajo un manto de sustanciasombra, y la mancha seguía extendiéndose. La gran Torre del Consejo situada en el centro de la ciudad se estaba hundiendo en el olvido ante sus ojos, y podía oír a guerreros de ambos bandos llamándose en las oscuras calles que quedaban más allá, mucho más preocupados por salvar sus propias vidas que por cobrarse las de los demás. Galaeron no sabía si la regente Rowanmantle había conseguido evacuar al resto de los ciudadanos, pero interpretó la falta de voces de matronas y de llantos de niños como una buena señal, una de las pocas del día.

Al no ver allí posibilidad de encontrar ayuda, Galaeron saltó al suelo y se dirigió al lado del patio que daba contra la ladera. Allí la escena era poco más o menos la misma, salvo que la mayor parte de la sustanciasombra había corrido colina abajo, hacia la parte baja de la ciudad, salvando gran parte del Distrito del Otero, las ruinas del Palacio de Tilver y una extensa sección de la muralla.

Fue allí, en la cima de una de las torres sin terminar de la muralla, donde encontró la salvación. En lo alto de una de las agujas, a no más de doscientos pasos, estaba la figura sobresaliente de Aris, iluminada por la luz amarilla del orbe de Vangerdahast, protegiéndose la vista con una mano mientras escudriñaba la ciudad. Galaeron se acercó todo lo que pudo al borde de la protección del toldo y le hizo señas. Por un momento no obtuvo respuesta y empezó a temer que ni siquiera la aguda vista del gigante fuera capaz de verlo debajo del lienzo.

Cuando Aris señaló hacia él, Galaeron supo que estaban salvados. Esperó un par de segundos a que Aris le hiciera señas a su vez. Después bajó de la mesa para volver al lado de Vangerdahast y, cuál no sería su sorpresa, cuando encontró a Caladnei ya arrodillada a su lado, vertiendo una poción curativa por la garganta del mago, gota a gota.

Al acercarse Galaeron renqueando, ella lo miró con expresión furiosa.

—Cuando necesites ayuda, pídelo. —Señaló con la barbilla el anillo que le había dado Vangerdahast—. Para eso sirve el dragón púrpura.

—En nombre de todos los dioses drow —estalló la Regente de Acero paseándose por la habitación delante de Galaeron—, ¿qué le has hecho a mi Mago Real?

Casi había amanecido y estaban acampados, ocultos para ser más exactos, con lo que quedaba de los ejércitos de las Tierras Centrales, a un kilómetro y medio de lo que había sido Tilverton. La sustancia oscura había consumido la ciudad casi por completo, extendiéndose bastante más allá de las murallas para engullir incluso los corrales de ganado y los campamentos de las caravanas que quedaban fuera de sus límites. Todo lo que quedaba de la ciudad era la muralla encima del Distrito del Otero y las deterioradas ruinas del Palacio de Tilver, que se recortaba ahora contra la luz en descenso del orbe mágico de Vangerdahast.

Alusair señaló con una mano la bola dorada.

—No quiere ver nada que no sea ese maldito globo y no deja de preguntar si hemos ganado. ¿Qué le digo? ¿Que ganamos porque tenemos más supervivientes que los shadovar? ¿O que hemos sido derrotados porque hemos perdido todo nuestro ejército? ¿Cómo voy a sacarlo de esto?

—Dile la verdad —sugirió Galaeron—. Dile que nadie ganó.

—Ésa no sería la verdad —dijo Aris.

Alusair se volvió hacia el gigante y, aunque tuvo que estirar el cuello para verle la cara, daba la impresión de estar mirándolo directamente a los ojos.

—¿Quieres decir que ganó Refugio? —preguntó—. Porque yo sé que nosotros no ganamos. No, si hemos perdido a Vangerdahast.

—Lo que digo es que ganaron los phaerimm —respondió el gigante—. Ellos siguen controlando Evereska y en poco tiempo más serán libres.

El rostro furioso de Alusair adoptó una expresión absolutamente tempestuosa.

—Gracias por hacer que una pérdida insufrible parezca todavía peor. —Giró para encararse a Galaeron—. Esto es culpa tuya, elfo. Si Vangerdahast hubiera tenido un conocimiento más cabal de la magia de sombras...

—Habría hecho exactamente lo mismo, majestad —dijo Caladnei asumiendo la defensa de Galaeron—. Puedes pedir a un guerrero que entregue su vida, pero no su alma.

—Los elfos no tienen alma —le espetó Alusair—, pero ya entiendo lo que quieres decir. —Miró de reojo a Galaeron—. Eso es lo más parecido a una disculpa que vas a oír jamás, elfo.

—Y más de lo que necesito —respondió Galaeron—. Todo lo que pido es que me dejes ayudarte cuando ataques.

—¿Pensando todavía en Vala? —preguntó Alusair.

—Siempre —respondió Galaeron con un gesto afirmativo.

Lo cierto es que desde la huida de Tilverton no había podido pensar en otra cosa que no fuera lo que Vangerdahast había matado, y se preguntaba si Escanor sería algo similar mientras imaginaba lo que Vala debía de estar sufriendo al servir a algo así. Por grande que fuera su dolor, por grande que fuera su humillación, él tenía la culpa. Había permitido que su ser sombra la apartara de él y había sido por su debilidad, por esa debilidad, que ella había sido hecha prisionera en el palacio de Escanor.

—Tengo muchas culpas que pagar —añadió Galaeron.

La expresión de Alusair se volvió casi fraternal.

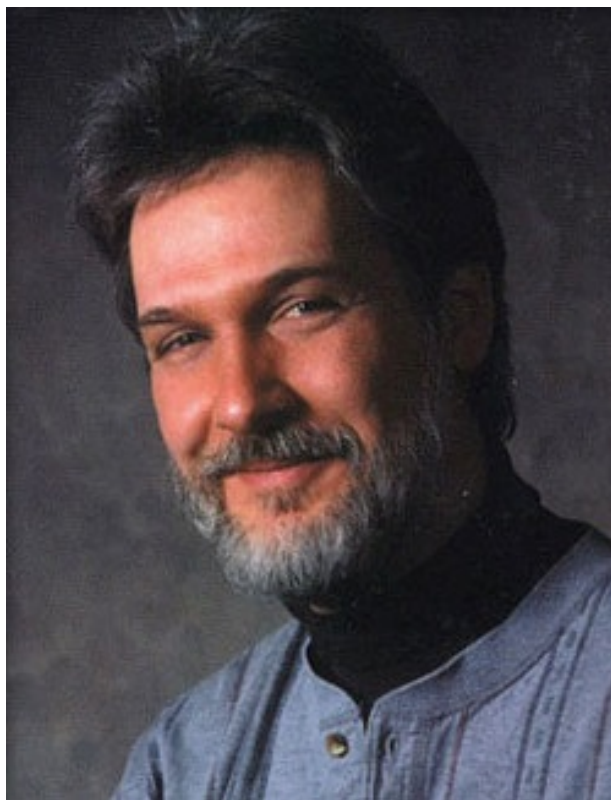
—Todos los tenemos, Galaeron. —Se acercó a él y le apretó el brazo antes de volver la vista hacia Tilverton, donde el orbe de Vangerdahast se estaba poniendo detrás de la muralla del Distrito del Otero—. Todos los tenemos.

Cuando el globo se ocultó a la vista, un retumbo terrible recorrió todo el valle, sacudiendo el suelo con tal fuerza que los heridos, los pocos que habían podido evacuar, empezaron a gemir. El resplandor sobre Tilverton se oscureció por un momento, y luego volvió en un despliegue de luz dorada.

Eso hizo que Vangerdahast se pusiera de pie y se mantuviera muy erguido, con un aspecto tan majestuoso, tremendo y aterrador como el del poderoso mago que Galaeron había llegado a conocer, y quizá a querer, en el poco tiempo que había pasado en Cormyr.

—¡A las armas! —Su voz resonó en la llanura—. ¡Llamad a mis magos de guerra! ¡Llamad a los Dragones Púrpuras! Azoun nos llama y nosotros cabalgamos... ¡Por el rey y por Cormyr!

Alusair y Caladnei se pusieron de inmediato una a cada lado del mago, sujetándolo por los brazos y tratando de tranquilizarlo con suaves palabras. Galaeron no oía exactamente lo que decían porque su atención estaba fija en Tilverton, donde todo el Distrito del Otero se hundía rápidamente en el plano oscuro, llevándose consigo los últimos y amargos recuerdos de la Alianza de las Tierras Centrales y todas las esperanzas de Faerun de una estación sin hambruna. Muy pronto, no quedó de la ciudad más que las ruinas del Palacio de Tilver, rodeadas por montones más reducidos de oscuros escombros. Los últimos rayos de la luz de Vangerdahast fueron palideciendo transformándose en oscuridad y, en un momento dado, se perdieron.



TROY DENNING visitó por primera vez los Reinos hace más de una década, cuando escribió el último volumen de la trilogía Avatar, Aguas Profundas (con el pseudónimo de Richard Awlinson). Desde entonces, sus viajes lo han llevado de Shou Lung a las tormentosas orillas de la costa de la Espada. Luego tuvo el privilegio de pasar un tiempo junto a la familia real de Cormyr en Las siete plagas y La muerte del dragón, este último escrito con el creador de los Reinos Olvidados, Ed Greenwood.

El asedio es el segundo volumen de «El retorno de los archimagos», una nueva serie de Reinos Olvidados en la que se relata la lucha contra uno de los males más antiguos de Toril.